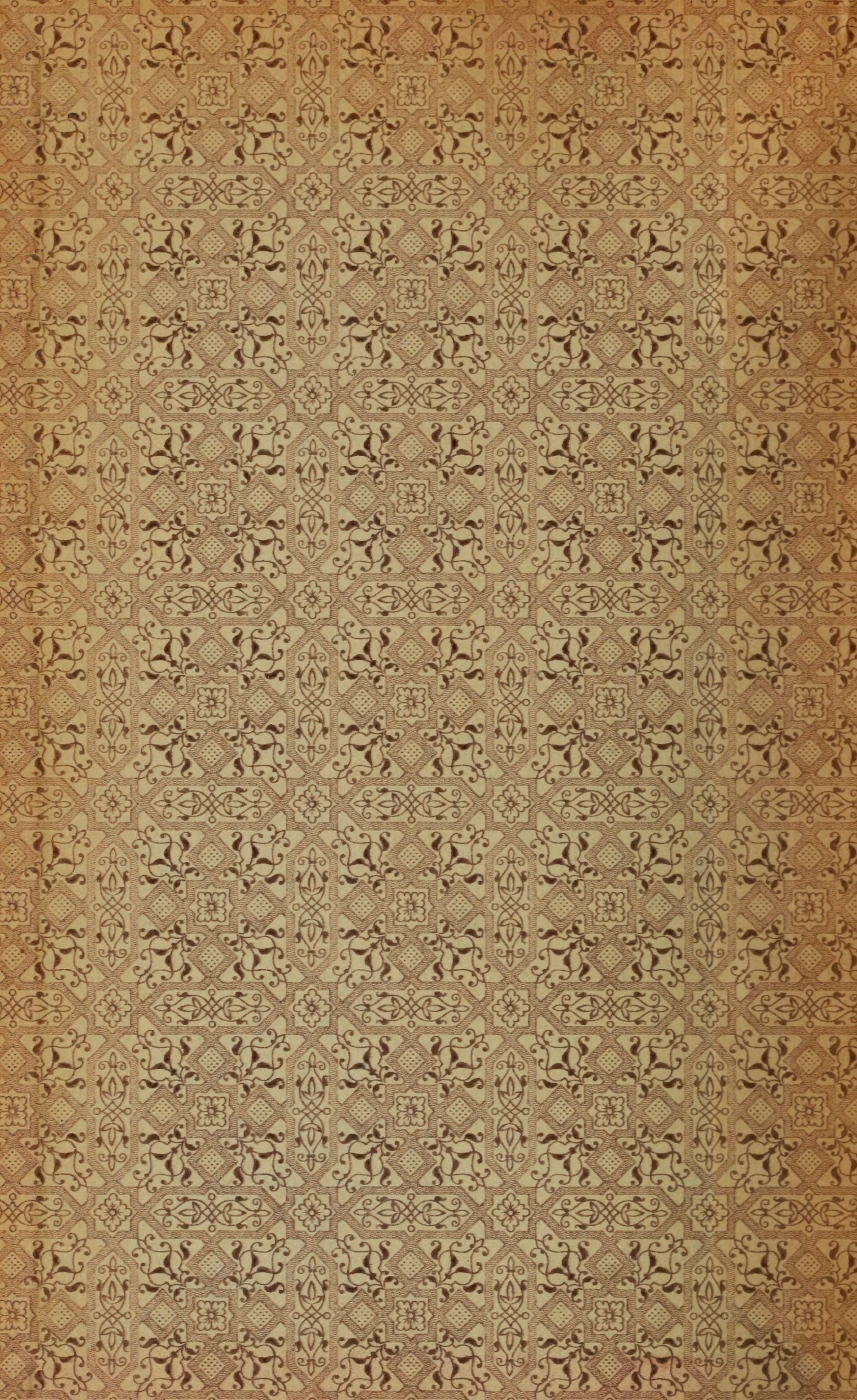
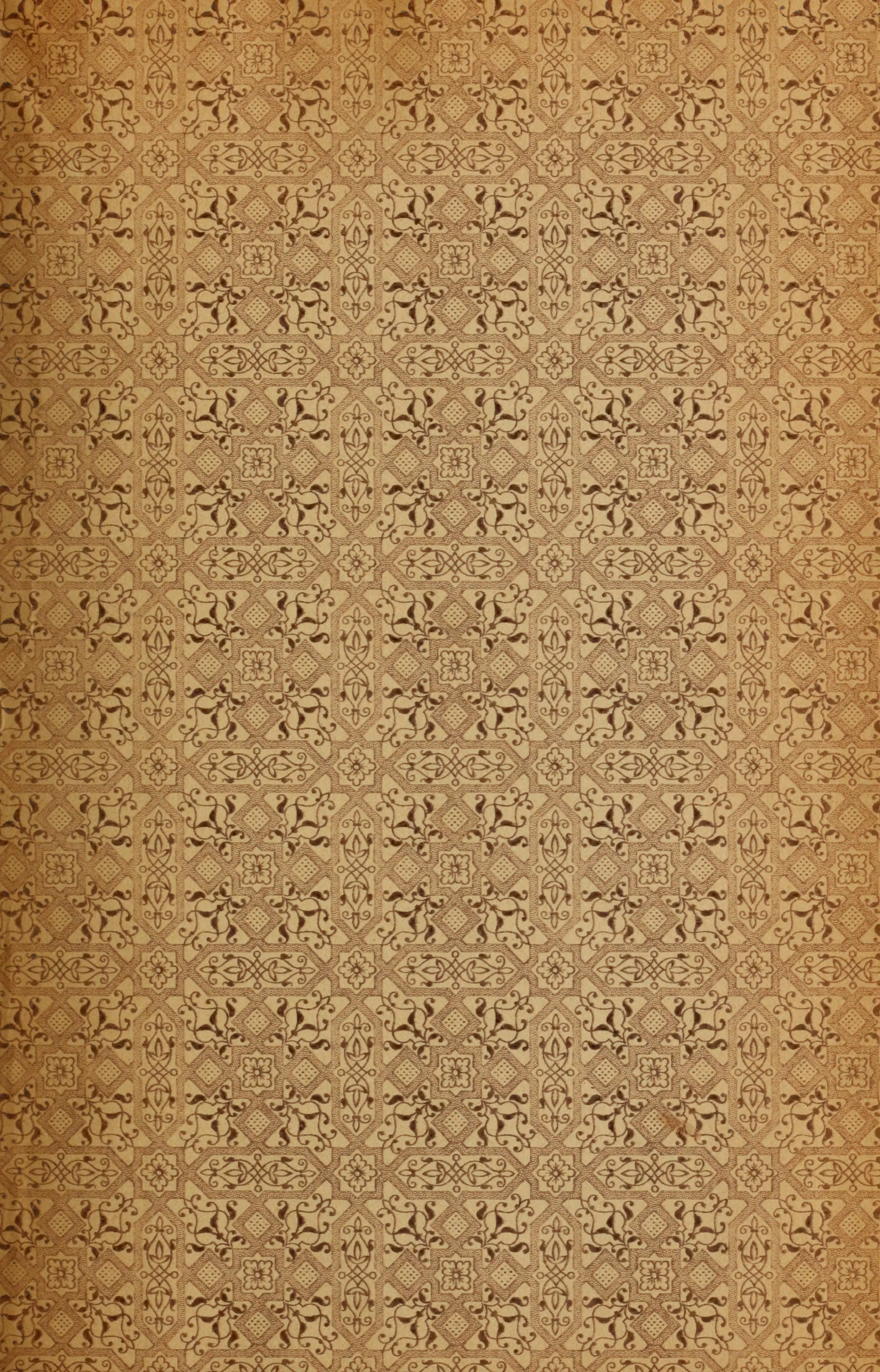

MARQUÉS DE VALMAR
Poesías y Dramas
3 1761 08831752 4







110

MARQUÉS DE VALMAR

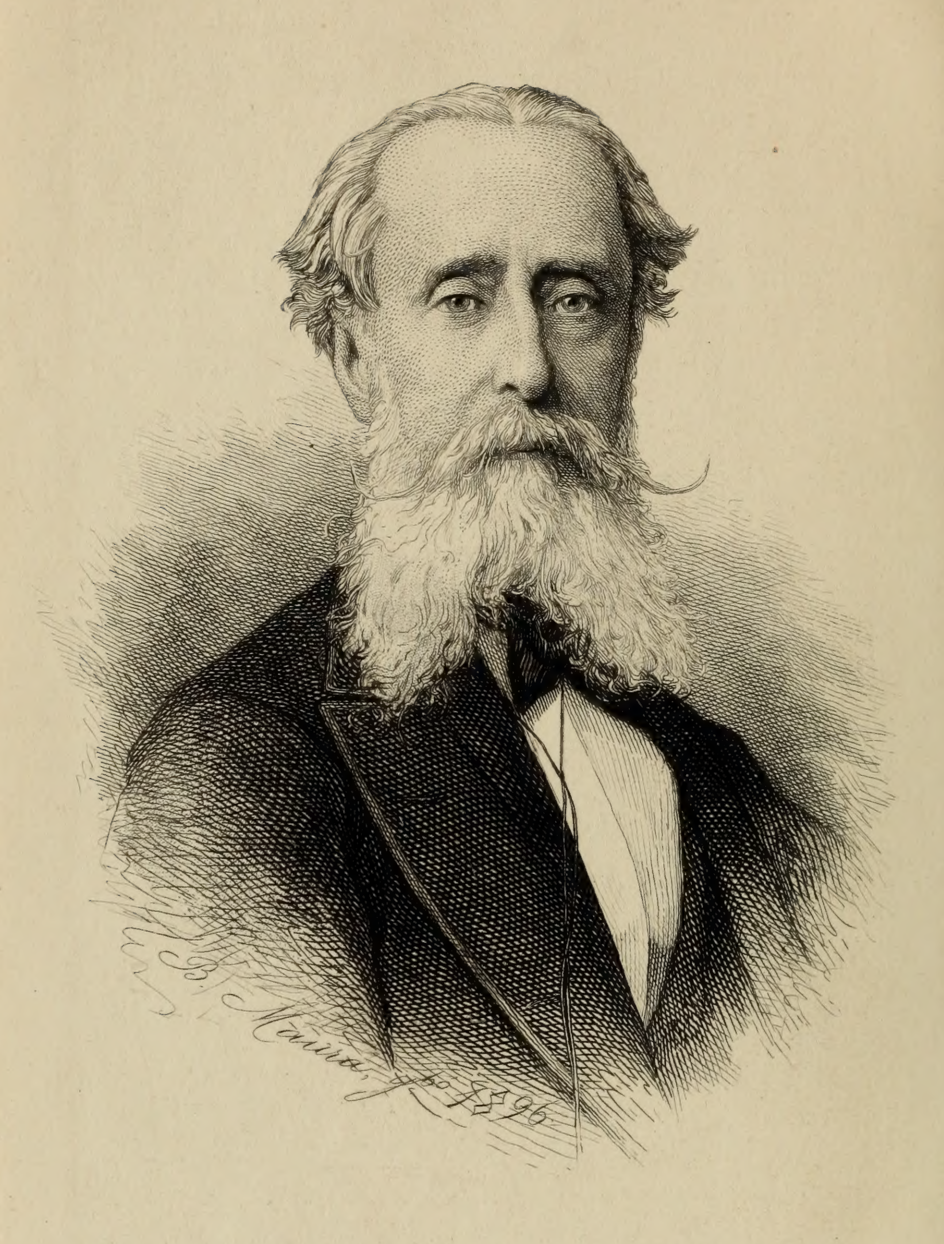
POESÍAS LÍRICAS Y DRAMÁTICAS

Al notable escritor Sr.
Dn Vicente Casanova.

Recuerdo de mi amado
padre.

Su afectísima amiga
La Marquesa de Valmar

Enero 1904.



El Marqués de Valmar

POESÍAS

LÍRICAS Y DRAMÁTICAS

DEL

Excmo. Sr. D. Leopoldo A. de Cueto

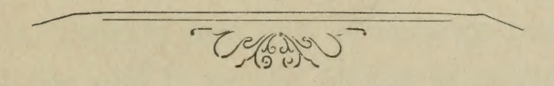
MARQUÉS DE VALMAR

de la Real Academia Española.

CON UN PRÓLOGO DE

D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO

de la misma Academia.



MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»
IMPRESORES DE LA REAL CASA
Paseo de San Vicente, núm. 20

1903

PRÓLOGO

La piedad filial reune en este volumen las poesías líricas y dramáticas que dejó dispuestas para la imprenta el Excmo. Sr. D. Leopoldo A. de Cueto, Marqués de Valmar, cuya pérdida lloraron la amistad y las letras patrias en 20 de Enero de 1901. Yo, que entre los recuerdos de mi juventud conservo como uno de los más gratos el de la feliz casualidad que me hizo conocer á aquel varón tan digno y respetable, de quien recibí guía y consejo en mis estudios y á quien debí inolvidables muestras de aprecio y confianza, cumplo hoy con el encargo testamentario, honroso al par que triste, de dirigir la edición de estos elegantes versos, que continuamente han renovado en mi alma el dolor por la eterna ausencia del amigo querido, á quien larga distancia de años, y otra mucho mayor de doctrina y saber, no impidieron tratarme como fraternal compañero desde los primeros pasos de mi vida literaria. Sean las presentes líneas homenaje, aunque tardío y modesto, á su buena memoria, que durará en España mientras queden rastros de buenas letras y de exquisita cultura.

No es mi propósito trazar aquí la necrología del ilustre

académico, porque exigiría grande espacio la enumeración de los servicios que á su patria prestó, ya como diplomático, ya como hombre de letras. Su entendimiento claro y cultivado, su perspicacia crítica, su buen gusto ingénito no eran, por ventura, las cualidades de más precio que en él podía descubrir quien penetrase en su intimidad y estudiara á fondo su carácter. Sobre todas ellas descollaban la rectitud de su conciencia, la elevación y firmeza de sus ideas y propósitos, la noción austera que tenía del deber, la inquebrantable tenacidad que en medio de su dulzura acompañaba á todos sus actos. Naturaleza inclinada al bien, cumplidor ejemplar de todas sus obligaciones, caballero á toda ley, cristiano convencido y ardiente patriota, sirvió á España con tino y lealtad en muy difíciles empeños, sacando incólume el prestigio de la nación que representaba y haciéndola respetar de sus más potentes y codiciosos enemigos. Tanto en las modestas legaciones de Portugal, Holanda y Dinamarca, en que hizo su aprendizaje diplomático, como en las arduas negociaciones que condujo á feliz término con la poderosa República norteamericana, logrando por ventura aplazar una catástrofe inminente, Cueto se mostró no sólo empleado admirable, instruído como pocos en el derecho internacional, laborioso y concienzudo hasta la nimiedad, excelente escritor aun en la prosa de sus despachos, tan correctos y pulcros como su persona; sino profundo conocedor de los intereses y derechos de las naciones, observador agudo y penetrante de los acaecimientos políticos, y consejero fiel y continuo de lo que más importaba al bien y honra de España.

Cuando la severa é imparcial historia del reinado de D.ª Isabel II llegue á ser escrita, obtendrá justo galardón

el nombre de Cueto entre los nombres más esclarecidos del antiguo partido moderado, y tendrá sobre otros la ventaja de no ir mezclado para nada con la amarga historia de nuestras divisiones intestinas, puesto que la actividad de su talento y el tesón de su alma, que era tan enérgica con suaves apariencias, se emplearon constantemente en la política exterior, entendida y tratada por él con una elevación patriótica, de que puede dar muestra el célebre folleto escrito en 1860 con ocasión de la guerra de África y mandado recoger por el Gobierno unionista de aquellas calendas.

Cuando los desengaños de la política y la inflexibilidad de sus convicciones en puntos que estimaba muy esenciales alejaron á Cueto de la vida política y aun de su carrera diplomática, bruscamente interrumpida por la revolución de 1868, toda la energía de su perspicuo entendimiento, toda su increíble laboriosidad se concentraron en las dulces tareas literarias, que desde su primera juventud le habían servido de inseparable compañía y solaz provechoso en medio de la aridez de los negocios y de los graves cuidados de la vida. Pocos literatos de su tiempo podían competir con él en dotes naturales, y menos todavía en las que el estudio pule y acrecienta. Viva y amena era su fantasía, pero de tal modo disciplinada por el buen gusto que, admirando las grandiosas temeridades de las obras ajenas, tal vez pecaba por exceso de timidez en las propias. Hombre de afectos constantes y aun vehementes, los expresaba con más templanza que brío, y parecía menos apasionado de lo que realmente era. Quizá el recelo de extraviarse contenía los vuelos de su imaginación ágil y despierta, y le inclinaba en demasía á la elocuente y noble expresión de lugares comunes. Era su prosa diáfana y co-

rrectísima, sin un escollo, sin un tropiezo, pero acaso en su continua y modesta elegancia se echaba de menos alguna disonancia, alguna genialidad, alguna rudeza que entonase y fortificase el nervio del estilo. Siendo tan grandes su saber y su penetración crítica, se contenía á veces en la franca expresión de lo que pensaba, por temor de herir demasiado de frente las preocupaciones reinantes, y ser tachado de escritor paradójico. En su bella *Historia de la poesía lírica del siglo XVIII* hay de esto algunos ejemplos. Del conjunto de aquel memorable trabajo resulta vindicada en gran parte nuestra literatura de aquella centuria, no ya sólo en autores y obras determinadas, sino en el conjunto mismo, mucho más original y español de lo que el vulgo piensa: se ve que el crítico ha estudiado con amor las tareas de aquellos varones doctos y beneméritos, á quienes sólo el haber nacido en una época de transición obscura y laboriosa impidió ser contados entre los más ilustres de su patria; de aquellos ingenios más cultos que inspirados, á quienes nadie puede negar discreción y gracia en los géneros menores, nobles tendencias en la poesía elevada, y el mérito de haber restablecido, aunque fuese con cierta estrechez doctrinal, el imperio de la sensatez literaria. Y sin embargo, el Sr. Cueto, no por exceso de rigidez, que no cabía en su índole benévola, sino por transigir demasiado con la preocupación romántica que condenó á estos hombres sin excusa, porque toda generación literaria es fatalmente injusta con la que la precede, se muestra parco en la alabanza de los mejores, y quizá les pide cuentas de lo que nunca hubieran podido realizar dentro de las condiciones de su arte, más reflexivo que espontáneo, y de la sociedad ordenada y ceremoniosa en que vivieron.

Resulta de aquí cierta especie de contradicción entre los dictámenes del crítico y sus íntimas propensiones, y confieso que esta contradicción ingenua es para mí uno de los mayores encantos de tan excelente libro. Nadie puede escribir bien de un asunto sin estar enteramente penetrado de él, pero todavía escribirá mejor si se siente como atraído hacia él por invencible simpatía. Y Cueto, espíritu académico de los más atildados, era por su educación, por el refinamiento de sus gustos, por la complacencia que sentía en todas las cosas lindas y graciosas más bien que en las verdaderamente bellas y sublimes, por el arte de la vida social en que era consumado artista, por el talento de la conversación que poseía en alto grado, un hombre del siglo XVIII, en el buen sentido de la palabra. Lo que no heredó de aquel siglo, ni le hizo falta, fué la ligereza moral, el concepto frívolo de la vida, el superticial escepticismo, ni la malicia acre y corrosiva disimulada con máscara de buen tono. Cueto era un hombre bueno antes de ser un hombre culto, y era tan bueno, que los que no le conocieron de cerca pudieron tenerle por candoroso.

Clásica á estilo del siglo XVIII había sido la primera educación literaria que recibió en Sevilla. Lista y principalmente D. Juan Nicasio Gallego fueron sus maestros, y en ninguna parte hubiera podido encontrarlos mejores. Á uno y otro pagó digno tributo en su *Historia*, que tiene en muchas partes el interés anecdótico de las memorias personales. La robustez, la intachable corrección, la pompa y sonoridad del lenguaje poético de Gallego, que no se oponen á la férvida explosión de sus afectos, fueron constantemente admiradas por Cueto, pero nunca intentó asimilárselas, porque no cuadraban con su índole. Tomó de

su maestro, no la grandilocuencia, que quizá le hubiera llevado al énfasis, sino el respeto á la forma poética, la regularidad del plan, la que pudiéramos llamar lógica del estilo, el arte de composición, en una palabra, y juntamente el análisis sutil de los medios de expresión y de los efectos del ritmo.

La influencia de Lista fué menor en el joven Cueto que en otros contemporáneos suyos que habían recibido antes que él la misma enseñanza. Pero es cierto que le debió los gérmenes de su cultura crítica, y aquella especie de templado eclecticismo y justo medio á que el ilustre maestro sevillano había llegado en su vejez, aleccionado en parte por el renacimiento del espiritualismo filosófico y por las novedades de la escuela romántica, que aplaudía en su discípulo Espronceda y reprobaba en Víctor Hugo, á la vez que hacía amplias concesiones á la libertad literaria tradicional en nuestro arte, recomendando y difundiendo el culto del teatro de Calderón. Poco tenía de dura é inflexible la disciplina preceptiva que estos claros varones profesaban, y más bien sirvió de estímulo que de rémora á la juventud innovadora, trasmitiéndole sanas tradiciones y prácticas de buen gusto, y haciendo fácil y llano el tránsito de la literatura del siglo XVIII á la del XIX.

Cueto, que estaba enlazado por muy estrechos vínculos de parentesco con el primero en fecha de los tres grandes poetas del romanticismo español, y que además pasó buena parte de su juventud en París, haciendo vida de estudiante y de artista, precisamente en los años heroicos de la invasión y el triunfo de la nueva escuela lírica y dramática, entró de lleno en la corriente avasalladora, y fué romántico fervoroso, aunque más por imaginación que por sentimiento, y más como tributo pagado á los ardo-

res de la juventud y á los devaneos de la moda, que por intrínseca necesidad y temple peculiar de su ingenio. Le cautivó el elemento tradicional é histórico que la nueva literatura contenía, pero del subjetivismo apasionado, que era la mayor novedad que los románticos traían al arte, de la grande y tempestuosa poesía de Byron y sus secuaces, se mantuvo siempre muy lejano, sin pasar del florido sendero de la melancolía lamartiniana. Hizo entonces muchos versos, algunos de los cuales van reproducidos en la colección presente, habiendo condenado su autor, quizá con rigor excesivo, otros muchos que no carecen de ternura y delicadeza, y que, á pesar de las inexperiencias de la primera mocedad, se recomiendan por una firmeza de estilo que anuncia la severidad del crítico futuro en los escrúpulos del lírico principiante.

Porque no la poesía, sino la prosa, narrativa, expositiva, didáctica, era la verdadera vocación de Cueto, y el campo en que había de conquistar títulos de nobleza literaria no sujetos á ninguna especie de controversia. Se dirá que escribió poco, habiendo gozado de tan larga y laboriosa vida; pero, en cambio, nada de lo que dejó escrito puede desdeñarse, y casi todas sus monografías críticas son modelos acabados en su línea. No improvisaba, y hacía bien: leía mucho y metódicamente antes de escribir una línea: su rigurosa conciencia no se satisfacía nunca con la investigación incompleta, con la erudición á medias, con la cita de segunda mano, con la aproximación vaga ó el juicio incierto. Su *Historia*, ya mencionada, de los líricos del siglo XVIII, y la colección que formó de sus obras más selectas, fueron tareas que le absorbieron doce años, obligándole á escudriñar todo género de bibliotecas y archivos particulares, á recoger los vestigios

de la tradición oral donde quiera que pudiesen existir, á escribir y consultar sin tregua á cuantos aficionados podían comunicarle alguna noticia, y á perseguir con insistencia, casi siempre recompensada por el éxito, las colecciones de versos inéditos, los borradores de los poetas y poetastros de toda una centuria en que la producción métrica fué abundantísima, sus correspondencias familiares, todos los rastros que habían dejado de su existencia, hasta en los más apartados rincones de España. Gracias á Cueto, tenemos la colección más cabal y la historia más completa, elegante, anecdótica y amena que hasta ahora se ha escrito de ningún período de la literatura española. ¡Lástima que este período, con ser muy interesante, y ya hemos indicado cuánto lo es á nuestros ojos y cuán sin razón se le desdeña, no tenga, ni para españoles ni para extranjeros, el valor de aquellos otros de excepcional majestad y pujanza, de fecundidad irrestañable y fuerza creadora, en que el genio español brilló con sus propios y nativos caracteres é impuso á Europa su triunfante literatura! Á Cueto le tocó la tarea menos lucida, la de escribir la historia de un siglo en que no éramos ya influyentes, sino influídos, aunque por ventura menos que ahora. Pero esta tarea la desempeñó de un modo magistral como colector y como crítico, y puede decirse que hizo suyo el siglo XVIII por derecho de conquista. Nada ó casi nada de lo que merece vivir en la era poética que precedió inmediatamente al romanticismo, quedó olvidado: quizá la tercera parte de la colección se formó con materiales inéditos, y en vez de las secas y algo superficiales noticias que los poetas de los siglos XVI y XVII llevan en otros tomos de la *Biblioteca* de Rivadeneyra, lograron sus humildes y desdeñados sucesores extensas biografías, notas críticas de todo género,

además del memorable estudio preliminar, que su autor graduó modestamente de *bosquejo.* Obra es ésta que trasciende con mucho de los límites de una apreciación puramente literaria, y llega á penetrar en la historia moral de aquel siglo, tan ceremonioso y tranquilo en la superficie, tan agitado y revuelto en el fondo. Si en el magnífico trabajo del Sr. Cueto puede una crítica muy adelgazada notar cierta falta de método y alguna digresión demasiado episódica, y reparar también algunas omisiones de poca monta, que sólo se hacen visibles por lo mismo que el autor parece haber agotado la materia, nadie ha de negar el eminente mérito de esta obra, que tiene páginas dignas de la elocuente pluma de Villemain, y otras que recuerdan la curiosidad biográfica de Sainte-Beuve sin su malicia. La mayor prueba de la excelencia del trabajo de Cueto es la fuerza sugestiva que ha tenido en otros investigadores, renovándose, gracias á él, los estudios sobre el siglo XVIII español, que estaba enteramente abandonado, y que hoy empieza á ser una de las épocas mejor conocidas, como lo patentizan, para no citar otros autores, el bello y curioso libro del P. Gaudeau sobre el P. Isla, y las monografías, sólidamente documentadas, riquísimas de toda clase de erudición nueva y recóndita, que D. Emilio Cotarelo ha publicado sobre los Iriartes, sobre D. Ramón de la Cruz y sobre los principales actores que ilustraron la escena española en aquella centuria. Los mejores libros, á lo menos en historia, no son los que quedan aislados y sin eficacia, sino los que engendran por contagio y estimulo otros libros excelentes.

La *Historia de la poesía lírica* es, á mi juicio, la corona de Cueto como crítico. Dignamente la acompañan otros estudios, unos coleccionados y otros no, entre los cuales

citaré primero, por referirse á personajes nacidos y educados en el siglo XVIII, la imparcial y animada biografía del Conde de Toreno, clásico narrador de nuestras campañas de la independencia; el brillante á la par que sesudo discurso sobre Quintana, leído por nuestro D. Leopoldo al tomar posesión de la silla que dejó vacante en la Academia Española el ínclito cantor de *la Vacuna* y de *la Imprenta*; y el *Elogio* académico del Duque de Rivas, restaurador de nuestra poesía épica en *El Moro Expósito* y en los *Romances históricos*, y patriarca de nuestro teatro romántico en *Don Álvaro*. Páginas son todas éstas para la historia literaria del siglo XIX, y páginas de las que la posteridad debe recoger con más cuidado, no sólo por la elevación de miras, amplio criterio y severa rectitud del juez, sino porque habiendo estado muy cerca de sus modelos, pudo estudiarlos muy á fondo, y comunicarnos, especialmente en el último de los citados escritos, pormenores de carácter íntimo y familiar que, apuntados con sobria sencillez, completan la fisonomía moral del personaje retratado, y aun suelen dar la clave de algunos aspectos de su talento.

Durante sus mocedades ejerció Cueto la crítica de teatros en *El Piloto* y otras publicaciones, y con sus artículos podría formarse razonable volumen; pero rígido en demasía con sus producciones, condenó al olvido todo lo que le parecía de interés efímero, y sólo quiso incluir en la colección de sus trabajos el magistral estudio que con ocasión de la *Virginia* de Tamayo (obra privilegiada entre nuestros ensayos de tragedia clásica) escribió sobre las vicisitudes y formas diversas de aquel tema poético, que acaso logró en el autor castellano su realización más intensamente dramática y más profundamente humana, sin menoscabo de la puntualidad arqueológica.

Versadísimo Cueto en la historia de todos los teatros antiguos y modernos, sobre todo del español y del francés, y muy aficionado á los estudios de literatura comparativa, que daban continuo alimento á su curiosidad siempre despierta y á su ingenio sutil y agudo, ha dejado notables ensayos de dramaturgia general, como *Los Hijos vengadores* (Orestes-Hamlet) y el discurso sobre *El Sentido moral del teatro*, en que la intachable pureza ética de la doctrina no empece en nada á la sincera y calurosa expresión del entusiasmo estético, aun en presencia de las mismas obras cuya tendencia condena.

Era Cueto erudito sin pedantería, pero de rara y sólida erudición en muchas cosas. Quizá le faltase, como á otros de su tiempo, el conocimiento directo de la antigüedad clásica, ó á lo menos una comunicación íntima y franca con ella, sin el velo de intérpretes más ó menos fieles. Pero aun esto procuró remediarlo en alguna manera, y yo soy testigo de los esfuerzos que hacía para leer á los antiguos en sus originales. Su cultura había sido principalmente francesa, y con tal perfección llegó á dominar aquel idioma, que en francés escribió para la *Revista de Ambos Mundos* un largo estudio sobre el *Cancionero de Baena*, mereciendo por su corrección y elegancia los plácemes de tan gran maestro como Próspero Mérimée. Este mismo conocimiento que de la lengua francesa tenía le llevaba á ser purista muy escrupuloso en la propia, y la verdad es que en sus obras se encuentran pocos galicismos de palabras, pero suele haber un galicismo sintético, un hábito de pensar en francés y de traducirse á sí propio, con un vocabulario muy puro pero no muy rico y una construcción más lógica que plástica, más apta para hablar á la razón discursiva que para expresar la realidades concre-

tas. Pero su estilo, tal como era, estaba en perfecta armonía con su índole disciplinada y metódica, y tiene, no sólo corrección negativa, sino cualidades buenas y sólidas aunque parezcan modestas: la claridad, sobre todo, en grado sumo.

Fué el Marqués de Valmar grande estudioso de la literatura española, y no sólo en sus épocas clásicas, sino en sus orígenes y primitivos monumentos, sin que le arredrasen las investigaciones más difíciles y los textos más áridos. Ya en el citado artículo sobre el *Cancionero de Baena* rayó tanto como el que más de los críticos de su tiempo, elevándose á consideraciones históricas que todavía distaban mucho de ser vulgares y que hoy mismo pueden servir de enseñanza. Á nadie sorprendió, pues, que la Academia Española, en 1872, pusiese sobre sus hombros, fatigados ya por el peso de los años, pero sostenidos por el brío indomable de su voluntad, una de las empresas más hercúleas que podía acometer la erudición literaria, tanto que parecía temeridad á los ojos de muchos.

Las cuatrocientas *Cantigas de Santa María*, en que exhaló su ardiente devoción el Rey Sabio, increpaban con mudas voces desde las bibliotecas de El Escorial y de Toledo á la inerte y olvidadiza erudición española, que dejaba en el polvo tales tesores, mientras contemplaba indiferente á los filólogos de Italia y á los editores de Alemania divulgar uno tras otro nuestros primitivos cancioneros galaico-portugueses. *Las Cantigas* eran una especie de libro de lujo que solía exhibirse en El Escorial á los profanos visitantes para que se recreasen con los vivos colores de las miniaturas: algunos eruditos las habían hojeado con mano distraída, formando sobre ellas someros y generalísimos juicios, que los dispensaban de internarse

más en aquella intrincada selva de leyendas: la inmensa mole de *Las Cantigas*, el dialecto en que están escritas, la especial erudición que el examen de su contenido requiere, eran circunstancias bastantes para arredrar á los amigos de la literatura fácil y amena. Los insignes eruditos extranjeros que en gran parte renovaron nuestra historia literaria de los tiempos medios, no pudieron adelantar nada en este punto, porque les faltó la inspección personal de los códices en que se guarda el cancionero sacro del rey de Castilla. Era imposible juzgar del valor é importancia de *Las Cantigas* mientras *Las Cantigas* no estuviesen totalmente impresas. No habían faltado esfuerzos de iniciativa individual para lograrlo, pero naturalmente hubieron de fracasar ante invencibles dificultades materiales.

Á la Academia Española, y muy particularmente á su dignísimo socio el Marqués de Valmar, en quien depositó su confianza, cabe la gloria de haber puesto en manos de los doctos una reproducción, no solamente cabal, sino monumental y espléndida, del texto de las *Cantigas*. Diez y siete años duró la edificación de tal monumento, y este plazo, largo en sí, no lo parecerá tanto á quien considere que toda la labor de la introducción y del glosario cargó, puede decirse, sobre los hombros de una sola persona, que para ejemplo y enseñanza de todos, en estos tiempos de pereza de espíritu y de facilidad abandonada, era un anciano tan débil y achacoso de cuerpo como robusto é incansable de entendimiento, que quiso, y en parte logró, suplir con los prodigios de su trabajo individual lo que en otros países más afortunados hubiera sido tarea suficiente para una legión de trabajadores educados en los métodos de la filología romance. Cueto empezó á

estudiar sus rudimentos en edad sexagenaria, cuando en España no se aprendían ni se enseñaban, á lo menos oficialmente, en ninguna parte, como no fuese en algún rincón de la desierta Escuela de Archiveros; cuando no había más provenzalista ni más romanista digno de este nombre que el venerable Milá y Fontanals.

Hasta lo que sobra en la edición de las *Cantigas* revela un esfuerzo tan meritorio y tan heroico, una honradez de investigación tan loable, que apenas hay palabras con que encarecerlo ni gratitud con que pagarlo. Y, sin embargo, esta obra regiamente impresa se conoce muy poco. La misma magnificencia de la edición dificulta su manejo y la hace sumamente embarazosa para todo estudio formal y seguido. Teme uno estropear tan preciosos volúmenes dejándolos rodar sobre la mesa de trabajo, y por otra parte es necesario un atril para moverlos.

Pero, dejando á un lado lo material de la edición, conviene fijarse en el inmenso trabajo de interpretación y comentario que acompaña al texto. El vocabulario ocupa más de una tercera parte del segundo tomo, y es un alarde de ciencia y paciencia aplicadas á una materia enteramente virgen, y en que «sólo el atreverse era heroísmo», según la sabida frase de Reinoso. Llénase el ánimo de asombro y reverencia cuando se considera que este *Glosario* no es obra de un gramático de profesión, sino fruto del esfuerzo personal de un filólogo *autodidacto* que no pudo aprender de joven lo que en su tiempo no se sabía, y que tocando ya en los umbrales de la vejez, emprendió por sí solo un estudio árido, prolijo, ingrato para quien había pasado toda su vida en las amenidades de la crítica estética y en el trato familiar con los más altos ingenios de todas las literaturas. Que en este *Glosario*, y sobre todo en la parte

etimológica de él, haya cosas controvertibles y acaso erróneas, como en todos los glosarios del mundo; que se noten en él faltas y sobras y quizá cierto abuso de erudición extemporánea, defecto en que fácilmente cae el que tiene á la vista tantos y tan ricos materiales como se han ido acumulando sobre algunas ramas de la filología neolatina, son lunares que no afean el mérito del conjunto, que es, además de un grande y útil trabajo, un bueno y meritorio ejemplo, con que se despidió de esta vida aquel estudiante perpetuo.

Después de la lengua de las *Cantigas*, lo primero que llama la atención en ellas son los orígenes de cada una de las tradiciones devotas que este vastísimo repertorio encierra. No hay colección más rica de leyendas acerca de la Virgen, en toda la literatura de la Edad Media. Este punto está sabia y magistralmente tratado en el capítulo IV de la opulenta introducción del Marqués de Valmar, en que se agrupan y clasifican aquellas fuentes, ya procedan de legendarios latinos de la Edad Media, ya de narraciones latinas de carácter menos universal y cosmopolita, formadas, por lo general, en santuarios famosos, ya de colecciones de milagros escritas antes de fin del siglo XIII en las demás lenguas del Mediodía, ya de tradiciones y consejas orales, ya de impresiones y recuerdos de la propia vida del sabio Rey ó de las personas de su familia. Secundaron al Marqués de Valmar en esta tarea varios investigadores extranjeros, distinguiéndose entre ellos, por el número y la rareza de las indicaciones que aportó al trabajo común, el doctísimo profesor de Viena Adolfo Mussafia. Las hay también, muy curiosas y estimables, de Meyer, de Alejandro de Ancona, de Ernesto Monaci, de Emilio Teza, de Teófilo Braga, de nuestro P. Fita y

de algunos otros. Poco de importancia faltará en tan copioso arsenal bibliográfico.

Á este trabajo acompaña otro no menos prolijo, difícil y meritorio; tanto, que á los menos aficionados puede ahorrarles la lectura seguida del libro, y á los que quieran estudiarle con fundamento, ó recordarle después de estudiado, les sirve de índice razonado y de guía segura y sistemática. Es un extracto de los argumentos de las *Cantigas*, clasificados, además, por grupos, para que sea más fácil comparar entre sí las de asuntos análogos, y apreciar los distintos matices de expresión que toma en la Edad Media la devoción á la Virgen.

El voto de los críticos más autorizados, entre los pocos que tienen autoridad en estas materias, no ha podido ser más favorable al trabajo de nuestro venerado amigo é inolvidable compañero; y por si acaso se tachase de sobra de afición el nuestro, bastará citar el testimonio del insigne profesor de la Universidad Romana y editor de los Cancioneros portugueses de la Edad Media, de quien puede decirse que ha convertido en dominio suyo esta provincia de la historia literaria. Decía, pues, Ernesto Monaci en una Memoria leída en 1892 á la Academia *dei Lincei*: «Ahora ya podemos estudiar la obra poética de Alfonso como si tuviésemos á la vista las copias mismas que él nos dejó; y mejor todavía, porque aquí el texto va acompañado de un concienzudo glosario; y la bibliografía de los manuscritos está enriquecida de copiosas é importantes noticias; y todo, todo lo que puede ayudar al lector en el estudio de las *Cantigas*, de su historia y de su contenido legendario, se encuentra magistralmente recogido en una prefación y en un comentario de más de 300 páginas, por el cual los estudiosos debe-

rán estar eternamente agradecidos á la doctrina y á las fatigas del benemérito Marqués de Valmar.»

Rápidamente hemos bosquejado la semblanza del señor de Cueto como crítico: los versos que ahora se imprimen completarán el retrato del escritor y del hombre. Escritos á veces para la intimidad, expresan siempre con noble sencillez y lisura afectos generosos, sanas idealidades, acendradas creencias, una vida espiritual, en suma, que no podía menos de ser eminentemente poética y dar frutos de belleza y de bien. La religión y la patria, el amor, el arte, la caridad heroica y la abnegación obscura, la gentil cortesanía que alegra y embellece la vida, son los principales temas de la inspiración de nuestro poeta, que muy rara vez narra ó describe, complaciéndose más en la sincera expansión lírica. No se hallarán en sus versos aquellas grandes y originales bellezas que subyugan el ánimo con fuerza irresistible; aquellas intuiciones del mundo real que le transfiguran simbólicamente y nos hacen leer en el símbolo conceptos de trascendental sabiduría; aquella visión mágica de la naturaleza que nos penetra y envuelve lánguidamente y se asocia por recóndita simpatía con los estados de nuestra alma; aquella taumaturgia poderosa que nos conduce á penetrar el enigma de las cosas por rumbos más seguros que los del pensamiento discursivo; aquella elevación del alma sedienta de lo infinito, que asciende por la escala de Jacob de la contemplación mística; aquella profunda y vigorosa psicología poética que da valor perpetuo y humano al caso particular y deleznable del sentimiento; aquel dón de lágrimas que las hace inmortales hasta cuando proceden de origen impuro; aquella elocuente y desesperada angustia que afirma por la grandeza satánica de la contradicción

el mismo ideal que niega; aquella perenne y continua efervescencia de pensamientos y pasiones que será timbre eterno del gran siglo poético que hemos visto fenecer. Por lo mismo que Cueto pertenecía á este siglo, y admiraba y frecuentaba tanto á los inmortales líricos que en todas las literaturas de Europa desataron la voz casi simultáneamente, haciendo oir un canto no aprendido; por lo mismo que en su mente de crítico se reflejaban con tanta claridad sus peculiares bellezas, no aspiraba á imitar á ninguno, conocía sus propias dotes, vivía satisfecho en su esfera luminosa y plácida, y gustaba de beber en su copa aunque fuese ó pareciese pequeña. Su poesía sensata y honrada, discreta y graciosa, brota sin esfuerzo de su alma, como brotaba el raudal perenne de su conversación siempre grata é insinuante, que enseñaba sin querer y dejaba siempre alguna semilla de bondad en el ánimo de quien atentamente le escuchaba.

Dos ensayos dramáticos del Sr. Cueto acrecientan esta colección de sus versos líricos. Obra de su juventud el primero, *Doña María Coronel*, representado con éxito en 1844, y fundado en una célebre tradición sevillana, tiene las buenas cualidades y los defectos del drama romántico de su tiempo, pero su autor fué en demasía severo con él no consintiendo en refundirle para que apareciese nuevamente en las tablas. Encontraba excesivamente siniestro y feroz el personaje de don Pedro, y algo semejante á los tiranos abstractos de Alfieri; convencional el del paje platónicamente enamorado de D.ª María; violentas algunas situaciones; y sólo en los dos últimos actos creía haber interpretado bien el carácter sublime de la heroína, mártir de la castidad. Olvidaba, sin duda, la frescura juvenil del conjunto, el halago de la versificación armoniosa

y fácil, y á trechos nutrida y robusta, el interés positivo del argumento y la fuerza trágica de algunas escenas. Cualidades son todas éstas que justifican la reimpresión de *Doña María Coronel*, que ha de ser leída con agrado, sean cuales fueren sus condiciones escénicas.

Obra de su madurez la tragedia *Cleopatra*, puso en ella el Marqués de Valmar toda la conciencia de un arte reflexivo y severo, comenzando por hacer minucioso estudio de las fuentes históricas concernientes á la última reina de Egipto, y de todas las obras literarias compuestas sobre el mismo argumento. No intentó la competencia con Shakespeare, y aun huyó cuidadosamente de imitarle. Concibió de otro modo el asunto y la psicología de su heroína; dejóse llevar de una tendencia vindicatoria muy marcada; cuidó la precisión del detalle arqueológico; simplificó el plan todo lo posible, y buscó en el diálogo la expresión más natural y sencilla dentro de la majestad del coturno trágico. Bien pensada, bien concertada la fábula, se inclina más á la libertad y animación del drama moderno que á la artificial construcción de la tragedia neoclásica, y el estilo corre desembarazado de toda afectación y énfasis, sin caer por eso en una familiaridad pedestre que sería el peor de los anacronismos aplicada á tales figuras históricas. No sabemos si alguna vez llegará á representarse *Cleopatra*. Su autor no lo pretendió nunca, y acaso no la escribió con este intento; pero todo hombre de gusto recorrerá con fruición las páginas de este atildado estudio dramático, nuevo testimonio de la extraordinaria y selecta cultura de aquel hombre, versado en todas las literaturas y en todas las artes, y fino amador y conocedor de sus primores; de aquel que, aprovechando en bien de su patria hasta sus ocios diplomáticos, caste-

llanizó gallardamente en *La Rusalka* una de las más felices inspiraciones de Puskin, trayendo á nuestra literatura la primera muestra de la exótica flora moscovita; de aquel que en pública y reñida licitación conquistó en Copenhague, para nuestro Museo del Prado, la única estatua de Thorwaldsen y el más bello ejemplar de escultura clásica moderna con que puede envanecerse.

M. Menéndez y Pelayo.

DOÑA MARÍA CORONEL

ó

NO HAY FUERZA CONTRA EL HONOR

DRAMA

Al Señor

Don Gonzalo María de Cueto

BRIGADIER DE ARTILLERÍA

Su cariñoso y reverente hijo

El Autor.

«La prisión de D. Juan de la Cerda y voz de que no saldria de ella con vida, obligó á su mujer D.ª Maria Coronel á partir á implorar su perdón; halló al Rey en Tarazona, que cierto de que cuando ella volviese con el perdón lo hallaria muerto, como habia enviado á mandar que se ejecutase con Ruiz Pérez de Castro, su ballestero, se lo concedió. Volvió la heroica matrona alegre con el engañoso despacho, pero halló muerto ya á su marido.....

»De su casta resistencia al amor lascivo del Rey se refieren notables sucesos, de que ni el tiempo, ni si fueron antes ó despues de su viudez, se señala. Que perseguida de la afición real, que temió violenta, se retiró al convento de Santa Clara de esta ciudad, y que aun en él no estuvo segura, porque fue mandada entrar á sacar por fuerza..... Viendo no poderse evadir de su llevada al Rey, abrasó con aceite hirviendo mucha parte de su cuerpo para que las llagas le hiciesen horrible, con que escapó su castidad á costa de prolijo y penoso martirio..... Considere estas acciones quien á las de este Rey buscare criticas disculpas.»

(*Anales eclesiásticos y seculares de la ciudad de Sevilla*, por D. Diego Ortiz de Zúñiga.)

Estos pasajes han dado la idea y el fundamento del presente drama.

Si bien la mayor parte de las anécdotas y sucesos extraños que corren del rey D. Pedro merecen el nombre de fábulas, que con razón les daba el sesudo Argote de Molina, no pertenece, sin embargo, á este número el lance que refiere en las palabras citadas el analista Ortiz de Zúñiga. Atestiguan la tradición de aquel sublime martirio las manchas que todavia se advierten en el cutis del cuerpo incorrupto de D.ª Maria Coronel, que se expone anualmente en Sevilla á la veneración pública.

Por lo demás, aunque el autor ha seguido los recuerdos históricos en la base del argumento y en aquella parte del carácter de los personajes que puede fundarse en hechos, ha descuidado la historia, y aun á veces se ha apartado deliberadamente de ella en la combinación de ciertos lances y pormenores, persuadido de que en un drama es más importante no desatender las condiciones naturales y lógicas del asunto que sacrificarlas á un alarde de minuciosidad y escrupulosa exactitud, ociosa é inconducente en este género de escritos.

INTERLOCUTORES

El rey D. Pedro el Cruel.
Don Juan de la Cerda.
Roger, doncel del Rey.
El obispo D. Nuño.
Doña María Coronel.
La Padilla.
Guiomar, dueña de D.ª María Coronel.
Juan Diente, ballestero del Rey.
Cortesano 1.º
Cortesano 2.º
Una dueña.
Un ballestero.
Cortesanos, hombres de armas, maceros, etc.

La acción pasa, en el primer acto, en un castillo, á algunas leguas de Sevilla.—En los actos segundo y tercero, en el Alcázar de Sevilla.— En el cuarto, en el monasterio de Santa Clara de la misma ciudad.

ACTO PRIMERO

Noche: habitación de un castillo, adornada con lujo por el gusto árabe. Un pilar enmedio.—Puertas á ambos lados y en el fondo.

ESCENA PRIMERA

GUIOMAR, con impaciencia.

GUIOMAR.

¡Ah! ¡Cuánto tarda el galán!

Aplicando el oído á la puerta de la izquierda.

No siento el menor ruído.....
¡Jesús! ¡Buena la armarán
si antes que el desconocido
acierta á venir don Juan!
¡Me estremezco!.... Un caballero
aquí introducir es mengua;
pero ¡ay! es tan altanero,
que contradecirle quiero
y se me anuda la lengua.
Alto estado y jerarquía
tiene el atrevido mozo;
que yo le he visto, á fe mía,
por debajo del embozo
un collar de pedrería.

Para él no hay ningún reparo;
mas yo sé (¡no quiera Dios!)
que puede costarnos caro
si aquí se encuentran los dos.....
¡Dadme, Señor, vuestro amparo!
Él demuestra mucho amor,
es osado y es brioso;
mas también de mi señor
debe temerse el furor,
que es amante y es esposo.....
Yo no sé lo que hacer debo;
¡pero es tan dura mi suerte
y tan fogoso el mancebo.....
que ¡ay Dios! me dará la muerte
si á resistirle me atrevo!
Soy digna de compasión.....
¡Yo apelar á mil engaños
por su funesta afición!
¡Yo manchar con la traición
la lealtad de tantos años!.....
Su oro desprecié tenaz;
mas sus amenazas temo,
que es poderoso y audaz,
y yo le juzgo capaz
de cualquier terrible extremo.
Sé que dejarle aquí entrar
podrá ocasionarme enojos;
mas sabe tan bien mandar,
que me hace bajar los ojos
y servirle, á mi pesar.
Señor, ¿quién es este hombre
que ostenta tal poderío,

que así tuerce mi albedrío?
¿Por qué me oculta su nombre?....
Pero ya llega ¡Dios mío!

Llaman con cautela á la puerta de la izquierda.

¡Tres golpes!..... Él es.

Va á abrir.

ESCENA II

GUIOMAR, el REY embozado, ROGER. Vienen acompañados de tres hombres, también embozados.

REY.

A los que le acompañan.

¡Entrad!

GUIOMAR.

Aparte.

¡Cinco vienen! ¡Dios me valga!

REY.

Los hace entrar á todos, menos Roger y Juan Diente, en la habitación de la derecha.

Ahí el momento aguardad,
y en tanto ninguno salga:
ya sabéis mi voluntad.

GUIOMAR.

Al verles entrar.

¡Santo Dios! ¿Qué es lo que hacen?.....

REY.

Calla, dueña, y ten prudencia,
y sírvate de advertencia
que unos para el mando nacen

y otros para la obediencia.
No olvides, si no estás loca,
que mucho debe temer
quien mi cólera provoca,
y que á tí solo te toca
el callar y obedecer.

Guiomar pone el dedo en la boca con un gesto de temor, en señal de asentimiento.

Y tú, Juan Diente, está alerta,

En voz baja.

y en llamándote saldrás,
y á una persona atarás
á ese pilar, viva ó muerta.

JUAN DIENTE.

¿Tenéis que mandarme más?

REY.

Juan Diente, cuidado ten
de que aquí ignoren quién soy:
á los ojos que no ven
sabes el valor que doy.
¿Me comprendes?.....

Juan Diente inclina la cabeza.

Está bien.

JUAN DIENTE.

¿Y cuál será la señal?

REY.

En dando yo una palmada
con ellos al punto sal.

Juan Diente entra en la habitación mencionada.

Vos, Guiomar, estad callada,
y no temáis ningún mal.
Sabed que mi amor procura

vencer á doña María;
cifro en ello mi ventura,
y por fuerza ó por dulzura
su belleza será mía.
  Saldrá de este obscuro techo
que marchita sus abriles.

ROGER.

Aparte.

¡Mal reprimo mi despecho!
¡Qué sentimientos tan viles
quepan de un rey en el pecho!

REY.

  Viva la hermosa á mi lado;
que ha de ser su lugar, pienso,
tan feliz como envidiado,
cuando reciba el incienso
de mi pecho enamorado.
  Aquí su beldad no brilla,
y pues cumple á mi deseo,
vaya esta noche á Sevilla
á ser ornato y recreo
de la corte de Castilla.
  Dará envidia á las mujeres;
á los más esclarecidos
verá á sus plantas rendidos,
y tendrá cuantos placeres
embelesan los sentidos.
  De mi pecho allí el ardor
calmará con sus caricias,
y yo premiaré su amor
con un mundo de delicias.

ROGER.

Mal la conocéis, señor.

REY.

Eres muy joven, Roger,
y la experiencia te falta;
tú no puedes conocer
cuanto el esplendor exalta
la razón de una mujer.

ROGER.

Pero conozco á María;
su corazón es sencillo,
y sé que ni un solo día
la Corte preferiría
á la paz de este castillo.
Tan modesta como hermosa,
no hay en su pecho ambición,
ni alienta para otra cosa
que para cumplir de esposa
la sagrada obligación.
A su honor no ha de faltar
si le dieran mil coronas,
que es pura como un altar.....

REY.

Mucho la virtud abonas
de esa mujer singular.

ROGER.

Con pasión.

¿Y qué puedo decir yo?.....
Un alma más noble y pura
no se halla en la tierra, no:
jamás el cielo formó
tan perfecta criatura.

REY.

Con intención.

Vivo es tu entusiasmo, á fe.

ROGER.

Bajando los ojos.

Ya sabéis que cuando niño
á su lado me crié:
recuerdos son del cariño
que le tuve.

REY.

Grande fué
afición tan sostenida,
y que tales huellas deja.
Si en algo estimas la vida,

Con furor concentrado.

de ese cariño te olvida:
don Pedro te lo aconseja.

ROGER.

Ofenderos no creí.....

REY.

Pero imaginaste, necio,
para apartarme de aquí,
que el anuncio de un desprecio
pudiera arredrarme á mí.
Ignoras, y te perdono,
que tanta virtud no existe;
tú verás en su abandono
que una mujer no resiste
al atractivo del trono.
El alma al honor más fiel,
cede al brillo peregrino
que lanza el regio dosel.

ROGER.

Aparte.

Siempre un corazón mezquino
juzga á los demás por él.

REY.

Y ¡vive Dios! que quisiera,
por lograr mayor trofeo,
que, cual tú la pintas, fuera;
que una belleza altanera
enciende más el deseo;

Con decisión.

y si engaña mi esperanza,
y es ingrata á mi querer,
apelaré á mi poder:
todo la fuerza lo alcanza,
y el temor la hará ceder.

ROGER.

Aparte.

Pues yo perderé gozoso,
si él su virtud atropella,
mi ventura y mi reposo,
y me creeré venturoso
si logro morir por ella.

ESCENA III

DICHOS. D.ª MARÍA CORONEL, que llega por el fondo.

DOÑA MARÍA.

Con gran sorpresa y agitación.

¡Cielos! ¡Dos hombres aquí!.....
¡En mi estancia y á esta hora!.....

REY.

Con afectación.

¿Qué os hemos hecho, señora,
para que os turbéis así?

ROGER.

Apartándose á un extremo del teatro.

Aquí me estaré escondido;
que aunque mi crimen no sea,
al mirar acción tan fea,
¡vive Dios! que estoy corrido.

REY.

No ha sido la intención mía
causarte, hermosa, temor;
por no darte sinsabor
cuanto tengo perdería.
Recobra tu antigua calma,
angelical criatura;
que por labrar tu ventura
está impaciente mi alma.

DOÑA MARÍA.

¡No entiendo lo que decís!

REY.

Digo que yo sé, en verdad,
que esta triste soledad
os causa tedio.

DOÑA MARÍA.

Mentís.

Aquí vi la luz primera;
en esta mansión hermosa
siempre he sido venturosa,
y en ella morir quisiera.
Aquí, exenta de cuidados,

mis pesares se adormecen;
y aquí mi vida embellecen
el amor de mis criados,
  de mi esposo la constancia,
y la más dulce ilusión
de un sensible corazón,
los recuerdos de la infancia.
  Vivo amando cuanto veo,
y nada me causa enojos;
que encuentran doquier mis ojos
cuanto basta á mi deseo.
  Mayor dicha el alma mía
ni conoce ni ambiciona,
y ni aun por una corona
mi ventura trocaría.

REY.

  Suele hablarse con desdén
de un bien que lejos miramos,
pero de opinión mudamos
cuando vemos cerca el bien.
  De una corona esplendente
tentador el brillo es;
acaso al verla á tus pies
la alzarás hasta tu frente.
  Ven á la Corte conmigo,
que gozo de gran valía;
ven á la Corte, María,
y á hacerte feliz me obligo.
  En el estrado, en las justas
tus hechizos reinarán,
y tus plantas besarán
las personas más augustas.

Blanco allí de mi pasión,
tendrás placeres sin cuento;
cuanto inventa el pensamiento,
cuanto halaga al corazón.
Allí mi poder.....

DOÑA MARÍA.

Callad,
que me hacéis sobrada ofensa;
y á una mujer indefensa,
si sois noble, respetad.
Desprecio vuestro poder,
vuestra estirpe, vuestro oro.....
¿Cómo osásteis mi decoro
en tanta duda poner?
¿Liviandad ó desenfado
vísteis, por ventura, en mí?

REY.

Con galantería afectada.

Vuestro bello rostro vi,
y ese sólo es el culpado.

DOÑA MARÍA.

Con dignidad.

¡Aun con irónico labio
vuestra insolencia me ultraja!
Mirad que es acción muy baja
unir la mofa al agravio.....
De mi honor no os quiero hablar,
que de eso vos no entendéis;
pero os he dicho y sabéis
que idolatro este lugar.
Y ya comprendéis, por Dios,
que no fuera en mí cordura

sacrificar mi ventura
por un..... villano cual vos.

REY.

Ved que mi cuna es muy alta.

DOÑA MARÍA.

¿Qué importa que la fortuna
diese nobleza á la cuna
cuando al corazón le falta?
No ensalcéis vuestros blasones,
porque yo siempre veré
la religión en la fe,
la nobleza en las acciones.
Seguir debe otro sendero
quien noble ha de parecer;
que insultar á una mujer
no es acción de caballero.
Y si en vuestras venas corre
hidalga sangre, huid de mí,
y haced, saliendo de aquí,
que tanta infamia se borre.

REY.

Vuestra orgullosa esquivez
ya el sufrimiento me apura.

DOÑA MARÍA.

Tengo la conciencia pura,
y en eso está mi altivez.
Salid pronto, ó gente llamo
que castigue tal delito.....

REY.

Con indiferencia.

¡Fuera rigor inaudito
castigarme porque os amo!

Mas no uséis tanta entereza
amenazándome así;
que á cuantos vengan aquí
les costará la cabeza.
Basta ya de fingimiento; (Con decisión.)
tengo corazón y espada,
y aquí dentro gente armada;

Señalando á la habitación de la derecha.

ved si es vano vuestro intento.
Ya es tiempo que respetéis
mi voluntad soberana;
yo soy el Rey, y mañana
en mi alcázar estaréis.

DOÑA MARÍA.

Consternada.

¡Don Pedro! ¡Tremenda suerte!

REY.

Con resolución.

Pensad que habéis de elegir
entre reinar ó morir.

DOÑA MARÍA.

Pronta estoy; dadme la muerte.

REY.

Contradicción tan violenta
nadie me opuso, señora,
y al hallarla en vos ahora
más mi pasión se acrecienta;
y aunque mi capricho es ley,
y á todo mi cetro alcanza,
dame un viso de esperanza
y será tu esclavo el Rey.
Mas si niegas á mi amor

de tu amor el dulce encanto,
dará mi venganza espanto,
y hará temblar mi furor.
¡Ay de aquéllos que se olvidan
que siendo yo el rey don Pedro,
ni de obstáculos me arredro,
ni desdenes me intimidan!.....
Hacienda, vida, quietud,
nada al Rey negarse puede.....

DOÑA MARÍA.

Todo mi lealtad le cede,
á excepción de mi virtud.

REY.

Mi obstinado empeño ves;
de ese corazón tan puro
hazme dueño, y yo te juro
que te alegrarás después.....
Pero que lloras advierto;
¿qué causa, di, tu aflicción?

DOÑA MARÍA.

De rabia y vergüenza son
estas lágrimas que vierto,
porque á mis ojos me humilla
que haya quien ose pensar
que ser me puede halagar
la rival de la Padilla.

Después de una pausa, y postrándose á los pies del Rey.

Sed, señor, más generoso:
vedme á vuestros pies rendida,
tomad, si queréis, mi vida;
mas idos.....

Llaman á la puerta de la izquierda.

¡Cielos! ¡Mi esposo!
¡Desventurada!

REY.

En voz baja, pero resuelta, y mostrando la habitación donde están los demás.

Aquí entrar
conviene á mi intento ahora;
mas llegó su última hora

Señalando á la puerta.

si lo acierta á sospechar.

Don Pedro indica con la mano á Roger que entre con él en la habitación. Éste le sigue recatándose de D.ª María. Llaman de nuevo á la puerta, y Guiomar, que durante la escena anterior habrá estado apartada hacia el fondo, se acerca y abre. Doña María se enjuga con presteza las lágrimas, y procura, aunque en balde, aparentar serenidad.

ESCENA IV

Don Juan de la Cerda, D.ª María, Guiomar, después el Rey.

DON JUAN.

Se arroja en los brazos de D.ª María, que se adelanta á recibirle.

Al fin á tus brazos llego,
prenda de amor, dulce esposa;
déjame tu mano hermosa
besar con labios de fuego.

Le besa la mano con vehemencia.

DOÑA MARÍA.

¡Don Juan!

Doña María continúa haciendo esfuerzos por disimular; pero aunque don Juan no la advierte, es visible su turbación, y no pudiendo sostenerse, se deja caer en un sillón.

DON JUAN.

Déjame que encante

con tus hechizos mis ojos,
y que temple los enojos
de mi corazón amante.
Cuando al campo de honor voy,
¡cuánto mi pecho padece!
¡Que no aliento me parece
cuando á tu lado no estoy!
El más ilustre trofeo
me descontenta y amarga,
¡y hallo la vida tan larga,
mi amor, cuando no te veo!

DOÑA MARÍA.

Con ternura forzada.

Descansa á mi lado, ven.....

Aparte, mirando hacia donde está el Rey.

Me está sofocando el llanto.....
¡Qué suplicio!

DON JUAN.

Se quita el casco, le coloca sobre una mesa y se sienta en un taburete á los pies de D.ª María.

Mi quebranto
ya se disipó, mi bien;
al fin escucho tu voz,
que, cual bálsamo süave,
disipar mis penas sabe.....

DOÑA MARÍA.

Aparte, y mirando siempre á la habitación.

¡Ah! ¡Qué incertidumbre atroz!

DON JUAN.

El dolor del bien que pierdo
por calmar en balde aspiro;
pero vengo aquí, te miro,

y de mi mal no me acuerdo.
  Angel de amor, tú serenas
el rigor de mis tormentos;
son más dulces tus acentos
que eran amargas mis penas.

DOÑA MARÍA.

Aparte

¡Desgraciado! Si supiera.....

Alto.

De tus hechos el rumor
llegó aquí; mas tu valor
¿qué premio del Rey espera?
  Pues tu fama es ya tan clara,
no te vuelvas á ausentar.....
¿Cómo te puede halagar
gloria que cuesta tan cara?

DON JUAN.

  Contrarias huestes vencí;
fuéles mi valor funesto;
pero esa gloria detesto
porque me aparta de ti.
  ¡Cuán venturoso á tu lado
me hiciera tu tierno amor!.....
Mas esclavo es del honor
quien nace noble y soldado.
  El tormento de la ausencia
soportar me cuesta mucho,
mas siempre la voz escucho
de mi honor y mi conciencia.
  Nunca al Rey faltaré, no;
ley de un caballero es esta,
y si la dicha me cuesta,

primero es el Rey que yo.

DOÑA MARÍA.

El mostrar tan noble ardor
es bien por un Rey humano;
pero es don Pedro un tirano.....

DON JUAN.

Con viveza.

Que ha nacido mi señor.

DOÑA MARÍA.

Mas por irle á defender
siempre ausente estás de mí.....

DON JUAN.

Jamás á don Pedro vi,
mas servirle es mi deber.
He nacido su vasallo;
mi padre lo fué del suyo;
que es ley el honrarle arguyo,
y sus desafueros callo.
Yo por tradición le amé,
mi razón por él no ofusco,
mas sus errores no busco,
que fuera violar mi fe.
Mi ilustre padre al morir,
«noble naciste, me dijo;
guarda en la memoria, hijo,
lo que te voy á decir:
Sea para ti eterna ley
mi buen nombre no manchar,
y á tres cosas fe guardar:
tu Dios, tu honor y tu Rey.»
Este pensamiento aquí

Poniendo la mano sobre el pecho.

siempre grabado lo llevo;
yo á mi Rey juzgar no debo,
que eso á Dios toca y no á mí.

DOÑA MARÍA.

¿Y si el Rey, que así venera
tu pecho, mal te premiara?

DON JUAN.

Lo mismo le respetara,
y por él mi vida diera.
Al Rey es obligación
el honrar y el sostener;
cuando cumplo mi deber,
no exijo más galardón.

DOÑA MARÍA.

¿Y si el Rey correspondiese
con agravios á tu amor?

DON JUAN.

Como con ellos mi honor
y mi fama no ofendiese,
callar, sufrir en secreto
y perdonarle sabría;
mi afecto le negaría,
pero nunca mi respeto.

DOÑA MARÍA.

¿Y si tu infamia labrando,
mi honra intentase manchar
y á ti de mi amor privar?

DON JUAN.

Con mucha exaltación y levantándose.

Alzara terrible bando,
olvidara mi lealtad,
y en alas de un ciego encono,

yo derrocara ese trono
de torpeza y liviandad;
y si al Rey llegar pudiera,
sin mirar su elevación,
le arrancara el corazón
y mil pedazos le hiciera.

REY.

Aparte, asomándose con cautela.

Teme que esa furia á ti
la cabeza no te cueste.

DON JUAN.

Calmándose.

Pero ¿qué delirio es este?
¡Qué insensato frenesí!
Un monarca no alimenta
sentimientos tan villanos.....
¡Yo con su sangre mis manos!.....
¡No!..... (Horrorizado.)

DOÑA MARÍA.

Viendo al Rey, que se oculta al instante, y con voz mal reprimida, escondiendo el rostro entre las manos.

¡Gran Dios!

DON JUAN.

Sorprendido.

¿Qué te atormenta?
¿Por qué tan turbada estás?
Mi bien, pesar tan agudo
¿quién á ti causarte pudo?

DOÑA MARÍA.

Con esfuerzo.

Indispuesta estoy..... no más.

DON JUAN.

Jamás tan triste te vi.....

¿Por qué estás tan alterada?
¿Lloras? ¿Qué tienes?

DOÑA MARÍA.

Con abatimiento.

¿Yo?..... Nada.....

DON JUAN.

Aparte.

Algún misterio hay aquí.

Alto.

Ya ves mi angustioso afán;
si alguien agravio te ha hecho,
dilo, y pasará su pecho
con este acero don Juan.
Si aun tu corazón conserva
la fe que me juró un día,
nada me ocultes, María;
que me agravia tu reserva.

DOÑA MARÍA.

Se levanta y dice, manifestando hacer un esfuerzo de ánimo.

Reprimir no puedo ya
la pena que me traspasa:
un hombre entró en esta casa,
de amor me habló.....

DON JUAN.

Con vehemencia.

Y ¿dónde está?
Decidme cuál es su nombre;
decídmelo, y esta daga
mi venganza satisfaga.....

ESCENA V

DICHOS. El REY. Luego JUAN DIENTE. Los tres hombres escondidos. ROGER, que queda embozado junto á la puerta.

Durante los últimos versos el Rey habrá salido de la habitación, y pasando, sin ser visto, por detrás de los interlocutores, se hallará en este momento á la izquierda del espectador.

REY.

Con tranquilidad.

No os apuréis: á ese hombre
tenéis delante de vos.

DON JUAN.

Con amarga expresión.

¡Y á provocarme se atreve!

Con resolución, y desenvainando la espada.

Pues defiéndete; que en breve
irás delante de Dios.

El Rey da una palmada: Juan Diente sale con los dos hombres, y entre los tres sujetan por detrás á D. Juan, y le desarman.

DOÑA MARÍA.

¡Don Juan!

Mirando al Rey.

¡Infame! ¡Ay de mí!

Cae desmayada en los brazos de Guiomar.

DON JUAN.

Con desesperación.

¿Qué es esto? ¡Cielos!..... ¡María!
¡Qué villana alevosía!
¡Cobardes!

REY.

Señalando al pilar.

Atadle allí.

Lo llevan al pilar y lo atan. Esta operación debe ejecutarse con prontitud. D. Juan lucha y forcejea, pero cede al número.

DON JUAN.

¡Ah! matadme..... de esa suerte
no veré mi deshonor.....

Después de atado se apartan.

Pero no tenéis valor
ni aun para darme la muerte.

Hablando consigo mismo.

¡A traición! ¿Cuándo en Castilla.....?

REY.

Á Juan Diente.

Ahora á esa dama llevad:
sigilo, celeridad
y á galope hasta Sevilla.

Dos hombres ayudan á Guiomar á sacar á D.ª María, y se van todos.

ESCENA VI

D. JUAN, solo y con el abatimiento del pesar.

DON JUAN.

¡Detente!... ¡Escucha!..... ¡Vuelve por piedad!.....
¡Mira que mi existencia es mi María!.....
No me oye..... y entenderme no podría
quien es capaz de tanta liviandad.....

Animándose.

¡Ante mi vista!..... ¡Aquí!..... ¡Qué iniquidad!
¡Qué mancha atroz para la sangre mía!.....
Mas si Dios su justicia al suelo envía,
no ha de quedar impune tu maldad.

Con delirio.

Aunque seas noble, aunque te escude un trono,

yo dejaré mi agravio satisfecho,
siendo igual mi venganza á mi baldón.....
Yo te hallaré para saciar mi encono,
beber tu sangre, destrozar tu pecho
y hacer pedazos mil tu corazón.

Después de una pausa.

¡Ah! si libre me hallara,
en pos de ese villano correría:
acaso le alcanzara,
y esta horrible agonía
con su sangre tal vez se aplacaría.....

Forcejea, aunque en balde, por soltarse.

Mas, ¡ay de mí! Estos lazos,
cual si fuera un infame delincuente,
encadenan mis brazos.....

Con desesperación.

Si romperlos pudiera.....
Mas, ¿para qué vivir? Mejor mi frente
será contra esta piedra hacer pedazos.....
Pero ¡ah! la muerte sin lavar mi injuria,
muerte afrentosa fuera:
quiero vivir hasta saciar mi furia.....
Véngueme del traidor, y al punto muera.....

Haciendo el último esfuerzo por soltarse.

¡Imposible!..... ¡Gran Dios!..... Si mis criados.....
¡Ah! ¡Loco estoy! ¡Qué mísera existencia!

Llamando.

¡Alvar! ¡Nuño! ¡Fortún! ¡Con qué violencia
me late el corazón! Mi sangre hierve.....
Pero nadie me escucha..... ¡Qué tormento!

Desfalleciendo.

No puedo más..... Me falta ya el aliento.

Cae desmayado contra el pilar.

ESCENA VII

ROGER. D. JUAN.

ROGER.

Vuelve por donde salieron todos, sin capa y lujosamente vestido.

Lejos están y obligación es mía
venir aquí, don Juan, á consolarte.....
Pero no me responde.....

Le desata, sostiene y coloca en un sillón que habrá cerca.

Un sudor frío
su frente baña, y pálido el semblante
y fuera de las órbitas los ojos,
son de su interno afán claras señales.....
No pudo resistir, que un pecho noble
de infamia tanta con razón se abate,
y el ver su humillación debió sin duda
turbar su mente y alterar su sangre.

Llamándole.

¡Don Juan! Libre estáis ya..... Mas no me escucha;

Poniéndole la mano en el pecho.

su herido corazón apenas late.....

Con amargura.

¿Son estos, rey don Pedro, tus trofeos?
¿Son estos de un monarca los afanes?.....
¡Y que un hombre que tanto se envilece
rija un gran pueblo y su señor se llame!
¡No es bien á quien por ti su vida expone,
con vilipendio y con baldón pagarle!
¿Piensas que para dar á tus vasallos
en vez de recompensa indigno ultraje,

te disculpa ser Rey? No: tus deberes
más altos son, porque nacistes grande.

DON JUAN.

Volviendo en sí.

¡Ay de mí!

ROGER.

Ya en sí vuelve, y pues ignora
quién es el ofensor, fuerza es que calle
su nombre yo, pues temo que al saberlo
la ira, el pesar, la indignación le acaben.
¡Don Juan! Volved en vos..... tranquilizaos.

DON JUAN.

Sin reparar en Roger.

¡Ah! ¡Presenciar su afrenta y no vengarse!

Saliendo del éxtasis.

Pero alguien me llamaba.....

ROGER.

Sí, yo era,
que aquí he venido por calmar tus males.

DON JUAN.

Con sorpresa.

¡Tú aquí, Roger! Desde tu tierna infancia
siempre te amé con el amor de un padre;
tú fuiste mi consuelo..... mas ahora
el verte me contrista; tú no sabes
cuántos tormentos ¡ay! cuántas angustias
mi destrozado corazón combaten;
y el recuerdo de un crimen, mi desdicha,
mi afrenta, mi rencor..... tantos pesares
aun más amargos son cuando en ti miro
de la inocencia y del honor la imagen.

ROGER.

Con dar nuevo alimento á tu desdicha
no tu esforzado espíritu desmaye.
Siendo tu esposa tan constante y pura,
de tu honor el peligro no es tan grande.....
No temas, no; si escuchas mis palabras
y sosiegas tu pecho delirante,
pronto recobrarás el bien supremo
que pudo la maldad arrebatarte.....
Calma tu corazón, y tu honra fía
de una pureza que envidiara un ángel.

DON JUAN.

¡Qué escucho! Si comprendes mi delirio,
fuerza es, Roger, que de mi mal te apiades.
Ten compasión de mí; mira mi angustia,
y mi esperanza y mi ilusión no engañes.

ROGER.

Yo jamás engañé..... Si á ti lo hiciera,
cuando la mano del pesar te abate,
fuera un villano yo. Nunca en el mundo
conocí más familia, ni más padres
que á ti, que en el sendero de la vida
de vicio y mal supiste preservarme.
Son los únicos timbres que poseo
mi espada y mi pasión por los combates;
en obrar con honor cifro mi gloria;
no tengo otro blasón ni otro linaje.....
Pero sé amar y agradecer, y nunca
se borran de mi mente tus bondades.
Si alguna vez la gratitud ardiente
probar quisieres que en mi pecho cabe,
dime que muera, y me verás al punto

por ti, gozoso, derramar mi sangre.

DON JUAN.

¡Qué noble corazón!..... ¡Ah! sí, perdona,
si con mi duda te ofendí un instante.....
Mas si me amas, Roger, dí cómo puedo
seguir las huellas del raptor infame.

ROGER.

Ve mañana al alcázar de Sevilla,
y yo te juro que podrás hallarle.

DON JUAN.

¡Un cortesano vil! ¡El Rey acaso!.....
¡Qué duda atroz el corazón me parte!

Con vehemencia.

A ese traidor que mi deshonra quiso,
¿le conoces, Roger? ¿Puedes nombrarle?

ROGER.

Conozco á tu ofensor.

DON JUAN.

Dime su nombre,
si en verme así penar no te complaces.

ROGER.

No puedo revelarlo.

DON JUAN.

¡A mí no puedes!.....
¿Y qué podrás decir por disculparte
de ocultar ese nombre aborrecido?

ROGER.

Que tengo honor, y que ofrecí callarle.

DON JUAN.

Pues bien, Roger, conozco de tu alma
y de tu honor la fuerza incontrastable,
y sé que mis palabras y mis ruegos

contra tanta virtud fueran en balde.....
Pero escúchame atento: en breve espacio
corro á Sevilla á castigar mi ultraje,
y ó vuelvo aquí con mi adorada esposa,
ó quedará en Sevilla mi cadáver.
A don Pedro, mi Rey, veré mañana,
porque pretendo en tan terrible trance
que el rayo aterrador de su justicia
vengue mi afrenta ó con su luz me abrase.

Roger se estremece.

Tú á don Pedro conoces, y ya entiendes
que puedo allí morir..... mas debo antes
el misterio que envuelve tu existencia,
joven desventurado, revelarte.....
Padre tienes, Roger, padre en Castilla
de pingüe estado y generosa sangre.
Mañana de Sevilla en el alcázar
podrás entre tus brazos estrecharle,
y él mismo te dirá por qué no puede
del hijo á quien adora hacer alarde.

ROGER.

Enajenado.

¡Ah! ¡Tengo padre!..... La piedad divina
no abandona jamás á los mortales.....
Mi júbilo es tan grande, que parece
que de su centro el corazón se sale.....
¡Tengo padre! ¡Gran Dios! ¡Oh! ¡Qué ventura
cuando á sus plantas le respete y ame;
cuando me dé de hijo el dulce nombre
que yo nunca escuché; cuando al mirarme
no desmentir jamás su sangre ilustre,
y cual noble portarme en los combates,

con un acento sólo, una mirada,
me quiera el premio dar de mis afanes.

DON JUAN.

Digno es tu corazón de tal ventura.

ROGER.

Con viveza.

Ven á Sevilla, ven, don Juan, no tardes:
para tu esposa, que oprimida gime,
es un siglo de pena cada instante.
Allí, don Juan, concertaremos juntos
la ocasión y los medios de vengarte,
y de tu esposa admirarás conmigo
el noble esfuerzo y la virtud constante.

DON JUAN.

Adelantándose.

Ven, tú también verás cuántos tesoros
de amor encierra el corazón de un padre.

Se van abrazados por la puerta de la izquierda.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO

Salón de Embajadores del alcázar de Sevilla; trono en medio; puerta secreta á un lado en el fondo.

ESCENA PRIMERA

La escena está llena de personas que aguardan al Rey. Algunos caballeros armados, prelados, magnates, palaciegos de baja esfera que afectan modales cortesanos. Todos hablan en diferentes grupos, pero sin confundirse aquéllos con los últimos. En los extremos del salón, y á ambos lados del trono, hombres de armas y maceros.

El obispo D. Nuño y Roger conversan recatadamente á un lado del teatro.

DON NUÑO.

¡Ah Roger! Cuando miro tanta mengua
se oprime y se contrista el pecho mío.
¿Dónde está la nobleza castellana
que de este alcázar regio ausente miro?.....
Cuando dejé la Corte, hace diez años,
gobernaba á Castilla aquel invicto
rey don Alonso, que tan grandes ecos
dejó á la fama de su ardiente brío.
Entonces la nobleza castellana
prestaba al trono robustez y brillo,
y grandes é infanzones le cercaban

de claro nombre y corazón altivo.....
¡Qué diferencia! ¡Oh Dios!.....

Señalando con desprecio á un grupo.

¡Cuántos semblantes
que el viento de este alcázar ha engreído!
Hombres sin fe, postrados ante el fuerte,
y con el débil de insolencia henchidos.
¡Qué necia vanidad!.....

ROGER.

Con temor.

Por Dios, más bajo,
porque observando están; y si un indicio
llegaran á tener de esas palabras,
corriera vuestra vida gran peligro,
sin que el santo carácter os librase
de que os halláis, don Nuño, revestido.
No conocéis al Rey..... A los villanos
encumbra porque halagan sus caprichos;
tiraniza á las gentes de alta cuna
porque ve en cada noble un enemigo,
y en su propio palacio los confunde
con esa turba vil de advenedizos.
¡No conocéis al Rey!..... Víctimas sólo
anhela hallar su pecho empedernido,
y mientras son más altas, más se goza
en derramar su sangre; los servicios,
la dignidad, la cuna ante sus ojos
nada son, y ¡ay! si piensa que ofendido
pudo ser por un noble..... ¡Desgraciado!
Para él ya no hay ni tribunal ni juicio:
el veneno, el puñal..... muerte secreta,
ese es, don Nuño, su menor castigo.

DON NUÑO.

Ya de Aviñón en la sagrada Corte
la condición indómita supimos
del bárbaro monarca que se goza
no en ser del pueblo juez, sino asesino;
que prelados y príncipes oprime,
y hollando de Inocencio el entredicho,
ni los avisos de la Iglesia escucha,
ni acata del altar á los ministros.
¿Y quiénes son, Roger, los que ahora gozan
del reino y de su casa los oficios,
los maestrazgos, la cámara?....

ROGER.

Los deudos
de esa insigne beldad, á cuyo hechizo
el corazón de acero del monarca
quedó por siempre á su pesar rendido.

DON NUÑO.

¿Con que es esa beldad tan celebrada,
esa Padilla, cuyo amor indigno
cautiva al Rey, la causa de los males
que serán de Castilla el exterminio?

ROGER.

Don Nuño, os engañáis: que ella reinase
en un alma tan dura el cielo quiso
para amansar, por nuestro bien, la saña
de ese airado león; mas corrompido
nunca su pecho fué: viles amaños
vencieron ¡ay! su corazón sencillo,
su corta edad, la intriga, y aun acaso
el influjo fatal de su destino.
Y no penséis que con astutos artes

encadenó del Rey el albedrío,
no; bastóle su amor, y nunca tuvo
ni otra fascinación ni otro artificio
que ese candor angélico, esas gracias
que avasallan el alma y los sentidos.

DON NUÑO.

¿Y de don Pedro el alma tan sañuda
es constante á ese amor?

ROGER.

Siempre ha vivido
en un mar de pasiones, que pasaban
cual pasar suele el viento de un capricho.
El amor para el alma de don Pedro
fué sólo un pasajero desvarío;
pero vió á la Padilla, y de sus gracias
quedó sujeto al mágico atractivo.
Sí, don Nuño, la amó, tal vez la ama,
mas no con un amor eterno, activo,
no con la fe que purifica el alma,
que torna al hombre un Dios, y adormecido
le hace vivir felicidad soñando
hasta exhalar el último suspiro.

DON NUÑO.

Pues bien, si el Rey ni aun la constancia tiene,
que disculpar pudiera su extravío,
¿cómo virtud ni honor habrá en Castilla
que esté de sus pasiones al abrigo?

ROGER.

Con misterio.

¡Si supiéseis, don Nuño, de este alcázar,
mansión de la impureza y de los vicios,
las escenas de horror, los torpes hechos,

los crímenes!.....

Bajando la voz.

Oíd..... anoche mismo
por bárbaros sayones arrastrada
llegó aquí una mujer..... Sí, yo la he visto
de su hogar arrancada y de los brazos
de su esposo infeliz; yo vi el martirio
de aquel desventurado que miraba
su dicha á un tiempo y su blasón perdidos.
¡Ah, cuánto padeció! Y él ignoraba
que era su Rey el ofensor inicuo
que ultrajaba su honor.....

DON NUÑO.

Pues á su esposa,
Roger, que libertemos es preciso;
aunque el Rey sea el opresor injusto,
Dios nos manda amparar al desvalido.
Tal vez para que salga del palacio
medio podréis hallar, y yo un asilo
le daré en un sagrado monasterio
de que patrono soy: allí escondido
el secreto estará de su existencia
de ese tirano vil á los esbirros;
y á esa infeliz la amparará el misterio,
aun cuando no la santidad del sitio.

Roger manifiesta asentimiento y gozo.

Y qué, ¿podréis salvarla?

ROGER.

Sí; aunque en ello
hiciera de mi vida el sacrificio,
yo la libertaré..... y ¡oh, si pudiera
vengar, don Nuño, tan atroz delito!

DON NUÑO.

No temáis, no; que á súbditos y á reyes
les dará Dios el galardón debido.
Vos salvadla y no más: el cielo santo
para tan noble acción os dé su auxilio.

ESCENA II.

DICHOS. D. JUAN DE LA CERDA.

Don Juan, con sobrevesta roja y banda de oro, entra en el salón, y con aire abstraído observa uno por uno á varios cortesanos, que se apartan, mirándole con sorpresa.

DON JUAN.

Aparte, mirando á uno.

Este no es.....

Acercándose á mirar á otro que está detrás de un grupo.

Tampoco. ¡Ah!
no está aquí.....

CORTESANO 1.º

Á otro en voz baja.

¿Sabéis quién es
ese que tan descortés
observándonos está?

CORTESANO 2.º

Lo ignoro; pero arrogante
y singular es su porte.

CORTESANO 1.º

¿Y cómo viene á la Corte
con ese torvo semblante?

En tono de amenaza.

Pues si no enfrenara un poco

mi cólera este lugar,
Yo su insolente mirar.....

CORTESANO 2.°

Dejadle, parece un loco.

DON JUAN.

Al ver á Roger, se va á él con presteza y le dice en voz baja:

Me engañaste..... no está aquí.

ROGER.

Muy en breve le veréis;
mas, don Juan, no os alteréis,
y ese ciego frenesí
que os agita desde ayer
no perturbe vuestra mente;
que todo, si sois prudente,
remedio podrá tener.
Si al ver al que os ofendió
lográis el rencor calmar,
vuestra esposa recobrar
podréis, os lo afirmo yo.
Y en hallando el bien perdido
seréis dichoso.....

DON JUAN.

¡Ay, Roger;
que sin honra no hay placer
para el hombre bien nacido!
No: de ventura esperanza
ya no hay, Roger, para mí.

ROGER.

Pues si eso es, don Juan, así,
¿qué buscáis aquí?

DON JUAN.

Venganza.

Que si después de vengado
encontrase á mi María,
tranquilo vivir podría,
aunque siempre desdichado.
Sí, que mi dolor no acaba
ni al matar á mi ofensor;
que hay manchas en el honor
que ni aun la sangre las lava.

MACEROS.

Anunciando.

El Rey.

DON JUAN.

Al verle.

¡Él es! ¡Dios mío!

ESCENA III

DICHOS. El REY.

Al salir el Rey todos doblan la rodilla, menos D. Juan. Don Pedro repara en él, se detiene en medio de la escena, y dice con altanería:

REY.

¿Quién sois, audaz vasallo,
que osáis así, con temerario brío,
alzar la frente donde yo me hallo?
¿Qué pretendéis?

DON JUAN.

Con dignidad.

El hombre que ofendiste
con ignominia ayer, don Pedro, soy;
si tú á mi hogar á envilecerme fuiste,
yo aquí á pedirte cuenta vengo hoy.

Murmullo entre los cortesanos.

REY.

Nobles, alzad; pero mostrad callando
vuestra lealtad..... Me pasma su osadía,
y quiero ver, sus quejas escuchando,
adónde alcanza la paciencia mía.

Se sienta en el trono.

DON JUAN.

Sí; las oirás. Ante tu trono erguido
no esperes, no, que mi valor desista;
que ya no puede un trono envilecido
sellar mi labio ni ofuscar mi vista.
Noble soy; mis mayores de heroísmo
y de ardiente lealtad fueron dechado.....
Siempre los imité, y ¡ay! ayer mismo
por vos mi sangre toda hubiera dado.....
Mas ya ante vos mi frente no se humilla;
que en quien osa á mi honor hacer ultraje,
ya no miro al monarca de Castilla,
sino al raptor que afrenta mi linaje.
Yo era dichoso, y en mi hogar tranquilo
de una mujer con el amor vivía;
mas vino un hombre á profanar mi asilo,
y el bien me arrebató que allí tenía.

Á los cortesanos.

El que ocupa ese trono es quien me ofende,
quien á mi honor y al de mi esposa atenta.....
Sabedlo, pues, que mi furor pretende
lucir su hazaña y consumar mi afrenta.

Al Rey.

¿Quién me dijera á mí cuando allá un día
en Algeciras, combatiendo al moro,
vuestro padre en la lid me concedía,

en premio á mi valor, la banda de oro:
¿Quién, ingrato monarca, me dijera,
de las contrarias huestes siendo estrago,
qué al llegar á tus plantas recibiera,
por tanto padecer, tan triste pago?
Con toda la lealtad yo te he servido
que abrigar puede el corazón de un hombre;
por mí está el moro á tu poder rendido;
por mí respeta el Aragón tu nombre.
Los servicios de un noble no eran vanos
cuando el rey vuestro padre nos regía,
y con modos y trazas de villanos
jamás á la beldad se perseguía.....
Perder un servidor y un buen soldado
lograste sólo con acción tan fea.
Por mi esposa infeliz serás odiado,
sin que tu amor ni aun escuchado sea.
Tu obstinación con ella será vana;
que tiene su virtud temple de acero,
y antes de hallarla frágil ó liviana,
morir mil veces la verás primero.
Yo bien sé que mi furia embravecida
no alcanza del dosel á las esferas;
pero ¡ay de ti, don Pedro! ¡Ay de tu vida
si de Rey á ser hombre descendieras!

Don Pedro hace un movimiento de impaciencia.

Te hablo así porque es hoy morir mi estrella.
No vine aquí para implorar mercedes;
vine á buscar la muerte, porque es ella
la más alta merced que hacerme puedes.

REY.

Sí, pagarás tu temerario arrojo;

halle la muerte quien la muerte busca.
Quiero enseñarte á respetar mi enojo,
pues que el brillo del trono no te ofusca.
Mudo de asombro estoy; con valor tanto
nadie exaltó mi cólera tremenda;
mas mi venganza al orbe dará espanto.

Á los maceros.

Llevadle á un calabozo, donde aprenda
que el Hacedor en sus eternas leyes
brazo de su poder hizo á los reyes.

Los maceros se llevan con prontitud á D. Juan. El Rey baja del trono, y al salir se postra á sus plantas D. Nuño.

DON NUÑO.

Señor, si tan justo enojo
aun os consiente el oir
de la razón los acentos,
á un anciano permitid
que postrado á vuestras plantas
implore de ese infeliz
el perdón. Él os amaba;
por vos derramó en la lid
su sangre; de lealtad pura
os ha dado pruebas mil.
Un momento de demencia,
sólo un ciego frenesí,
la lealtad de tantos años
pudo hacerle desmentir.....
Sed, don Pedro, generoso,
y esta ofensa remitid;
que es la clemencia en los reyes
alto dón, prenda feliz
con que imitan en la tierra

de Dios la bondad sin fin.

REY.

Aparte.

La impaciencia y el despecho
me conviene reprimir;
que acaso de mis deseos
pueda retardar el fin
que entienda doña María
que su esposo va á morir.

Alto.

Levantad, prelado ilustre;
por vuestros labios oí
la voz del cielo, y no es dado
á su impulso resistir.....
La vida de ese vasallo
perdono.

DON NUÑO.

Arrojándose á sus pies.

¡Oh Dios! Permitid.....

REY.

Basta, don Nuño, os dispenso
de darme gracias.....

Á los cortesanos.

Salid.

Todos salen, y sólo quedan en la escena el Rey, Roger y un cortesano, apartado á un lado del teatro.

ESCENA IV

El Rey. Cortesano 1.° Roger.

CORTESANO 1.°

Al Rey en voz baja, pero decidida.

¿Estáis en vos, rey don Pedro?
¡En vuestra presencia..... aquí.....
de la majestad los fueros
insulta con lengua vil
un insensato, un rebelde,
y vos le dejáis vivir!

REY.

Con frialdad.

Impórtame que se diga
que la vida concedí
á don Juan..... Mas si tal pudo
á mi intento convenir,

Con intención.

no temas; que viven poco
los hombres que hablan así.

ESCENA V

Roger, solo.

ROGER.

Nada escuché..... ¿Qué diría?
¡Él perdonar!..... ¡Imposible!

De un tigre la saña horrible
en sus ojos relucía.....
¡Y le sirvo!..... ¡Suerte impía!
¡Le sirvo!..... Si no tuviera
la esperanza lisonjera
de que aquí mismo he de ver
al hombre á quien debo el sér,
hoy de este alcázar huyera.
Veré á mi padre ¡oh ventura!
¡Yo que mi orfandad lloraba,
y no há mucho me juzgaba
tan aislada criatura!
De la paternal ternura,
en vez del supremo bien,
indiferencia ó desdén
sólo el mundo me ofrecía.
Para calmar mi agonía,
ansiado momento, ven.
En este alcázar impío,
de maldad é infamia centro,
ningún corazón encuentro
que responder sepa al mío;
y bajo un techo sombrío
que me abruma sin cesar,
miro los años pasar
de mi juventud florida....
¡Ay! ¡La aurora de la vida
es la aurora del pesar!
Sin nombre, ni hogar, ni cuna,
viviendo á merced ajena,
todo mi vida envenena,
y aun la gloria me importuna.

Aunque brille mi fortuna,
si no hay un nombre detrás,
soy un huérfano y no más,
y hay en mi pecho un vacío
que amor, gloria, poderío
no pueden llenar jamás.....
Mas ¿cómo me asalta el llanto
y de placer no deliro,
cuando tan cercano miro
momento que ansiaba tanto?
¿Cómo aun dura mi quebranto?
No es de gozo, es de aflicción
la secreta agitación
que dentro del alma siento,
y un fatal presentimiento
me devora el corazón.
Y para colmar mi mal
y hacerme perder la calma,
abrasándome está el alma
una pasión criminal.
Sal ¡ay! de mi pecho, sal,
indigno y funesto amor,
que, aunque mi encanto mayor,
vas mi vida devorando,
porque te están condenando
deber, gratitud y honor.

Después de una pausa.

Mas no..... El fuego no acrimino
que encendió tanta beldad;
yo no tuve voluntad,
y el amar fué mi destino.
Tu imagen, ángel divino,

está en mi pecho esculpida,
y tenaz, si combatida,
esta terrible pasión
no saldrá del corazón
sin que salga con la vida.

Pausa.

Pero ¡qué oprobio! ¡María
pérfidamente arrastrada
á un palacio, donde moran
la corrupción y la infamia!.....
Bien sé que indignos halagos
no rendirán su constancia,
y que á luz que tanto brilla
la violencia no la apaga;
mas de una mujer la honra
es una flor delicada,
cuyo aroma desvanecen
las paredes de este alcázar,
y es forzoso que esta noche
de mansión tan triste salga,
si no ha de empañar su lustre
la calumnia envenenada.
Yo frustraré el vil intento.....

ESCENA VI

ROGER. Un BALLESTERO.

ROGER.

Viendo entrar al Ballestero.

¿Adónde vas?

BALLESTERO.

Os buscaba.
Un hombre desconocido,
para vos me dió esta carta,
diciendo que os la entregase
cuando á solas os hallara.

ROGER.

Bien está; dejadme solo.

BALLESTERO.

Quedad con Dios.

ROGER.

Con vos vaya.

ESCENA VII

ROGER. Después el REY y JUAN DIENTE.

ROGER.

Desarrollando el pergamino.

¿De quién podrá ser? ¡La letra
está, por Dios, mal trazada!.....
A no dudarlo, la mano
del que la escribió temblaba.

Lee, enterneciéndose.

«El abandono en que te he dejado desde tu niñez ha sido sólo aparente. Yo fuí la mano invisible que cuidé de darte educación y estado en la casa del Rey; siempre he tenido los ojos en ti, y tu ventura ha sido el primer pensamiento de mi vida. Al ver tu gallardía en los combates, al observar la condición generosa de tu alma noble y elevada,

¡cuánta violencia he tenido que hacerme para no estrecharte entre mis brazos, y llamarte mi hijo, y hacer público alarde de tus virtudes! Pero razones poderosas exigen que tu nacimiento sea un misterio impenetrable. Yo amé en mis primeros años á una hermana del Rey; tú fuiste el fruto de nuestro tierno amor, y tu madre expiró al darte á luz; pero por más que la naturaleza disculpe tu origen, la sangre real que circula en tus venas sería un crimen imperdonable á los ojos del bárbaro D. Pedro, el perseguidor inexorable de su familia. Acaso debiera esconder todavía en el pecho este secreto; pero ya comprendes que no tengo segura la cabeza en los hombros, y no quisiera morir sin que me conocieses antes. Perdona, hijo mío, el silencio que he guardado hasta ahora, que si ha sido amargo para ti, aun más lo ha sido todavía para el corazón de tu padre.—*D. Juan de la Cerda.*»

Con pasmo y entusiasmo.

¡Cielos! ¡Don Juan de la Cerda!
Lo estoy viendo, y no lo creo.....
¡Esta es su firma, y aun dudo
si estoy soñando ó despierto!
¡Además de hallar á un padre,
hallar á un padre tan bueno!
Al saber quién soy ahora,
con nuevo valor me siento.
Yo sabré, guerrero ilustre,
siguiendo tu noble ejemplo,
cumplir las obligaciones
que á Dios y á mi sangre debo;
y pues te amagan las iras

del vengativo don Pedro.....

El Rey y Juan Diente entran por la izquierda.

Pero aquí llega: esconderme
tras este dosel intento,
porque en mis ojos no lea
la turbación de mi pecho.

Se esconde precipitadamente detrás del dosel.

JUAN DIENTE.

Hablando recatadamente con el Rey.

Advertid que yo no basto,
señor, á tan grande empeño,
que es don Juan muy esforzado,
y si acaso el golpe yerro.....

ROGER.

Aparte.

¿Qué es lo que dice? ¡Don Juan!
Si será mi padre, ¡cielos!

REY.

Pues si no bastas, escoge
cuatro de mis ballesteros,
Diego Pérez, Garci-Díaz,
Ferrández, Gonzalo-Recio.....
Cuando pase media hora,
en los jardines extensos
de este alcázar, hacia el lado
en donde está mi aposento,
de una corneta de monte
resonará sordo el eco;
esa será la señal,
y en oyéndola, al momento
mis mandatos ejecutas
sin titubear, y luego

con igual señal me avisas
de que ya están satisfechos.
¿Entiendes cuanto te he dicho?

JUAN DIENTE.

Entiendo, señor, entiendo.

REY.

Pues si lo entiendes, cuidado
que ni una voz ni un acento
hoy de tus labios se escape;
porque importa á mis intentos
que cuando acuerden los suyos
esté el de la Cerda muerto.

Se va el Rey.

ESCENA VIII

Juan Diente. Después Roger.

JUAN DIENTE.

¡Siempre sangre! Ya me cansa
la vida que estoy haciendo.....
Pero don Pedro es el Rey,
yo replicarle no puedo,
y si es malo lo que manda,
él sus cuentas dará al cielo.

Sale Roger, sin ser visto, y se halla detrás de Juan Diente, al cual da una palmada en el hombro.

ROGER.

En voz baja, pero con decisión.

Te engañas, que á ti también
los horrores del infierno

te alcanzarán, vil verdugo,
si ejecutas sus intentos.

JUAN DIENTE.

Un poco sorprendido y aparte.

¿Por dónde ha entrado este hombre?

Alto.

Y ¿qué me queréis con eso
decir?

ROGER.

Responde, villano,
¿qué te ha ordenado don Pedro?

JUAN DIENTE.

Lo que saber no os importa.
¿Ignoráis que mudo y ciego
debe ser quien sirve al Rey?

ROGER.

¡Sabes que un crimen horrendo
aquí cometer se intenta,
y no te asusta, perverso,
de tan espantoso crimen
ser el infame instrumento!

JUAN DIENTE.

Palabras vanas decís:
de vidas y haciendas dueño
es el Rey, y de su Estado
Dios le encomienda el gobierno:
yo respeto su justicia,
y á examinar no me meto
si bien ó mal la reparte,
ni si es blando ó justiciero.
Nunca me paro á juzgarle,
y únicamente comprendo

que él es señor, yo vasallo,
que él me manda y yo obedezco.

ROGER.

Pues oye: si tiene el oro
en tu corazón imperio,
si quieres ser algo más
que un humilde ballestero,
salva por Dios á don Juan;
sálvale, y yo te prometo
darte riquezas tan grandes,
que en algún vecino reino
puedas sin temor tu vida
pasar feliz y opulento.

JUAN DIENTE.

No os canséis: nací en Castilla;
aquí mis padres murieron;
también morir pienso en ella.....
Pero ¿qué digo?..... Más quiero
ser en Castilla mendigo
que príncipe de ella lejos.

Después de una pausa.

Y qué, ¿tanto os interesa
este asunto?

ROGER.

El universo
es ¡ay! don Juan para mí;
por él tranquilo, contento,
mi felicidad, mi vida.....
¿Más qué es una vida?..... Ciento
que tuviera perdería.....
¡Ah! Si no bastan mis ruegos,
si tu pecho no se ablanda

con este llanto que vierto,
de verme á tus pies postrado,

Hinca la rodilla.

Juan Diente, no me avergüenzo;
salva á don Juan de la muerte,
y tú mismo escoge el premio.....
Y si el dar vida por vida
puede saciar de tu dueño
el alma terrible, hiere,
no tardes, hé aquí mi pecho.

JUAN DIENTE.

Apurado.

Levantad..... ¿Vos á mis plantas?
¡Que estáis delirando creo!

Se alza Roger.

Siempre os he visto brioso
en batallas y en torneos,
y de serviros me holgara,
que afición y ley os tengo;
pero pedidme otra cosa,
y aunque expuesta vaya en ello
mi sangre, contad conmigo,
que derramarla no temo.....
Mas despreciar la justicia
del Rey, burlar sus preceptos
y ser traidor y engañarle

Se dirige á la puerta.

no; no me es posible hacerlo.

ROGER.

¡Escucha!

JUAN DIENTE.

No: nada escucho.

Vase.

ESCENA IX

ROGER, solo.

ROGER.

¿A qué le llamo?..... ¡Es de acero
su corazón!..... ¡Qué dureza!
¡Pero de qué me sorprendo
si busca tigres, no hombres,
para cómplices don Pedro!
¡Mucho fascina el dosel,
mucho es el poder del cetro
cuando en almas tan feroces
tanta lealtad tiene asiento!.....
Pero es condición del vulgo
mostrar viciosos extremos;
la sumisión de un esclavo,
de un rebelde el desafuero:
no importa..... dos nobles causas
hoy pone á mi cargo el cielo:
libertar á una inocente,
y á un padre salvar pretendo.....

Pausa.

Mas ¿qué haré?..... ¿De tantos males
cómo encontrar el remedio?
Yo, simple doncel del Rey,
en balde á esperar me atrevo
que en contra de sus mandatos
escuche nadie mi acento.
¡Mi valor, mi espada ahora

qué sirven, cuando hay inmensos
obstáculos que no vencen
ni las armas ni el esfuerzo!
¡Sobre el ánimo del Rey
quién puede tener imperio
que baste á poner estorbos
á esa voluntad de hierro!

Como recordando.

Mas ¿qué digo?..... La Padilla.....
Sí; generoso es su pecho,
y comprenderá las ansias
y el pesar que estoy sufriendo;
ella salvará á mi padre,
si hay de salvarle algún medio,
y en sabiendo que María
gime en este alcázar regio
y teme más que la muerte
la afrenta y el vilipendio.....
Mas no..... mejor es que ignore
su virtud y heroico aliento.....
Prudencia, Roger; que es fuerza
en tan contrarios sucesos,
lo que no cortan las armas
que lo desate el ingenio.....
Una rival mire en ella
en el amor de don Pedro;
este medio es más seguro
para verla de aquí lejos,
pues lo que no haga mi espada,
sin duda lo harán sus celos.....
No hay que perder un instante
para correr á su encuentro

y hablarle.....

Va á salir y se detiene al verla venir.

Pero á esta estancia
sus pasos dirige el cielo.

ESCENA X

Roger. La Padilla. Después una Dueña.

PADILLA.

Advirtiendo la emoción de Roger.

¿Qué causa tu agitación?
¿Qué agudo pesar traspasa
hoy, Roger, tu corazón?

ROGER.

Si vieseis lo que en él pasa,
me tuvierais compasión.

PADILLA.

¿A ti? ¿Cómo á quien previene
tal porvenir la fortuna,
la mano á oprimirle viene
de la aflicción importuna?
¡Penas tú!.....

ROGER.

¿Quién no las tiene?

PADILLA.

Aparte.

Dice bien.

ROGER.

Y yo, señora,
que no las tuve en mi vida,

tan graves las siento ahora,
que tengo el alma partida
del pesar que me devora.

PADILLA.

Pues dímelas sin temor;
yo que también las abrigo
de la vida en el albor,
si no alivio tu dolor,
lloraré al ménos contigo.

ROGER.

Sí, le podéis aliviar;
por eso favor os pido,
aunque es en balde implorar
á quien fué del desvalido
siempre el ángel tutelar.

PADILLA.

¿Cuál es el pesar que así
tan amarga hace tu suerte?
¿Qué riesgo te amaga, di?

ROGER.

Ninguno, señora, á mí;
pero á mi padre la muerte.

PADILLA.

¡Cómo; tu padre!

ROGER.

Sí; el sér
debo á don Juan de la Cerda,
y va á hacerle perecer.....

PADILLA.

¿Quién?.....

ROGER.

El Rey.

PADILLA.

Basta, Roger;
que ni un momento se pierda;
veré al Rey sin dilación;
yo ablandaré con mi llanto
su sañuda condición,
y pienso rogarle tanto,
que alcance al fin su perdón.

ROGER.

Corred, señora, volad;
no perdamos más espacio;
ved á don Pedro y.....

PADILLA.

Viendo á una dueña, que se detiene por respeto.

Entrad.
¿Qué hay? ¿El Rey....?

DUEÑA.

No está en palacio,
señora.

ROGER.

Con desesperación.

¡Fatalidad!

DUEÑA.

Y aquí á deciros me envía
que asunto por demás grave
le ocupa, y que en todo el día
no podrá veros.

PADILLA.

Aparte.

¡Quién sabe
lo que de mí le desvía!

Alto.

¡Ay, Leonor, que ya el imperio
en su corazón perdí!
¿Cuándo motivo tan serio
tuvo de dejarme así?
¡Y sin verme y con misterio!
Que ya se entibia su amor
de esos pretextos colijo.
Pensarlo me causa horror!.....
¿Y estaba triste, Leonor?
¿Por dónde fué?..... ¿Qué te dijo?

DUEÑA.

Me habló con rostro severo;
luego vi que conversaba
con Juan Diente, el ballestero,
y algo después se alejaba
del jardín por un sendero.

Vase.

PADILLA.

¡Ay, Dios, qué pensar no sé!
¡La tierna afición no es esta
con que mostraba su fe!.....
¡Ay, de mi pasión funesta
víctima al fin moriré!.....

Llora.

ROGER.

Aparte.

¡En una horrible prisión
mi padre y su esposa, cielos!
No perdamos la ocasión
de hablarle de ella; los celos
asalten su corazón.

Alto.

Y no sólo por don Juan
pido; su esposa, señora,
objeto es del tierno afán
de don Pedro, que la adora,
y ambos en palacio están.

PADILLA.

Con vehemencia.

¡En palacio otra mujer
que ama don Pedro! ¡Oh furor!.....
Pero no, no puede ser;
di que te ciega el dolor
ó que me engañas, Roger.

ROGER.

Jamás engañó mi labio.....
A esa infeliz libertad,
que no es su culpa, en verdad,
si pudo haceros agravio
con su funesta beldad.

PADILLA.

¡Desgraciada! ¡Y le amo tanto!.....

ROGER.

Pues bien: si á alejar se alcanza
de sus ojos el encanto,
podréis burlar su esperanza
y calmar vuestro quebranto.

Nada tenéis que temer;
de la noche en el misterio
fácil cosa puede ser
conducirla á un monasterio
donde él no la vuelva á ver.

Pero es lo que importa ahora
dar á mi padre favor;

sé que se acerca su hora,
y he de salvarle, señora,
con mi acero y mi valor.

PADILLA.

Calla, doncel; tú deliras;
no me hagas más infeliz;
loco estás, pues que no miras
que de don Pedro á las iras
hay que humillar la cerviz.
Yo misma, sí, con mi amor
muy rara vez he podido
de su pecho empedernido
calmar el ciego furor.....

Se oye á lo lejos una corneta de monte.

Mas ¿qué es esto?..... ¿Qué sonido?.....

ROGER.

Queriendo salir de la estancia fuera de sí.

¡Ah, maldición, la señal
de que va á morir!.....

PADILLA.

Poniéndose delante de él para estorbarle el paso.

¡Detente!
¿Dónde vas? ¿Estás demente?
Qué, ¿no miras que un puñal
va á herir tu pecho inocente?

ROGER.

Dejadme, que con mi espada
podré hacer tal vez que huya.

PADILLA.

Morirás....:

ROGER.

¡Dicha extremada

si mi sangre derramada
pudiera salvar la suya!
¡Dejadme!

PADILLA.

Abraza, postrada, sus rodillas para sujetarlo.

Nunca. Me espantas
con tu valor inaudito.....
Así entre maldades tantas
un nuevo crimen evito.

Roger pugna por desasirse.

Antes moriré á tus plantas.
¿De qué le podrás servir
á tu padre, si hay, doncel,
de asesinos un tropel?.....

ROGER.

¡Dejadme, por Dios, partir!

PADILLA.

¿Y qué harás?

ROGER.

Con desesperación.

Morir con él.
Cada instante que se va
es un siglo para mí.
Acaso expirando está
mientras hablamos aquí.
Ya basta, señora.....

Se desase con violencia, y la Padilla cae en tierra. Roger corre hacia la puerta; pero antes de llegar, suena segunda vez á lo lejos la corneta de monte, y Roger cae desmayado, dando un grito.

¡Ah!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Noche. Habitación sombría del alcázar de Sevilla. Á la izquierda una puerta que da á un oratorio. En el fondo una secreta y otra igual al extremo de la derecha. Una lámpara colgada en medio. Doña María estará sentada en un sillón y reclinada en una mesa, en actitud afligida.

ESCENA PRIMERA

DOÑA MARÍA.

Cuando en vez de contento
sólo dolor se espera,
del tiempo la carrera
¡con cuánta lentitud se vé pasar!
Treguas á su tormento
jamás el pecho tiene,
cuando á oprimirle viene
la mano abrumadora del pesar.
¡Ah! De mi hogar dichoso
en la halagüeña calma,
pura y serena el alma,
¡cuán venturosa me juzgaba yo!
Sin ese Rey odioso
mi vida pasaría
como un hermoso día
que ni vapor ni nube oscureció.
Mas ¡ay! ¡Son tan extremas

mis desdichas!..... ¡Quién sabe!.....
¡Tal vez, don Juan, te acabe
la furia del despecho y la inquietud!.....
Por el honor no temas
de un alma que no cede;
la violencia no puede
los timbres empañar de la virtud.
Sin defensa ni escudo
aquí espero mi suerte.....
Mas ¿qué digo? Mi muerte
puede enfrenar del Rey la liviandad.
Tengo aliento, y no dudo
que á resistir me atreva,
si no excede la prueba
las fuerzas de la triste humanidad.

Se levanta.

Moriré si es forzoso.
¡Ah! Sí; resuelta estoy.....
A esta capilla voy
mi espíritu á calmar con la oración.
Rogaré á Dios piadoso
que me dé nuevo aliento.
Tal vez oirá mi acento,
y volverá la paz al corazón.

Va al oratorio, y se detiene al oir abrir una puerta con cautela.

Mas me parece que escucho
los cerrojos descorrer.
Mi carcelero no há mucho
que salió..... ¿Quién puede ser?
Quizá el Rey.....

Al ver entrar á Roger.

¡Cómo! ¡Roger!

ESCENA II

DOÑA MARÍA CORONEL. ROGER.

ROGER.

Sale por la puerta de la derecha con aire delirante.

¡Silencio! A salvarte vengo.....
Mas si á verte libre aspiras,
calla..... ¿Su puñal no miras?.....
¡Miedo á los puñales tengo!

DOÑA MARÍA.

¡Miedo!..... ¿Qué dices?..... ¿Deliras?
¿Tú temer? ¡Ah! Vuelve en ti.
Tienes la mente turbada.
¿Qué te ha sucedido, di?

ROGER.

Como hablando consigo mismo.

No me amedrenta una espada,
pero á un puñal temo, sí.....
Aun el ser mujer, María,
de sus pérfidos aceros
tal vez no te libraría;
que hay aquí por vida mía
verdugos, no caballeros.....
Y el que mandó darle muerte
es un asesino infame.
Sí, porque aunque rey se llame,
no es para que de esa suerte
la sangre ilustre derrame.

DOÑA MARÍA.

Me estremeces..... ¿Qué te aflige?.....
Solos estamos los dos.
¿Dónde su rumbo dirige
tu mente? Dime, por Dios.....

ROGER.

Empieza á calmarse y á recobrar la razón.

¿Dónde?... ¡Qué!... ¡Yo!... Pues ¿qué dije?
¿De quién hablé?

DOÑA MARÍA.

Afligida.

¡Qué se yo!
Pienso que del Rey dijiste
que á un hombre matar mandó.....
Con esa imagen tan triste
toda mi sangre se heló.

ROGER.

Aparte.

¡Insensato! ¿Estoy demente?
De su destino el horror
iba á mostrarle imprudente.....

Alto.

Templa, por Dios, tu dolor;
turbada estaba mi mente.
Que asesinado moría
un hombre supe, y de espanto
mi alma se llenó, María.....

Afectando serenidad, pero con amargura.

¡Pero aquí es tan raro el día
que no sucede otro tanto!.....
Esa impresión mi sentido
alteró.....

DOÑA MARÍA.

Consternada.

¡Qué horror encierra
este sitio aborrecido!
Mi propio acento me aterra
por el eco repetido.
¡Qué pavorosa mansión!
Cuanto toco, cuanto miro
aquí aumenta mi aflicción;
hasta el aire que respiro
me pesa en el corazón.

ROGER.

Cálmate; de este palacio
con un obispo saldrás;
luego á Santa Clara irás,
y del Rey por largo espacio
allí segura estarás.

DOÑA MARÍA.

¿De don Juan no dices nada,
cuando sabes que le adoro?
¿Qué es de él? ¿Me juzga culpada?
¿En dónde está, di?.....

ROGER.

Volviendo la cabeza para ocultar su emoción.

Lo ignoro.

Aparte.

¡Oh mujer desventurada!

DOÑA MARÍA.

¡Ay triste de mí! ¡Si vieras,
al mirarme en tal estancia,
cómo vinieron ligeras
á mi mente las primeras

impresiones de la infancia!
Mas ya de tan dulces días
los recuerdos me estremecen;
con ellos mis ansias crecen,
y estas bóvedas sombrías
un sepulcro me parecen.....
Sin cuidados ni pesar,
¡cuán inocentes los dos
vimos la infancia pasar!
¿Te acuerdas?

ROGER.

¡Pluguiese á Dios
que lo pudiera olvidar!
¡Si supieses cuánto así
aumentas mi desventura!
Esos recuerdos que á ti
te deleitan, para mí
son recuerdos de amargura.
Cuando las gracias veía
de tu beldad seductora,
¡ah! tú no sabes, María,
la pasión abrasadora
que en mi corazón ardía.
Al verme aislado y sin nombre,
ni declararte mi fe
ni pedir tu mano osé;
por eso logró otro hombre
el único bien que ansié.
Tu pecho entonces me amaba
con cariño fraternal,
y tu candor no pensaba
que yo en el alma abrigaba

una pasión criminal.
  Después la ausencia no pudo
darme la anhelada calma,
y en vez de servir de escudo,
¡ay! con ella el dardo agudo
más se clavaba en el alma.
  Pensé que la gloria fuera
contra mi pasión abrigo.
¡Ay de mí!..... ¡Débil barrera!.....
En la lid y en dondequiera
estaba mi amor conmigo.
  Comprender lo que pasé
por no amarte, no podrás;
mas mi intento no logré,
y el tesón con que luché
fué sólo un tormento más.

DOÑA MARÍA.

  ¿Será tal mi desventura
que yo la ocasión ¡Dios mío!
diese á llama tan impura?

ROGER.

No; que un alma menos pura
no enfrenara mi albedrío.
  Perdona mi frenesí,
noble y celestial mujer;
ten ¡ay! compasión de mí,
pues si lo supe esconder,
con mi amor no te ofendí.
  Dios perdonará este amor
que me inspira tu belleza;
Dios que te dió ese pudor,
en ti puso la pureza,

como el aroma en la flor.
Ni aun tengo remordimiento
de la pasión que abrigué;
que una lucha sólo fué,
una ilusión, un tormento
que en secreto devoré.
Mas dominar fué imposible
la llama que me abrasaba.....

DOÑA MARÍA.

Llorosa.

¿Y tu razón no pensaba
en la barrera invencible
que á los dos nos separaba?

ROGER.

¿Los ecos de la razón
puede escuchar el que siente
la furia de una pasión?
En vano intenta la mente
dar leyes al corazón.
De virtud y de heroísmo
sé que es un templo tu pecho:
que nos aparta un abismo
sé..... Pues bien, ahora mismo
te idolatro á mi despecho.
Mi alma al verte, embebecida,
se abrasa en llama voraz,
que ha de consumir mi vida,
y es mientras más combatida,
más ardiente y más tenaz.
Pero ¡ay! enjuga tu lloro,
da treguas á tu dolor;
que no olvido, aunque te adoro,

lo que debo á tu decoro
y lo que debo á mi honor.
Por siempre me apartaré
de tu funesta beldad;
lejos de Castilla huiré;
si mi amor vencer no sé,
venceré mi voluntad.
¡Dichoso si honrosa muerte
pudiera hallar en las lides!.....
Ten compasión de mi suerte,
y á un desdichado no olvides
que no ha de volver á verte.

DOÑA MARÍA.

Que te alejes no consiento.....
Por un delirio así labras
tu infortunio..... ¡Qué tormento
me han causado tus palabras!.....

Se oyen pasos lejanos.

Mas ¿no escuchas? Pasos siento.....
¡Ah! Si el Rey.....

ROGER.

Hablando consigo.

Tal vez pudiera
saciar la venganza mía.....
¡Pero el honor de María!....

A ella.

¡Ah! Si por ti no temiera,
aquí yo le aguardaría.

DOÑA MARÍA.

Apurada.

Vete, Roger; loco estás:
si no enfrenas tu altivez,

á ambos á perdernos vas.

ROGER.

Adiós; pronto me verás,
pero por última vez.

DOÑA MARÍA

Con decisión religiosa.

Dios, que á nadie abandonó,
si aquí no, premiará allí

Señalando al cielo

al que en su fe confió:
ruégale, que también yo
voy á pedirle por ti.

Se van; Roger por la puerta de la derecha, y D.ª María por la del oratorio.

ESCENA III

Después de un breve intervalo, salen por la puerta del fondo el REY y JUAN DIENTE; éste trae una linterna, que pone sobre una mesa.

REY.

Me pareció que aquí hablaban,
y aun juzgué, por vida mía,
escuchar la voz de un hombre:
mas no puede ser..... La vida
¿quién en tan poco estimara
que aquí en mi alcázar vendría
á ser blanco de mi furia?
¿Quién en su propia guarida
viniera á arrostrar osado
del regio león las iras?.....

No puede ser..... de mi mente
sin duda ilusión sería.....
Y tú, Juan Diente, ¿no oiste
las palabras confundidas
de dos personas?.....

JUAN DIENTE.

Tan sólo
se me figuró que oía
los goznes de ese postigo
que sale á las galerías.

REY.

Pero, ¿quién, sin que le viera
la centinela, podría
llegar á abrirle?

JUAN DIENTE.

No es fácil.

REY.

Y supongo que ahí pondrías
á un hombre de confianza.....

JUAN DIENTE.

Señor, á Ferrán Mejía,
un ballestero de maza
que os dió pruebas repetidas
de lealtad.....

REY.

Pues anda á verle;
pregúntale, é investiga
si alguien pasó.....

Se va Juan Diente por el fondo. El Rey abre un postiguillo que habrá en la puerta del oratorio, y mira por él á D.ª María.

¡Cuán hermosa!.....
Aun con su dolor me hechiza.....

Rezando está: en su semblante
sublime expresión respira:
está llorosa, y no sabe
que encienden el alma mía
esas lágrimas brillantes
que corren por sus mejillas.....
¡Y qué! ¿Cuando venturosas
las beldades de Castilla
se juzgan si á alcanzar llegan
de mi labio una sonrisa,
tú sola, mujer extraña,
á mi amor resistirías?.....

Pausa corta.

Pero el alma más constante
con el rigor se domina,
y aunque del dosel el brillo
no pueda ofuscar tu vista,
y aunque no cedas, de un trono
por la alta ambición rendida,
tú me entregarás tu pecho
ó enamorada ó sumisa;
que una firme voluntad
á otra más firme se humilla.

Juan Diente descorre el cerrojo de la puerta de la derecha, y entra por ella.

Y bien, esa centinela
¿qué responde?

JUAN DIENTE.

Está dormida,
señor.

REY.

¿Dormida?..... Pues oye:
mañana ya entrado el día

irá á la torre del Oro;
el Guadalquivir camina
debajo de sus ventanas,
y en él gente prevenida,
atado de pies y manos,
le arrojará desde arriba;
y si alguien te preguntase
por qué hace el Rey tal justicia,
dile sin temor, Juan Diente,
porque de escarmiento sirva,
que así paga un centinela
que se duerme y no vigila.

Juan Diente se inclina en señal de asentimiento: va á salir, y el Rey le detiene llamándole.

Escucha, se me olvidaba:
¿espiró con valentía
don Juan de la Cerda, ó tuvo
flaqueza al morir?

JUAN DIENTE.

La vida,
aunque herido, en un principio
con tal vigor defendía,
que confieso que el mirarle
daba lástima y envidia;
pero á poco tres mazazos
abreviaron su agonía.....
Aún está el yerto cadáver
allí en la prisión.....

REY.

Bajando la voz.

Pues mira:
baja, y de ese cuerpo helado

que separe una cuchilla
la cabeza; en una caja
ponla, y en la prisión misma
aguarda; que en breve plazo
sabrás á qué la destina
mi voluntad.....

El Rey indica con un ademán á Juan Diente que se retire, y éste se inclina y obedece.

Ahora veamos
si esta belleza afligida
hoy á resistir se atreve
como anoche resistía.....
Si me ama, regia diadema
su angélica frente ciña;
¡pero ay, infelice de ella
si con su desdén me irrita!

ESCENA IV

EL REY. DOÑA MARÍA CORONEL.

REY.

Abre la puerta del oratorio.

Hermosa doña María,
la amarga meditación
interrumpid un momento,
que así os entristece.

DOÑA MARÍA.

Exclama dentro.

¡Ay Dios!
¡Es el Rey!

REY.

Venid, señora;
que al cielo, que es su mansión,
rogarle no necesita
un serafín como vos.

DOÑA MARÍA.

Sale.

Ahora por mí no rogaba
al cielo: por vos, señor,
le pedía.

REY.

Sentándose, é indicando á D.ª María que haga lo mismo.

De ti sola
mi ventura espero yo;
y si los ruegos escuchas
de mi invencible pasión,
no me hace gran falta ahora
de los cielos el favor.

DOÑA MARÍA.

¡Y hablar podéis de esa suerte
vos, á quien Dios confió
un reino tan dilatado!

REY.

Tú no sabes..... Este amor
en el alma tan violento,
tan irresistible entró,
que juzgaba tu ternura
el más envidiable dón
de la suerte: fué mi pecho
un volcán abrasador,
y la gloria y la fortuna,
el poder, la religión,

todo lo olvidé..... tu rostro,
de beldad radiente sol,
embelesó mis sentidos,
y hallando en tu corazón
mi afecto una resistencia
que en ningún otro encontró,
se tornó la ardiente llama,
con los estorbos, mayor;
y ya es tal, y con tal furia
avasalla mi razón,
que el mundo, Dios, mi corona,
tan sólo en ti miro yo.....
Todas las dichas que el hombre
de la mente en el hervor
forma, á tu amor comparadas,
nada ante mi vista son.....
¡Ah, contemplar de tus ojos
el brillo fascinador
y ser amado!..... No tengo
otra dicha, otra ambición,
y juzgo cualquier ventura
á esa ventura inferior.

DOÑA MARÍA.

Casi estoy dudando ahora
si escucho de un rey la voz.
Si da imperio el ser monarca,
da también obligación;
y esas palabras, don Pedro,
debieran daros rubor.
¿Ignoráis que soy esposa?
¿Olvidáis que rey sois vos?
¿O acaso no satisfecho

de haber en esta prisión
sepultado á una infeliz
que jamás os ofendió,
la luz de su honra dejando
empañada en la opinión,
insultándola intentáis
gozaros en su dolor?
¡De un miserable villano
indigna fuera esta acción,
y cuánto más de un monarca,
que es un trasunto de Dios!

REY.

Pero un rey también es hombre,
y cual hombre, la pasión
no siempre enfrenar le es dado
que su pecho dominó.....
Si tú me amases, María,
¡cuán venturosos los dos
fuéramos! ¡Ay! Mil esclavos
obedientes á tu voz,
cumplieran cuantos deseos
soñar puede tu ilusión:
mis palacios, mi corona
premio fueran de tu amor,
y arrodillada á tus plantas
miraras á una nación.

DOÑA MARÍA.

No esperéis: vuestras palabras
sólo me causan horror;
un pecho vencer no puede
que es de pureza crisol
quien tiene miel en los labios

y veneno en la intención:
el poder, el regio trono
no pudieran darme, no,
la tranquilidad de un alma
que no siente el aguijón
del remordimiento: el oro
no puede pagar, señor,
la fe, la honra, la inocencia,
la calma del corazón.....
Si con la infamia se compra,
yo no quiero el esplendor.

REY.

Con aire sombrío.

¡Con que no habrá medio alguno
de vencer tu obstinación!

DOÑA MARÍA.

Vuélveme al hogar dichoso
de donde me arrebató
tu liviandad: de los cielos
alcanzarás el perdón,
y yo olvidaré tal vez.....

REY.

¡Tú deliras! ¡Vive Dios,
que en humillar tengo empeño
tu soberbia presunción!
Te juro que has de ser mía
ó de grado ó por temor.

DOÑA MARÍA.

Al abismo de los vicios
mi alma nunca descendió:
podréis, don Pedro, ultrajarme,
pero envilecerme no.

REY.

Con furia concentrada, y levantándose.

¡No sabes adónde alcanza
mi violencia y mi furor!

DOÑA MARÍA.

Con resolución, levantándose.

A mucho alcanzan, don Pedro,
mas no á aplacar la aversión
que me inspiráis; no á calmar
el grande y profundo horror
que me causan los halagos
de esa funesta pasión.
La violencia, rey don Pedro,
nunca el alma encadenó,
y el hombre más poderoso
y el más tirano opresor
dueño será de la vida,
pero no del corazón.
Ricoshombres, infanzones,
Roma, Granada, Aragón,
á vuestros pies se prosternan
como si fuérais un Dios;
sé que una turba de esclavos
sólo aguarda vuestra voz
para llenar este reino
de amarga desolación;
sé que do movéis la planta
dejáis rastros de terror,
y que en vos miran los pueblos
un verdugo y no un señor.....
Podéis matar á mi vista
cuanto en el mundo amo yo,

para siempre sepultarme
podéis en una prisión,
de miraros cada día
dándome el suplicio atroz;
podéis hacerme pedazos,
podéis ultrajar mi honor,
pero obligarme á que os ame,
Rey de Castilla, eso no.

REY.

Por grande que el tuyo sea,
aún es mayor mi tesón;
tú no sabes lo que puede
un rey ofendido, adiós:
yo en breve sabré vencer
tu indomable condición.

Se va por la puerta del fondo.

DOÑA MARÍA.

Anda, que el Rey de los reyes,
que al débil no abandonó
jamás, para resistirte
me dará fuerza y valor:
por mí no temo, mas ¡ay!
mi esposo..... tal vez..... ¡Oh Dios!

Se sienta y llora.

ESCENA V

DOÑA MARÍA CORONEL. LA PADILLA.

PADILLA.

Entra con cautela por la puerta de la derecha, y dice aparte:

¡Ah! todo lo escuché..... Mujer sublime,
envidia tengo á tu firmeza santa.
Por conservar tu honor la muerte arrostras;
mis celos sin razón te calumniaban.....
Y tú, Rey fementido, cuando en breve
vuelvas aquí de tu pasión en alas,
ya no la encontrarás, y á tu despecho
esa indigna pasión verás burlada.

Se adelanta para mirar á D.ª María.

¡Qué hermosa es! En su semblante puro
el corazón de un ángel se retrata.
¡Qué hermosa! ¡ay Dios!..... al contemplarla el mío
tenaz remordimiento despedaza.

DOÑA MARÍA.

Repara con sobresalto en la Padilla.

¿Quién sois? ¿A qué venís?

PADILLA.

Vengo, señora,
vuestro llanto á enjugar.

DOÑA MARÍA.

¿Y en este alcázar
donde un tirano manda haber podría
quien sienta compasión de la desgracia?

No, me engañáis; marchad..... Tal vez sea ésta
alguna nueva red que me prepara.

PADILLA.

Callad, ¡ah! que un puñal con esas dudas
estáis, por Dios, clavándome en el alma.

DOÑA MARÍA.

¿No son justas, decid?

PADILLA.

No; yo pudiera
con pronunciar mi nombre disiparlas;
pero es tan hondo el espantoso abismo
donde me sepultó mi suerte infausta
que delante de vos decir mi nombre
¡triste de mí! me afrenta y me acobarda.....
Básteos saber que por culpable os tuve,
y que érais mi rival juzgué engañada.

DOÑA MARÍA.

Ya entiendo..... la Padilla eres sin duda,
la que en palacio y en Castilla manda.
¡Y juzgando mi pecho por el tuyo,
temiste que tu puesto ambicionara!.....
Te engañaste, infeliz; aislada, triste,
aquí gimiendo en pavorosa estancia,
no trocara mi suerte con la tuya
por cuanto vale el esplendor del Asia.

PADILLA.

Con tono resignado.

Lo sé, que hace un momento fuí testigo
de tu alto esfuerzo y sin igual constancia.
¡Mas si vieses el fondo de mi vida,
del oropel del fausto despojada;
si vieses mi existencia cada día,

cuán afanosa, ay Dios, y cuán amarga,
esta infeliz que ante tu vista tienes
lástima y no desprecio te inspirara!

DOÑA MARÍA.

Pues si sabes que un lustre no ambiciono,
que tú, infeliz mujer, tan caro pagas,
¿qué pretendes de mí? Déjame al punto
sola aquí con mi llanto y mis plegarias;
que yo la protección no necesito
de quien vive.....

PADILLA.

Que comprende la reticencia, dice tristemente:

Comprendo, sí, en la infamia.
Eso quieres decir..... ¡Ah, no merezco
la terrible crueldad de tus palabras!
Pude culpable ser, pero en mi pecho
aún nobles sentimientos se levantan,
y por una conciencia cual la tuya,
firme, serena, sin temor ni mancha,
mi vida diera, si tan triste vida
pudiera merecer el conservarla.
Nadie cual tú me habló, nadie en el mundo
de ofenderme, cual tú, tuvo la audacia;
pero tampoco en nadie he visto nunca
la elevación sublime de tu alma;
por eso ante ti sólo aceptaría
la humillación de disculpar mis faltas.
Huérfana, pobre, á la ambición sin freno
de palaciegos viles entregada,
vime así entrar de la afanosa vida
en el primer albor; sí, yo me hallaba
en esa edad feliz en que aún se sueña

con los sueños dorados de la infancia.
Entonces vi á don Pedro circundado
del esplendor de la grandeza humana.
¡Ay de mí, la memoria de aquel día
aquí en el corazón está grabada!
Joven, marcial, severo, la corona
en sus augustas sienes deslumbraba,
y por primera vez sentí al mirarle
una emoción desconocida y vaga.....
Fué la infantil palpitación de un pecho
en que despierta del amor la llama.
El Rey lo vió, y en mis turbados ojos
clavó al punto triunfante sus miradas,
y vime, sin pensarlo, en honda sima
de perdición y esclavitud lanzada.....
Si mi madre infeliz vivido hubiese,
sin duda el precipicio me mostrara,
y sin este rubor yo te hablaría,
siendo cual tú tan pura y tan honrada.....
¡Pero es tan fácil, ay, torcer del pecho
los sentimientos en la edad temprana
que ignora el porvenir!..... ¡Vil instrumento
fué de la intriga mi inocencia incauta!
Parientes ambiciosos me entregaron
al deshonor, y de infernales tramas
juguete fuí, como barquilla endeble
del viento y de la mar arrebatada.

DOÑA MARÍA.

¡Infeliz!

PADILLA.

Del letargo vergonzoso
no tardé en despertar. El Rey me amaba

cuanto amar le era dado, pero en breve
triunfó su condición sañuda y varia,
y aunque no me olvidó, mostróse á veces
amante infiel, cuanto opresor monarca.
Cansada de sufrir, ¡oh, cuántas veces
quise romper cadena tan pesada!
Pero mis hijos, ¡ay, eran un lazo,
que tenaz para siempre me ligaba!.....
Y te diré también para que pueda
de disculpa servir, no de alabanza,
que cuando el rey don Pedro al mal movido
por la lisonja ó la traición villana,
sobre los pueblos de Castilla quiso
desplegar su rigor ó su venganza,
yo sola con mi amor contener pude,
ya pronta para herir, su mano armada;
yo consolé familias afligidas,
y ese bien que mi mano dispensaba
fué mi solo placer, no una opulencia
á tanto precio por mi mal comprada.

DOÑA MARÍA.

¡Ah, cuánto me engañaba! Tú apuraste
de un destino fatal la copa amarga;
todo el halago seductor del vicio
lograr no pudo corromper tu alma.
¡Ah, te conozco ya! Llega, tú has sido
aún más que criminal, desventurada;
ven á mis brazos, ven; te amaré siempre
con el cariño puro de una hermana.

Se abrazan.

PADILLA.

¡Dulce placer el verse comprendida

por un alma tan noble y elevada!
Años eternos de penar y afanes
este momento los compensa y paga.....
Ahora no rehusarás el beneficio
que el cielo por mi mano te depara.....
La libertad.

DOÑA MARÍA.

¡La libertad! ¡Qué dicha
salir de este palacio!..... ¿No me engañas?

PADILLA.

De ese oratorio en el labrado muro
hay una puerta oculta é ignorada
hasta del mismo Rey; saldrás por ella;
el obispo don Nuño fuera aguarda,
y él te conducirá de un monasterio
al sagrado lugar.

DOÑA MARÍA.

Mi confianza
yo siempre puse en Dios..... en Dios, que nunca
á quien con fe le ruega desampara.

Entran en el oratorio, y después de un breve espacio vuelve la Padilla.

ESCENA VI

LA PADILLA. Después el REY.

PADILLA.

Ya con don Nuño partió;
proteja el cielo su vida.....
¡Ay, aun así perseguida,
ella es más feliz que yo!

Va á salir por la puerta de la derecha, y al ver entrar al Rey por la del fondo, se detiene junto á la pared. El Rey no repara en ella: busca con la vista á D.ª María Coronel, y no viéndola en la estancia, entra en el oratorio, del cual sale al punto.

REY.

Con desesperación.

¡Huyó!..... ¡Cielos!..... ¡No está aquí!.....
¿Será posible?..... ¡Oh furor!
¿Quién podrá ser el traidor
que ha osado venderme así?

PADILLA.

Mostrándose.

Yo he sido.

REY.

Vuelve la cara sorprendido.

¿Cómo? ¿Quién? ¿Vos?
Pues escuchad: aunque os pese,
os juro que el ardid ese
no os servirá, ¡vive Dios!
Ahora mi tesón, á fe,
más en buscarla se aferra,
y aunque la esconda la tierra,
al fin yo la encontraré.

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

Noche. Una celda del monasterio de Santa Clara, un reclinatorio, una mesa y sobre ella una lámpara; una cama en el fondo, una puerta á la izquierda y otra á un lado en el fondo.

ESCENA PRIMERA

JUAN DIENTE. DOÑA MARÍA CORONEL.

Doña María está recostada en la cama, durmiendo. Juan Diente, con una caja de ataujía en las manos, se asoma á la puerta, y al ver que D.ª María duerme, entra cautelosamente y manifestando azoramiento.

JUAN DIENTE.

¡Jesús, ya respiro..... ya aliento.....; en mi vida
más lúgubre noche, por Dios, que no vi;
de aquel cementerio que está á la salida
un bulto ó fantasma corrió tras de mí.
—Detente y no vayas á aquel monasterio—
me dijo;—el cabello aún se eriza de horror.....
No temo á los hombres, mas de un cementerio
los muertos, las sombras me causan pavor.

Mira la caja con horror, la coloca en la mesa y se aparta estremecido.

Sin duda esa caja pedirme quería,
cual prenda que ahora del mundo no es ya.....
¡Jesús y qué espanto! Su voz todavía

la sangre en las venas helándome está.
Con este mensaje venir á un convento,
y en noche tan triste, repúgname á fe;
pero un rey lo manda; si es malo su intento,
que él sólo á los cielos sus cuentas le dé.

Sobre la caja pone un pergamino que saca de la escarcela, y al lado de éste la lámpara. Después se acerca á contemplar á D.ª María.

¡Cuál duerme esta dama!... ¡Qué sueño tranquilo!
¡Qué rostro sereno!..... Me da compasión.
Sin duda, juzgando seguro este asilo,
las garras no teme del fiero león.....
Soñando está acaso que dicha le espera.
¡No sabe que en breve tendrá que llorar!.....
Su suerte es tan triste, que más le valiera
de sueño tan blando jamás despertar.

Vase.

ESCENA II

DOÑA MARÍA, sola.

DOÑA MARÍA.

Se incorpora y escucha.

¡No es nada!..... Me engañé..... Leve rumor
pensé que hirió mi oído;
ráfaga fué del viento bramador,
ó ilusión de mi espíritu afligido.
Ya en este monasterio libre estoy
de ese monarca impío.....
¡Oh Supremo Hacedor, gracias te doy

con toda la efusión del pecho mío.

Se levanta.

La religión habita este lugar,
y la virtud con ella;
ningún daño me puede amenazar;
el orgullo del mundo aquí se estrella.
Cuando honra y vicio, cuando bien y mal
peses en la balanza
¡oh Dios! de tu terrible tribunal,
no escuches, no, la voz de tu venganza.
De ese feroz tirano ten piedad,
Señor del universo;
la luz de la justicia y la verdad
ablande al fin su corazón perverso.....

Pausa.

Mas baluarte sagrado de mi honor
será este asilo en vano,
si mi esposo don Juan, mi bien, mi amor
está del Rey en la sangrienta mano.
¡Tal vez está dudando de mi fe!
¿Qué dicha, qué reposo
puedo esperar ¡oh Dios! cuando ni aun sé
si vive ó muere mi adorado esposo?

Repara en la caja.

¡Pero qué miro! Esta caja
antes de entregarme al sueño
aquí no estaba. Sin duda
á esta celda la trajeron
mientras dormía. Veamos
lo que contiene..... Mas ¡cielos!
un pergamino hay encima,
y al lado la luz.....

Mira el pergamino.

¡Qué veo!
A mí viene dirigido.
¡Desventurada! ¿Qué es esto?
¡Alguien conoce el asilo
que yo juzgué tan secreto!.....
Leamos.

Lee.

«Porque veáis
que, como ya dicho os tengo,
ni desdenes me intimidan,
ni de obstáculos me arredro;
pues que á pesar del rigor
con que me tratáis, no puedo
apagar la ardiente llama
que me está abrasando el pecho,
ahí esa caja os envío;
abridla, y hallaréis dentro
noticias de vuestro esposo,
que amáis con amor tan ciego,
y la prueba de que en balde
no amenaza.....—El rey don Pedro.»
¡Don Pedro! ¡Gran Dios! ¿Qué hice
para que así tan severo
me castiguéis? ¿Por qué siempre
ese odioso nombre veo,
como una horrible barrera
ante mi dicha interpuesto?
¡Qué de temores me asaltan!
¡Qué de dudas! ¡Me estremezco
de sospechar..... y salirse
quiere el corazón del pecho!

¡Cruel inquietud!..... De esta caja
me está aterrando el misterio......
Si de don Juan hay en ella
noticias, ¿qué me detengo
en abrirla?..... Pero no.....
¿para qué?..... Me falta aliento,
pues si de don Pedro viene,
será un presente funesto.
¡Que angustiosa incertidumbre!.....
Mas á abrirla me resuelvo
de una vez, y mi destino
conozca, feliz ó adverso;
que por amargo que sea,
aún es más duro tormento
el dudar..... ¿Qué voy á ver?
Sólo de pensarlo tiemblo.....

Abre la caja, y al ver la cabeza de D. Juan da un grito.

¡Ah! ¡Dios mío!

Cae desplomada en un sillón que habrá junto á la mesa.

ESCENA III

DICHA. GUIOMAR.

GUIOMAR.

¿Qué os aflige?
Esa agitación calmad.
Tan repentino trastorno
¿quién ha podido causar?
Há un momento que dormida

con grande tranquilidad
os dejé. ¿Qué causa ahora
os ha podido alterar?
Aquí nadie entró.... Del sueño
sin duda ilusión será,
que os mostró de la desgracia
alguna imagen falaz.....

Viendo que D.ª María calla y llora.

Hablad..... Si lloráis así,
también me veréis llorar.....
Decidme, por Dios, señora,
que fué ilusión.....

DOÑA MARÍA.

¡Ojalá!
Mas no, que me abruma el peso
de la triste realidad.....
No; que una vana quimera,
un simple sueño, jamás
mi espíritu abatiría
con esta angustia mortal.....

Le da el pergamino.

Toma, mira, y tus cabellos
de espanto se erizarán.....

Mientras Guiomar lee para sí.

Grande es mi aliento, Dios mío;
pero este golpe fatal
me abate. La muerte sólo,
la muerte os pido, y no más.
Ya soportar la existencia
no puedo.....

GUIOMAR.

Después de haber leído el pergamino, mira el interior de la caja, y se aparta horrorizada.

¡Qué horror!..... ¡Don Juan!

DOÑA MARÍA.

Ya ves que á mi desventura
nada ponderé, Guiomar.....
La resignación me falta
para sufrir tanto mal.
Mientras me ofendió á mí sola
aún le pude perdonar.
De mi hogar arrebatada,
mi fama expuesta, sin paz
ni dicha en el alma, presa
como una vil criminal,
aún pude pedir por él
á los cielos..... Pero ya
es la implacable vengaza
mi solo placer, mi afán.
Ya comprendo el goce inmenso
de esa pasión infernal.....
Venganza, venganza anhelo,
¿quién, gran Dios, me vengará?

ESCENA IV

LAS MISMAS. ROGER.

ROGER.

Quien tiene de ello, señora,
obligación; quien está
ofendido como vos

de ese monstruo de maldad
que está reinando en Castilla
para su oprobio y su mal.....
Ignoráis quién soy: no es tiempo
ya de ocultarlo; escuchad:
A una infanta de Castilla,
allá en su primera edad,
amó don Juan de la Cerda.
De aquella unión desigual
yo he sido el fruto infeliz.....
¡Ah! ¡No lo fuera jamás;
que nuncio de desventura
fuí desde la hora fatal
en que nací!..... Al darme á luz
mi madre expiró, y quedar
logró siempre en el misterio
mi origen, que poco há
mi desventurado padre
me reveló al expirar.....
Ved, señora, si es sagrada
mi obligación, y mirad
si puedo más pensamiento
ni más anhelo abrigar
que la venganza de un crimen
que al cielo clamando está.

DOÑA MARÍA.

Pues bien, Roger, no imagines
que yo pretenda entibiar
el aliento que en tus ojos
estoy mirando brillar.
No pienses que estorbos ponga
á tu ardiente heroicidad,

ni al impulso generoso
de tu obligación filial.....
Busca al monarca; en su seno
clava un agudo puñal,
y si ya aquí no te es dado
tu propósito lograr,
ve de don Enrique al campo,
y en su hueste alcanzarás
mil ocasiones gloriosas
en que puedas castigar
un hecho de los más viles
de que es el crimen capaz.....
No hace mucho que me hablaste
de la pasión que abrasar
sientes tu pecho; pues mira:
ese afecto criminal
que está tu virtud manchando
con su sangre lavarás;
tan noble y bella venganza
de expiación te servirá.
¿Y qué te importa si mueres
de tu empresa en el azar?
Hay momentos en la vida
de tan angustioso afán,
en que es, Roger, el morir
la suma felicidad.

ROGER.

¡La muerte!..... sí, la deseo;
pero después de vengar
tanto ultraje..... Hoy ha caído
la cabeza de don Juan;

la de don Pedro ó la mía
dentro de poco caerá.

Doña María y Guiomar se van por una puerta; Roger va á irse por otra, y antes de salir entra por ella el Rey.

ESCENA V

ROGER. El REY.

REY.

Con sorpresa.

¡Aquí, en Santa Clara tú!
¿A qué viniste, Roger?

Con ironía.

¿A estorbar, si no me engaño,
mis pensamientos?

ROGER.

Con fría decisión.

¡Tal vez!

REY.

Ya comprendo..... Y ahora mismo
cuando en esta celda entré,
¿adónde ibas?

ROGER.

A mataros.

REY.

¡Alto raya tu altivez!
¿Has olvidado, atrevido,
que es el que te habla tu Rey?

ROGER.

Si sois monarca ó vasallo

ahora, don Pedro, no sé;
sólo sé que en vuestras manos
manchas de sangre se ven,
manchas de sangre inocente
tan tenaces, que el dosel
ni la púrpura sagrada
no las pueden esconder.

REY.

Para que me hables así,
mancebo, preciso es
que te pese que tu cuello
fijo en tus hombros esté,
y para buscar la muerte
motivo debes tener
muy poderoso.

ROGER.

¿Si tengo?
Escucha, don Pedro: ¿Ves
en esta sangrienta caja
esa cabeza que ayer
era del mejor caudillo
de tu reino, di, la ves?

El Rey aparta los ojos.

¡Apartas de ella los ojos!
Por mi vida que haces bien,
que aun ensangrentada y yerta
debe hacerte estremecer.
Pues bien, oye: de mi padre
la noble cabeza es.

Hoy ha exhalado el último suspiro,
blanco infeliz de tu furor sangriento;
tú lo ordenaste, sí, y en el momento

juré venganza que á saciar aspiro.
  Correrá el tiempo en incesante giro
sin que entibie el fervor del juramento;
antes la furia del rencor que siento
á cada instante embravecerse miro.
  Para aplacar su sombra venerada
y ese vil corazón aquí arrancarte,
me sobra con mi brazo y con mi espada.....
  ¡Gracias, odiado Rey! Cuando hasta el centro
del infierno bajara por buscarte,
¡tú mismo al fin me sales al encuentro!
Pronto, encomiéndate á Dios,
si tienes cuentas con él;
que uno de los dos aquí
va, don Pedro, á perecer;
ó me acabará tu acero,
ó á mi padre vengaré.

REY.

¡Miserable!..... Qué ¿en su ejemplo
no has podido conocer
que haré contigo mañana
lo mismo que hice con él?

ROGER.

¡Ah, monstruo, el altivo vuelo
de tu soberbia detén;
no un monarca, un asesino
ya sólo en ti puedo ver.
De mi lealtad heredada,
tu barbarie el lazo fiel
ha roto, y si no me engaña
de mi esperanza la fe,
no soy yo, don Pedro, aquí

quien ahora debe temer.

REY.

¡Infeliz! ¡Temer el tigre
al reptil que está á sus pies!

ROGER.

Ciego estás. ¿Piensas acaso
que aquí estoy en tu poder?
Este pobre pavimento,
donde mármol no se ve,
estos muebles tan humildes,
esta sencilla pared,
que no ha enriquecido el oro
ni decorado el cincel,
de un monarca castellano
el regio alcázar no es;
de tus sangrientos verdugos,
¿en dónde está aquí el tropel?
Aquí hay tan sólo dos hombres
que ya rencorosos ven
en la muerte uno del otro
una ventura, un placer.
Yo tengo valor y espada,
espada tenéis también.

Desenvainando.

Desenvainad..... Si nos viesen,
¿quién pudiera conocer,
brazo á brazo y cara á cara,
que uno de los dos es rey?

Viendo que el Rey no desenvaina.

Desenvainad, os repito,
y acabemos de una vez.

REY.

Con frialdad irónica.

¿Piensas que yo atente á un cuello
que el verdugo ha de romper?.....
¿Que yo mi acero contigo
mida?..... Te engañas, doncel;
que yo reservo mi espada
para empresas de más prez.

ROGER.

Desesperado.

¡Ah, infame! ¡Con que imaginas
que has de desgarrar, cruel,
las entrañas de una esposa
y de un hijo; honor, deber,
gratitud, humanidad,
hollarlo todo, y después
en el trance de un combate
espada y brazo esconder.....
¡Ah! Sabes asesinar
á traición; pues yo también,
siguiendo, infame, tu ejemplo,
asesinarte sabré.

REY.

Aquí estoy, no te detengas,
ven á asesinarme, ven.

ROGER.

Arrojándose á matarle.

¡Pues muere, infame!

Al llegar á él se detiene de repente, y se le cae la espada de las manos.

¡Ah! no puedo.....
En balde mi intento es;

yo lidiando le matara,
pero asesinar no sé.

El Rey toca un pito, y al punto sale por una puerta Juan Diente con cuatro hombres que á una señal de D. Pedro sujetan á Roger, el cual saca la daga y se defiende en vano.

ESCENA VI

Los mismos. Juan Diente. Hombres de armas.

ROGER.

Aparte forcejeando.

¡En vano es resistir!

Alto.

¡Ah! no os temiera
si frente á frente y á la luz del día
me atacaseis, villanos.....

Cediendo.

Pero olvido
que nunca así los asesinos lidian.....
¡Tantos contra uno solo!.....

REY.

Al ver que está sujeto.

Bien: llevadle,
y pague su insolencia con su vida.

ROGER.

¡Insensato de mí, que hace un momento
ni aun sospeché tan torpe alevosía!

REY.

¿Sientes morir? ¿Es ésa la arrogancia
que se mostró no há mucho tan altiva?

ROGER.

Con dignidad.

No siento morir, no; sólo me pesa
el ver burlada la venganza mía.

Roger, Juan Diente y los hombres de armas se van por la izquierda. Don Pedro queda solo, y al volver los ojos al lado opuesto, se estremece involuntariamente al ver á D.ª María Coronel que lo contempla inmóvil.

ESCENA VII

Don Pedro. Doña María Coronel.

DOÑA MARÍA.

¡Puedes ufano estar! De tus crueldades,
bárbaro, ya has llenado la medida:
á una esposa feliz no te ha bastado
en hondo abismo de desgracia hundirla;
no te ha bastado asesinar á un noble,
blasón, gloria y sostén de las Castillas,
sin que á un mancebo, del honor dechado,
también llegase tu sangrienta ira!
¡Puedes ufano estar!..... Pero en un monstruo
tan afrentosa acción ¿por qué me admira?
Aquí arrastrarse cual falaz serpiente
que en la callada sombra se desliza,
y sorprender y asesinar, don Pedro,
son de tu corazón empresas dignas.
A mi padre infeliz ¡ah, no lo olvido!
le diste muerte en Aguilar su villa.....
¡Hombre sin corazón, que fuiste siempre
azote asolador de mi familia!

Si por ventura la esperanza infame
aún de ser dueño de mi amor abrigas,
y para hollar y envilecer mi nombre
en tu poder y en tu esplendor confías,
sabe que estoy resuelta á resistirte
hasta el postrer aliento de mi vida;
sabe que tu presencia me es odiosa,
y, en fin, que te aborrece el alma mía
cuanto es capaz de aborrecer un alma
al vil que sin piedad la martiriza.

REY.

No es tiempo ya de fingimiento ahora:
después de lo que has visto, piensa y mira
si un hombre que jamás retrocediera,
ahora, infeliz, retroceder podría.
Mientras esa beldad en ti contemple,
que mi sentido ofusca y esclaviza,
ningún poder humano apagar puede
la llama que en mi pecho está encendida.
En breve volveré: mi gente aguarda
fuera del monasterio prevenida:
mal de tu grado, volverás conmigo
al soberano alcázar de Sevilla,
y cuando allí te encuentres ¡infelice!
á pesar de don Nuño y de ti misma,
de la Padilla..... ¡Oh furia!..... A su despecho
y á despecho del mundo serás mía.

DOÑA MARÍA.

¿Y no temes, don Pedro, que apurada
la paciencia de Dios, en su justicia,
para ti de su cólera tremenda
haga lucir el espantoso día?

¿No piensas, dime, que será tu muerte
tan desastrosa como fué tu vida?
¿No imaginaste nunca, rey don Pedro,
á quien *el Cruel* los pueblos apellidan,
que tus maldades en la edad futura
con asombro y terror serán oídas?

REY.

A un corazón ardiente como el mío
sólo aversión ó indiferencia inspiran
virtud y fama y religión y nombre,
que sirven sólo á contrastar su dicha.

Vase.

ESCENA VIII

Doña María, sola.

DOÑA MARÍA.

Pues bien, anda á buscar á tus esclavos:
sé lo que debo hacer y estoy tranquila.
Dios á mi débil pecho dará fuerzas;
anda, ya mi valor te desafía.
¿Piensas, rey opresor, que no habrá estorbos
que pongan freno á tu soberbia altiva?
¡Qué horror! Hay á la infamia una barrera
que todo tu poder no rompería:
la muerte..... Mas ¿qué digo? Aunque el sepulcro
fuera el mejor asilo á mi desdicha,
Dios castiga al mortal que con su mano
osado rompe el hilo de sus días.....
Vivir para sufrir: la ley es ésa

que al hombre impuso en su tremenda ira.....
Vivamos, pues, de tan acerba copa
hasta apurar el ponzoñoso acíbar.....

Pausa.

Esta belleza infausta que detesto,
dón azaroso de mi suerte impía,
la causa es de mis males..... Pues perezca,
y á mi decoro de holocausto sirva.....
Por influjo divino arrebatada,
ya la humana flaqueza sacudida
siento en mi corazón: mi propia mano
borre el terso carmín de mis mejillas.....
No hay tiempo que perder: destruya el fuego
flor que tan fácilmente se marchita.
Ejemplo al porvenir mi esfuerzo sea,
y valladar del Rey á la osadía.
Cuando á mirarme vuelva, horror le cause
esta beldad que fascinó su vista.

Vase por el fondo.

ESCENA IX

Don Nuño. La Padilla.

PADILLA.

Con agitación.

Entremos: ésta, don Nuño,
dijisteis que era su estancia.
No perdamos un instante;
que don Pedro sin tardanza,

pues ya descubrió este asilo,
de aquí intentará arrancarla.

DON NUÑO.

Al ver que no está D.ª María.

Tal vez estará rezando
en la capilla.....

PADILLA.

Con efusión.

Una santa
esa mujer me parece.
¡Cuánta admiración me causa!
Mi riqueza y mi fortuna
diera yo por sus desgracias;
y así fuera más dichosa,
porque el sosiego del alma
ni con el oro se compra,
ni con el poder se alcanza.....
Salvémosla; pronto, vamos.....

DON NUÑO.

¿Y de esta mansión sagrada
ha de atropellar los fueros
el rey don Pedro?

PADILLA.

Me pasma
que lo dudéis..... ¡Ay! don Nuño;
que si á estar llega empeñada
su voluntad, no hay estorbos
que pongan freno á su audacia.

DON NUÑO.

Pues vamos pronto, y al punto
de este monasterio salga,
y á otro reino se encamine

donde no alcance la saña
de ese Rey tirano.....

ESCENA ÚLTIMA.

LOS MISMOS. EL REY, con HOMBRES DE ARMAS, y después D.ª MARÍA CORONEL.

Don Nuño y la Padilla se retiran á un lado.

REY.

A su gente.

Entrad.....

Viendo que no está D.ª María.

¡Mas no está aquí!.....

PADILLA.

Sorprendida.

¡Virgen santa!

REY.

Vuelve la cabeza y se dirige á la Padilla.

Alguna perfidia nueva,
por tu mano preparada,
el ídolo de mi pecho
ahora también me arrebata;
pero esta vez, infeliz,
blanco serás de mi rabia.

Saca la daga.

¡Dime dónde está María,
ó muere desventurada!

DOÑA MARÍA.

Llega por el fondo, cubierto el rostro con un velo. Todos se apartan.

Rey don Pedro, deteneos:

dad treguas á ese furor;
yo misma la ansiada presa
vengo á entregar al león.
Mas no como hace un momento
me causáis ahora temor:
Dios el medio me ha inspirado
de apagar vuestra pasión.....
«Mientras en ti, me habéis dicho,
esa beldad mire yo,
que los sentidos ofusca
y avasalla la razón,
no habrá poder que la llama
pueda apagar de mi amor.»
Pues bien, la infausta belleza
que tantos males causó,
ya no existe: devorada
por el fuego destructor
ha sido..... ¡Qué! ¿Lo dudáis?.....

Aparta el velo y deja ver el rostro lleno de señales ensangrentadas.

Mirad..... Desapareció.

Movimiento general de terror.

REY.

¡Cielos!

DOÑA MARÍA.

Se echa de nuevo el velo.

Pero este martirio
es, don Pedro, para vos,
que así del trono abusáis,
una elocuente lección.....
¡Ay de mí! No puedo más:
mi acento embarga el dolor.

Cae en un sillón, y acude la Padilla á sostenerla.

REY.

¡Turbado estoy! Que no hiciera
sin influjo superior,
sin inspiración divina
una mujer tal acción.....

Dirigiéndose á D.ª María.

Despreciaste una corona,
que la tierra te ofreció,
y otra más bella te aguarda
allá en un mundo mejor.....
Al orbe sirva de ejemplo
ese tu heroico valor,
el solo que puso freno
á mi firme condición.
Sí; mi voluntad de hierro
á tu esfuerzo se rindió;
que en almas como la tuya
¡no hay fuerza contra el honor!

FIN DEL DRAMA.

CLEOPATRA

DRAMA TRÁGICO

PERSONAS

MARCO ANTONIO.
OCTAVIO.
DOMICIO PROCULEYO.
CORNELIO DOLABELA.
EROS.
UN ARÚSPICE.
UN TRIBUNO MILITAR. (El mismo en los actos 1.°, 3.° y 4.°)
EL TORRERO DEL FARO.
CLEOPATRA.
CARMIÓN.
EIRA. (Muy morena, como una gitana gallarda y elegante.)
UN BARQUERO.
UNA ESCLAVA.
Cuatro reyes asiáticos; sabios de la Escuela de Alejandría; soldados romanos, egipcios y asiáticos; cantoras, bailarinas, músicos, esclavos.

El primer acto pasa en Tarso; el segundo y el cuarto en Alejandría; el tercero en el campamento de Antonio, junto al Faro.

ACTO PRIMERO

Plaza sobre el río Cydno, con estatuas y obeliscos. A la derecha del espectador, una estatua grande de Alejandro. Á la izquierda, el tribunal de Antonio, estrado de piedra con una silla curul encima. En el foro, al otro lado del río, se divisan edificios grecoasiáticos y frondosos árboles.

ESCENA PRIMERA

EROS. Varios esclavos. Después DOLABELA.

Los esclavos están acabando de colocar ramaje y flores, festones y emblemas para adornar la plaza.

EROS.

Á un esclavo.

Ese mirto al otro lado.

A otro esclavo.

La guirnalda más arriba.

Á otro.

Palma, loto y ciclamor
junto á la estatua de Fidias.

Á otro.

Al pedestal de Alejandro
laureles y siemprevivas.

Los esclavos obedecen, y poco después se retiran.

DOLABELA.

Al entrar.

¿Es el centurión de Antonio,
ó es que me engaña la vista?.....

Adelantándose.

¡Eros, tú, guerrero insigne,
recuerdo é imagen viva
de Farsalia y de Filipos;
tú, con ínfulas de artista,
engalanando esta plaza
con festones y divisas!
¿Qué triunfo ó marcial festín
preparas?

EROS.

¿No lo adivinas?
A este cambio de mi sér
Marco Antonio es quien me obliga;
y si al menos se tratara
de ensalzar una conquista
con algún triunfo de aquellos
que á los héroes divinizan,
yo con el alma esparciera
laureles, palmas y olivas.
Mas, Dolabela, es tan sólo
de una mujer la visita
lo que con estos primores
Marco Antonio solemniza.

Señalando á la estatua de Alejandro.

Tú, debelador de imperios,
Alejandro, ¿qué dirías
si desde la tumba vieras
que para honrar á una ninfa

cubrimos tu augusta imagen
con coronas y con cintas?

DOLABELA.

Loco estás; que esa mujer
se llama Cleopatra olvidas.
Es probable que Alejandro
desde el sepulcro sonría
cuando ella fije en el mármol
su mirada peregrina,

EROS.

A esa reina nunca vi;
pero es de Roma enemiga,
y aversión le tengo.

DOLABELA.

¡Ay, Eros!
Yo también se la tenía.
Para Roma fué un peligro,
con sus ambiciosas miras,
Cleopatra, y Roma odia siempre
á aquel que temor le inspira.
Mas viví, á sueldo de Octavio,
bajo el cielo de la Libia.
Allí, cual mansa corriente,
la existencia se desliza,
y el sol la nieve derrite
de las almas más esquivas.
Cleopatra es un genio.

EROS.

Honrarla
con tal fervor me da ira.

DOLABELA.

Eros, tu pecho romano

bronca condición abriga;
ni lo tierno lo conmueve,
ni lo brillante lo hechiza.
Mas si la vieras radiante
en la culta Alejandría
ser el numen de los sabios
y dar á las artes vida,
ó bien de la diosa Hatyr
en las sacras panegirias,
vueltos los ojos al cielo,
con el cual se comunica,
llevarse tras sí las almas
vertiendo amor y alegría,
aun tú sintieras la magia
de aquella sirena egipcia:
mujer, hada, reina, diosa,
los más rebeldes domina.
Con su dignidad subyuga,
con su lenguaje cautiva,
con su hermosura embelesa
y con su pompa fascina.

EROS.

¡Dolabela! Tu entusiasmo
me da que pensar.

DOLABELA.

Sabría,
aunque emisario de Octavio,
morir por ella.

EROS.

¿Deliras?.....
Pues si con tales hechizos
así el corazón peligra

de un soldado, ¿qué será
del triunviro?

DOLABELA.

Te alucinas.
Cleopatra, infiel aliada,
viene á que él cuentas le pida,
y Antonio ha de ser severo
como el Senado le dicta.

EROS.

Juzga su severidad

Señalando á la plaza.

por las flores que aquí miras.
La juzgada será el juez:
conozco á Antonio. Divinas
son sus prendas de guerrero;
es un Marte cuando lidia.
¡Y cuánto amor al soldado!
Por él de todo se priva.....
Tras penosa retirada,
—¡nunca olvidaré aquel día!—
la legión atravesaba
campos áridos de Siria.
Ya nos devoraba el hambre
y la sed nos consumía;
la sed sobre todo. ¡Horrible
suplicio cuando camina
el soldado! Sólo Antonio
un frasco de agua tenía:
era su última esperanza
de poder salvar la vida.
A un decurión ve postrado,
que en ansiosa sed moría,

y olvidándose á sí propio,
le da el agua y lo reanima.
En la legión, que lo advierte,
sobrehumano aliento brilla,
y llegar logra al Orontes,
dónde su tormento alivia.....
Pues bien, este campeón,
que al Oriente maravilla,
heroico, sobrio, paciente
en combates y en fatigas,
es, cuando está en las ciudades,
insaciable de delicias,
esmerado y primoroso
como una dama patricia;
un Alcibiades romano
que, si la pasión le incita,
es muy capaz de pagar
con un reino una sonrisa.....
Nací en su casa; anda junta
á la suya el alma mía,
y aún entender no he logrado
un sér que se multiplica:
ya con la gloria se enciende,
ya la ilusión le acaricia;
el hombre grande, el pequeño;
alma ardiente y alma fría;
á la vez el hombre, el niño,
el estoico, el sibarita.....
En resumen: es Antonio
un portento y un enigma.

DOLABELA.

¿En grandezas y en locuras

Antonio á todos eclipsa?
Ya ves: Cleopatra y Antonio
son rayos de un alma misma;
un instinto los encumbra
y un fuego los extravía.
Que formen estas dos llamas
una sola ¿quién lo evita?

EROS.

Calla; que aquí llega Octavio
con su cara de perfidia,
sin duda buscando á Antonio,
para ver cómo equilibra
del mundo el peso á su antojo.
Vivo Antonio como chispa,
Octavio envidioso y frío.....

DOLABELA.

Pues con calma y con envidia
se va lejos.

EROS.

No lo dudo.
¡Que Júpiter nos asista!

Se va.

ESCENA II

DOLABELA. OCTAVIO.

OCTAVIO.

Después de mirar á todos lados para cerciorarse de que están solos.

¿Qué hallaste aquí?.... Tan imperioso á Roma
del orgullo de Antonio llegó el eco,

que causó alarma al pueblo y al Senado.
Buscando la verdad al Asia vengo
para poner al riesgo de la patria
con cauta mano el eficaz remedio.
¿El triunviro de Oriente intenta acaso,
engolfado en la luz de sus trofeos,
alguna empresa audaz? Con sus victorias,
¿creció tal vez de su ambición el vuelo?
¿Pierde el amor á Roma? ¿Arde en su mente
el ansia del dominio?

DOLABELA.

Sólo advierto
que es siempre el mismo. Ardiente, irreflexivo,
rayo en la guerra; el vértigo del genio
diviniza su sér; la paz le aduerme
y le basta el placer: festines, juegos,
lujo, triunfos, amor; jamás Antonio
fijó en el porvenir su pensamiento.
Le halaga lo pasado; á lo presente
con epicúreo ardor se entrega ciego.

OCTAVIO.

Le juzgo así cuando le escucho y miro:
corazón ambicioso, mas no artero;
conozco su ardorosa fantasía;
no su perfidia, su imprudencia temo.

DOLABELA.

No tardará en llegar.

OCTAVIO.

Anda á advertirle
que ya pronto á marchar, aquí le espero.

ESCENA III

OCTAVIO solo.

OCTAVIO.

Dirige melancólicamente la vista á la estatua de Alejandro.

¡Alejandro! ¡Del mundo y de la guerra
genio inmortal! Extático contemplo
tu soberana efigie; me deslumbran
de ese mármol augusto los reflejos.....
Cuando comparo tu esplendente gloria,
la fe, la unión, la fuerza de tu pueblo,
con mi ambición y la inquietud romana,
de Roma y de mí propio me avergüenzo.....
Monarca de monarcas, sol del orbe,
de una raza titánica eras centro;
postró á la tierra tu valor. Cien tronos
sólo escabel para tus plantas fueron;
y cual un Dios potente y luminoso,
en una mano el globo, en otra el cetro,
lograste que temblaran las naciones
á un volver de tu rostro y de tu acero.
Eso es poder y gloria. Esa es la cumbre
de la humana grandeza. ¡Cuán pequeño
me siento ante tu imagen! ¡Un triunviro
de la civil contienda pobre resto!.....
¡Triunviros! ¡Irrisión! Tres voluntades
que no se han de hermanar. Lépido, un necio;
Antonio, un loco ilustre. ¿No es delirio
tres soles alumbrando el universo?.....

Mas ¿qué dudar? La fuerza es la armonía;
la completa unidad es el imperio.
Ama el Lacio la paz. A Roma asustan
Silas, Marios, Catones y Pompeyos,
nombres sonoros, de trastorno emblemas,
que detesta el Senado. No vió en ellos
más que zozobra y sangre y desventura,
falsa grandeza, desengaño acerbo.
¿Qué resta en Roma? Corrupción y envidia,
patricios degradados; pueblo inquieto,
innumerables dioses en las aras
y ninguno en el alma. Sacros ritos,
honor, fe, calma, dignidad murieron.
Cesó la austeridad de otras edades;
todo es impuro, artificial y externo.
Roma, incrédula y vil, se vendería,
si se pudiera hallar quien diera el precio.....
Para salir del tenebroso abismo,
á voces un monarca está pidiendo.
Con el dominio universal le brinda
al más afortunado ó al más diestro.....
¡Dominio universal! Grandiosa idea
que devora mi mente, y en mi pecho
hierve como un volcán..... ¡De pueblos tantos
mi antojo ser regulador y freno,
impulso y norma, y el tropel confuso
ver á mis pies de reyes y de siervos!.....
¡Centro del orbe, emperador del mundo
lo seré! Me lo dice el gigantesco
sueño de mi ambición, mi inexorable
voluntad, aún más grande que mi sueño.....
Antonio es mi rival. Ya, muerto César,

es entre los caudillos el primero.
¡Pero el mundo regir!..... Fuera demencia
para tan flacos hombros tanto peso.....
Es un héroe; fascina con su gloria.
yo no me pago del laurel sangriento,
y no puedo luchar, pese á mi estrella,
como lucha el león en campo abierto;
mas cual reptil, que en el verjel se esconde,
para herir con su dardo y su veneno.....
Cual abismo la púrpura me atrae;
ante tamaña empresa no me arredro;
en ambiciosas lides es gran fuerza
el saber esperar..... Cautela y tiempo.
Halaguemos á Antonio. Sus pasiones
libres puedan correr, y el triunfo es cierto.
Valor, paciencia, ingenio. Siempre el mundo
será de aquel que acierte á comprenderlo.

ESCENA IV

OCTAVIO. ANTONIO.

Antonio vestido con traje ostentoso, mezcla de romano y de asiático: lleva ceñida la cabeza con una corona radiata (de puntas), emblema de dioses y héroes. Le acompañan lictores y oficiales romanos, que permanecen á distancia.

OCTAVIO.

Á Antonio.

Todo el mundo te venera,
y admiro al ver por tu mano,
ante el gran poder romano,
subyugada el Asia entera.

A Roma vuelvo gozoso,
y haré que el Senado entienda
que es tu espada firme prenda
del universal reposo.
El mundo cambia de faz;
de Roma el bien y la gloria
tú apoyas en la victoria,
yo en el orden y en la paz.
Tú vas de lauros en pos,
yo busco un fin más profundo;
hagamos feliz al mundo
dividido entre los dos.
Roma es de todos ludibrio
si á sí propia se devora;
demos noble ejemplo ahora
de fraternal equilibrio.
A ti, cual región selecta,
Grecia y Asia; á mí Occidente;
la concordia así se ostente,
como en balanza perfecta.

ANTONIO.

Acepto; aunque se me alcanza
que la mejor parte toma
quien para sí guarda á Roma,
que es el fiel de la balanza.
Desde que allí pereció
César, mi dios, mi maestro,
como un resplandor siniestro
siempre en Roma miro yo.
Cuando él la patria sostuvo,
ella, ingrata, por su mal,
destruyó con el puñal

la mayor gloria que tuvo.
El pueblo cómplice fué,
ya de virtudes exhausto,
de aquel horrendo holocausto,
y en Roma perdí la fe.

OCTAVIO.

Te ofrezco el alma y la mano
de Octavia, y así consigo
juntar á los del amigo
los dulces lazos de hermano.
Ellos pondrán firme sello
á nuestra cordial unión;
no te puedo hacer un dón
ni más grande ni más bello.

ANTONIO.

Tal dón gratitud me inspira,
y mi amistad galardona;
tu hermana es noble matrona
que toda la Italia admira.
Doquier su fama fulgura,
y volverla á ver anhelo;
que es de virtudes modelo,
y olímpica su hermosura.

OCTAVIO.

Hoy á Cleopatra se espera
con ansia en Tarso. No olvides
que en las políticas lides
es astuta y altanera.
Y que es la reina que un día,
con César, cuya alma absorbe,
soñó en capital del orbe
convertir á Alejandría.

ANTONIO.

Aquí en el Asia la ví:
yo era jefe, de Gabinio
en la legión; no dominio,
ciego y loco frenesí
doquier infundía..... El Asia
á su prestigio encadena;
es en hermosura Elena
y en entendimiento Aspasia.

OCTAVIO.

Pero un deber soberano
á ser austero te obliga;
no olvides que es la enemiga
de todo el pueblo romano.

ANTONIO.

Sé el hechizo de Cleopatra:
sé que á la Siria deslumbra,
y que la Grecia la encumbra;
y el Egipto la idolatra.
Mas de honor voces severas
invulnerable me harán.

OCTAVIO.

(Tus alas se abrasarán
en el fuego de esa hoguera.)

Alto.

Amor de ausencia se agravia;
tu pecho á su voz se rinda;
ven á Roma, que te brinda
con la ternura de Octavia.

Vase.

ESCENA V

ANTONIO. EROS.

ANTONIO.

¡Octavia!..... Si no la amo.
Es hermosa, no lo niego;
pero hermosura sin fuego,
á cuya luz no me inflamo.
La astucia de Octavio vi;
blanda faz, fondo perverso:
engañará al universo,
pero no me engaña á mí.
Falso, en mi amistad ponía
del mundo el supremo bien,
y yo, ambicioso también,
fingí amor que no sentía.
¡Maldita razón de Estado,
que pervierte el corazón,
y adulando á la ambición,
hace mentir á un soldado!
De ruptura tentaciones
me asaltaban, ya impaciente:
para arrollar á su gente
me sobra con mis legiones.
Yo, dictador poderoso
del asiático hemisferio,
tengo en mi mano el imperio;
mas quiero ser generoso.
Dar tiempo al tiempo es prudencia;

lo que el hado ha de otorgar,
no lo quiero conquistar
con la prisa y la violencia.

EROS.

Antonio, mucho te engríes
con tu fuerza y noble ardor;
tu fortuna y tu valor
son grandes, mas no te fíes;
porque son cosas sabidas
que así fuerza contra astucia,
como razón contra argucia,
salieron siempre vencidas.

ANTONIO.

Impaciente.

¿Y Cleopatra?

EROS.

Ya la aguarda
tu emisario en la ribera,
y todo el pueblo la espera.

ANTONIO.

¿Si no vendrá?..... ¡Cuánto tarda!

EROS.

La esperas con sumo afán.

ANTONIO.

Nunca vi mujer tan bella;
hoy concentradas en ella
mis ilusiones están.
Con César la hallé en Cilicia,
el Asia y Roma á sus pies;
esa Reina el colmo es
de toda humana delicia.

EROS.

¿Cleopatra á Octavia prefieres?

ANTONIO.

¿Pues quién ha de comparar
á una hermosura vulgar
la perla de las mujeres?
Octavia es de honra crisol;
mas la elección no es dudosa:
una cual mármol hermosa,
otra hermosa como el sol.
Sabes que el fuego me alienta
y que lo grande me impulsa;
prefiero á la calma insulsa
la pasión y la tormenta.

ESCENA VI

Los mismos. Dinastas, magos, lictores; gran acompañamiento, detrás pueblo. Después Dolabela.

Un tribuno militar se adelanta y dice á Antonio:

Para fallar un litigio,
á tu justicia se acogen
dos ciudades de la Grecia,
hoy turbadas y discordes.

Antonio sube al tribunal y se sienta.

Sicione y Rodas, señor,
á ti elevan sus clamores.
Una tabla se disputan
que es la admiración del orbe.

Es el *Cazador Yaliso*,
á quien Rodas reconoce
por su fundador. Allí
pintó el cuadro el gran Protógenes
para la ciudad. Las guerras
lo llevaron á Sicione.
Rodas, como gloria suya,
lo reclama.

ANTONIO.

Estoy conforme;
vuelva la divina tabla
á Rodas; que no es tan pobre
en maravillas del arte
la escuela de los pintores
Parrasio, Timantes, Zeuxis,
para que á Rodas estorbe
gozar de esa insigne muestra
de sus memorias más nobles.

EL TRIBUNO MILITAR.

Hoy refleja en tu justicia
la luz de los Anfictiones.
Guerrero ilustre, el Olimpo
de sus glorias te corone.
Has fallado, grande Antonio,
como fallaran los dioses.

Óyense á lo lejos gritos de alegría y música suave. La gente empieza á conmoverse en la plaza, y abre paso á Dolabela.

ANTONIO.

¿Qué rumor?.....

DOLABELA.

Cleopatra llega,
como una reina en su corte,

en bella y luciente nave!
la aclaman festivas voces,
y en las márgenes del Cydno
el pueblo le arroja flores.

La gente que se había acercado para escuchar á Dolabela se aparta, y sale acelerada por la orilla del río, hacia el lado donde se oye la música. Quedan solos Antonio, Eros y los lictores. Antonio baja del tribunal, y espera á un lado. Llega por el fondo la galera de Cleopatra (1). El pueblo cesa en sus vivas y aclamaciones al llegar la nave, donde suena música de liras y flautas. Cleopatra, recostada, se levanta y baja con majestad, apoyada en Carmión y seguida de elegantes mujeres y guerreros nubianos.

ANTONIO.

A Eros.

¿No la admiras? ¿No te asombra
cuál cautivan corazones
su gracia, su gallardía,
la majestad de su porte?

EROS.

No sé..... mas venir parece
de las celestes regiones.

---

(1) Descripción de la galera.—«Navegó por el río Cydno en galera con popa de oro, que llevaba velas de púrpura tendidas al viento, y era impelida de remos con palas de plata, movidas al compás de la música de flautas, obúes y cítaras. Iba ella sentada bajo dosel de oro, adornada como se pinta á Isis. Asistíanla á uno y otro lado, para hacerle aire, niños parecidos á los amores que vemos pintados. Tenía asimismo cerca de sí doncellas de gran belleza, vestidas de ropas con que representaban á las Nereidas y á las Gracias, puestas unas á la parte del timón, otras junto á los cables.»—Plutarco.—*Vida de Antonio.* (Traducción antigua.)

ESCENA VII.

LOS MISMOS, CLEOPATRA y séquito.

CLEOPATRA.

Romano ilustre, triunfador del Asia,
la Reina del Egipto te saluda.
A celebrar de Roma los trofeos,
los monarcas de Oriente aquí se juntan:
también yo vengo á proclamar gozosa
los mil laureles que tu frente ilustran.....
Corrí la Grecia: de tu triunfo el eco
aún en los valles de Helicón retumba:
te aplaude Esparta, en la inspirada Atenas
te coronan del Atica las musas,
y Éfeso, de tus glorias asombrada,
los honores divinos te tributa.....
Yo, que siento latir dentro del pecho
cuanto habla al corazón y al alma alumbra,
aunque Roma, opresora, con agravios
á mi franca amistad responde astuta,
tu genio ensalzo, tu grandeza admiro;
mi labio la verdad no esconde nunca.

ANTONIO.

Mucho halagó mi orgullo de soldado,
ya terminada la sangrienta lucha,
la voz de aplauso y gloria con que el Asia
contento y paz al universo anuncia.
Mas el fausto clamor no dió á mi pecho
una emoción tan dulce y tan profunda,
cual ver surcar tu nave esplendorosa

del claro Cydno la corriente pura.....
Esas nobles palabras de tu labio
de honra y placer mi corazón inundan;
tu excelsa estirpe, tu poder conozco,
me embarga y me fascina tu hermosura
y ciego estoy á los fulgentes rayos
del divino esplendor que te circunda.....
Mas soy romano: el rígido Senado
tu fe sospecha, tu amistad acusa.
Perdona, Reina ilustre, si el triunviro
quejas te da de la ciudad augusta.

CLEOPATRA.

Esas injustas quejas que profieres
no son de Roma, Antonio, ni son tuyas;
de Octavio son, que artero y cauteloso,
siempre la mano con que hiere oculta.
Las desdeño. Yo soy la que pudiera
aquí alegar de Casio las injurias,
cuando en balde mis flotas de la Jonia
quiso arrancarme con audacia suma;
pero ante un héroe como lo es Antonio
no quiero dar ni quejas ni disculpas.

ANTONIO.

¿Y no temes de Roma el poderío?

CLEOPATRA.

La vanidad de Roma no me asusta.

ANTONIO.

¡Vanidad! ¿De las águilas romanas
puede el Egipto resistir la furia?

CLEOPATRA.

No conoces el Africa, y olvidas
lo que fueron las guerras de Yugurta.

Dondequiera que un pueblo generoso
sacudir quiere la servil coyunda
de extranjera opresión, ó triunfa ó muere.
De Iberia en las cantábricas alturas
se estrella Roma; en la región del Ponto
con gloria inmensa Mitridates triunfa.....
¿Ves tus legiones, de valor dechado,
soles de honor, de gloria y de fortuna?
Con ellas en mi reino acabarían
las ardientes arenas de la Nubia.....
En fin, Cleopatra obedecer no sabe,
ni indigno miedo su diadema anubla.
Si el cielo manda que el Egipto acabe,
serena arrostraré la desventura;
la ignominia, jamás. Debo á mi pueblo
su antiguo honor. La que aprendió en la cuna
la grandeza inmortal de Ptolomeo,
sabrá morir, pero humillarse nunca.

ANTONIO.

Causa tanta aversión en mis oídos
el eco vil de la lisonja impura,
que no ofenden mi orgullo de romano
tus altivas palabras. Es locura
no respetar á Roma, que ha llegado
donde jamás llegó nación alguna.
Ira brotara en mí si así me hablasen
sátrapas, magos de la Persia adusta.....
Mas ¿lo creerás? un eco en mí responde
á ese entusiasmo que en tu faz fulgura:
tu magnánimo aliento me cautiva,
tu arrogante lenguaje me subyuga.
Es, Reina, de tu error gloriosa fuente

el amor patrio que tu mente ofusca.

CLEOPATRA.

Ven, Antonio, á la hermosa Alejandría,
y verás renacer la Grecia culta,
y un horizonte nuevo y más radiante
bajo aquel sol que anima y que deslumbra.

ANTONIO.

¿Qué pudiera encontrarse en el Egipto
que sorprenda á un romano?

CLEOPATRA.

Lo que encumbra
el pensamiento, el corazón del hombre;
lo que da al alma elevación y ayuda;
lo que tu Roma artificial no sabe:
sentir. Nación que su grandeza busca
sólo en avasallar á sangre y fuego,
la humanidad y la razón insulta.
¿Qué ofrecéis á la vida de cien pueblos?
Perpetua esclavitud, sangrienta pugna.
Plebe, ambiciosa y descontenta siempre,
proclama audaz su libertad confusa,
y porque ella á sí misma se las forja,
las cadenas no mira que la abruman.
Roma en inquietos bandos dividida,
nunca es feliz: intolerante, injusta,
proscribe á Mario, á Cicerón condena,
y en el foro, versátil y absoluta,
si hoy sus funestos ídolos ensalza,
procaz mañana de su error se burla.
El Senado, los grandes capitanes,
juguete sois de las romanas turbas,
sin que un momento el astro venturoso

de paz y unión en su horizonte luzca:
siempre al que vence, el mando, la opulencia;
siempre al vencido, la opresión, la angustia.

ANTONIO.

(¡Qué cuadro triste y fiel!)

CLEOPATRA.

Vuelve la vista
á la tranquila Egipto. Nadie funda
allí su dicha en el afán inquieto
de la intriga civil: con fe robusta
ama tenaz sus dioses, sus monarcas,
su antigua tradición; y grande juzga
á la nación que, sabia y laboriosa,
da al corazón más vuelo y más anchura.
Si Roma, por un trozo más de tierra,
de sangre y llanto el universo inunda,
del tiempo Egipto á la voraz corriente
al grande Homero con tesón disputa,
y merced al saber de Alejandría
sus inmortales cantos aún se escuchan.
Allí todo habla al alma: la grandeza
de su antiguo esplendor es aún fecunda;
aún Menfis, Tamis, Tebas y Tentyrce
muestran sus colosales esculturas;
aún las sombras de Ramses y Amenofis
vagan en las Pirámides augustas;
en los montes labraron sus altares,
ciudades son sus gigantescas tumbas.....
Por eso las columnas de los templos
aún son allí del trono las columnas;
por eso, en dulce y plácida concordia,
de pueblo y soberano el alma es una;

por eso allí las artes resplandecen,
y por doquier el júbilo circula.

ANTONIO.

¡Cómo ocultarlo! La esplendente imagen
con risueña ilusión mi mente turba.
Iré á admirar la portentosa Egipto,
á estudiar de ese pueblo en la ventura
la magia del sentir, y de sus sabios
á recibir la luz. Tu voz me anuncia
que un nuevo sol alumbrará mi vida
y un nuevo sér á mi existencia augura.

Á Dolabela.

Conducid á Cleopatra á mi palacio,
y magos y dinastas allí acudan
para rendirle honores soberanos,
cual á Reina de reyes se tributan.

CLEOPATRA.

Bien muestra, Antonio, tu acogida noble
que en ti refleja la inmortal figura
de Hércules, tu ascendiente. En tus acciones
el hombre, el héroe, el simidiós se juntan.
Si vas á Egipto, hospitalaria tierra,
donde el clamor glorioso ya retumba,
verás feliz que para ti en mi reino
hay amistad, admiración, ternura.

Se va con su comitiva, seguida de los romanos. El pueblo la aclama.
La precede la música.

ESCENA VIII

ANTONIO. EROS. DOLABELA. Estos últimos, detrás.

ANTONIO.

Sigue con la vista á Cleopatra, y dice después que ésta ha salido:

Hay magia en su mirar. ¿Cómo á su imperio
el alma absorta sin luchar se entrega?
No es el amor común, es lava ardiente,
fuego inmortal, relámpago que ciega.
Sólo amé, sin amor, almas de hielo,
donde ni luz ni sentimiento asoma;
desventuradas siervas en el Asia,
ó mujeres de mármol allá en Roma.
Cleopatra no es mortal, no es sér humano,
sujeto del destino á los azares;
es iris pura, con su etérea frente
dando luz á la tierra y á los mares.
No halaga con su hablar; manda y domina;
en torno suyo el esplendor destella.
Venus, trasunto del fulgor del cielo,
al salir de las ondas no es más bella.
Corazón, voluntad, sentidos, mente,
¡ay! toda el alma se llevó consigo;
robó mi fe, me avasalló su encanto,
mi loco amor, mi esclavitud bendigo.

Se va por donde salió Cleopatra.

ESCENA IX

EROS. DOLABELA.

DOLABELA.

¿Y qué dices, centurión,
de lo que acabas de ver,
Roma unida con Egipto
y Neptuno con Hermés?

EROS.

Digo que Cleopatra es bruja,
y Antonio cayó en la red.
Cleopatra tiene en los labios
tanto hechizo, tanta miel,
y en el porte y la mirada
un imperio, un no se qué,
que hasta á mí ¡mala vergüenza!
me ha trastornado también.
Mas, corazón de romano,
no decaigas, tente en pie.....
Repito que Egipto es loco,
que tiene Reina y no Rey.....
Cleopatra es sol de hermosura,
como nadie llegó á ver,
es un reflejo del cielo,
de Minerva imagen fiel.....;
pero gobernar imperios,
huestes y armadas mover,
ser alarma del Senado
y del Oriente sostén,

el Africa maldecida
poner de Roma al nivel,
frustrar las artes de Octavio....,
¡ay! eso no puede ser.

DOLABELA.

Tú abominas las mujeres,
y no puedes ser buen juez;
pero ¿imaginas que Antonio,
de esa hechicera á los pies,
olvidase, ingrato á Roma,
lo que ha sido y lo que es?

EROS.

¡Quién sabe! Sólo barrunto
que no ha de parar en bien:
ella orgullosa, él guerrero,
temerarios ella y él;
en fin, son dos almas locas;
no sé qué harán, sólo sé
que trastornarán el mundo
si se llegan á entender.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO

Explanada delante del palacio de Cleopatra. Árboles, obeliscos, esfinges y otros adornos del estilo egipcio. Asientos á la izquierda del espectador. Mesa ó pedestal grande de piedra á la derecha.

ESCENA PRIMERA

EROS. CARMIÓN.

EROS.

Vestido á la usanza egipcia.

¡Cuánto me huelgo de verte!

CARMIÓN.

En tono festivo.

¡Buen centurión, bien venido!.....
¿Con que te alegras de verme?
Por Neftis, contenta miro
que de esta nueva campaña
llegas al fin convertido.....
Ver con gusto á una mujer,
es en ti raro prodigio.....
¡Ya caigo! Te habrás prendado
de algún corazón asirio,
y tu aspereza romana
se ha transformado en cariño.

EROS.

¿Qué estás diciendo?.....

CARMIÓN.

Ó acaso
imitas ya el dulce estilo
de Antonio, que ama á Cleopatra
con un ardor nunca visto.
Aún te hemos de ver aquí
en amoroso deliquio
á los pies de una tebana
suspirar tierno y sumiso.

EROS.

Por Plutón, que no has de ver
ese cuadro tan florido.
¿Tengo yo cara de amar?
No nací yo para mimos;
para matar ó morir
en los campos he nacido,
y si me complace el verte
no es como á sér femenino;
mas porque eres de la Reina
ó confidente ó ministro.....
Antonio el sol que me alienta
es siempre, pero no imito
sus amorosos arrullos,
ni sus dolientes suspiros.
Aunque me ves, pues lo manda,
de africano arnés vestido,
cada vez soy más romano,
cada vez menos egipcio.
Aquí hay mujeres, ó magas,
cuya mirada es un filtro

que á un inocente sepulta
del amor en el abismo.

CARMIÓN.

No fuera dichoso el hombre
sin la mujer.

EROS.

¡Qué delirio!
¿Ignoras que el amor siempre
bobos ó mártires hizo?
Júpiter, en mal momento
trastornar el mundo quiso,
y á las mujeres formó.
Desde aquel instante mismo
perdió su equilibrio el globo,
perdió el hombre su albedrío
y fué sentencia infalible:
donde hay mujer, ya no hay juicio.

CARMIÓN.

Riendo.

Donoso estás con tu odio
á un sexo que es el hechizo
del mundo. Para mover
ese pecho empedernido,
de mí te has de enamorar.

EROS.

¡De ti! Para tal castigo,
¿qué delitos cometí?.....
No niego, tu rostro es lindo;
pero aquí pasáis el tiempo
en festines y amoríos,
y á un veterano no cuadran
tanto halago y desvarío.

CARMIÓN.

¿Pues no ves al héroe Antonio
feliz al amor rendido?

EROS.

¡Dale con Antonio! Es cierto,
le hirió el amor de improviso.
En el consejo, en la mesa,
del combate en los peligros,
en Grecia, en Roma y en Asia,
ya despierto, ya dormido,
siempre Cleopatra en sus labios;
sus potencias y sentidos
domina siempre Cleopatra.
Así mil locuras hizo:
repudia á Octavia, y convierte
á un hermano en enemigo;
las esculturas de Samos,
y de Pérgamo los libros,
las joyas de Macedonia,
los relieves de Corinto.....
el Asia y la Grecia arrasa
para halagar en Egipto
de esta Reina seductora
los artísticos instintos.....;
qué estatuas..... reinos enteros
hoy entrega á su dominio,
que han de dar á su corona
nueva fuerza y nuevo brillo.
Con tan desmedido amor
Antonio quedó sin tino:
Cleopatra fué su manía,
su embeleso, su delirio;

encleopatrado se fué,
y *encleopatrado* ha venido.

CARMIÓN.

¿Y á eso le llamas locura?
¿Locura á impulsos divinos
que dan fuerza y luz al alma
y al genio aliciente y brío?
En esa locura hallaron
de la ventura el camino
Antonio y Cleopatra; el cielo
ternura les ha infundido,
cual las pirámides firme,
luminosa como el Nilo,
inmensa como el desierto,
ardiente como el sol mismo.

EROS.

¿Y á eso le llamas amor?
Por cierto que no lo envidio;
de tanto fuego me espanto,
y como tú no imagino
dos embobados que al cielo
siempre miran de hito en hito.
¡Pues bájalos á la tierra,
verás qué horror, qué conflicto!

CARMIÓN.

Impacientada.

¡Siempre quita, helada, Roma
á la ilusión sus prestigios!.....
¿Pues cómo aman en tu tierra?
¿Sin alma?

EROS.

Voy á decirlo.

Tu cuadro es más reluciente;
verás que es más cuerdo el mío.

CARMIÓN.

¿Qué hace la mujer romana?

EROS.

Amamantar á sus hijos;
hilar lino, tejer lana;
guardar el hogar tranquilo;
cual oráculo escuchar,
humilde y muda, al marido;
servirle, cuidar su ropa;
abastecer el triclinio
con sazonadas viandas
y con olorosos vinos;
ir sólo á fiestas sagradas;
tener los penates limpios;
vivir en el gineceo,
de la virtud casto asilo;
ir de prisa por el foro;
el sol ver sólo á ratitos;
ése es, al uso de Roma,
de una matrona el destino;
lo que necesita un pueblo
que aún el seso no ha perdido,
lo que piden calma y honra
y lo que manda el Olimpo.

CARMIÓN.

Nuestro Olimpo es diferente,
no es tan duro ni sombrío;
las mujeres son mujeres,
y no estatuas de granito.
Ese amor acompasado,

ese perfecto equilibrio
no es amor, es tiranía,
no existe aquí tal suplicio.
Gozar de la luz del cielo,
pensar, sentir, no es delito.
El amor no se razona,
se siente aquí; no medimos
los nobles vuelos del alma
cual prosaico mecanismo.....
En buen hora las romanas
apuren ese martirio;
si ellas esclavas vegetan,
aquí adoradas vivimos.

EROS.

Risueño.

Desengáñate, Carmión,
no te agravie lo que digo:
siempre asoma en la mujer
algo de animal dañino.
Una mujer perdió á Troya,
y yo de ellas desconfío;
por ellas derrocha Antonio
un tesoro en un capricho;
siempre en catástrofe pára
vuestro dulce poderío.....

Viendo llegar á la Reina.

¡Cleopatra!

ESCENA II

Los mismos, Cleopatra.

CLEOPATRA.

A Carmión, en tono alegre.

Siempre con Eros
estás, Carmión, en litigio.....

CARMIÓN.

Burlona.

Me está entristeciendo el alma
con amargos vaticinios.
Todo lo que no es romano
le parece desatino;
al noble Egipto desdeña,
y de alguna fiera es hijo;
que á admirar á las mujeres
no hay medio de reducirlo.

CLEOPATRA.

Pero ama y admira á Antonio;
por eso tanto le estimo.

A Eros.

¿Cómo recibió el Senado
á Antonio?

EROS.

Bastante frío:
se vió patente la mano
hostil de Octavio. Al principio,
todo fué plácemes, juegos,
todo clamores festivos;

el paso en calles y plazas
le embarazaba el gentío;
prendaban el continente
audaz, el porte aguerrido;
ganaba su bizarría,
dando á la miseria alivio,
todo el corazón del pueblo,
de sus palabras cautivo.....
Pero el repudio de Octavia
cundió al fin..... y fué distinto.

CLEOPATRA.

¡Dichosa yo!

EROS.

Roma entera
en el cielo puso el grito:
falaz Octavio á las quejas,
con depravados designios,
daba pábulo.....

CLEOPATRA.

Con vehemencia.

¿Qué importa,
si Antonio ya todo es mío?.....

Señalando á la explanada.

En mi amorosa impaciencia,
aquí intento recibirlo.....
Mas me parece que escucho.....
Sí, del popular bullicio
lejano rumor ya suena
con delicia en mis oídos.....

Se oye una marcha militar.

Él es; se acerca..... ¡Oh momento
de ventura y regocijo!

¡Ah! ¡Cuán amarga es la ausencia!
Nunca más; sin él no vivo.....
Ya llega..... ¡Qué hermoso día!
Hoy con deleite respiro.

ESCENA III

Los mismos. Antonio, comitiva triunfal.

Llega Antonio con corona de laurel de oro en un carro de triunfo, precedido de magnates y sacerdotes egipcios, sabios de la escuela de Alejandría y oficiales romanos y egipcios. A la cabeza de la comitiva irá una especie de banda militar, que tocará una marcha triunfal, con instrumentos griegos y egipcios.

Seguirán soldados romanos, egipcios y asiáticos. Cuando cesa la música, grita la gente: *¡Gloria á Antonio!* Éste baja del carro y da un abrazo á Cleopatra.

CLEOPATRA.

Merced al cielo, en las egipcias playas
te vuelvo á ver conquistador de Armenia.
A las regiones ásperas del Ponto
del honor te llevaron las empresas:
allí la gloria coronó tu frente;
descansa aquí, donde el amor te espera.

ANTONIO.

¡Cuán feliz, como esposo y como amante,
Antonio á Egipto y á tus brazos llega!
Tu idolatrada imagen me seguía
en medio de las bélicas faenas,
llevando por doquier la mente en Roma
y el corazón en la africana tierra.....

Hasta en el dulce vértigo del triunfo
eran siglos las horas de la ausencia.....

Llegan cuatro hombres, que colocan en el suelo unas andas, sobre las cuales hay magníficas estofas de Oriente y cajas doradas.

Aquí te ofrezco, del Oriente en nombre,
cual tributo debido á tu belleza,
púrpuras de Sidón, sedas de Tiro,
y de Saba y de Ormuz aroma y perlas.

Llegan otras andas.

Son libros peregrinos, encontrados
de Pérgamo en la ilustre biblioteca,
rival de la del ínclito *Museo*,
que aquí es padrón del arte y de las letras.

CLEOPATRA.

Ambas serán, reunidas en Egipto,
del mundo sabio sin igual lumbrera.

A los sabios de la Academia.

Agradeced á Antonio su desvelo
vosotros, guardadores de la ciencia.
Recoja los preciosos monumentos
de arte y saber vuestra famosa escuela,
y abran estos tesoros del ingenio
nuevos espacios, luminosas sendas.

Llegan otras andas con una estatua de Apolo. La colocan sobre el pedestal de piedra que está á la derecha del espectador.

ANTONIO.

Este Apolo inmortal de Praxiteles
hallé en Samos; de noble gentileza
y de expresión olímpica dechado,
gala y ornato de tu alcázar sea.
Las helénicas artes te embebecen.
¿Quién puede como tú gozarse en ellas?

¿Quién como tú, que el inefable hechizo
sabes sentir de la belleza eterna?

CLEOPATRA.

Esta joya ideal del numen griego
guardaré en mi palacio, como prenda
de amor, y de tu propia gallardía
será á mis ojos venturoso emblema.

Dos guerreros romanos presentan á Cleopatra una zafa de oro y en ella cuatro coronas.

ANTONIO.

Recibe aquí los reinos de Fenicia,
de Chipre, de Cilicia y de Judea,
cuatro bellas coronas, nuevos rayos
que aumentarán la luz de tu diadema.

Se adelantan cuatro reyes encadenados.

Mira aquí los dinastas del Oriente,
que á tus augustas plantas se prosternan.

Hincan la rodilla.

CLEOPATRA.

Cariñosamente.

Nobles Reyes, alzad. El dón acepto
para aumentar de Egipto la grandeza,
y á naciones llevar que fueron suyas
bendiciones y amor, mas no cadenas.

Quitan las cadenas á los Reyes, que manifiestan con ademanes su agradecimiento. La multitud aclama á Cleopatra. Tocan la marcha triunfal y se van todos, excepto Antonio y Cleopatra.

ESCENA IV

CLEOPATRA. ANTONIO.

Se sientan.

CLEOPATRA.

¡Darme cuanto has conquistado!
No es largueza, es frenesí;
y ¿qué queda para ti,
si hasta los reinos me has dado?

ANTONIO.

Sólo tu nombre adorado
en mis conquistas invoco,
y en mi amor ardiente y loco,
si Dios del empíreo fuera,
todo el empíreo te diera,
y aun me pareciera poco.
Fueron mi ilusión querida
triunfos, gloria, honor, poder;
mas cuando, diosa ó mujer,
llenaste de amor mi vida,
quedó la ilusión perdida
del mundo de la ambición;
pero encontré en mi pasión
y en tu delirio amoroso
otro mundo más hermoso:
el mundo del corazón.
Amor por razón de Estado,
ó, andando de gente en gente,
el amor indiferente

del vencedor ó el soldado,
con su frialdad me ha probado
que no es amor verdadero.
Sólo es amor este fiero
impulso del corazón
que domina mi razón,
que absorbe mi sér entero.
Amarte fué despertar;
que estaba el alma dormida.
Tú me has dado nueva vida,
tú me has enseñado á amar.
En mí siento palpitar
fuerza que el alma avasalla,
volcán que todo lo acalla,
que afectos comunes trunca,
y que no se apaga nunca
si con tal ímpetu estalla.
El alma no escucha en vano
de tu acento la dulzura;
debo á tu noble cultura
ver en el hombre un hermano.
Vibra en mí todo eco humano
de ternura y de piedad,
y á la voz de la verdad
mi antiguo rigor deshecho,
siento el clamor en mi pecho
de toda la humanidad.
Del soldado en la rudeza,
¡mísero! no comprendía
la soberana armonía
de la universal belleza.....
De arte y de naturaleza

ya sé el hechizo admirar;
ya sé comprender y amar
de ingenio y de ciencia el vuelo,
las maravillas del cielo,
los enigmas de la mar.
Me dió tu amor soberano
de la admiración la llave;
ya el alma descifrar sabe
de lo bello el noble arcano.
Entré dichoso y ufano
en el mar de la ilusión:
de admirar el alto dón
siento que abrasa mi frente,
y una cadena en la mente
el cielo y la tierra son.
De tu magia seductora
prendado á tu pueblo vi:
acaso te adora á ti
porque á sus dioses adora.
Oigo las voces ahora
que allá en la cuna escuché;
dioses que en la infancia amé
vuelve á amar el alma mía,
y á pesar de Roma impía,
Poniendo la mano en el pecho.
brotar siento aquí la fe.
Amarte fué mi destino,
noble y celestial mujer,
pues debo mi nuevo sér
á tu influjo peregrino.
¡Amarte! ¡Triunfo divino!
Del amor mayor trofeo

nunca soñó mi deseo.....
Siento un deleite sin nombre;
al fin respiro; soy hombre:
amo, siento, admiro y creo.

CLEOPATRA.

¡Qué corazón! Así labras
mi dicha con tu ternura:
tú no sabes la ventura
que me infunden tus palabras,
El colmo del triunfo es,
para una mujer altiva,
del genio la imagen viva
mirar rendida á sus pies:
vulgar amor no comprende,
ni ha de amar sin ufanía;
á un alma como la mía
lo grande tan sólo enciende.

ANTONIO.

De tu amor más digno fué
César, que amaste primero;
César, único guerrero
que yo en la tierra admiré;
incomparable caudillo
que el genio de Roma encierra,
y en la paz, como en la guerra,
de todos ofusca el brillo.

CLEOPATRA.

¿Para qué evocar, mi bien,
esa importuna memoria?
En César amé la gloria,
en ti amo al hombre también.
El no fué un hombre, fué un dios;

grandeza inmortal le cupo:
no supo amar, sólo supo
al mundo llevar en pos.
  Esa elevación glacial,
esa grandeza sublime
que de lo terrestre exime,
ahuyenta el amor cabal.
  Necesita la mujer
quien, cifrando el alma en ella,
haga fulgurar la estrella
de la ilusión y el placer;
  quien como mortal se ablande
á cuanto á sentir obliga,
y, amante y héroe, consiga
unir lo tierno y lo grande.
  Eso eres tú..... Yo ignoraba,
ambiciosa y altanera,
que alma orgullosa pudiera
ser de la pasión esclava.....
  Mas de un sueño iba detrás;
y así forjaba impaciente
un sér perfecto mi mente
que no encontraba jamás.....
  Al mirarte, el dulce sueño
realizado al punto vi,
y con delicia sentí
que encontraba el alma dueño.
  ¿Por qué amé?..... Junta advertía,
en el ardor que en ti asoma,
con el ímpetu de Roma
del Asia la fantasía.
  Halléme arrastrada al punto

de un sentimiento inmortal,
porque estaba mi ideal
en ese extraño conjunto.
¡Un romano comprender
que sin sentir no hay gozar,
y que el sentir es amar
y que el amar es creer,
y osar decir sin rodeo,
á la luz en que me inflamo,
á los egoistas *amo*
y á los escépticos *creo*!
Ese fué el encanto mío.....
Mas en la dicha me ofusco
cuando las razones busco
de mi ardiente desvarío.
No hay ley para el corazón,
y del amor verdadero,
«te quiero porque te quiero»
será siempre la razón.

ANTONIO.

Verdad.

CLEOPATRA.

Dioses tutelares
dictaron mi frenesí;
no saben amar así
los amadores vulgares.
No todo mortal comprende
el poder, la magia eterna
de esa conmoción interna
que el alma encumbra y enciende.
Antes de amarte era en vano
dar á mis potencias vuelo;

faltaba en mi mente el cielo,
todo era pobre y humano.
  Ahora todo me recrea;
todo mi vida ennoblece,
y que tienen me parece,
en mi arrebatada idea,
  más ventura el patrio asilo,
las flores más arrebol,
más vivas llamas el sol
y más misterios el Nilo.

ANTONIO.

Entusiasmado.

  ¿Cómo no amarte?..... Del orbe
reina te haré.

CLEOPATRA.

¿Qué me importa?
Mi ambición su vuelo acorta,
y sólo tu amor me absorbe;
  y si, á nuestra empresa fiel,
quiero que tu heroica mano
abarque el mundo romano,
es porque reines en él.
  Para ti todo: mis flotas
y mis falanges te he dado,
y mi pueblo arrodillado
y mis regiones ignotas.
  Mas poco en ello debieras
á quien dió mayor tesoro
que todo el poder y el oro:
un alma que ama de veras.

ESCENA V

Los mismos. Carmión. Eira. Después Eros.

Entran Carmión y Eira, acompañados de caudillos romanos y egipcios, que se colocan á ambos lados. Cantoras y bayaderas.

CARMIÓN.

Á Antonio.

En tu honor he prevenido
bayaderas y cantoras,
que te den dulce solaz
y aquí pregonen tus glorias.

Se adelanta una cantora que, con acompañamiento de liras, entona este himno.

Hoy de Filipos
el vencedor
logra en Armenia
nuevo esplendor.....
¡Huya el dolor!

Lo repite el coro de mujeres.

Mirra y laureles
al triunfador,
que hermanar sabe
gloria y amor.....
¡Huya el dolor!

Lo repite el coro.

Tantas hazañas,
tan claro honor,
al Nilo, al Tíber
dan resplandor.....
¡Huya el dolor!

Acabado el himno, baile de bayaderas y bailarinas nubianas. Después, varios esclavos colocan en medio de la escena una mesa, magníficos jarros de oro y plata, copas, manjares y flores.

ANTONIO.

Brinda con los caudillos.

¡A la gloriosa unión de Roma con Egipto!

Beben. Vivas á Antonio.
Se oye el sonido triste y lejano de un clarín. Poco después rumor confuso.

¡Suena el clarín de alarma! En tal instante,
de ese lúgubre són me angustia el eco.....

Llega Eros apresurado.

EROS.

Nuncio de males, del Senado en nombre
arrogante se acerca Proculeyo.....
Si escuchar quieres su misión aciaga.....

ANTONIO.

Llegue al punto de Octavio el mensajero.

Sale Eros, y vuelve con Proculeyo, el cual se presenta con acompañamiento de oficiales romanos.

ESCENA IV

Los mismos. Proculeyo. Séquito.

PROCULEYO.

Con misión dolorosa aquí me envía
la excelsa Roma. Con afán y esfuerzo
buscó la paz. De la paciencia el vaso
rebosa al fin en el romano pueblo.
No te asombre que, intérprete de Octavio,
sólo respire indignación mi acento.....
Repudiaste á su hermana, noble, hermosa,
sol de lealtad y de virtud espejo,
y, víctima de halagos engañosos,

dando á tus huestes afrentoso ejemplo,
anublas el fulgor de tus laureles
con ciego amor y femeniles juegos.....
Ya no es Antonio el héroe de Filipos,
de las glorias de César heredero;
hoy de Cleopatra en los amantes brazos,
ebrio de amor y de delicias lleno,
es, aunque invicto resplandezca y triunfe,
déspota en Asia y en Egipto siervo.
Senado, plebe, Octavio, Italia entera,
para poner á tu arrogancia freno,
del mando de sus huestes te despojan,
cansados ya de tanto vilependio.

ANTONIO.

Con fría entereza.

Ya has visto que del déspota del Asia
serenidad romana abriga el pecho,
cuando escuchó sin arrancar tu lengua
con paciencia de estoico tus denuestos.....
Pero te escuda tu misión sagrada,
y acato en ti de Roma el mensajero.

Animándose.

Guerra me anuncia tu insolente labio,
guerra tendrás; cumplióse mi deseo.
Enamorado ó no, soy siempre Antonio,
y á Antonio de las armas el estruendo
regocija y no asusta..... Di al Senado
que Antonio acepta el temerario reto.....
De la áspera verdad llegó la hora,
pues que tú mismo desgarraste el velo.
¿Qué son Roma y Octavio? Roma un caos,
astro apagado que perdió su centro.

El pueblo-rey, tan admirado un día,
feliz, noble, entusiasta, justiciero,
cual decrépito alcázar se quebranta,
cual carcomido roble viene al suelo.....
Octavio, al ver triunfar su trama innoble,
humilde y cauto ayer, cuanto hoy soberbio,
con la aversión de Roma me combate.
Siempre calculador y siempre artero,
cuando me odiaba más, me dió á su hermana,
echando así cadenas en mi cuello.
Aquel enlace, sacrificio á Roma,
era un yugo no más y un fingimiento.
Cifraba yo en Cleopatra el alma entera,
Octavia en la memoria de Marcelo.....
Nunca aprendí á engañar, y dejo á Octavio
ser en tan triste ciencia gran maestro:
no sé mostrar austeridad por fuera,
llevando saña y ambición por dentro.....
Cada cual en la tierra sigue el rumbo
de oprobio ó gloria que le traza el cielo.
Yo combato; él intriga. Él con sus artes
del popular antojo se hace el eco.
Mal quiere al pueblo quien falaz le adula;
yo jamás le adulé. Lenguaje acerbo
usando con nobleza de soldado,
le mostré fiel el precipicio abierto.....

PROCULEYO.

¿Qué importa á Octavio el eco de tu nombre?
¿Qué importa á Roma que, esforzado y diestro,
arrolles en los llanos del Eufrates
las antiguas falanges de Labieno,
y que llegues á ser en cien batallas

domador del asiático hemisferio,
si, olvidando que compras tus conquistas
de la romana sangre al alto precio,
al pie de una mujer, de una extranjera,
cual presa vil, arrojas tus trofeos?.....
Ya no es tu acero, tan romano un día,
sostén, amparo, honor del patrio suelo,
y al fin perdió la verdadera gloria
en tu inseguro corazón su imperio.....
Ya se eclipsó tu esplenderosa estrella;
y si intentaras resistir soberbio,
decidirán las armas; y el castigo
que ha de dar Roma al temerario empeño,
remedio y lustre de la patria sea
y de infieles romanos escarmiento.

ANTONIO.

¿He vertido en provecho de Cleopatra
romana sangre? ¡Mísero pretexto!
Sus naves, sus soldados, sus tesoros,
vituallas, armas, bélicos arreos,
que ella con franca mano prodigaba,
nuestra fuerza y poder en Siria fueron.
Dar corto ensanche á la corona egipcia,
para tanta largueza no es gran premio.....
¿Y por qué Octavio, pérfido, alma helada,
para quien la ternura es un secreto,
en el sagrado de mi amor penetra?
¿Con qué torcido fin? ¿Con qué derecho
quiere amenguar la libertad del alma?
Mi corazón es mío, y no consiento
que pretendan tasar mis ilusiones,
que cuenten los latidos de mi pecho,

Octavio ignora del amor sublime
la intuición poderosa, el noble fuego.....
Para subir donde Cleopatra sube,
le faltan alas, corazón y aliento.....
Ciego en su saña, y de la envidia esclavo,
en mí censura, cual delito horrendo,
el amar á Cleopatra!..... Si es delito,
blasono de él cual de inmortal trofeo.....
Vuelve á esa ingrata Roma, que declara
guerra implacable á Egipto, y pues tu dueño
renovar quiere la civil contienda,
y anteponer á la razón el hierro,
cual fiero tigre iré con mis legiones
á sacudir de Roma el torpe sueño.....
Si Italia ciega á resistir se atreve,
arrollaré la Italia á sangre y fuego,
y si él acude á la marcial pelea,
quién es mejor romano allí veremos.

PROCULEYO.

Ya es inútil hablar; ya no lastima
de tus fieras palabras el veneno:
en Acarnania humillaréis la frente
Cleopatra codiciosa y tú soberbio.

CLEOPATRA.

De almas amantes para siempre unidas,
Octavio ignora el mágico embeleso.
Juzgando fuerza el hielo de la mente,
ve mi ardiente pasión con menosprecio;
y yo, que sé su celestial dulzura,
porque no sabe amar le compadezco.....
Allá en Roma me juzgan codiciosa,
¡qué necio error! Lo espléndido y lo bello

mi voluntad arrastran; me cautivan
su hechizo, su ilusión; mas no comprendo
la magia vil del oro.....

Como inspirada, arranca de su collar el colgante, que es una perla muy gruesa.

¿Ves la perla
que al mundo asombra, sin igual portento
que codician los déspotas del Asia,
maravilla del mar, que vale un reino?

Toma una copa y la presenta á un escanciador que echa vino en ella.

CARMIÓN.

Como aterrada, á Cleopatra.

¿Qué vas á hacer?

CLEOPATRA.

Arroja la perla en la copa.

En el ferviente vino
el prodigio del mar ya está disuelto.....

Todos manifiestan asombro.

Brindo con él á Roma restaurada
por mi divino Antonio, al dulce sueño
que fué el afán más noble de mi vida:
unir Egipto á Roma, y dar contento,
paz, dicha al mundo..... Para tal empresa
me dará Osiris soberano esfuerzo:
Accio verá mis invencibles naves,
verá de Antonio el batallar tremendo,
y será nuestro triunfo, pese á Octavio,
salud de Roma y galardón del genio.

Señalando á Antonio.—Bebe.
Gritos: ¡Viva Cleopatra! ¡Viva Antonio! ¡Guerra á Octavio!

PROCULEYO.

Al irse.

En Accio os esperamos.

ANTONIO.

Con brío.

A Accio iremos.

ESCENA VII

LOS MISMOS, menos PROCULEYO y su séquito.

ANTONIO.

Á Cleopatra.

Corramos á reunir nuestros soldados,
á acelerar los bélicos aprestos.
César me muestra el Rubicón famoso;
será mi Rubicón el mar Tirreno:
todo me dice que al que triunfe ahora,
acatará postrado el universo.

CLEOPATRA.

Contigo iré; compartiré tus lauros;
del fragor de las armas no me arredro:
seré tu auxilio en la mortal fatiga,
seré tu luz en el combate recio.

ANTONIO.

¡No, jamás! Tú no sabes, amor mío,
el horror de la guerra..... ¡Ver expuesto
el más hermoso sér que encierra el mundo,
de las batallas al azar sangriento!
¡Jamás!

CLEOPATRA.

Te seguiré.....

ANTONIO.

¿No consideras
que el alma en ti pondré, y al menor riesgo
que corra allí mi idolatrada esposa,
perdidos la constancia y el denuedo,
me olvidaré del arte de la guerra,
de la gloria, de mí, del mundo entero?

CLEOPATRA.

He jurado en las aras de mi patria
no apartarme de ti; deuda es mi intento.
Hoy vas á combatir huestes romanas,
y el peligro es mayor..... De ansioso anhelo
muriera aquí también: morir dos veces
fuera morir sin ti..... Consiente, en premio
de mi invencible amor..... ¿Por qué te asusta
ver que á tu lado la existencia pierdo?
¡Ah, si logro morir por tí, contigo,
dichosa exhalaré mi último aliento!

Se va con todos, menos Antonio, Eros y un arúspice.

ESCENA VIII

Antonio, Eros, un Arúspice, en el fondo.

EROS

Á Antonio.

¡Una mujer amada en las batallas!
¿En qué piensas Antonio?..... Tu certero

instinto ofusca la pasión. ¿No miras
que entre sangre y amor no hay buen acuerdo,
que si Cleopatra va, se pierde todo,
y que si solo vas, el triunfo es cierto?

ANTONIO.

Es Cleopatra mi estrella, mi destino;
no le sé resistir: ya no hay remedio.

Eros se encoge de hombros y se va.

ESCENA IX

ANTONIO, un ARÚSPICE.

ANTONIO.

Indica al arúspice que se acerque.

Arúspice, tú que puedes
en los astros descifrar
la suerte de los imperios
y el porvenir del mortal;
tú que, sabio, tantas veces
has descubierto sagaz
en la luz de las estrellas
los misterios del azar,
y me has predicho mis triunfos
y mi ventura fugaz,
¿de la estrella de mi vida
se empieza acaso á eclipsar
la lumbre que en otro tiempo
ofuscaba á las demás?
¿Muestra la estrella de Octavio
luciente y serena faz?

ARÚSPICE.

No olvidé anoche los astros
solícito consultar.
Es de la estrella de Octavio
el fulgor vivo y tenaz.....
Claras dos palabras lucen
solo en la tuya: juzgar
su sentido es imposible;
confuso está lo demás.

ANTONIO.

Conmovido.

¿Cuáles son esas palabras?
Dilas pronto.....

ARÚSPICE.

Amor fatal.

Estupor de Antonio.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Campamento de Antonio, junto al faro de Alejandría. Empalizada al fondo, con un portillo en medio y guardia romana. En primer término, en medio, una roca que puede servir de asiento; á un lado, la tienda de Antonio; delante de ella la insignia romana y la insignia egipcia; detrás muchas tiendas.

ESCENA PRIMERA

ANTONIO. SOLDADOS ROMANOS.

UN TRIBUNO MILITAR.

Á un grupo de soldados; sin ver á Antonio, que está como acechando á la puerta de su tienda.

¿Qué hacemos ya, camaradas,
en tan triste campamento?
Después de tanto aparato,
de Accio en los mares funestos
las galeras de Cleopatra
vergonzosamente huyeron;
y Antonio..... el glorioso, el grande,
súbito, demente y ciego,
legiones que le adoraban
abandonó.

UN SOLDADO.

Es un misterio.

TRIBUNO MILITAR.

No tal. Yo bien sé que en tierra
Antonio triunfará luego;
y aun en el mar, donde ya
iba triunfando su esfuerzo,
venciera al fin, si Cleopatra
no ejerciera allí su imperio.
Cuando está Antonio con ella
pierde el tino y pierde el seso.....
¡Huir Antonio es imposible!
y huyó, sin embargo.....

SOLDADO.

Creo
que es causa perdida; inútil
es andarse con rodeos.
Si Antonio con sus caballos
triunfó ayer de Proculeyo,
fué de una luz que se apaga
el moribundo destello;
hoy las legiones, aún fieles,
al campo de Octavio fueron:
de tanta gente aguerrida
somos los últimos restos.

TRIBUNO MILITAR.

Con pavor supersticioso.

Cuentan algunos soldados
que, cual espada de fuego,
brillar sobre Alejandría
anoche un cometa vieron,
dirigiendo á la ciudad
sus resplandores sangrientos.
Ven en el siniestro anuncio

de Júpiter los decretos:
todo es gloria para Octavio;
para Antonio no hay remedio.

SOLDADO.

Pues si Júpiter lo manda,
de Octavio al campo volemos.

Se van.

ANTONIO.

Vestido con sencillez romana se adelanta y los sigue tristemente con la vista.

Id donde está la fortuna:
id en paz; yo no os detengo.....
Tenéis razón: mis reveses
son los designios del cielo.....
¡Ay! mis amigos de ayer
son hoy enemigos fieros;
que no hay gloria que no acaben
la traición y el desaliento.

Mirando al campamento.

¿En dónde están mis legiones?
¿Dónde mis bravos guerreros?
Mi campo marcial, que era
allá en venturosos tiempos
todo ardor, bulla, esperanza,
es hoy un triste desierto.....

Vuelve á mirar.

¡Están las tiendas vacías!
¡Qué soledad!..... Ahora veo,
en vez de un campo de guerra,
campo de muerte y silencio.

ESCENA II.

ANTONIO. EROS, vestido con sencillez romana.

ANTONIO.

Al ver á Eros, va hacia él conmovido, y le abraza.

Eros, ¡tú aquí! Con ternura
entre mis brazos te estrecho:
tú eres el único amigo
que en este vacío inmenso
recuerda dichas y glorias
que ya para siempre huyeron.

EROS.

Antonio, yo soy el mismo;
y ¿por qué te admiras de eso?
Los otros son cual las plantas:
van al calor del sol nuevo.
Yo soy menos ambicioso,
más humilde y más rastrero:
siempre fué mi obscura gloria
obrar bien, y en mis afectos
soy tenaz como una roca,
fiel y leal como un perro.

ANTONIO.

Déjales sus esplendores,
mezclados con su provecho.
Tu obscura gloria es más alta:
con ese exterior modesto,
por la nobleza del alma
vales más que todos ellos.

EROS.

Pero ¡qué miro!..... Allí viene
Octavio con Proculeyo
y Domicio.....

ANTONIO.

¡Cómo! ¡Octavio
venir aquí! ¿Con qué intento?
¿Viene á insultar mi infortunio?
¿Viene á turbar mi sosiego
dando en su vista al vencido
del vencedor el veneno?.....
No sé.....; mas sé que no vienen
á darme vida y consuelo:
tanta grandeza no cabe
en sus corazones yertos.

EROS.

Lo columbro: Octavio sabe
que aún tienes tropas é imperio
en Egipto; que la escuadra
aún te mira como dueño;
que engolfado de la Libia
en las arenas de fuego,
de las romanas legiones
fuera el exterminio cierto.....
Un hombre de su cautela
no deja los cabos sueltos.

ESCENA III

Los mismos, Octavio con Proculeyo y otros generales romanos.

OCTAVIO.

Si vengo, Antonio, en tu busca,
es porque quiero evitar
que el mundo pueda pensar
que la victoria me ofusca.

ANTONIO.

¡La victoria!..... No has nacido
tú para vencerme á mí.....
¿En Accio?..... Piensa que allí
no hay vencedor ni vencido.
Nunca logró tu valor
que el rumbo á mi gloria tuerza:
sólo me venció la fuerza
de la suerte y del amor.
Yo fuí mi propio verdugo:
al amor vendí la gloria,
y te entregué la victoria,
porque hacerlo así me plugo.

OCTAVIO.

Aun puedes vivir tranquilo.
Risueño horizonte asoma
para ti: te ofrece Roma
honroso y brillante asilo.
Muestra de honor y respeto,
te otorgan pueblo y Senado

en Arabia un pingüe estado;
hé aquí de Roma el decreto.

Le entrega un pergamino.

Nuestra actual contienda lloro:
me duele ver humillada
tu antes vencedora espada,
y con el alma deploro
tu estado actual.

ANTONIO.

Ofendido.

Sella el labio:
mi suerte es harto crüel;
no me bajes al nivel
de la compasión de Octavio.....
Errados tus juicios son,
porque la gloria y la vida
los mides con la medida
de tu estrecho corazón.
¿No miras que me sonrojas,
fingiendo clemente afán,
con el pedazo de pan
que con alarde me arrojas?
¿Cómo ¡insensato! imaginas
que yo en obscuro rincón
devore mi humillación
mientras tú el orbe dominas?
Octavio, es comedia odiosa
ser crüel con trazas de humano,
y esconder pecho tirano
con máscara generosa.

Rompiendo el pergamino.

Rechazo tanto favor;

que si pude, por mi mal,
resignarme á ser tu igual,
no quiero ser tu inferior.....

Como reflexionando.

Escucha: conmigo lidia;
muestra, si á lidiar te atreves,
que tu elevación no debes
á la astucia y la perfidia.
Arda en ti, cual alto ejemplo,
de los Horacios la llama:
lidia cual ellos; la fama
alzó á su virtud un templo.
Merece así el galardón;
busca así gloriosa palma:
en fin, si tienes el alma
tan alta cual la ambición,
y en alcanzar prez te empeñas,
ten valor para ganar
en combate singular
esa corona que sueñas.

OCTAVIO.

No con saña desmedida
tu mísera suerte agraves.

ANTONIO.

Lo estoy viendo: tú no sabes
dar por el honor la vida.

OCTAVIO.

Te cansas, Antonio, en vano;
que insensatez fuera mucha
arriesgar en necia lucha
lo que se tiene en la mano.

ANTONIO.

Con irónico desdén.

Tienes razón: tú jamás
sobre el interés te elevas:
ni la mente al cielo llevas,
ni el alma te dice más.
Así darás testimonio
de que eres prudente y sabio:
prospera tú como *Octavio;*
yo moriré como *Antonio.*

Se van todos menos Eros. Antonio entra en su tienda.

ESCENA IV

Eros. Carmión.

EROS.

Se sienta pensativo en el banco de piedra.

Esto no tiene remedio.....

Mira hacia el campamento.

¡Nadie!..... ¡tránsfugas! ¡canalla!.....
¡No morir yo en la batalla,
y morir de afrenta y tedio!.....
Mis tiempos eran mejores:
hoy, al ver del oro el brillo,
desde el soldado al caudillo
se tornan aduladores.

CARMIÓN.

Entra por el fondo disfrazada de soldado asiático, y llama con cautela á Eros.

¡Eros!

EROS.

¿Quién me llama?..... Creo

que es soldado macedonio.....

CARMIÓN.

¿Puedo hablarte, sin que Antonio
nos escuche?

EROS.

Mas ¡qué veo!
¿No es Carmión?

CARMIÓN.

Se adelanta.

Sí: soy Carmión;
mas para llegar aquí
hube de vestirme así,
de asiático campeón.

EROS.

No es muy guerrera tu traza;
te vende el semblante hermoso:
es Adonis primoroso
que de Marte se disfraza.
Mas ¿qué cuidado te azora?
Habla pronto: ¿á qué has venido?.....
El héroe, cual león dormido
descansa en su tienda ahora.
Ni á Cleopatra quiere ver;
y desde Accio no consiente
que en su campo se presente
la sombra de una mujer.

CARMIÓN.

¡Bueno está el campo!..... ¡Ni un alma!

EROS.

¿Te causa el campo estupor?
Pues piensa que del amor
es la desastrosa palma.

CARMIÓN.

A mí me aflige y me abate
tanto mísero vaivén:
aún no he comprendido bien
lo que pasó en el combate.

EROS.

Ni yo pudiera explicar
tanto horror y furia tanta;
todo allí destruye, espanta:
el fuego, el hierro, la mar.
Como gigantescas aves,
sueltas las lonas al viento,
con estrépito violento
van á embestirse las naves.
Una contra otra se estrella;
y en la contienda espantosa
Cleopatra huyó temerosa.....

CARMIÓN.

Pero no temió por ella.
No conoces á Cleopatra;
el morir no la intimida:
sólo temió por la vida
del hombre á quien idolatra.
Ella su poder sabía,
y, la gloria desdeñando,
huyó de allí, adivinando
que Antonio la seguiría.
Él con sorpresa miró
la flota egipcia distante,
y ya, no el héroe, el amante
loco y ciego la siguió.
La creyó herida tal vez;

y ante aquel dolor profundo,
olvidó el cetro del mundo,
su alto honor, su antigua prez.....
De tal enigma la llave
sólo la encontrara un dios:
la he preguntado á los dos;
ninguno de ellos la sabe.

EROS.

Tú no la sabes; yo sí,
que bien claro lo predije:
¿Por qué el dolor nos aflige?
Porque hubo mujer allí.

CARMIÓN.

Imaginas que es baldón
un amor que así anonada;
¡ay! del alma enamorada
triunfos y misterios son.

EROS.

¿Ver yo con ojos serenos
que en esta azarosa guerra
pendió el trono de la tierra
de un suspiro más ó menos?
Tan extraño proceder
contra la razón arguye:
Antonio, cuando ella huye,
debió quedarse á vencer.

Carmión hace un ademán de protesta.

De convencerme no trates:
ante lección tan funesta,
Antonio vió lo que cuesta
el amor en los combates.

CARMIÓN.

Siempre fiero, la ternura
juzgas con bronco rigor.
No amaste.

EROS.

¡Maldito amor
que cuesta fama y ventura!
Pero, ¿á qué has venido aquí?

CARMIÓN.

Cleopatra no se consuela
sin Antonio: verle anhela,
y en su amante frenesí
le juzga ingrato y crüel.

EROS.

Antonio verla no quiere.

CARMIÓN.

Y ella sin su vista muere;
no sabe vivir sin él.

EROS.

Él la ama más que á su vida;
ve á sus pies un hondo abismo,
y no quiere por lo mismo
arrastrarla en su caída.

CARMIÓN.

De él saber quiere; entretanto
vive en constante agonía.

EROS.

Que no deje á Alejandría.
¿Qué hallará aquí?..... nuevo llanto.

CARMIÓN.

Su pasión olvidas ya:
nada habrá que la detenga.....

EROS.

Di á Cleopatra que no venga.

CARMIÓN.

Pues, sin embargo, vendrá.

EROS.

Huye, que Antonio llega.

Carmión se va.

ESCENA V

EROS. ANTONIO.

ANTONIO.

¿Solo estabas?

EROS.

Ya ves, aquí no hay nadie.

ANTONIO.

Frases sueltas
me pareció escuchar.

EROS.

Conmigo mismo
hablé tal vez por divertir mis penas.

ANTONIO.

Tú, siempre amigo fiel, cual tuyos propios
mi yerro y mi catástrofe lamentas.

EROS.

Accio me abruma el alma, lo confieso.
¡Dejar la lid, cuando el peligro arrecia,
el grande Antonio!..... Las mujeres dicen:
fué de sublime amor noble demencia;

mas mi pobre caletre de soldado
en tan sutil sublimidad se enreda.....
Yo vi que Roma inquieta te brindaba
de honra y poder con la ocasión suprema.
La república, allí, la dictadura
siempre van cual la soga y la caldera;
ni valió la ilusión del triunvirato:
¡qué mísera invención! es una trenza
cuyos ramales, flojos, mal trabados,
á un leve azar se rompen y se sueltan.....
Vi, en fin, que en Accio el triunfo te ofrecía
del cetro universal la pompa excelsa.

ANTONIO.

Yo vi también gozoso frente á frente
el Asia y Roma; y en mi altiva idea
soñé ser lazo y luz de las naciones,
dando paz, dicha y júbilo á la tierra.....

Con dolor.

No quiso el cielo, y me arrastró al abismo,
cual tronco inerte que el torrente lleva....
¿Por qué seguí á Cleopatra fugitiva,
dejando la titánica refriega
ya casi vencedor?..... ¿Quién lo adivina?
Ni aun yo mismo lo sé..... No me rindieran
ni las falanges míseras de Octavio,
ni de Agripa las rápidas galeras.
El hado me rindió..... Sólo un demente
arranca el lauro que en su sien ondea:
eso hice yo; perdido, delirante,
juguete fuí de sobrehumana fuerza.
Nadie evita las iras de los dioses,
ni el que igual á los númenes descuella.....

Con mayor animación.

No lo dudes: los astros misteriosos
sobre el mortal ejercen su influencia,
y á la orgullosa humanidad las leyes
de un destino recóndito encadenan.....
Mi espíritu ofuscó vértigo insano:
no sé si es desventura ó si es afrenta;
sólo sé que aquel súbito arrebato
no fué mi voluntad, sino mi estrella;
sólo sé que, del áspero combate
fué, por mi mal, en la fortuna adversa,
el infeliz que al borde de una sima
por la atracción fatal se lanza en ella.

EROS.

Cálmate: los designios acatemos,
ya del olimpo ó del infierno sean.
Nadie ha dudado del valor de Antonio:
quedó el honor; tu corazón aquieta.

ANTONIO.

Más sereno.

Eros, pregunta al guardador del faro
si se divisa nuestra escuadra.....

EROS.

Va hacia la torre.

¡Ea,
el de la torre!

Asoma el vigía en la torre.

¿De la egipcia armada
puedes darnos razón?

EL TORRERO

Aquí muy cerca
pasó no ha mucho; remos levantados,

señal de paz, la deserción revelan;
y ya flota en las naves de Cleopatra,
de Octavio y Roma la enemiga enseña.

EROS.

¡Infamia! ¡Deslealtad!

ANTONIO.

Ya ves, amigo,
que es forzoso morir.

EROS.

¡Cómo! ¿No esperas
á que venga Cleopatra, y con su halago,
bálsamo vierta en tus amargas penas?

ANTONIO.

¡Cleopatra! No la nombres: de su imagen
quiero apartar la mente. Si la viera,
si yo escuchase su divino acento,
vida cobrara la celeste idea
de su amor sin igual, y embebecido,
no supiera morir..... No quiero verla:
si ella, dueña inmortal de mi albedrío,
me ordenase, amorosa, que viviera,
yo olvidara mi orgullo, y viviría
devorando mi angustia y mi vergüenza.
No hay tiempo que perder: llegó la hora.
Eros, siempre cumpliste tus promesas
con austera lealtad..... Allá en Farsalia
te pedí que á tu amigo muerte dieras
si lo exige el honor..... El duro trance
llegó: no tiembles. Rígida entereza
mostraste allí.....

Le da su espada.

¡Valor! Hé aquí mi espada:

mi corazón con ímpetu atraviesa:
piensa que para mí morir es gloria,
y vivir es escándalo y afrenta:

Advirtiendo que Eros se horroriza.

tu lealtad inflexible te lo manda,
y tu fiel compañero te lo ruega.

EROS.

Muy conmovido.

¡Exige mi lealtad que mate á Antonio,
único sér á quien amé en la tierra!.....
¿Matar yo mismo á Antonio?..... Es imposible:
para tanta lealtad me falta fuerza.....
¿Yo con mi propia mano?..... ¡Qué horror!..... Nunca:

Apartándose.

yo sé morir también.....; menos me cuesta.

Se hiere con la misma espada de Antonio. Éste le sostiene y le conduce á su tienda, donde entran ambos. Poco después sale Antonio con la espada de Eros desnuda.

ANTONIO.

¡Ya no existe!..... ¡Infeliz! ¡Por mí te inmolas!
De soldado, en la rústica corteza,
el alma de los héroes encerrabas.....
¡Cuán fácil es la muerte, tú me enseñas!

Hace ademán de herirse. Se detiene al ver á Cleopatra. Llega ésta apresuradamente, acompañada de Carmión y soldados egipcios.

ESCENA VI

Antonio. Cleopatra. Carmión. Soldados.

CLEOPATRA.

¡Qué vas á hacer, Antonio, Antonio mío!
¡Morir así!..... ¿Qué vértigo te ciega?

Llora.

ANTONIO.

Reina adorada, el verte me reanima.
¡Qué consuelo me causan esas tiernas
lágrimas del dolor!

CLEOPATRA.

¿Cómo á tu vida
así atentó tu ceguedad sangrienta?
¿No pensastes, ingrato, que tu acero
no puede herirte á ti sin que me hiera?
Si es tu vivir el manantial del mío,
¿cómo viviera yo, si tú murieras?

ANTONIO.

Vive sin mí, Cleopatra; el hado impío
manda cortar el hilo á mi existencia.
Muero porque te amé cual no amó nunca
mortal alguno..... Desventura extrema
no quise dar á la que dí mi gloria.....
Fe consagraste, admiración sincera
á Antonio triunfador; pero ¿quién sabe
si al Antonio vencido amar pudieras?

CLEOPATRA.

Vencido ó vencedor, yo te adoraba.
Fausto, poder, festines y riquezas,
esos falsos deleites se eclipsaron
de amor feliz á la ilusión suprema.
El amor verdadero absorbe el alma;
todo lo que no es él se menosprecia.....
Yo, en la desgracia, imaginé de Arabia
llevarte ufana á la región desierta,
y allí, del mundo y de la envidia lejos,
huyendo del orgullo las tormentas,
gozar libres, tranquilos, olvidados,
de nuestro puro amor las glorias ciertas.....
¡Qué mágica ilusión!

ANTONIO.

De esa ventura
también soñé la celestial quimera:
me vi dichoso en ignorado asilo,
evitando del mundo la aspereza;
pero la amarga luz del desengaño
volvió á mi mente la razón severa,
y vi que nuestra gloria y nuestro nombre
con tal eco y tal brillo el orbe llena,
que, receloso el corazón de Octavio,
por lejano y recóndito que fuera
nuestro tranquilo hogar, nos seguiría
allí la mano del rencor violenta.

CLEOPATRA.

Tienes razón, el mundo se transforma:
llegó de mi reinar la hora postrera.
Octavio no perdona, y aun le asustan
mi ejército y tu nombre.

ANTONIO.

Animándose.

Alma pequeña,
todo le inquieta; de su sombra teme;
vino á otorgarme, cual favor, la mengua.
Aún quiso blasonar de generoso;
aún me ofreció un rincón en la Judea,
á mí, que en mis ensueños de gigante,
mezquina y vil me pareció la tierra.....
Todo lo olvida Octavio en la ventura;
conoce mal mi condición soberbia.
Todo ó *nada* fué siempre mi divisa;
vivir no puedo donde Octavio impera;
y no hay refugio, porque el orbe entero
á las plantas de Octavio se prosterna.....
Todo acabó; fortuna inexorable
torció en mi daño su voluble rueda.....
Blando en el triunfo, en la desgracia altivo,
someterme no puedo al nuevo César,
y, atento siempre á mis pasadas glorias,
le arrojé al rostro la irrisoria ofrenda.

CLEOPATRA.

Cálmate, Antonio, y vive. ¡Te amo tanto!
Yo allanaré del hado la aspereza;
sabes, mi bien, que por ahorrar la tuya,
diera toda la sangre de mis venas.

ANTONIO.

Deja que muera en tus amantes brazos
cuando aún está mi dignidad entera.....

Como para sí, dominado por el sentimiento del honor.

Tumba sagrada, penetral divino,
tú eres el solo asilo donde pueda,

tras una vida de dominio y gloria,
descansar libre y pura mi cabeza.

CLEOPATRA.

¡Alma noble!

ANTONIO.

Del sueño de la vida
al borde del sepulcro se despierta.....
Aquel rumor sonoro de la gloria,
Fráata, Filipos, Éfeso y Armenia,
de todo me olvidé; todo á mi vista
se desvanece cual confusa niebla;
de mi fama la voz llega á mi oído,
cual llega el eco de la gloria ajena.....
Sólo arraigada vive en mi memoria
de mi ternura la visión excelsa.....
Aquella unión feliz de nuestras almas,
aquellas horas del amor serenas
aún arden en mi loca fantasía
cual arde en el altar la lumbre eterna.
Genio, poder, aplausos y renombre,
sombras no más, mentiras lisonjeras,
ante la hoguera de tu amor pasaron,
cual pasan ante el sol nubes risueñas:
aquel amor divino, que aún me abrasa,
fué la única verdad: aquí está impresa.

Lleva la mano al corazón.

CLEOPATRA.

¡Corazón sin igual!..... (Llora.) No sabe Roma
el tesoro magnífico que encierra
tu generoso espíritu, dechado
de honor y de magnánima entereza.
Por eso te amé tanto, y fuiste el solo

que mi alma altiva avasallar pudiera.
Vive, Antonio, por mí.....

Demuestra en sus caricias su amorosa pena.

ANTONIO.

Con vehemente decisión.

Morir es fuerza.....
Venza mi aliento el amoroso hechizo
que mi indomable corazón enerva.

Con ímpetu casi vertiginoso.

Si yo viviese humilde, escarnecido,
de mi gloria y la tuya indigno fuera.....
¡No!.... ¡Jamás! ¡Qué baldón! Cúmplase al punto
la ley del hado que morir me ordena.

Sin que Cleopatra pueda impedirlo, va junto á la roca, toma la espada y se hiere. Cae sobre la roca. Cleopatra acude á sostenerle.

CLEOPATRA.

¡Ay, infeliz de mí! ¡Cielos! ¿Qué has hecho?

ANTONIO.

Incorporándose.

Lo que cumple á mi honor y á mi grandeza.
Pero esto no es morir..... Aquí en tus brazos,
tu afán doliente, tu ternura inmensa,
tus lágrimas de amor, de tus palabras
el dulce són, me aduermen y embelesan,
y me parece un éxtasis la muerte
que al alto empíreo mi ilusión me lleva.....

Pausa.

Cleopatra, adiós..... Mi conturbada vista
tu rostro celestial descubre apenas.....
No olvides nunca á tu infeliz Antonio,
que ciego te adoró..... Vive..... eres Reina;
te debes á tu pueblo.....

Pausa.

Ya me cercan,
en la inefable paz del moribundo,
hielo mortal....., angustias..... y tinieblas.....
El nudo de la vida al fin deshecho,
el alma libre se desprende y vuela,
y siempre fiel á tu atracción divina,
en el postrer suspiro á ti se entrega.

Muere.

ESCENA VII

LOS MISMOS. ANTONIO, muerto, tendido en la roca.

CLEOPATRA.

Se aparta de Antonio, después de besar sus manos con arrebatado cariño.

¡Vivir yo! ¡Ser feliz, cuando así miro
á aquel á quien la tierra vino estrecha!.....

Vuelve junto al cadáver. Con expresión delirante.

¡Antonio! ¡Antonio!..... Sordo á mis clamores,
te separas de mí. ¿Por qué me dejas
en abismo infernal? ¿Por qué primero
no hirió mi corazón tu mano fiera?.....
No me responde.....

Le toca la frente.

Mármol es su frente,
cubre sus ojos eternal tiniebla.....

Mirando al cielo.

Injusto Osiris, de tu augusta mano,
¿por qué dejas morir la obra más bella?.....

De rodillas ante el cadáver.

Yo moriré por tí; vuelve á la vida;
mi aliento te daré, mi sangre entera.

Tú eras mi mundo, mi ilusión, mi gloria;
sin ti es martirio y soledad la tierra;
sin ti me inspira indiferencia el trono,
tedio y horror la mundanal contienda.....

Se levanta.

¡Ingrato! No me amabas, pues pudistes
hacer conmigo lo que yo no hiciera
con mi Antonio jamás..... Jamás mi orgullo
yo antepondría á mi pasión intensa.....
Deliro: sí, me amó; mas nunca el hombre
ama cual la mujer que ama de veras.....

Con vehemencia concentrada.

Para seguirte hasta el empíreo arcano,
donde ser logre nuestra unión eterna,
yo también romperé con mano dura
la cadena mortal que tanto pesa.

Coge la espada de un soldado. Carmión la detiene.

CARMIÓN.

Con afectuoso acento.

Cleopatra, vuelve en ti. ¿No ves que Antonio
desde el empíreo tu furor condena?
¿Qué será de sus ínclitas cenizas
si no proteges tú su sombra excelsa?
¿No temes que la envidia de Octaviano
dé al guerrero inmortal mezquina huesa,
ó que intente, en escarnio de su nombre,
sepultarle del Nilo en las arenas?

CLEOPATRA.

Como despertando repentinamente. Arroja la espada.

¿Qué dices? ¡Tal infamia!..... A su memoria
un templo, no un sepulcro, alzar debieran.

Con melancolía.

Procuraré vivir hasta que alcance
pagar al héroe tan sagrada deuda.

Á los soldados, señalando el cadáver.

De tanto amor, de tan fulgente gloria,
un pálido cadáver sólo queda.
Llevadle con honor á Alejandría.

Los soldados se adelantan hacia el cadáver.

Para sí.

La tumba de los dos está ya abierta.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO

Galería del palacio de Cleopatra, que da al Nilo. Á la izquierda un sitial magnífico. Á la derecha una mesa, y sobre ella un manto ó peplo largo, bordado de oro.

ESCENA PRIMERA

CARMIÓN. DOLABELA.

CARMIÓN.

Enlutada y muy conmovida.

Dolabela, tú que has visto
en tiempos de gloria y paz
la corte alegre, ostentosa,
de Cleopatra, tú podrás
con su pasada grandeza
su infortunio comparar.....
Saber la suerte que Octavio
le depara es hoy su afán.
Con dulces frases la halaga,
mas su intento ¿cuál será?
Ya vencedor, ya vencido,
Octavio, astuto y tenaz,

será la sirte engañosa
oculta en serena mar:
por fuera blanda y risueña,
por dentro fiera y voraz......

Mira á todos lados para cerciorarse de que están solos.

Escucha: sospecha horrible
devorando el alma está
de Cleopatra. ¿No recelas
que Octavio pueda intentar
llevarla, cual sierva, á Roma
tras de su carro triunfal,
y al Egipto y á su Reina
de tal manera humillar?.....
La sangre hierve en su pecho
de imaginarlo.

DOLABELA.

En verdad,
nada sé.

CARMIÓN.

Sirves á Octavio,
y acaso temeridad
fuera pedir que reveles
ese proyecto infernal.....

Con tristeza.

La Reina, triste cautiva,
no puede galardonar
tus servicios.....

DOLABELA.

Carmión, calla,
que para que yo leal
la sirva, no necesita
ni poder ni autoridad.

Yo la admiré en la fortuna;
la vi cual numen reinar;
con su magia milagrosa
subyugó mi voluntad,
y hoy que tan noble la miro
del trono excelso bajar
de nueva luz circundada,
si cabe, la admiro más.....
¿Qué es admirar?..... La venero
cual se venera un altar.....
¿Qué quiere?

CARMIÓN.

Sabes que Octavio
es misterioso y falaz,
y penetrar sus designios
importa á la dignidad
de la Reina. A ser posible,
sin tardanza y sin disfraz,
¿revelárselos prometes?

DOLABELA.

Te lo juro: los sabrá.

Ambos se van por diferentes lados.

ESCENA II

OCTAVIO. PROCULEYO.

OCTAVIO.

Se sienta.

Al fin están realizados
los sueños de mi ambición.
De aquel confuso horizonte

luz espléndida brotó,
y ya, rendida Cleopatra,
muerto Antonio, sólo yo
soy el astro á cuya lumbre
rueda el mundo en derredor.
Roma, absorta, estremecida,
va á recibir como á un dios
al que todos sus peligros
y sus males disipó.....
Mas ¿qué importa ver laureles
en la sien del triunfador,
si Cleopatra encadenada
no va de su carro en pos?.....
Al otro lado del Tíber,
en espléndida mansión,
Roma entera de Cleopatra
á los pies se prosternó.
Los soberbios Consulares
y hasta el grave Cicerón,
incienso sin fin quemaron
en su altar deslumbrador.
Era entonces prez y gala
tributarle admiración,
y ella dondequier sembraba
flores, hechizos y amor.
César el ejemplo daba,
y la plebe le imitó,
confundidos en su aplauso
la Reina y el Dictador.....
Pero es inconstante Roma,
y aquel ara derrocó:
el ídolo de otros tiempos

es hoy objeto de horror.....
Cleopatra, sierva, en mi triunfo
siendo mofa ó compasión
de aquella plebe implacable,
fuera otro triunfo mayor.

PROCULEYO.

Asombrado.

¡Cleopatra sierva!

OCTAVIO.

Ama el pueblo
las glorias de la ambición;
mas es fiero, y también ama
las victorias del rencor.
Los tesoros de Cleopatra,
sus naves, son pobre dón,
si no la hace blanco Roma
de su soberbia feroz.....
Con astucia ó con violencia
irá á Roma.

PROCULEYO.

Tal vez no.
Sé que el orgullo romano
es grande; mas no es menor
el de Cleopatra.

OCTAVIO.

¿Qué triunfos
no alcanzan calma y tesón?

PROCULEYO.

Pero Cleopatra es heroica:
nunca el alma doblegó
contra su antojo.

OCTAVIO.

Y ¿qué hará?

PROCULEYO.

¡Quién sabe!..... Morir, señor.

OCTAVIO.

Se levanta.

¡Morir!..... ¿Llegará al delirio
su arrojada obstinación?

Pensativo.

Es de fuego, y sólo escucha
de su arrogancia la voz.....
¡Morir así, malogrando
de mi triunfo la ilusión!

Á Proculeyo.

Cerca el palacio, Domicio,
pon guardias, corre veloz;
cauto aparta de la Reina
los medios de destrucción;
inquiere, estudia, vigila,
y si del designio atroz
ves indicios....., en sus manos,
si es forzoso, hierros pon,
y lejos de aquí os alumbren
los rayos del nuevo sol.

Proculeyo se va.

La Reina llega. Veamos
si halagando su pasión
logro que me siga á Roma
sin violencia y sin rigor.

ESCENA III

OCTAVIO. CLEOPATRA, enlutada

OCTAVIO.

Cese en tus ojos el llanto
que anubla su luz serena;
en verdad, me causa pena
tu inconsolable quebranto.

CLEOPATRA.

¿Y qué importa al vencedor,
que ni olvida ni perdona,
que á una Reina sin corona
mate el hierro del dolor?

OCTAVIO.

Acusa, Reina, al destino,
y no tu opresor me nombres:
¿qué pueden hacer los hombres
contra el decreto divino?
De Egipto la monarquía
celestes fallos condenan:
cuando los dioses lo ordenan,
sin duda morir debía.
Ven á Roma; tu aflicción
tal vez allí se mitigue:
la imagen que aquí te sigue
devora tu corazón.
Aquí del amor la palma
logró tu pecho abrasado:

las sombras del bien pasado
son los verdugos del alma.
¿Dejarás á Egipto?

CLEOPATRA.

No;
no tengo el dolor tan blando:
Octavio, me estás hablando
cual habla quien nunca amó.
¡Ay! que si del bien perdido
tristeza el alma recibe,
el infeliz sólo vive
con el recuerdo querido.
Poder, ternura, contento,
de todo tú me despojas,
como arrebata las hojas
del árbol tronchado el viento;
pero la dicha de amar
la memoria de mi Antonio,
es el solo patrimonio
que no me puedes quitar.
Todo lo destruye el hado:
poder, riqueza, esperanza;
mas nunca á borrar alcanza
la dicha de haber amado.

OCTAVIO.

Jamás pude comprender
que tan poderosa fuera
esa divina quimera
del amor de una mujer.

CLEOPATRA.

El rico, el sabio, el egregio,
juzgan amar de mil modos;

sentir no fué dado á todos;
amar es un privilegio.
De Roma y de Egipto ardiente
la diferencia es inmensa:
allí, el amor que se piensa;
aquí, el amor que se siente.
Tú, á quien no alienta la fe,
llamas quimera á ese fuego;
así también llama el ciego
los colores que no ve.
Amor, del sol eternal
es inefable centella;
alma del mundo, por ella
se torna en dios el mortal.
A lo infinito, en su vuelo,
quien ama las alas tiende,
y á su corazón desciende
toda la lumbre del cielo.

OCTAVIO.

¿Pero Antonio qué tenía
para avasallar tu ser?

CLEOPATRA.

Lo que no puedes tener:
llama, calor, fantasía.
Para comprar la ilusión,
la dicha, el honor, la calma,
hay que dar alma por alma,
corazón por corazón.
Tú no das nada, y serás
menor que Antonio en la historia;
que en él pasión fué la gloria
y en ti cálculo no más.

OCTAVIO.

De tal vehemencia me pasmo,
destello del sol del Nilo,
y ve mi pecho tranquilo
con envidia tu entusiasmo.
Deja el Egipto: quizá
vuelva á tu pecho el placer.
¿Qué dudas?

CLEOPATRA.

Lo que he de hacer,
sólo el tiempo lo dirá.

OCTAVIO.

Tu discreción, tu presencia,
un alma como la tuya,
fuerza es que en mi mente influya:
la nieve de mi existencia
Tú desharás.

CLEOPATRA.

(¡Cómo finge!)

OCTAVIO.

Piensa que hoy puedes reinar.

CLEOPATRA.

(¡Engañoso como el mar!)

OCTAVIO.

Al irse.

(¡Obscura como la esfinge!)

ESCENA IV

Cleopatra. Carmión.

CLEOPATRA.

Sigue con la vista á Octavio hasta que éste desaparece.

¡En balde engañarme quieres!
vi el dolo claro y distinto:
ignoras que es el instinto
la razón de las mujeres.
¡Fingir que en su pecho helado
caben ensueños de amor!.....
Hoy el diestro engañador
va á salir el engañado.

Pasa cantando por el Nilo un barquero. Música muy melancólica. Se para el tiempo necesario para el canto, no lejos de la baranda.

1.ª *estrofa.*

Escucha, sirena,
mi triste cantar:
á horrible cadena
de llanto y de pena
tenaz nos condena
la ley del azar.

2.ª *estrofa.*

Huye, si aun no es tarde,
de infiel corazón,
y aunque en tierno alarde

se esconda cobarde,
la garza se guarde
del pérfido halcón.

CLEOPATRA.

¿No oyes, Carmión?..... Me da espanto
esa voz no sé por qué:
nunca en el Nilo escuché
tan melancólico canto.

CARMIÓN.

Que se ha acercado á la baranda.

Es un pescador.

CLEOPATRA.

Ver quiero
al barquero singular
que gime en vez de cantar.

Al ir Cleopatra hacia la baranda, cae cerca de ella un dardo con un papel.

CARMIÓN.

Es también hábil flechero,
y á tus pies arrojó un dardo.

Lo recoge.

Atado viene un papel.

Lo desata y lo entrega á Cleopatra.

CLEOPATRA.

Tal vez Dolabela en él
me da un aviso..... ¿qué aguardo?

Lee.

«Octavio ha mandado á la guardia romana que te mantenga presa en el palacio y que vigile hoy severamente tus acciones. Mañana saldrás, de grado ó por fuerza, para servir de trofeo al triunfador en las calles de Roma.»

Lo presentía.....

Con energía serena.

Es preciso
morir al punto..... ¡Cual sierva
unirme á la vil caterva
del triunfo de Octavio!.....

Con briosa dignidad.

Quiso
el cielo extirpar mi raza,
quiso castigar mi amor
con el inmenso dolor
que mi pecho despedaza;
pero envilecer mi nombre,
y mi corona arrastrar
donde yo pude reinar,
no está al alcance del hombre.
Casi siento compasión
hacia Octavio que me ultraja:
mientras más mi suerte baja,
más sube mi corazón.
Ciego Octavio en su deseo,
piensa que yo me acobarde:
no ve que en mis venas arde
la sangre de Tolomeo.....
Carmión, mi fiel compañera,
lloro al pensar que te pierdo,
y me consuela el recuerdo
de tu adhesión verdadera.
El collar que tanto vale
y del suelo macedonio
me trajo triunfante Antonio,
y no hay otro que le iguale,

guárdalo en memoria mía,
como prenda de ternura
de esta mujer sin ventura
que á ti tanto te quería.

CARMIÓN.

Imán de mi vida fuiste.....
¿Para qué me haces llorar?
¿No ves que no he de aceptar
una dádiva tan triste?
¿No miras, reina y señora,
que si dejas de existir,
también á mí de morir
me habrá llegado la hora?

CLEOPATRA.

No: vive, para probar
que bajo el augusto armiño
amistad, dulce cariño
un alma puede inspirar.....

Carmión llora.

Que le espero á Olimpo advierte.

Se va Carmión.

ESCENA V

CLEOPATRA.

Sola.

Al médico va á admirar
que le quiera consultar
para pedirle la muerte.....
La mala estrella en que estoy,

en honda sima me hundió:
nunca tan claro se vió
lo que va de ayer á hoy.
Pero ¡ay! es la suerte humana
mísero, eterno vaivén,
y he de demostrar también
lo que va de hoy á mañana.
Porque mi poder se abisma,
piensan que apoca el afán
mi espíritu: ya verán
que mi alma es siempre la misma.
Si mi dosel se derrumba,
quedará eterna memoria
de que otro dosel de gloria
supe alzar sobre mi tumba.....
Soñé el amor infinito,
y sañudo mi cerviz
dobló el hado: ser feliz
es en la tierra un delito.....
Morir joven, ley es dura;
la arrostro con alma fuerte,
ya que debe ser mi muerte
la expiación de mi ventura.

ESCENA VI

Cleopatra. Olimpo. Carmión. Eira.

CLEOPATRA.

A Olimpo.

Acércate..... ¿Se hallaría
un tósigo destructor

que mate sin el horror
de la postrera agonía?
Quiero tal veneno yo
que esconda su actividad
la miseria y la fealdad
del barro que nos formó;
que aun siendo tan poderoso
que haga todo auxilio vano,
no arrebate al rostro humano
la dignidad y el reposo.

OLIMPO.

El tósigo aquí se halla;
mas ¿para qué lo destinas?

CLEOPATRA.

¿Qué importa si no adivinas?.....
Pero si adivinas, calla.

OLIMPO.

De los áspides del Nilo
apenas lastima el diente,
y más tarde, de repente,
corta de la vida el hilo;
cual narcótico beleño,
los sentidos adormece;
sueño apacible parece,
pero es el eterno sueño.
Para la ciencia, en mi hogar
tengo ese reptil sagrado.

CLEOPATRA.

Entre flores recatado
al punto lo has de enviar.

OLIMPO.

¿Y no te causa recelo

tan peligroso reptil?

CLEOPATRA.

Con vehemencia.

Es un veneno sutil
el único bien que anhelo.

Se van Olimpo y Eira.

ESCENA VII

CLEOPATRA. CARMIÓN.

CLEOPATRA.

A Carmión.

Ponme el peplo real; orna mi frente
con la sacra diadema que allá en Tarso
llevaba ufana yo, cuando á mi Antonio
triunfante vi de gloria coronado.....
Voy á morir. No amengüe mi grandeza
ni aun de la muerte la terrible mano:
muera yo con la pompa de mi estirpe
cual cumple al esplendor de mis estados.

Carmión prende en los hombros de Cleopatra el llamado *peplo de Minerva*, especie de manto largo y ostentoso; le adorna los brazos con joyas, y coloca sobre su cabeza la diadema del primer acto.

ESCENA VIII

LAS MISMAS, EIRA, un TRIBUNO MILITAR, una ESCLAVA.

Eira entra por un lado con un canastillo de flores.

TRIBUNO MILITAR.

Siguiendo á Eira.

¿Por qué vas presurosa? Eira, detente:
llevar algo á la Reina está vedado.

EIRA.

Fingiendo enfado.

¡Vaya! ¡Privar de flores á Cleopatra
que entre flores vivió! Sólo á un romano
tan inútil violencia ocurrir puede.....

TRIBUNO MILITAR.

Mirando al canastillo.

Flores son; está bien: no estorbo el paso.

Se va.

CLEOPATRA.

Eira, llega: preséntame esas flores,
que con febril agitación aguardo.

Se sienta en el rico sitial, especie de trono, que está á la izquierda. Mira las flores con impresión de horror, reprimida.

Fuera oprobio dudar..... Llegó el momento.

Separa las flores con la mano. Saca una rama, en la cual hábrá un áspid enroscado, y la aplica al pecho. Eira se tapa los ojos con la mano. Carmión vuelve la cabeza llorando. Cleopatra, después que ha mordido el áspid, arroja la rama en el cesto, que Eira entrega á la esclava para que se lo lleve.

Cumplióse mi destino..... (Á Carmión, cariñosamente.)
[Enjuga el llanto.

CARMIÓN.

Desesperada.

¡Joven, hermosa, amada de su pueblo:
jamás fué tan crüel la ley del hado!

ESCENA IX

Las mismas, Octavio, Proculeyo, Dolabela y soldados romanos.

OCTAVIO.

Vengo á darte el adiós: al Asia voy:
se han alterado régulos de Tracia.....

CLEOPATRA.

Vienes tan sólo á ver si viva estoy,
vienes á complacerte en mi desgracia.

OCTAVIO.

Yo por tu bien á Júpiter impetro,
y respeto tu noble desventura.

CLEOPATRA.

¿Qué me importan tus preces ni ese cetro,
que te han dado mi amor y mi locura?
No es tiempo de fingir.

OCTAVIO.

Pero no en vano,
del infortunio en la tremenda hora,
busca el dolor mi protectora mano.

CLEOPATRA.

Cleopatra, ni te admira ni te implora:
mi púrpura de Reina no desgarro.....

OCTAVIO.

Sorprendido.

Mi voz desoyes, mi amistad desdeñas.....

CLEOPATRA.

No me postro en tu altar..... tras de tu carro
no he de aumentar el triunfo con que sueñas.

OCTAVIO.

(Todo lo sabe.)

CLEOPATRA.

Escándalo del hado
es tu triunfo: la gloria te rechaza;
el laurel de la guerra no te es dado;
de héroes y semidioses no es tu raza.

OCTAVIO.

Lauros también para el modesto crecen;
yo no busco, cual ídolo, el incienso;
los dioses por mi mano á Roma ofrecen
de eternas glorias horizonte inmenso.
No soy quien triunfa yo: quien triunfa es [Roma.....

Como arrojando la máscara.

Vaya á aumentar la luz de tu diadema
la empírea lumbre que en su cielo asoma:
acata al fin su majestad suprema.
Mañana partirás: es soberana
ley del hado; de Roma, la imperiosa,
la egregia voluntad.

CLEOPATRA.

Ese mañana
no llegará jamás..... Alma ambiciosa,
de orgullo estéril tu esperanza llenas;
tan sólo ya para el sepulcro vivo.....

OCTAVIO.

¿Qué dices? ¡Tú morir!

CLEOPATRA.

Siento en mis venas,
con júbilo, correr veneno activo.....
Con él, cayendo, mi renombre crece,
hoy que mi noble imperio se derrumba:
¿Yo manchar mi dosel, cuando me ofrece
refugio y gloria y galardón la tumba?
¿Consentir que con rudas amenazas,
siendo ludibrio á la romana plebe,
cual presa vil, por calles y por plazas
como holocausto á su rencor me lleve?
Ya ves que sé morir..... No de Arsinoe,
una mujer, cual yo, la mengua arrostra.
¡Ah! Bendigo el veneno que corroe
las fibras de mi vida..... Ya se postra
mi cuerpo; el alma la opresión sacude,
y honor y libertad busca en la huesa.....
Al expirar me gozo en ver que pude
de tu mano arrancar la ansiada presa.
¿No ves que en mí de Antonio el alma alien-
[ta?.....
Nos unió amor; nos unirá la historia:
el mundo viera reflejar mi afrenta
del héroe augusto en la inmortal memoria.
No gozarás con la vergüenza mía;
si yo aceptara, humilde, tus baldones,
Marco Antonio en su tumba gemiría;
se alzaran los gigantes Faraones.....
Fuerza es que el hado inexorable mande;
nadie en la tierra de su gloria es dueño:

él en su lecho funeral es grande;
tú en el trono del orbe eres pequeño.....

Mi cuerpo con mi imperio se desploma;
la que Reina brilló, cual Reina acaba:
si quieres, mi cadáver lleva á Roma;
muerta, Reina seré, pero no esclava.....

Se levanta. Como en éxtasis.

Yo fuí amada y amé: ¡dichosa suerte!
Dulce es la tumba, imagen del reposo.
Pronto á ti, Antonio, me uniré; la muerte
es, después del amor, lo más hermoso.

Corre á buscarte en la morada triste
aún de tu amor el alma estremecida:
tú eres el solo que en mi pecho hiciste
palpitar la emoción, sentir la vida.....

El cielo no consiente en sus arcanos
amor sublime, sin terrestres males,
llanto y dolor: los dioses soberanos
no quieren envidiar á los mortales.

Vuelve á sentarse, sintiendo su fin cercano. A Octavio.

Ya me siento morir..... Arde mi frente:
los lazos de la tierra ya están rotos;
si aún algo humano tu fiereza siente,
oye y respeta mis postreros votos:

honra á mi Antonio; su valor pregona
templo inmortal; su gloria tu odio amanse:
si quieres que mi sombra te perdone,
haz que en su misma tumba yo descanse.

Inclina la cabeza en el pecho de Carmión, y muere.

OCTAVIO.

Se aparta conmovido.

Aunque enemiga de Roma,

descansa en paz, noble imagen
de la pasión y del genio.
No cruzan astros brillantes
por los ámbitos del mundo,
sin que le alumbren y abrasen.....
Asombro, encanto y enigma,
luz, llama, tormenta; nadie
te comprendió, ni habrá nunca
quien á comprenderte alcance.....

Á los romanos.

Si fué orgullosa en la vida,
más orgullosa en el trance
de la muerte. De su estirpe
digno y tremendo remate,
siguió la ley de su raza.....
Con ella el Oriente cae.
Alzad del mundo el imperio
sobre esta tumba gigante.....

Viendo llorar á los romanos.

¿Lloráis?..... Acaso sentís,
ante este augusto cadáver,
que no haya nacido en Roma
mujer de aliento tan grande.

FIN DEL DRAMA.

LEYENDAS

LA NIÑA DEL VALLE [1]

I

En un valle feraz que en sí concentra
cuanto ama y sueña el labrador tranquilo,
hay un dichoso hogar en donde encuentra
la inocencia su asilo.
En este hogar de júbilo y descanso,
¡era la niña Lidia tan querida!
Cual entre verde grama arroyo manso,
resbalaba su vida.
Era su tez luciente y perfumada
como las frescas flores de su valle;
breve su pie; radiante su mirada;
noble y gentil su talle.
Eran su ingenio, y gracia y gallardía,
gloria y orgullo de su humilde techo;
Mas, cual sierpe entre flores, se escondía
la amargura en su pecho.....
No era el vago tormento que se siente
cuando á un eco de amor despierta el alma,

(1) El fondo de esta leyenda es histórico.

ni el femenil afán que busca ardiente
de la beldad la palma.
Ante sus rejas, palpitante y ciego,
lloraba en balde el infeliz Arturo;
sólo desdén glacial pagaba el ruego
de aquel amor tan puro.....
¡Ay! Nuestra imperfección jamás consiente
que el gozo reine en el destino humano,
y hace que nunca el alma se contente
del bien que está en su mano!
El corazón de Lidia fatigaba
de aquella fácil dicha el propio exceso:
tan sólo *lo ignorado* le inspiraba
fantástico embeleso.
En su ambicioso espíritu existía
sólo un mundo de gloria y de festines:
su mente aventurera no cabía
del valle en los confines.

II

De la rambla las márgenes risueñas;
el fúlgido matiz que el prado esmalta;
el juguetón arroyo de las breñas
que murmurando salta;
del sol de Abril la majestad radiante;
del cielo los espléndidos colores;
el dulce aroma de la brisa errante
que gime entre las flores;
de pardas nubes la figura extraña
que crece, y huye, y vuelve, y se transforma;

del torrente el fragor; de la montaña
la gigantesca forma;
el vasto mar que á meditar provoca;
de la atmósfera azul la luz divina;
el risco vertical que al cielo toca;
la secular encina;
cuantas bellezas la creación decoran,
cuantas abarca de la mente el vuelo,
los secretos encantos que atesoran
la tierra, el mar, el cielo,
allí se ven.....; mas Lidia despreciaba
su inefable y magnífica armonía:
los grandes ecos con que Dios le hablaba,
su pecho no entendía.....
Vive inocente, sin que amarga queja
ni eco impuro ó falaz turben su oído,
como tierna paloma que aún no deja
su solitario nido;
y, sin embargo, el corazón inquieto
tras de un mundo quimérico se lanza,
y busca un porvenir que es vano objeto
de una vana esperanza.
Hierve en su pecho impuro torbellino
como en el recio mar bullente espuma;
odia y maldice, injusta, su destino;
la soledad le abruma.
Era un martirio su envidiable calma;
mezcla de orgullo, de inquietud, de tedio;
desgarradora enfermedad del alma
sin nombre y sin remedio.....
¡Todo es en balde! Á la ambición de Lidia
con insidioso afán así responde

aquella voz de vanidad y envidia
que el alma humana esconde:
«¿De qué te sirve en tu ignorada esfera
que gracias mil te diera tu destino,
ni que Dios en tu espíritu infundiera
su destello divino?
»¿Qué importa que tu mente encumbre el vuelo,
que ofusquen al coral tus labios rojos,
ni que del sol ardiente de ese cielo
la luz esté en tus ojos?
»Idolo despreciado, no recibes
brillante culto en tus oscuros lares:
en ese mundo estrecho en que ahora vives
para ti no hay altares.
»Cuadros de triunfo y júbilo no alteran
las de tu infancia pálidas memorias.—
Vé á la ostentosa corte: allí te esperan
amor, delicias, glorias.....
»Brillarán jaspes y oro en tu morada,
y prodigios del arte en tus jardines;
allí serás, del lujo acariciada,
reina de los festines.
»Deja estos valles para ti pequeños;
lleva á Madrid tu espléndida hermosura:
allí está la verdad de tantos sueños:
allí está la ventura.....»

III

Y fué la niña á Madrid,
y dió á su ambición empleo;

que tanto abarcan y vuelan
las alas de un gran deseo.
  La magia fascinadora
nadie evitó de sus ojos:
se anhelaron sus sonrisas,
fueron leyes sus antojos.
  Reina en fiestas y en saraos,
olvidó su estirpe oscura,
y ostentó en nobles carrozas
las galas de su hermosura.
  Y fué esposa de un magnate,
y tuvo honores é influjo,
y se engolfó en los delirios
de la elegancia y el lujo.....
  Deslumbrada y pervertida
con sus triunfos y opulencia,
fueron las hojas cayendo
de la flor de su inocencia.
  Del placer y la lisonja
la voz penetró en su seno,
y del mundano deleite
apuró todo el veneno.....
  Mas no era vulgar su alma;
Y de aquel delirio loco
que la fascinó un instante,
duró el encanto muy poco.
  De la realidad al sueño
vió la distancia que había:
vió que el contento en la tierra
como vana sombra huía;
  y en experiencia costosa
la altiva Lidia advirtió

que su ventura soñada
allá en sus sueños quedó.
Sus impresiones de niña
todo el hechizo cobraron
que cobra el dulce recuerdo
de los bienes que pasaron.....
Así nos amarga siempre
nuestra instable condición:
amar lo que no tenemos
la ley es del corazón.....
Fué ya de Lidia el anhelo,
de su infancia el puro hogar;
y en el solitario valle
quiso volver á soñar.....

IV

Mas ya no soñó.....; la corte,
con su tumulto febril,
de los afectos del alma
hiere la tierna raíz,
y agosta las blandas flores
de la ilusión infantil.
. . . .
Encontró á su anciana madre
tierna, sí, pero infeliz;
la ausencia de su hija amada
puso á su ventura fin.....
Arturo ya no existía;
para él amar fué vivir;
Lidia halló de aquel recuerdo

tan sólo un sepulcro allí.....

. . . .

La hermosa naturaleza
grande brillaba y gentil;
aún encantaba aquel cielo
con su esplendente zafir:
aún ostentaban las flores
su deslumbrador matiz;
pero el corazón de Lidia
cansado estaba: sentir
no pudo el secreto impulso,
ni las vibraciones mil,
que al mirar de Dios las obras
hacen los pechos latir;
santo perfume del alma
que, como aroma sutil,
se disipa al soplo impuro
de la pompa y del festín.

. . . .

Ni aun en el valle su vida
quiso el cielo bendecir.....
No halló la paz del contento,
la paz de las tumbas sí;
que el astro de la ventura
no vuelve nunca á lucir
cuando una vez se ha perdido
la ocasión de ser feliz.

Ontaneda, Agosto, 1853.

JORGE MANRIQUE [1]

(SIGLO XV)

I

En los montes de León
feudal castillo se ostenta,
que en su forma y extensión
dice ser habitación
de señores de gran cuenta.
De un bando contra el desmán
dos torres de aspecto rudo
auxilio y fuerza le dan,
y hay en medio un gran escudo
con las armas de Guzmán.
Pero el señor del castillo
ha llevado á guerrear
la hueste de que es caudillo:
quiere así aumentar el brillo
de su nombre y su solar.

(1) Reproduzco esta modesta composición (escrita en los albores de la mocedad) como sencillo recuerdo de mi vida literaria. Fué publicada por primera vez en París, en la revista *El Orbe Literario* (1837). Á pesar de la extremada sencillez de la narración y de la visible inexperiencia literaria, obtuvo éxito, sin duda por pertenecer al género romántico, tan en boga en aquella época.

Y á buen recaudo á su esposa
dejó allí, mientras la liga
de los grandes poderosa
el rey Enrique castiga
por díscola y querellosa.

II

Ya con paso agigantado
la media noche venía,
y el graznido destemplado
de ave agorera se oía,
ó el canto de algún soldado.
Entre paz y calma tanta,
mancebo de altivo porte,
con pausada y leve planta,
cauteloso se adelanta
hacia el ángulo del norte.
Mesurado es su ademán;
en su faz reciente lloro
da muestras de interno afán;
anchos bordados de oro
orlan su negro gabán.
Detúvose ante la torre
que es de la dueña el retiro;
con la vista la recorre,
y dando un hondo suspiro
hacia una ventana corre.
La luna entonces la hería
y una mujer celestial
tras la reja se veía,

más cándida que el cendal
con que el seno se cubría.
El joven se estremeció
al verla; mas su inquetud
poco á poco se calmó;
templó el sonoro laud,
y en esta guisa cantó:

TROVA

Las angustias que me oprimen
quiero aliviar con el canto,
mi Leonor;
que si es el amarte un crimen,
jamás es crimen el llanto
del dolor.

No es mi culpa, no, si enciende
mi pecho amor sobrehumano
sin cesar,
porque el amor más se prende
cuando le acosa la mano
del pesar.
Bien quisiera yo no amarte
para menos padecer
y sufrir;
pero no existe más arte
para dejar de querer
que el morir.

Sólo haciéndole pedazos
podrán arrancar del pecho

mi pasión,
porque con eternos lazos
ligada está á mi deshecho
corazón.

¿Do está la humana ventura
si la suerte embravecida
la resiste?
¿Qué son virtud y hermosura?
¿Para qué sirve la vida
si es tan triste?
¿Qué importa si en lid sangrienta
mi acero temido alcanza
gran valía,
si me aflige y me atormenta
un amor sin esperanza
noche y día?

De mis ansias el poder
mi vida mísera acorta
y arrebata,
pues el nudo del deber
con las armas no se corta
ni desata.

No hay hierro fuerte, ni roca
que al esfuerzo resistiera
de mi amor;
mas me acobarda y apoca

ver ante mí la barrera
del honor.

No hay condición, no hay estado
que pueda arrancar del seno
la tristura,
si un amor desventurado
derrama en él su veneno
y amargura.

Si no quieres, mi señora,
que á esta vida pasajera
corte el vuelo,
dí al infeliz que te adora
una palabra siquiera
de consuelo.

Aquí terminó el cantor
la su trova dolorida,
y con la paz y el amor
que habla un ángel del Señor,
le habló el ángel de su vida:
—Mayor que el tuyo es mi mal;
tengo el alma lastimada
cual tú, con llaga mortal,
y además de desgraciada
soy también ¡ay! criminal.
Mas no, que inocente es
la llama de mi amor tierno:

yo amé primero, y después
me ha ligado el interés
con lazo fatal y eterno.
De mis padres la ambición
quiso entregarme á un tirano,
contrariando mi afición:
vender pudieron mi mano,
pero no mi corazón.
No quiera tu frenesí
nuestras vidas arriesgar:
huye, Manrique, de aquí,
porque á tu vida atentar
fuera arrancármela á mí.....»
Puesto el mancebo de hinojos
estos acentos oía,
y extasiado parecía,
cual si tuviera los ojos
en el altar de María.
«¡Manrique, de aquí te aparta!»,
repitió la hermosa dueña,
y arrojándole una carta,
que al momento de allí parta
le pide con muda seña.
Vino junto al muro á dar
el amoroso papel,
y antes que pueda llegar
á recogerlo el doncel,
oyó una puerta sonar.....

III

Hombre de feroz talante
airado el billete agarra,
y con rabioso semblante
lo pone al joven delante,
y en mil trozos lo desgarra;
Diciendo: «Infame galán,
mientras yo en la tierra exista,
te juro por San Millán
que no has de alzar más la vista
á la esposa de Guzmán.
»Aquí á castigarte salgo,
y pues que á los cielos plugo
que no nacieras hidalgo,
daré cuanto tengo y valgo
por entregarte al verdugo.
»Tu rastrera condición
se ve en tus hechos villanos,
y un hombre de mi blasón
tuviera por un baldón
el poner en ti las manos.»
Con rabia el joven le oía
y «sella el labio insolente—
le dijo—, que tu hidalguía
por muchos timbres que cuente,
no es más clara que la mía.
»Os reto de hidalgo á fuer
por daros justo castigo,
y os debe bastar saber

que á gloria podéis tener
medir las armas conmigo.
»El vuestro nombre decid,
decidlo pronto, por Dios,
pues con tan mañero ardid
querer evitar la lid
afrentoso es para vos.
»Vuestra aleve demasía
desmiente tal ardimiento:
declarad el nacimiento,
que hay oprobio y cobardía
en ocultarlo un momento.
»—El que me llames cobarde
no pienses que tengo á mengua;
verás cuán vano es tu alarde
al saber que nunca es tarde
para arrancarte la lengua.
»Hijo de glorioso Conde (1),
Don Jorge Manrique es
quien á tu insulto responde,
y á la ocasión no se esconde
de humillar á un descortés.....
»Y pues me conoces ya
y eres noble y caballero,
fin esta contienda habrá,
pues harto impaciente está
de probarse en ti mi acero.
«—¡Tú amado de mi Leonor!
¡Tú el infame, el vil Manrique,

(1) Don Rodrigo Manrique, Conde de Paredes, Maestre de Santiago, guerrero intrépido é infatigable batallador.

el que mancilla su honor,
siendo á su patria traidor
y á su señor Don Enrique!.....»

. . . .

Los dos contrarios callaron,
que embargó el furor su voz;
algún trecho se apartaron,
y junto á un bosque empeñaron
lid sanguinaria y feroz.

IV

Grande y doliente clamor
se levanta en el castillo,
al ver que lleva un pastor,
de la aurora al primer brillo,
el cadáver del señor.

TETUÁN

ROMANCE [1]

Tetuán por dentro. — División de opiniones, de intereses, de raza y de religión. — Llegada de Sidi-Ahmet (Muley-Ammet) con tropas de refuerzo. — Vence el partido de la resistencia. — Salvas; alegría.

¿Veis el vendaval furioso
que troncha los altos robles,
turba el mar, el llano arrasa
y hace estremecer los montes?
Así corre en Tetüán
el huracán del desorden,
dejando sin rienda el moro
sus indómitas pasiones.
Del español, ya muy cerca
vibra el tambor, truena el bronce;
la luz brilla de sus tiendas
en las sombras de la noche,
y por más que la morisma
falsas victorias pregone,

(1) Forma parte del *Romancero de la Guerra de África*, por varios autores, publicado de orden de S. M. la Reina Doña Isabel II y á sus expensas. (1860.) Este romance fué traducido al alemán por el ilustre escritor D. Juan Fastenrath.

del cristiano arredra á todos
la marcha audaz y uniforme.
De los árabes caudillos
la discordia el pecho roe:
quién teme que las mezquitas
bomba estallante destroce;
quién la ciudad al cristiano
rendir sin rubor propone;
quién pide que á todo trance
el perdido honor se cobre,
y entre la muerte y la infamia,
la muerte, sereno, escoge;
y no falta entre los jeques
algún frenético joven
que, como sangriento emblema
de sus instintos feroces,
de un español la cabeza
sobre una pica enarbole.
Con el mísero trofeo
plazas y calles recorre,
y gozando como tigres
de la sangre en los horrores,
salvajes turbas le siguen
con júbilo de hotentote.....
Hay momentos en la vida
de ciudades y naciones,
en que no se escucha el eco
de los humanos dolores,
en que la maldad es gloria,
en que son fieras los hombres,
y á luz sale todo el cieno
que el fondo del alma esconde.

No hay terrado en Tetüán,
plaza, ni adarve, ni torre,
donde el rebato no atruene,
donde el tropel no rebose:
gentes de razas distintas
y de apartadas regiones,
y rostros en que difieren
expresión, forma y colores.
Fez, Azamor, Tarudante
y otras ciudades responden
al déspota, en cuyas aras
honra, hacienda y vida ponen.
Allí el gentil *amazirga*,
que recuerda en su audaz porte
de Juba y de Masinisa
los soldados triunfadores;
allí el negro del Sudán;
allí el *beduino*, el *xiloe*,
y de Adrar y de Erhamena
los intrépidos pastores,
los *ludajas* del desierto,
indomables, aunque pobres,
y los moros *bereberes*,
foscos, rebeldes, atroces,
provocan bulla y tumulto
con sus anárquicos choques.....

Más templada y más modesta
en palabras y en acciones,
contrasta en la airada turba
de Jacob la errante prole.
Si más cuerdos los judíos,

no son por eso mejores:
no es fácil que en pueblo avaro
llama de entusiasmo asome;
pero admira verle en lucha
con su denigrado nombre,
su misterioso destino
siguiendo tenaz é inmoble.

Rota su gigante historia,
sin paz, sin tregua, sin norte,
esa nación desgraciada
de un polo á otro polo corre,
como Ashavero, su emblema,
sufriendo el castigo enorme
que por sus pasadas culpas
la providencia le impone.
Ludibrio y víctima á veces
del rincón donde se acoge,
hoy en Marruecos se muestra
abyecto, taimado y pobre,
por temor de sus verdugos
escondiendo el pan que come.

Los sultanes del Mogreb,
cual tiranos opresores,
le despojan y le humillan;
y ¿cómo es dable que broten
sentimientos generosos
de pechos donde se esconden
con las iras del esclavo,
del avaro los temores?
Indiferente el hebreo

á los árabes blasones,
no ve, arriesgado en la lucha,
más que el oro de sus cofres.
Acaso acentos del alma,
de esos que sólo Dios oye,
le hacen dar secreto culto
de Castilla á los leones,
porque ve llegar con ellos
la paz, el amparo, el orden,
y no teme que el cristiano
á su hogar sagrado toque,
ni con afrentas le humille,
ni con tributos le agobie.
Mira un sol que se levanta,
y otro sol que ya traspone,
y está bien clara la senda
del interés que le absorbe.
No hay temor que el israelita
su astuta máscara arroje;
que son su intento y su norma
ir del que impera á remolque:
hoy con el moro escarnece
á los fieros invasores,
hoy á los cristianos culpa.....
mañana serán sus dioses.

Fantástico aspecto ofrece
tanta gente, en tradiciones,
en intereses, en bríos,
y hasta en religión discorde.
De un solo impulso movidos,
en extremas ocasiones,

se confunden y se acercan
el desvalido y el prócer.
Bajás, alcaides, ulemas,
soldados y sacerdotes,
mocademes y alfaquíes,
hoy se ven juntos, conformes;
que los filos del orgullo
de estados y condiciones,
del infortunio y del riesgo
embota el áspero roce.
La plaza, do arreos y armas
de soldados españoles,
con saña infernal, los moros
maldicen, manchan y rompen,
y do el Talmud y el Corán,
forman satánico entronque,
es de razas, lenguas, trajes,
mosaico revuelto, informe;
es un torbellino, un caos,
recio mar que escuadras sorbe,
delirante *pandemonium*,
que grima y espanto pone.....

Aquel peregrino cuadro
turban súbitos rumores;
de los rastrillos del muro
rechinan los duros goznes,
y entra un torrente de moros
con sus caballos veloces.

Va con ellos Sidi-Ahmet,
que anuncia en su altivo porte

la sangre de los jerifes,
que ardiendo en sus venas corre.
Rayos despiden sus ojos,
sus armas vivos fulgores,
y la desmandada turba
rostro y actitud compone.

A la ciudad acechada
con sus jinetes acorre,
ávidos de lucha y sangre,
cual las fieras de sus bosques;
y al mirarle, no es extraño
que la ciudad se alboroce,
y que su marcial talante
el susto en denuedo torne.....

¡Por Dios, que el Príncipe moro
es fiero, arrogante y noble!
Con ademanes airosos
la rienda al corcel recoge;
párase en la extensa plaza,
y, antes que su ayuda imploren,
dirige al pueblo anhelante
estas gallardas razones:

«No hay más Dios que Dios: en balde
el fuerte á su ley se opone.
Quiere Alah que del cristiano
la atrevida empresa aborte,
y no han de pasar dos lunas
sin que su imprudencia llore.
Su táctica le embaraza;

dan compasión sus bridones;
vuestra rapidez le asombra;
vuestro ardor le sobrecoge.
El español no ha de ser
quien vuestras cervices doble,
y los laureles eternos
de Alcázar-Kibir nos robe.
Muy pronto ondearán en Ceuta
nuestros ínclitos pendones,
y también el estampido
de los mahometanos bronces
ensordecerá los ecos
de los ibéricos montes.....
Allí, alcanzamos un día
poder, ventura y renombre;
allí al Corán dando gloria,
fuimos héroes y señores.
La Alhambra allí nos espera
con sus espléndidas torres,
con sus esbeltas columnas,
con su ambiente y con sus flores.
Aún viven, burlando el tiempo,
del Corán sagrados motes
en su alicatado muro
y en sus mágicas labores.
A las bellas granadinas
aún prodiga Alah sus dones;
aún respira nuestra sangre
en sus ojos brilladores.....
Pues bien, Granada, esa tierra
de deleites é ilusiones,
donde no hay labios sin risa,

ni corazón sin amores,
es el astro de esperanza
que anuncia luz, gloria y goces.
Aquel *suspiro del moro*,
del vencido acento innoble,
que las almas agarenas
con rabia y dolor aún oyen,
por siempre acalle el estruendo
de los bélicos tambores,
y las cortantes gumías
con sangre el recuerdo borren.
Esos infieles soberbios
que se juzgan vencedores,
siglos, para ajar, lidiaron,
las palmas del Guadalhorce;
y, aún dichosos y engreídos,
no han visto nunca en su corte
ni arquitectos como Géber,
ni sabios como Averróes.
Ved en Córdoba y Granada
alzarse un nuevo horizonte,
donde el blasón de la patria
se engrandezca y se acrisole.
¡Gloria á Mahomed! El cristiano
temblando á sus pies se postre,
y los dogmas del Profeta
mudo acate, humilde adore.
Del Mogreb el recio empuje
el solio español derroque,
y el trono de los Califas
vuelva á ser la luz del orbe.»

De júbilo y de entusiasmo,
con gritos atronadores,
las palabras del jerife
la exaltada turba acoge.
Cesan pláticas de guerra,
suenan moriscos obóes,
y bárbaros añafiles
música forman discorde.
Con salvas y con lilíes
de su angustia se reponen;
hacen sabroso alcuzcuz,
y al rumor de los cañones,
en zambras estrepitosas,
cantan, bailan, gritan, comen.
Con banderas berberiscas
adornan los miradores.....,
como adornaban en Grecia,
con espléndidos festones,
la víctima que aturdida
del cuchillo espera el golpe.

El *morabito* denuesta
con lengua liviana y torpe
la hispana hueste, y maldice
de Ros, de Prim y de O'Donnell;
y cuando exclama: *Está escrito*
que triunfen nuestros pendones,
responde el pueblo: *¡Está escrito!*
con fanáticos clamores.....

¡Pero en balde! del orgullo
son falaces ilusiones.

¡Infeliz moro! Tu suerte
¿no te está diciendo á voces
que ese decrépito imperio
está de la tumba al borde?
Está escrita, sí..... tu ruína
en libro, ley de los orbes,
libro inefable y divino,
que por tu mal no conoces.
Está escrito que de España
los invictos campeones
de una aurora de justicia
te señalen los albores.....
¡No resistáis!..... fuera en vano.
De las hispanas cohortes
no es barrera á las hazañas
del Atlas la inmensa mole:
su firme arranque no enfrenan
ni de la peste el azote,
ni el furor de las borrascas,
ni las nieves, ni los soles.
No hay agravios que no venguen,
ni enemigos que no domen,
ni glorias á que no aspiren,
ni peligros que no arrostren.
Presa ha de ser Tetüán
de los tercios españoles;
que en toda el Africa junta
no puede haber quien estorbe
que el laurel de la conquista
su altiva frente corone.
Hoy, infeliz Mauritania,
tu antiguo esplendor no evoques:

gérmenes de muerte llevan
tu perfidia y tus errores,
y el Corán es el veneno
que tu existencia carcome.
Arabes degenerados,
no esperéis que galardone
la victoria vuestro arrojo;
la Santa Cruz rompió el molde
donde formaba Tarif
sus heroicos escuadrones.
Hoy permite Dios que España
su antigua venganza colme,
reanudando de sus glorias
los quebrados eslabones,
y que sus valientes hijos,
después de once siglos, logren
devolveros la visita
que nos hicistéis entonces.

LAS HORRIBLES INUNDACIONES DE 1879

EN LAS PROVINCIAS DE LEVANTE

EL GUARDIA CIVIL [1]

I

LA CASITA BLANCA. — ISABEL.

En las bargas del *Ramblar*,
allá en los montes de Lorca,
adonde en rico tributo
del Guadalentín las ondas
van á aumentar del *Segura*
la corriente caudalosa,
hay una casita blanca
al pie de una verde loma;
casa en balcón y paredes,
pero en la techumbre choza.

---

(1) El asunto de este romance está tomado, en parte, de relaciones publicadas por la Prensa. El autor pidió noticias á su ilustre amigo el Sr. Marqués de la Cenia, Director general de la Guardia civil. Estas noticias no expresan los pormenores aquí referidos; pero contienen actos de intrepidez y de abnegación no inferiores á los que se atribuyen al héroe del romance, que el autor presenta como dechado de honor, de caridad y de heroísmo.

Matas del monte la cubren,
y el pobre balcón decoran
macetas de gayas flores
y ramas de vid frondosa,
que el dintel de la ventana
con grato esplendor coronan.
  La campesina vivienda
habitan, pobres y solas,
dos mujeres: una anciana,
gentil y joven la otra.
Son hija y madre; en aquélla
el dulce contento asoma
de quien azares y engaños
del mundo y del hombre ignora.
La madre triste parece;
aún tiene restos de hermosa,
mas anubla su mirada
de antiguas penas la sombra.
Dichosa en sus verdes años,
fué de un oficial esposa;
pero era bravo el mancebo,
y en el campo de la honra
halló temprano la muerte,
buscando heroico la gloria.
Desde entonces, fué el refugio
contra mundanas zozobras
aquel hogar solitario,
donde entre tiernas memorias
con paz y santa alegría
las dos la pobreza arrostran,
porque inocentes deseos
con poco esfuerzo se colman.

El huerto les da sus frutos,
y las flores sus aromas,
el monte salud, el río
aguas limpias y sonoras;
el mutuo amor, el trabajo
contra el tedio las conforta;
sus vidas son una vida;
juntas sienten, juntas oran;
demuestran las dos mujeres,
inocentes y piadosas,
que no hay desgracia que triunfe
de dos almas que se adoran.
De la habitación los muros
sólo dos cuadros adornan:
uno es la imagen querida
de aquel valiente que lloran;
el otro de San Fernando
encierra la cruz gloriosa,
venera de tanto precio,
que con la sangre se compra.
En la frente de la niña
resplandece la aureola
de quince abriles; sus labios
son como encendida rosa;
sus ojos con luz del cielo
se abrillantan y coloran;
cual las perlas orientales
son los dientes de su boca,
y sus mejillas se tiñen
con las tintas de la aurora.
Jamás en su ebúrneo seno
ni en su cabellera blonda

se vieron oro y diamantes;
flores le bastan y sobran.
No conoce los antojos
de aristocráticas modas,
ni el descarado *corsage*
que el bello busto aprisiona,
ni en la falda ligaduras
que el paso embargan y acortan,
ni enrevesados volantes,
ni extrañas y absurdas colas.
Sus campestres atavíos
no embarazan su persona:
ancha falda totanera
que á merced del viento flota,
jubón sencillo de paño,
sombrero de ala anchurosa,
zapato breve y pulido
y una cruz bendita en Roma:
éstas son las pobres galas
de la niña..... ¿Qué le importa?.....
Bajo el rústico y florido
sombrero de labradora,
tras de aquel corpiño rudo
y de aquella saya tosca,
fácilmente se columbran
las puras, divinas formas
que infunden el embeleso
con que ve la gente, absorta,
la Venus de Praxiteles
y Las Gracias de Canova.....
  Cierra la noche; la lluvia
la *casita blanca* azota;

recios vientos boreales
con triste bramido soplan;
se oyen los ecos perdidos
de una tempestad remota,
y los relámpagos cruzan
la atmósfera tenebrosa.....
Siente Isabel en su pecho
cierta inefable congoja;
con más fervor que otras veces
besa á su madre amorosa.
Tal vez misterioso anuncio
escucha de aciagas horas.....
Pero es niña; eleva al cielo
su alma; reza fervorosa
por su madre; y como nada
su conciencia limpia azora,
poco después en el lecho
duerme la virgen hermosa,
como en el caliente nido
duerme inocente paloma.

II

IRAS DEL CIELO

Dios, como lección, al mundo
tremendos reveses manda
cuando olvida el hombre impío,
en su impotente arrogancia,
que hay rayos para el castigo
de iniquidades humanas.

Y desde ese mismo cielo
donde en noche sosegada
todo es sublime misterio,
todo divina enseñanza,
todo prodigioso anuncio
de los destinos del alma,
el Dios de paz y consuelo
es el Dios de las venganzas.....
Quien á la virtud insulta,
quien escarnece sus aras,
quien de la santa conciencia
rompe las leyes sagradas,
prueba el rigor, pronto ó tarde,
de la diestra soberana,
y si entonces aun los justos
por los pecadores pagan,
no os asombréis, que la tierra
no es el centro de las almas:
con la justicia infinita
infinito amor se hermana,
y allá en divinas regiones
que vista mortal no alcanza,
Dios dará el sublime premio
de acciones puras y santas
con la perfecta medida
de la celestial balanza.

III

LA AVENIDA

La mano de Dios, terrible
ahora cayó sobre España,
y la tempestad remota
que allá en la *casita blanca*
causó á Isabel sobresalto,
con furor inmenso estalla;
el crudo viento del Norte
desencadenado brama;
mares descienden del cielo;
cubre los campos el agua,
y cuando corre á salvarse
la gente desventurada,
súbito la densa nube
su lóbrego seno rasga
con horrísono estampido
que hombres y brutos espanta,
y, como espada del cielo,
las más robustas murallas
el omnipotente rayo
alumbra, rompe y abrasa.

Incontrastable torrente
con bronco rumor avanza,
y cual falange enemiga
que las trincheras asalta,
invade, destroza, asuela,
trastorna, confunde y mancha

los palacios ostentosos,
los huertos, las enramadas,
las hermosas alquerías
y las humildes cabañas.
En balde su curso estorban
de Solvente y de Charrara
las presas; ya nada valen
al desagüe las cañadas,
los azarbes y atajías,
gloria de arábiga raza:
puentes, torres, malecones,
pueblos enteros arrasa
la corriente asoladora
de la inmensa turbonada.
Aquel raudal gigantesco
que corre en campos y ramblas
y del bíblico diluvio
parece imagen infausta,
de la mar en los abismos
tan sólo su furia amansa;
pero es cuando allí sepulta
hombres, brutos, muebles, plantas,
la hermosura de los campos,
los frutos de la abundancia,
del santo hogar las delicias,
de la juventud las galas,
cuanto es hechizo á los ojos
y noble deleite al alma.
Así en el mar de la vida,
donde también hay borrascas,
para no volver, se pierden
ilusiones y esperanzas.

Hoy la cólera divina
formidable sello estampa
en Murcia, que de improviso
ve con horror trasformada
en campo de horror y muerte
la antes risueña comarca.

IV

ANTONIO, EL GUARDIA CIVIL

A refugiarse en los montes
ó en las altas caserías,
huye de ramblas y ríos
la gente despavorida.
Tan inauditos estragos
tan sólo no atemorizan
á las almas generosas
cuya mayor gloria cifran
en dar consuelo y amparo
al que padece ó peligra.
Muchos con rara entereza
agua y viento desafían,
por salvar de aquel torrente
las desoladas familias
que en tan amargos instantes
ya la muerte ven encima.
Con alta prez resplandece
la guardia civil, que inspira
miedo al malvado, que vive
del delito y de la insidia,

pero admiración al bueno,
que en sus virtudes confía,
y ve en ella el firme brazo
de la paz y la justicia.
  Gloria y asombro entre todos
por su esfuerzo y gallardía
es un intrépido alférez
de aquella noble milicia.
Después de salvar á muchos,
ya extenuado de fatiga,
al fulgor de una centella
que con luz siniestra brilla,
entre las revueltas ondas
un grupo extraño divisa.
Dos cadáveres unidos
ver en el agua imagina,
detenidos sobre troncos,
piedras, ramas; frágil isla,
que engolfarán muy en breve
del fiero raudal las iras.
Con las dudas que le asaltan
el mozo heroico vacila,
pero llega á sus oídos
voz ansiosa y dolorida
que articula entre sollozos
las palabra «¡madre mía!.....»
Tal vez sueña. Los rumores
del viento glacial que silba,
parecen tristes gemidos
de un sér humano que espira.
Mas no se engaña, que á poco
la ráfaga se apacigua,

y, cual eco de la muerte,
escucha clara y distinta
la misma voz..... ¡Ay! entonces
sobrehumano ardor le incita.
Deja marciales arreos,
y al torrente se encamina.
Sus compañeros le atajan:
«Temeraria es tu porfía;
vas á morir», asombrados
de tanto valor, le gritan.
Nada escucha: arroja al agua
una especie de armadía,
y dice á sus compañeros
con la modestia sencilla
del héroe: «Fuerza á mis brazos
dará la Virgen María,
voy donde el deber me llama»;
y al raudal se precipita.
Entretanto, por momentos
crece la horrible avenida;
vertiginosa corriente
empuja, y se arremolina
en los troncos, piedras, ramas
que á las víctimas abrigan.
Aquella balumba cede,
troncos, rocas se desquician,
y los dos seres humanos
en el vórtice se abisman.
El soldado no desmaya;
cuando el viento le desvía,
triunfa con nuevos afanes
de la distancia perdida.

No hay que temer que sucumba
su temeraria osadía;
de la caridad el fuego
su sér mortal fortifica;
la mano de Dios le lleva,
Dios le ampara y Dios le guía.....
De las dos víctimas, una
no volvió á la luz, sumida
quedó en las aguas; la otra
fué alcanzada por la mano
del alférez, que por dicha
la ve flotando, la sigue,
de las ondas la retira;
con presteza la coloca
en las tablas mal unidas,
y á despecho del torrente
logra al fin ganar la orilla.....
Empieza á reinar entonces
la luz del alba indecisa,
que apenas las nieblas vence
de la tempestad sombría.
Después de tantos peligros,
tantas horas aflictivas
y tan ásperos afanes,
compasión el guardia inspira.
Tiene cárdenos los labios,
macilentas las mejillas,
mustios los ojos, las fuerzas,
de tanto luchar vencidas.
A la mujer que ha salvado,
con vivo interés la mira.
Está yerta, sin sentido,

desnuda, casi sin vida.
Nunca tan hermoso rostro,
ni formas tan peregrinas
vió el guardia. Rápido corre
á una cercana abadía.
Trae ropas y un manto arroja
sobre la inocente niña,
porque luego no se ofenda
con su desnudez su vista,
y nadie su frente mire
del pudor enrojecida.
A poco, razón y aliento
cobra Isabel; mas contrista
su hondo pesar: con los ojos
busca á su madre querida;
al no encontrarla, comprende
el rigor de su desdicha,
y en lágrimas anegada
vuelve á exclamar: «¡Madre mía!»
Hallarse sola en el mundo,
conturbada y afligida,
le parece horrible sueño,
que forja su fantasía,
y ve en su mente la imagen
de aquella pobre casita
donde gozó venturosa
de su madre las caricias,
y como ilusión dorada
pasó su niñez tranquila.
El corazón del soldado
tanta belleza cautiva,
y con la piedad sincera

que en su espíritu domina,
clava la vista en el cielo,
y cayendo de rodillas,
para la doncella pide
paz, consuelo y alegría.

V

EL MISMO DÍA

Dan á Isabel casto asilo
en una honrada familia.
Todos de ella se conduelen;
todos al mancebo admiran.
Aquel generoso guardia,
luz de honor y de hidalguía,
no es el soldado sumiso
que cumpliendo una consigna,
quiere su marcial historia
conservar honrosa y limpia.
Es mucho más: es el hombre
que del corazón las fibras,
ante el humano infortunio,
hondamente siente heridas;
es el adalid cristiano
que abrasado en la fe viva
de la caridad, gozoso,
de su propio bien se olvida;
es el héroe, en cuyo pecho
arde la llama divina
de aquel soberano impulso

de las almas escogidas
que á humanidad, patria, gloria,
hasta el vivir sacrifican;
dón que no premia la tierra
con sus mercedes mezquinas,
sino Dios con los tesoros
de su bondad infinita.

VI

VEINTE DÍAS DESPUÉS

Ya el claro cielo de Murcia
sus resplandores ostenta;
ingenieros, labradores,
con incesantes faenas
ponen remedio al estrago
de la espantosa tormenta;
ya lamentos no se escuchan
del Segura en las riberas,
ni clamores de la muerte
las calles de Murcia atruenan;
ya visita el rey Alfonso
la antigua corte agarena,
socorriendo al desgraciado,
y prodigando doquiera
dulces y tiernas palabras
que más que el oro consuelan;
ya enjugan su triste llanto
Murcia, Lorca y Orihuela;
ya la Europa, conmovida,

fija sus ojos en ellas,
y blanco son del respeto
de la humanidad entera.
En todas las nobles almas
la compasión se despierta:
pobres, ricos á porfía
hoy generosos se muestran;
todos ropas y dinero
mandan, cual piadosa ofrenda,
y gloriosamente unidas
van, en noble competencia,
la caridad española,
la caridad extranjera.
Deshace al limo el arado,
y se hallan de nuevo abiertas
las morunas atajías,
que son como agrarias venas
que llevan salud y vida
de Murcia á la hermosa huerta.
Derrumbados edificios
se ven levantarse apriesa,
y hasta la *casita blanca*
pronto brillará modesta,
con su balcón y sus flores,
del Ramblar en las laderas.
Sólo un pecho conturbado
en su dolor no se aquieta:
el de Isabel. De su madre
no se resigna á la ausencia;
era el solo sér que amaba,
su luz, su gloria, su fuerza:
¿quién le dará el dulce encanto

de aquella ternura intensa
que adivinaba en sus ojos
sus contentos y sus penas?
Aquel celestial influjo
y aquella imagen risueña
en el alma de la niña
grabados están, y piensa
que de su dicha por siempre
todo el porvenir se cierra.....
¡Cuánto se engaña! Del tiempo
á la acción potente y cierta
no hay rigor que no se amanse
ni hay aflicción que no ceda.
Esa edad de quince abriles
que la esperanza hermosea,
arrastra consigo un mundo
de seductoras quimeras,
y en ella un sol resplandece
que en el corazón penetra:
sol de amor, que de improviso
con su fuego el llanto seca.

VII

CONSUELO Y PREMIO

¡Juventud, amor!..... Su imperio
¿qué no avasalla? Lumbreras
son del cielo de la vida:
ellas con su magia eterna
darán á Isabel en breve
para el dolor fortaleza.

El alférez cada instante
siente acrecerse la hoguera
que encendieron en su pecho
la virtud y la belleza;
la antes caridad bizarra
en ardiente amor se trueca:
ser de Isabel: es el sueño
que le acosa y le embelesa;
ni concibe más ventura,
ni otro galardón anhela.

. . . .

Tras tanto llorar un día
se halla Isabel más serena.
Tímido se acerca Antonio,
cual hombre que ama de veras,
y así le dice, «Bien mío,
en balde ocultar quisiera
el vivo amor que mis ojos
y mi tierno afán revelan.
Yo no soy más que un soldado,
no puedo ofrecer riquezas,
que si pudiera, en tu frente
colocara una diadema.
Con mi honor y mi ternura
permíteme que te ofrezca
lo mejor que Dios me ha dado:
mi corazón; con él cuenta:
seré aquí la dulce madre
que en el cielo por ti vela,
seré el esposo que adora
y el amante que respeta.....»
A pesar suyo, la niña

siente la emoción interna
de quien súbito ve abrirse
de un mundo nuevo las puertas.
Su mente embarga el tumulto
de mil confusas ideas,
las lágrimas á sus ojos
se agolpan, á hablar no acierta;
pero de amor el instinto,
que temprano el alma llega,
de gratitud los impulsos,
del mozo la gentileza,
todo hace volar su mente
por celestiales esferas,
y así, turbada la niña,
entre llorosa y contenta,
con dulce y triste sonrisa
dice sólo: «Antonio, espera.»

. . . .

. . . .

Guardia gentil, sé dichoso:
una mujer pura y buena,
es en el tumulto humano
la más noble recompensa;
y pues del amor las rosas
te ofrece la Providencia,
de tu caridad sublime
la ventura el premio sea.

LA HUÉRFANA

INFORTUNIO Y CONSUELO

Escrita para describir un cuadro que representa una joven opulenta amparando á una huérfana desvalida, á la cual encuentra en un camposanto, junto al cadáver de su madre.

Vedla llorando ante el cadáver yerto
de su madre adorada.....
Ya para ti la tierra es un desierto.....
¡Niña desventurada!

Daba á tu vida con su amor profundo
la luz y la alegría.
¡Quién, pobre niña, te querrá en el mundo
como ella te quería!

Hoy este globo mísero no encierra
dicha que á tu alma cuadre:
la bendición de Dios es en la tierra
el amor de una madre.

Pero ese Dios, que tabla da segura
al náufrago en los mares,
claras estrellas á la noche obscura,
y alivio á los pesares,

Al hombre dió desde su excelsa cumbre,
    cual prenda soberana,
rayo inmortal de la celeste lumbre:
    ¡la *caridad cristiana*!.....

Y hoy, por sanar la herida lastimera
    que abrió la muerte impía,
de la bondad del cielo mensajera,
    á otra virgen envía.

Vive entre mármol y entre sedas y oro;
    la opulencia y la calma
con ella van; pero mayor tesoro
    lleva dentro del alma.

Lleva la luz de caridad ardiente
    que el alma diviniza,
y un reflejo de amor sobre su frente
    que el corazón hechiza.....

Al mirar á la niña sin ventura,
    quiso enjugar su llanto,
y amparar la orfandad de su alma pura
    bajo el divino manto.

Y de sus labios fúlgidos salían
    palabras de consuelo,
con un acento que envidiar podrían
    los ángeles del cielo.

«Ven conmigo, le dice, Dios te escuda
    contra el rigor del hado;

al triste que le implora siempre ayuda;
    Dios ama al desgraciado.

»Del árbol de tu vida roto y seco
    hará brotar las flores
Ver que otro corazón palpita al eco
    de tus propios dolores.

»¡Ven! Dios que al pajarillo da sustento,
    da al infortunio abrigo:
mi pan, mi hogar, mi pena y mi contento
    yo partiré contigo.

»Yo haré de tu existencia menos triste
    la fúnebre mañana.
¡No puedo ser la *madre* que perdiste!.....
    pero seré tu *hermana.*»

1865.

EL BAILE Y EL CAMPO

I

Llena el salón espléndido
brillante muchedumbre:
fulgura en oro y mármoles
de luces mil la lumbre:
cruzan palabras rápidas
de júbilo y de amor.
Júntanse allí los mágicos
prestigios de los hombres:
la estirpe aristocrática,
la fama de los nombres,
cuanto en el mundo es símbolo
de gloria y de esplendor.

Forma cambiantes trémulos
la luz en los espejos;
mil risueñas imágenes
vagan en sus reflejos:
se lanza el alma atónita
de goces en un mar.
¡Cuántas sabrosas pláticas!

¡Cuánto contento y vida!
Huyen memorias lúgubres,
y el cúmulo se olvida
de los tormento íntimos
del odio ó del pesar.

Y su semblante angélico,
bañado en dulce risa,
corren las bellas sílfides
con anhelante prisa
al escuchar la música
del vals fascinador.
Forman movible círculo
de Strauss al son divino,
y vagarosas crúzanse
cual raudo torbellino.....;
así vuelan los ángeles
del cielo en derredor.

Borra el confuso vértigo
las formas, los colores:
sólo masa fantástica
de gasas, seda y flores
descúbrese en el ámbito
del mágico salón.
Mas tu contorno nítido
jamás se me oscurece;
que si los ojos túrbanse
cuando el tumulto crece,
te señala solícita
la voz del corazón.

Y si miro entre el cúmulo
de imágenes que oscila,
en mí fijarse lánguida
la luz de tu pupila,
el pecho entonces súbito
se siente estremecer;
que es tu alma el astro fúlgido
que alumbra mi existencia,
emanación purísima
de la divina esencia,
para mí germen único
de dicha y de placer.

Turba de amantes jóvenes,
brillantes y engreídos,
de la lisonja el tósigo
derrama en tus oídos,
y con incienso frívolo
halágante sin fin.
Y tú, orgullosa y ávida
de acentos seductores,
olvidas, siendo el ídolo
de tantos amadores,
cuán vanos son y efímeros
los triunfos del festín.

Mas para mí, que víctima
de un bárbaro destino,
en vez de flores, lágrimas
encuentro en mi camino,

no tiene el mundo pérfido
ni hechizos ni disfraz.
Tú vives en un éxtasis
de sueños y de calma:
yo há tiempo ya que mísero,
triste y cansada el alma,
vi al hombre sin la máscara
de su intención falaz.

Por eso en el magnífico
festín que te embelesa,
sólo tu imagen cándida
está en mi pecho impresa,
y arde exclusivo, indómito,
mi loco frenesí.
Y todo es triste y pálido
si con su luz divina
tu dulce amor mi espíritu
no alienta y no ilumina.....
Sin ti, del orbe el júbilo
martirio es para mí.

II

Á ORILLAS DEL MAR

Esas doradas palabras,
esos acentos mentidos
que deleitan los oídos

y deslumbran la razón,
  no lo dudes, alma mía,
comparados, poco valen,
con las palabras que salen
del fondo del corazón.

¿Ni qué valen los festines
y sus deleites comprados,
sus diamantes, sus brocados,
su artificio y su esplendor,
  junto á las blandas delicias
de la ribera encantada
donde oyó mi alma extasiada
tus juramentos de amor?

¿Te acuerdas?..... La luz escasa,
el silencio de aquel monte,
aquel sereno horizonte,
los encantos de la mar;
  las brisas embalsamadas
de bosque fresco y sombrío,
el vago rumor del río.....,
todo convidaba á amar.

Allí verde grama había,
y no orientales alfombras;
árboles, flores y sombras
daban paz, misterio, olor.
  Ni tampoco se admirab

seda ostentosa en tu talle:
humildes flores del valle
eran tu adorno mejor.

Y así, sin el falso brillo
que un arte ciego atesora,
más radiante y seductora
se mostraba tu beldad;
que no há menester la magia
de tus encantos divinos
los artificios mezquinos
de la humana vanidad.

Nuestras almas confundidas
devoraban allí ansiosas
esas voces misteriosas
con que habla á los hombres Dios;
y en la suprema ventura
de aquel éxtasis profundo,
lazos que no rompe el mundo
nos ligaron á los dos.

Entonces, cuando brillaba
la risa en tus labios rojos,
vi con asombro en tus ojos
una lágrima brotar;
llanto feliz, que probaba
que en el amor que sentías
vibraban las armonías
de cielo, de tierra y mar.

Un altar tiene en mi pecho
aquella hermosa ribera:
que yo de una vida entera
apuré la dicha allí.
¿Qué importa que fueran sueños
los delirios de aquel día?.....
¿Qué dicha en el alma habría
si no se soñara así?

Huyó aquel fugaz instante,
porque no consiente el cielo
que pueda haber en el suelo
dichas á la suya igual;
ilusión, paz, confianza,
guardar el alma no sabe;
tanta ventura no cabe
en el pecho de un mortal.

III

Y ahora dime: ¿el salón juzgas más bello
que á la mundana pompa culto da,
que el solitario bosque donde el sello
de la mano de Dios grabado está?.....

¿El falso lustre del festín prefieres
de la naturaleza al esplendor?

¿Te halagan más los frívolos placeres
que el inefable encanto del amor?

No; que el alma gentil que en ti respira
no antepone al amor la vanidad,
ni la ilusión fugaz de la mentira
á la santa emoción de la verdad.

Tú no ignoras que vanos y mentidos
de la lisonja los halagos son,
y que la voz falaz de los sentidos
no vale el eco fiel del corazón.

LA RUSALKA [1]

LEYENDA FANTÁSTICA

(Dedicada á mi esposa.)

Llevó tras sí los pámpanos *Octubre*,
y, con las recias aguas insolente,
no sufre Ibero márgenes ni puente,
mas antes los vecinos campos cubre.
(L. L. de Argensola.)

I

EL LAGO MALDITO

Entre las tierras famosas
del Orenburgo y del Viatka,
cuyos hondos valles riegan
el Ufa, el Volga, el Sakmara,
y son histórico lustre
de la moscovita raza,

---

(1) Algún detalle de poca monta del asunto está imitado de un poema dramático del célebre escritor ruso Púchkin.

La *rusalka* es en las leyendas moscovitas como la *ondina* ó la *willi* en las leyendas alemanas: una ninfa acuática, especie de sirena, que con sus hechizos cautiva la voluntad humana. Pero la *rusalka* es de índole perversa: atrae de noche á los hombres para hacerles morir ahogados en los ríos ó en los lagos.

hay una mágica selva
de ásperos montes cercada,
donde la mano divina
quiso prodigar sin tasa
la riqueza y los primores,
la hermosura y la abundancia.
Le dan grandeza los riscos,
sombra las gigantes ramas,
claros arroyos frescura,
las flores aroma y galas.
   Con ser la naturaleza
tan rica, vistosa y varia,
y tan grandes sus hechizos
y sus maravillas tantas,
todos huyen presurosos
en la espléndida comarca.....
Reina allí siniestro influjo;
el valle y la selva espanta:
sólo algún pastor humilde,
que cruza por la montaña,
ó algún cazador que mueven
el entusiasmo y la audacia,
deja en la hierba del valle
las huellas de humana planta.
   La explicación de este enigma
es allí sencilla y clara.
Hay de la selva en el centro
una laguna encantada,
que Ural y Sakmara undoso
enriquecen con sus aguas:
bellos árboles la adornan,
y alegres islas la esmaltan.

Cuando el sol en sus cristales
vida y esplendor derrama,
es aquel valle un trasunto
de las regiones de Arcadia:
todo allí respira amores,
todo embelesa y halaga.....
Mas llega la noche obscura,
y el cuadro risueño cambia:
en la ribera, en las ondas,
cruzan visiones extrañas;
asoman marmóreos rostros
ya entre flores, ya en las algas;
mujeres de áticas formas
sobre nenúfares saltan,
y á un tiempo asustan y atraen
sus fulgurantes miradas;
ya en altos sauces se mecen,
ya en fantástica algazara
se acercan, bailan y huyen,
juegan, bullen, gritan, nadan.....
Si audaz ó incauto algún hombre
por el valle infausto pasa,
oye gemidos de muerte,
rumor de infernales danzas,
ó el estridor pavoroso
de siniestras carcajadas.
Es el lago misterioso
imperio de las *rusalkas*,
que el vulgo con sano instinto
El Lago Maldito llama.
¡Ay del que cede en su margen
á la seducción infausta,

y no ve, firme y cristiano,
el *lasciate ogni speranza*,
tremenda ley con que Dante
castiga culpas humanas!

II

NATATCHA

Mil arroyuelos en floridos cauces
riegan del monte la ostentosa falda;
cedros, alerces, plátanos y sauces
del lago son magnífica guirnalda.
Una cabaña allí. Quizá algún mago
la formó, huyendo la humanal contienda:
solitaria, atrevida, junto al lago
alza su techo la gentil vivienda.
Orlan de las ventanas los contornos
clemátida olorosa, vid silvestre,
y despliega en los rústicos adornos
todo su hechizo el esplendor campestre.....
Mas falsamente á su exterior responde:
cuando parece de la dicha el centro,
es tumba hermosa que en su gala esconde
el silencio y la muerte que están dentro.
Allí reina la paz; mas paz sombría:
ni á la mente da luz, ni al pecho calma:
no es la quietud feliz de la alegría;
es la angustiosa soledad del alma.
Mora un anciano allí, que esquiva el mundo:
es su noble expresión adusta y grave,

huellas asoman de dolor profundo.
Quién es, de dónde vino, nadie sabe.
Su hija Natatcha, niña encantadora,
vive con él modesta é ignorada:
las admirables prendas que atesora
las aprendió de Dios; del mundo, nada.
Sueña y espera: la ilusión querida
busca en la soledad de los pensiles:
esperar y soñar: ésa es la vida
en la lozana edad de quince abriles.
Su alma vislumbra incógnitos placeres;
le anuncia la esperanza un nuevo día:
ve que en la unión dichosa de los seres
hay un muudo de amor y de armonía.
La voz del ruiseñor, que en selva inculta
canta gimiendo con amante halago;
la cascada espumosa que sepulta
su cabellera espléndida en el lago;
la nube que fantástica se mece;
la blanca luna, el vagaroso insecto,
cuanto vive y palpita le parece
obra inmortal de misterioso afecto.
El aura, el sol, la luz de la alborada,
todo respira amor, y amor le enseña
hasta la hiedra amante y obstinada
que busca arrimo en la encumbrada peña.....
Natatcha ama también: ella al concierto
de la creación divina se conforma;
mas dar no puede en mísero desierto
á la ilusión celeste humana forma.
Pero una voz secreta le asegura
que ha de encontrar del corazón la llave,

y Dios no ha de negarle una ventura
que da al insecto y á la flor y al ave.

III

EL PASTOR Y EL BOYARDO

El Pastor.

Si amas la vida y el alma,
no bajes, Boris, al lago;
quien allí va, nunca vuelve,
que es la mansión del diablo.

El Boyardo.

Allí vive una doncella;
la descubrí ayer cazando:
belleza tan peregrina
ni vi ni soñé.....

El Pastor.

Es dechado
de hermosura; mas ¿ignoras
que es su padre brujo ó mago,
y su madre una rusalka?

El Boyardo.

¿Qué me importa si la amo?

El Pastor.

¡Cómo, imprudente! ¿No miras
que forman consorcio extraño,

ella, casi una hechicera,
tú, un opulento boyardo?

El Boyardo.

¡Hechicera, sí, lo es;
toda el alma me ha robado.
Irá en breve á Sarapul,
gloria á ser de mi palacio.

El Pastor.

Víctima, Boris, serás
de tu antojo temerario.

IV

REALIDAD DEL ENSUEÑO

Era una tarde de Abril:
Natatcha flores cogía,
y de pronto en el pensil
ve al cazador más gentil
que soñó su fantasía.
Boris el afán le expresa
del inmenso amor que siente:
ella le oye sin sorpresa,
y sin rubor le confiesa
que ya le amaba en su mente.....
La mujer siempre ha creído
que es el soñado amador
el primero que rendido
hace vibrar en su oído
dulces palabras de amor.....

Boris, al lograr la palma,
su loco delirio calma.
Nada hay en ello que asombre:
amó reservando el alma
como suele amar el hombre.
Ella perdió su albedrío,
y de sus ciegos amores
fué á su pecho el desvarío
lo que es el sol á las flores,
lo que á la planta el rocío.....
Mi musa en contar no insiste
cuitas de su amante pecho:
contara la historia triste
de todo amor satisfecho
desde que la tierra existe.

V

DESENGAÑO

Dos meses dió muestras Boris
de ternura y de entusiasmo;
pero aquellos juramentos
y aquellos dulces halagos
duraron ¡ay! lo que duran
las flores de Abril y Mayo.....
¡Desventura horrible! Un día
le esperó Nanatcha en vano.....
Aquel día, y otro y otros,
pasaron lentos y amargos,
sin que la grata presencia
ni aun noticia del boyardo

de la niña enamorada
viniera á enjugar el llanto.....
«¡Está enfermo!....., se decía,
y no volar yo á su lado
á darle vida y consuelo!.....»
Natatcha le amaba tanto,
que en su mente no cabía
que fuese Boris ingrato.
   Pronto vió que encierra abismos
el fondo del pecho humano.....
Una mañana en las cumbres
divisa un hombre á caballo.
Corre á su encuentro azorada;
no es el cazador gallardo:
es un *mugik*. Llega: humilde
pone una carta en sus manos,
y á sus pies dos cofrecillos
de plata y marfil labrados.
Ni una palabra pronuncia
Natatcha. El *mugik*, turbado,
se inclina, monta, y se aleja
por los montes escarpados.
   Así la carta decía:
«Me es fuerza dar nombre y mano
á Olga, la ilustre *barina*.
Su alto blasón, su alto estado,
de mi familia el influjo,
los ruegos del Soberano
mi resistencia vencieron.
Soy, Natatcha, desgraciado.
Ya no hemos de vernos nunca;
Compadéceme: te amo.»

Natatcha nada comprende
del lenguaje cortesano.
Que hay allí mengua y perfidia
le dice su instinto claro,
y que su dicha se ha roto,
cual se rompe frágil vaso.
El cofrecillo más grande
contiene hermosos brocados,
ricas joyas y preseas
que son del arte milagros;
el otro contiene en oro
dos mil rublos..... Al mirarlos,
ella tiembla: le parece
afrentoso el desengaño,
cada moneda un insulto
y cada perla un agravio.
Serénase. Algo la anima
de los seres sobrehumanos:
ni una lágrima en los ojos,
ni una palabra en los labios.
Resuelta está: los dos cofres
lleva á un erguido peñasco,
cuyo pie las ondas bañan.
Allí con semblante airado
los arroja, y en un punto
las ondas los sepultaron.
A su cabaña querida
vuelve los ojos turbados;
mas no vacila: su amor
era de su vida el lazo.
Al lago estoica se lanza
por dar á su afán descanso.....

Era de los tristes seres
de sus pasiones esclavos,
que contra humanos dolores
buscan en la muerte amparo,
no en la heroica fortaleza
del sentimiento cristiano.....
Se hundió: hirviente remolino
produjo el horrible salto,
y el sordo rumor del agua
pareció gemido infausto.
Luego círculos movibles
con las ondas se formaron:
los círculos se extendieron,
y fué su impulso más blando;
y después de unos instantes,
imagen vil del engaño,
quedó luciente y sereno
el cristal azul del lago.

VI

LAS BODAS

En una ostentosa quinta,
no lejos de Nevgorod,
celébranse de Olga y Boris
las bodas. Tanto esplendor,
tan franca y pura alegría
jamás la comarca vió,
y allí se encuentran unidos
el magnate, el labrador.

En honra de los esposos,
del banquete en el salón,
entonan las aldeanas
cantos de dicha y de amor.....
Mas de pronto, ¡qué sorpresa!
cual del trueno el bronco són,
se escuchara en claro día,
se escucha siniestra voz
que entona firme, implacable,
esta insolente canción:

«No saldrá la dicha
de esta unión fatal.
Estos dos esposos
mal unidos van:
Boris es perfidia,
y Olga es vanidad.»

La canción hirió de Boris
como un dardo el corazón,
del concurso en rabia ó miedo
se convierte el estupor:
unos la voz sobrehumana
juzgan aviso de Dios;
los más, traza del demonio.....
Fué en balde la indignación:
todos oyeron el canto;
nadie á la cantora vió.

VII

LOS CANTOS DEL LAGO

Del despecho el dardo agudo
Olga sintió..... Amar no sabe,
y alma en que el amor no cabe,
hacerse amar nunca pudo.
No halló Boris el hechizo
del sueño de la ventura,
y aquella unión sin ternura
cual la nieve se deshizo.
Sólo un instante cediera
del orgullo á los halagos;
pero hay instantes aciagos
que abarcan la vida entera.....
¿Qué le importa la ambición,
si su grandeza presente
no da un destello á la mente
ni un latido al corazón?.....
No puede á su esposa amar;
y olvidada la *barina*,
vuelve á la ilusión divina
que Natatcha hizo brotar.
Fué al Sakmara: el lago vió
siempre apacible y risueño;
mas no halló al hermoso dueño
que el alma le arrebató.
Blanco de su propia saña,
vió muerto al anciano, y luego

despojo informe del fuego
la bella y gentil cabaña.....
Llega la noche: el horror
de la sombra le importuna;
mas pronto vierte la luna
melancólico fulgor.
Divisa á la luz escasa
vaga forma de mujer,
y á Natatcha piensa ver
como al través de una gasa.....
No es Natatcha: cual de un astro
luz brotaba en su mejilla,
cuando en ésta sólo brilla
el hielo del alabastro.
Genio del bien ó del mal,
que á la admiración provoca,
canta así, sobre una roca,
aquella forma ideal:

«Yo soy la rusalka,
del hombre enemiga:
rencores abriga
mi raza inmortal.
»Con furia implacable
despliego mi encono
sentada en el trono
del genio del mal.
»Si hechiza á un mancebo
del lago el camino
y el són peregrino
del aura sutil,
»se acerca, y admira,

extático y ciego,
mis ojos de fuego,
mi tez de marfil.
»Ansiando venganza,
soy hada ó sirena,
que el alma envenena
con cantos de amor.
»¡Ay dél, si al viajero
fascina mi halago!
Las ondas del lago
castigan su error.
»Boris ve impasible
visiones nocturnas
de acuáticas urnas
salir de tropel:
»dominan su mente
memorias pasadas;
del lago las hadas
desdeña el infiel.....
»La noche los bosques
de espíritus puebla:
yo vago en la niebla,
yo duermo en la flor.
»Yo soy cuerpo ó sombra
neblina del río,
ya luz, ya rocío,
ya tenue vapor.
»Mi cuerpo impalpable
penetra en la nube,
corre, gira, sube,
la luna al nacer;
»y á un rayo del alba,

del lago en la espuma,
del aire en la bruma
se esconde mi sér.
»Del Volga me lleva
la rauda corriente:
del euro potente
me dejo arrastrar.
»Yo corro en sus alas
los dos hemisferios:
yo sé los misterios
del cielo y del mar.
»Viviendo anhelante,
del lago en la linfa,
maléfica ninfa,
fantasma ó mujer,
»mi culpa así expío;
tal es hoy mi suerte:
mentir, dar la muerte
brindando el placer.»

Boris escucha atónito
aquel extraño acento,
delirio de su espíritu,
fantástico portento
juzga el terrible cántico
que con pasión satánica
su vida amenazó.
¿Es ilusión, es vértigo
que arrastra y turba al hombre?.....
No; que en el canto insólito
distinto oyó su nombre,
y á su conciencia tósigo

dieron memorias lúgubres
de un tiempo que pasó.
  Ve á la doncella cándida
que abandonó inclemente;
ve su perdido júbilo;
y en su dolor presente
verdugos son del ánimo
sus juramentos pérfidos,
su malogrado amor.
  Maldice el mundo frívolo
que hizo infeliz su vida.
Le dice el clamor áspero
de su conciencia herida,
que del orgullo al ímpetu
y á grandezas quiméricas
vendió dicha y honor.
  Derrama acerbas lágrimas,
ya de vigor exhausto,
y huye anheloso y rápido
de aquel lugar infausto.....
Mas resplandor fosfórico
que el lago alumbra súbito,
clava su planta allí.
  Ya no es cuadro fantástico
que insana mente fragua;
Natatcha en blanca túnica
sale gentil del agua,
y entre las rocas húmedas,
con voz airada y tétrica,
vuelve á cantar así:

«Inocente, en la tierra juzgué eterno
de la ternura el bien:
un cazador falaz tornó en infierno
aquel divino edén.

Ciega le amé: de mi pasión esclava,
triste víctima fuí:
libre de la cadena que arrastraba,
ya soy la reina aquí.

Ya sin amor, sin fe, sin esperanza,
seguida de mi grey,
sabré cumplir tenaz de la venganza
la inexorable ley.

Muera el falso amador que á la inocencia
pervierte el corazón,
y deja en pos de sí, cual triste herencia,
el llanto y el baldón.

Yo haré que vuelva el pérfido á mis brazos,
de mi encono á merced,
para que espire en los terribles lazos
de mi traidora red.

Juntas van de mi imperio en las delicias
la risa y el dolor:
juntas irán también en mis caricias
la muerte y el amor.

Aquí el amar no es plácido embeleso;
es vértigo infernal:

de la rusalka el delirante beso
es veneno mortal.

Dañar al hombre es ya mi único goce,
mi dorada ilusión:
la rusalka ofendida no conoce
la humana compasión.....

Desastres sólo el porvenir encubre;
rodando el cielo está:
No hay dicha eterna: el tormentoso *Octubre*
Venganza me dará.»

Boris á tanta cólera
no humilde se prosterna.
Hacia la reina acuática
que la región gobierna,
corre el boyardo intrépido:
quiere saber si es víctima
del odio ó del amor.
Verá si es sér angélico
ó aborto del abismo.....
Pero nubes alígeras,
en el momento mismo,
cubren la luna pálida,
y llenan todo el ámbito
de sombra y de pavor.

Se hundió la *norna* mágica (1)
en lóbrega espelunca.....

(1) *Nornas:* diosas fatídicas de la mitología del Norte.

Boris su rostro lívido
ya ver no pudo nunca
cuando, anhelante y mísero,
volvió al lago terrífico
buscando la verdad.
  Allí pasaba extático
las tardes del estío:
corrió en vano las márgenes
del esplendente río.....
Fué todo de su espíritu
fascinación quimérica,
no humana realidad.

VIII

LA VENGANZA

  Llega *Octubre* triste y frío,
y el noto, que airado suena,
la lluvia desencadena
con equinoccial furor.
  El labrador se acobarda:
su lamento al cielo sube
si estalla la parda nube
con horrísono fragor.

  El Sakmara ya no es río;
es asolador torrente,
que árboles, ganados, gente,
logra en su curso arrastrar.
  El lago, que se mostraba

apacible y lisonjero,
compite, en *Octubre*, fiero,
con los ímpetus del mar.

El solo placer de Boris
es, sin norte y sin reposo,
en un caballo fogoso
por campo y selva correr.
Junto al Sakmara sombrío
se pára en noche funesta,
y ve en la margen opuesta
á Natatcha aparecer.

Se estremece, y así exclama:
«¿Cómo en perseguirme insiste
de una mujer que no existe
la peregrina visión?.....»
Duda: tentación la juzga
de una aparición siniestra;
mas ella el afán demuestra
del gozo y de la pasión:

«Boris, le grita, para ti no he muerto,
te espera ansiosa tu Natatcha aquí:
ven donde, libres del terrestre yugo,
ya no nos pueda el mundo desunir.»
Boris no piensa; su razón se ofusca;
presa de su insensato frenesí,
lanza el caballo en las furiosas ondas.
¿Qué le importa en el vértigo morir?

Nada el caballo, lucha, la corriente
le arrastra al cabo de la roca al pie,

donde Natatcha, en su pasión burlada,
fué de sí propia el implacable juez.....
A Boris dice allí: «No soy Natatcha,
soy rusalka frenética y cruël:
si castigué mi liviandad un día,
hoy castigo tu engaño y tu desdén.

»Aquí arrojé tus dádivas impías;
aquí el lago mis dichas sepultó:
la muerte es el amor de la rusalka:
aquí recibe mi postrero dón.»
¡Trance infernal! Sus labios se juntaron:
no es el beso inefable del amor:
es como fuera el beso de un cadáver,
como un puñal que hiere el corazón.

En el momento aquel se abren las ondas:
el rayo estalla y ruge el huracán,
y á rusalka y caballo y caballero
absorbe la vorágine infernal.....
Con la noche se aleja la tormenta:
del sol fulgura la radiante faz,
y otro secreto aterrador esconde
del lago azul el pérfido cristal.

POESÍAS JUVENILES

MAGIA DE LOS RECUERDOS

Á MISS ADELINA B.....

(Conoció en Cádiz al autor, y mucho tiempo después le pidió versos desde Londres.)

¿Quién, si de tus hermosas vió los ojos
brillar con luz de dicha y de consuelo,
quién, si gozó el encanto de tu cielo,
hermosa Cádiz, te podrá olvidar?
Siempre en el alma tu memoria llevo,
ciudad insigne, que, de hechizos llena,
tranquila duermes, cual gentil sirena,
sobre las ondas pérfidas del mar.

¡Tiempo dichoso!..... Por la vez primera
allí te ví; sobre tu faz lucía
el santo amor, la mística alegría
que hay de la vida en el risueño Abril.
Luz de esperanza y de ilusión te daban
del porvenir los anchos horizontes,
como da el sol sobre lejanos montes
mágicos rayos de colores mil.

Aún eres bella: tu dichosa suerte
de flores siembra el campo de tu vida;.....
mas lloras, lo adivino, al ver perdida
aquella dulce y venturosa edad.
Es que las dichas que la mente forja
de un alma nueva en el ferviente anhelo,
la razón las ahuyenta con su hielo
y con su triste antorcha la verdad.

Patria y festines y amistad y halagos,
goces que aduermen tu existencia ahora,
desvanecer la imagen seductora
nunca podrán del tiempo que pasó.
En nobles pechos se conserva y crece,
cual eco fiel de juvenil ventura,
aquella imagen deliciosa y pura,
rastro de luz que el alma iluminó.. ..

¡Ay! Yo también soñé cual tú soñaste:
yo el cielo vi que la ilusión alcanza:
yo en las alas subí de la esperanza
á un mundo de inocencia y de placer.
Mas voló el tiempo inexorable y mudo:
trocó los sueños en amargas penas:
me ató la realidad con sus cadenas.....,
y aún vive el alma en la ilusión de ayer.

Cual nube trasparente y nacarada
cruza la esfera en luminoso día,
cruzan así mi loca fantasía,
dichas que huyeron para no tornar.
Aún me deleitan con su luz divina

bienes sin fin, cuyo recuerdo adoro,
tu dulce risa, tus cabellos de oro,
tu blanca tez, tu angélico mirar.

Ven, Adelina, ven; de tus amigos
serás aquí la gloria y el contento:
por este cielo espléndido, un momento
deja las brumas lóbregas de Albión.
Tierra en que afecto y dicha nos esperan,
de luz, de amor, de encanto se reviste:
piensa que hay patria en el rincón más triste
si allí por ti palpita un corazón.

Sevilla.

Á A.....

EL AMOR IDEAL

SONETO

Yo no sé si es amor la luz que enciende
la adoración de humana criatura,
fuente feliz de mística ternura
que el vulgo de los hombres no comprende.
Ni turba el alma, ni el pudor ofende
de tu dulce mirar la lumbre pura;
mas en el pecho infunde una ventura
que desde el cielo al corazón desciende.
Más deidad que mujer te considero:
nunca mis ansias tu pureza ultrajen,
que es mi pasión un culto verdadero.....
Nada pido ni espero, vida mía:
no quiero ver bajar tu noble imagen
del altar que te alzó mi fantasía.

Sevilla, 1835.

EL ATEO

SONETO

¡Ciego de orgullo está! No alcanza á ver
lumbre del cielo en su razón brillar.....
Cuando eternas verdades quiere hallar,
ni á sí propio se puede comprender.
¿No ve de cielo y tierra en todo sér
la existencia divina palpitar?
¿No es Dios luz y consuelo? ¿Creer y amar
no es mejor que dudar y aborrecer?.....
Lucha es tenaz su mísero vivir:
se juzga en su arrogancia un semidiós,
y del cielo la voz no sabe oir.....
¡Jamás iré de su delirio en pos!
Yo quiero, como el justo, en paz morir,
con la mano en la cruz y el alma en Dios.

1844.

LA AUSENCIA

Aún resuenan en mi oído
los acentos de tu voz;
aún abrasan tus miradas
mi anhelante corazón:
aún en pos de mis delirios
corro á la selva feraz,
que encierra tantos testigos
de nuestro inocente afán.
Allí está la clara fuente;
allí el risueño vergel;
allí el árbol que tú amabas,
con tu nombre escrito en él.
Aún miro tras de aquel monte
esconderse tibio el sol:
aún melancólicos suenan
los ayes del ruiseñor,
Mas la magia de estos sitios
huyó contigo, mi bien:
ya es sólo triste recuerdo
lo que era ventura ayer.

Te alejastes, ángel mío,
y está mudo el corazón:
todo perdió con tu ausencia
vida, encanto, luz, color.
Si me deleitaba el lago
con su brisa y su cristal,
es que miraba tu imagen
en sus aguas reflejar.
Si en el bosque me encantaba
de las auras el rumor,
es que el dulce són llevaban
de tus suspiros de amor.
Si admiraba la frescura
de las flores del pensil,
es que en tu frente brillaban
ó en tu seno de marfil.
Del cielo radiante y puro
me extasiaba el esplendor:
reflejaba en tu pupila,
por eso le amaba yo.....
Admiré lo que admirabas,
lo que tú amabas amé;
que mi espíritu sentía
de tu espíritu al través.
Para mi alma enamorada
tú dabas su lumbre al sol,
su misterio á las estrellas,
y á los campos su verdor.....
Ya no hay música en el bosque
ni hay encantos en el mar:
oyen y ven mis sentidos;
pero inerte el alma está.

Pensé amar selvas y flores,
aura, lago y cielo azul;
me engañé: no los amaba.....
lo que yo amaba eras tú.

A UNA COQUETA

Tú que la red fatal de tu hermosura,
mujer sin alma, á los incautos tiendes,
no te juzgues feliz porque no enciendes
tu pecho en el amor que intacto dura;
que hay en el pecho amante una ventura,
ventura sin igual que no comprendes,
porque, sorda al amor, lograr pretendes
triunfos de vanidad, no de ternura.
Ese culto falaz que ahora te halaga,
se torna luego en áspero desvío,
cuando la luz de la beldad se apaga.....
Aprende á amar: del corazón la llave
sólo es el corazón, y es desvarío
que busque amores quien amar no sabe.

Andújar, 1837.

SONETO

¡Cuántas veces forjó mi fantasía
de belleza un conjunto soberano!.....
Corrí tras él; pero al tender la mano,
la sombra peregrina siempre huía.
Te vi, y halló contigo el alma mía
grandeza, luz, deleite sobrehumano:
tú eras la dicha que buscaba en vano,
tú eras el mundo que en mi mente había......
Dios nos aparta. A la mansión serena
del infinito amor no arranca el velo
quien vive en mundo de amargura y pena......
Dios no consiente que en su osado vuelo,
rompiendo el alma su mortal cadena,
logre en la tierra anticipar el cielo.

LA TRISTEZA DE UNA POETISA

El ángel del dolor tu canto inspira:
brilla al través de tu sonrisa el lloro.....
¿Por qué, en vez de cantar, gime y suspira
en tu mano gentil el arpa de oro?.....
Es porque al viento das flores del alma:
es porque en dichas imposibles sueñas,
y buscando el delirio y no la calma,
en tormentosos mares te despeñas.
Ciega y perdida en el terrestre abismo,
con las alas del ángel volar quieres,
y en la lucha fatal, tu engaño mismo
es el duro puñal con que te hieres.
Cubre el cendal de tu ilusión divina
las perfidias del mundo y sus dolores;
mas rasga el velo la punzante espina
que está escondida en las vistosas flores.....
¡De amor sin sombra la ventura inmensa
pides al mundo!..... ¿Ignoras que es delito
romper el dique á tu ambición intensa,
buscando aquí la ley de lo infinito?
Si ese mundo quimérico en que vives,
es inefable emanación del cielo,

se paga el dón celeste que recibes,
con una vida de amargura y duelo.
Ya te dirá del corazón la historia
que aquel que busca en su tenaz delirio
palmas eternas de ventura y gloria,
sólo encuentra las palmas del martirio.....
¡Ay! lucha y sufre en la mortal contienda;
en balde yo con la razón te arguyo:
devorarse á sí propio es ley tremenda
de ardientes corazones como el tuyo.

Sevilla, 1835.

EL ANGEL Y LA MUJER

Á CELIA

Ignoro, niña, el misterio
de tu extraña condición.
¿Eres terrestre creación,
ó del celeste hemisferio
portentosa aparición?

Mi mente en balde se afana,
pues ni entiende ni imagina
esa mezcla peregrina
de la imperfección humana
con la perfección divina.

¿Cómo en terrestre existencia
cabe tan místico ser?
¿Quién alcanza á comprender
que así se hermane la esencia
del *ángel* con la *mujer*?

. . . .

Cuando, el pecho de ansia lleno,
vas orgullosa al festín,
y con su mortal veneno

turban el reposo ajeno
tus ojos de serafín;

y con máscara falaz
tu vanidad triunfos busca,
y pierdes la dulce paz,
y la falsa luz te ofusca
de aquel vértigo fugaz;

como en celeste ilusión
tu espíritu no se encierra,
con amarga y triste guerra
asaltan tu corazón
las pasiones de la tierra.

Ante el fausto y el placer,
del *ángel*, á quien ofendes,
se ven las alas caer,
y como al mundo desciendes,
no eres más que una *mujer*.
. . . .
Pero si en la noche umbría
la luna miras cruzar,
y abarca tu fantasía
la portentosa armonía
que en los cielos ves brillar,

y tu inocente mirada
penetrar quiere al través
de la nube nacarada,
y te sientes arrancada
del mundo que está á tus pies;

y tu alma sigue ligera
en el esplendente cielo
de los astros la carrera,
pensando, en tu altivo vuelo,
que es aquel cielo tu esfera;

olvidas mundanos seres,
y ves desaparecer
vanidades y placeres.....
Entonces no eres *mujer;*
entonces un *ángel* eres.

. . . .

Cuando con cien joyas vas
que el vano lujo atesora,
sin acordarte jamás
del indigente que llora,
eres *mujer* y no más.

. . . .

Pero si anubla tu frente
de la piedad la emoción,
y se confunde doliente
el ¡ay! de tu compasión
con el ¡ay! del indigente,

y de la virtud en alas,
para que el oro te sobre,
reduces joyas y galas
para dar sustento al pobre,
á los *ángeles* te igualas.

. . . .

Si escuchas de amor el ruego
cual frívola distracción,

y haciendo del alma un juego
brilla en tus ojos un fuego
que no está en el corazón,

y por alcanzar la palma
de ambiciosa vanidad,
robas á un mísero el alma,
pudiendo dar dicha y calma
con la voz de la verdad:

complacida en su dolor,
no eres *ángel*, mas sirena;
eres ponzoñosa flor,
que hechiza con su color
y con su aroma envenena.

. . . .

Mas si de amor verdadero
Dios infunde en ti la llama,
y ve tu ánimo sincero
que del mundo lisonjero
no necesita quien ama,

que amor vive en el amor
y no en el mundano orgullo,
cual del bosque en el murmullo,
en su canto el ruiseñor
y la tórtola en su arrullo,

de la vida en el vaivén,
donde el alma se acrisola
si va en la senda del bien,
de luz sagrada aureola

resplandecerá en tu sien.

. . . .

Falsos deleites de un día
los ves rápidos pasar;
mas no pasa, Celia mía,
la dulce y pura alegría
del cariño y del hogar.

De aquel vértigo sin fin
pon á los ímpetus tasa:
no vale la dicha escasa
de las glorias del festín
la noble paz de tu casa.

. . . .

La dicha no es un arcano
para el corazón cristiano.
Hé aquí del humano sér
el consuelo soberano:
amar, *esperar*, *creer*.

Si es cuanto halaga ó fulgura,
virtud, afecto, ilusión,
la fuente de la ventura,
cada humana criatura
la lleva en el corazón.

. . . .

Si quieres feliz llamarte,
é ídolo de todos ser,
vive, hermosa, con tal arte,
que jamás en ti se aparte
el *ángel* de la *mujer*.

Á CELIA

SONETO

Buscas á quien te ofrezca por tributo,
antes de hacerle de tu vida el dueño,
intacto corazón, labio halagüeño,
virtud sin sombra y porvenir sin luto.
Mas ¡ay! que siempre buscarás sin fruto:
tu dicha arriesga el temerario empeño:
celeste perfección y vano sueño:
nada hay aquí perfecto ni absoluto.
¿Buscas un alma fiel, bien de los bienes,
que á tu lado con gloria y alegría
sepa arrostrar del mundo los vaivenes?
¿Un alma busca, en fin, tu fantasía
que á tus dulces antojos encadenes?.....
Celia, no busques más: toma la mía.

Abril, 1837.

A UNA INFIEL

SONETO

¡Qué obstinado te amé!..... ¡Cuán ciego estaba!
Yo quise el cielo dividir contigo;
te dí mi vida..... y—con rubor lo digo—
fué mi razón de tu capricho esclava.
Mi fe tu pecho con traición pagaba,
en mi yerro poniendo mi castigo,
como en el seno fiel que le da abrigo
venenoso reptil su dardo clava.
Mientras ingrata, y pérfida y perjura
destrozabas mi pecho enamorado,
sublime altar te alzaba mi locura.....
Mas el ídolo inicuo rompí airado,
y si algo tuyo en mi conciencia dura,
es tan sólo el dolor de haberte amado.

Sevilla, 1835.

LA ROSA BLANCA EN EL BOSQUE

(Recuerdo de María....., muerta á los diez y seis años.)

No te ufanas con vívidos colores
en ostentoso artificial jardín,
y vives, aunque reina de las flores,
de misteriosa selva en el confín.
No puedo contemplarte, blanca rosa,
sin que se sienta el pecho estremecer;
que eres emblema de la niña hermosa
que fué mi gloria y mi ilusión de ayer.
Todo cuanto soñé su tumba encierra:
murió de la existencia en el albor
el ángel celestial que fué en la tierra
mi amor primero y mi primer dolor.
Pálida como tú, cual tú modesta,
igual destino os deparó el azar:
tú brillas en recóndita floresta,
ella brillaba en su tranquilo hogar.
Fué también, como tú, la flor de un día,
sueño fugaz de júbilo y placer;
y, como tú, la mísera escondía
germen de muerte en su divino sér.

Triste de ti me aparto, flor lozana;
que si hoy gozo tu efímero esplendor,
al verte mustia, lloraré mañana
mi antigua dicha y mi perdido amor.

Sevilla, 4 de Mayo de 1835.

LA FLOR SIMBÓLICA

FANTASÍA

Yo vi una flor brillante y colorada,
gloria y luz del vergel:
con matiz portentoso fué pintada
por divino pincel.
Gozaba embelesado sus reflejos,
su aroma, su color:
mis ojos fascinaba desde lejos
la peregrina flor.
Pero el encanto mágico deshizo
mi ambición infeliz:
quise admirarla más, palpar su hechizo,
comprender su matiz.
Y ¡ay! al tocarla ensangrentó mi mano
su tallo punzador;
y se trocó el deleite soberano
en sorpresa y dolor.

. . . .

Nobles anhelos en mi mente ardían:
todo entonces lo amé:

en un cielo de amor me sostenían
las alas de la fe.
Yo adoré esos fantasmas seductores,
gloria, esperanza, amor:
me hechizaron los mágicos colores
del prisma engañador.
Busqué do quiera con fervor profundo
la inspiración del bien:
amé á una niña angélica, y el mundo
me pareció un edén.
Brillaba en su mirar celeste y vago
su virginal candor,
como refleja en el cristal de un lago
del alba el resplandor.
Pero pronto advertí que como el mío
no era su corazón.....
No supo amar, y el dulce desvarío
huyó de mi ilusión.
¿Quién creyera jamás que la ternura
que juzgaba inmortal,
fuera sólo de efímera impostura
máscara celestial?

. . . .

Más tarde, en las lecciones de la vida
¡ay mísero! aprendí
que todo pasa en la veloz corrida
de un ciego frenesí;
que la malicia su imperiosa frente
levanta por doquier,
de falsa dicha hallando impura fuente
tan sólo en el placer.

. . . .

La ciencia de la vida es dura losa
que oprime á la razón.....
Volvedme mi ignorancia venturosa,
volvedme mi ilusión.
En un mundo infeliz llevar la carga
de abrumadora cruz,
eso es, no más, de la experiencia amarga
la decantada luz.

. . . .

. . . .

La flor que vió mi ardiente fantasía
es la fugaz *visión:*
la espina es la *verdad,* que, aguda y fría,
destroza el corazón.

POESÍAS LIGERAS

Y PENSAMIENTOS SUELTOS

EL AMOR DEL «GRAN MUNDO»

Cuando de tu beldad los resplandores
dieron fuego á amorosa idolatría,
¿quién, bella Inés, imaginar podría
que en el culto de tantos amadores
mentira y vanidad tan sólo había?

. . . .

Pero ¡oh dolor! al ángel venturoso
arrebata la muerte,
y aquel amor sublime y ardoroso
en hielo de improviso se convierte.
Aquellos que, rendidos á su imperio,
fervientes exclamaban: «¡te idolatro!»,
fueron por la mañana al cementerio,
y por la noche al baile ó al teatro.

Á UNA LINDA NIÑA

DE CATORCE AÑOS

¿A qué has venido, espíritu celeste,
en esta tierra mísera perdido?
¿No temes, ángel, que tus pies lastimen
de los hombres los ásperos caminos?
¿No temes que un perfume nos revele
la mansión inmortal donde has uacido,
que alce el aire tu velo, y de una estrella
luzca en tu frente el esplendor divino?

(Es traducción.)

EL CAZADOR

Á LAURA

¿No oyes, cual trueno que improviso estalla,
disparo horrendo que á lo lejos suena,
y turbando la paz de hermoso día.
el monte, el valle y el verjel atruena?
¿No ves el humo que se esparce leve,
formando vaga y cenicienta nube,
que en el cielo, deshecha y dilatada,
sobre las ramas de la selva sube?
¿No ves salir, volando, de sus nidos
á las tímidas aves que se azoran,
y, al ver caer herida alguna de ellas,
por el peligro de sus hijos lloran?
Huyen de aquel estrépito horroroso
que á todos amenaza con la muerte,
y el nido que era imagen de ventura,
de tristeza en imagen se convierte.....

Es que gozoso, el arcabuz en mano,
busca solaz el cazador sin alma,
y por dar rienda á su afición impía,
turba del campo la inefable calma.
¡Qué bárbaro placer! ¡Muerte traidora

dar al ave que adorna la enramada
y á las almas amantes embelesa
con su música dulce, no enseñada!
Jamás, Laura, mi mano herir podría
del aire á los simpáticos cantores
que alma, vida y rumor dan á las selvas,
y en su tierno cantar hablan de amores.
¿Y quién con grata y mágica armonía
no se deleita en regalar su oído?
¿Quién de su hogar el venturoso emblema
no ve del ave en el caliente nido?
¿Quién no siente consuelo misterioso
cuando la pena el corazón devora,
si escucha al ruiseñor, que en la floresta
los triunfos canta ó los desdenes llora?.....
¡Tan sólo el cazador!..... Vedle cual llega,
con su perro gallardo y anhelante,
sus víctimas sangrientas ostentando,
cual vencedor ufano y arrogante.....
No mires, Laura hermosa: á ti te afligen
de la espantosa muerte los despojos:
la vista de esas pobres avecillas
brotar hiciera el llanto de tus ojos.....
Amor, que es luz y esencia de la vida;
amor, que es la bondad y la ternura,
ni siquiera en los pájaros consiente
la imagen de esa muerte horrible y dura.
Cazar no quiero: el cazador no ama:
cuadran mal la ternura y la fiereza.
Más dulces horas pasaré á tu lado,
admirando tu ingenio y tu belleza.

Copenhague, Julio de 1848.

ISABEL.—COLÓN

Sólo encuentra Colón glacial desvío
si anuncia el mundo que en su mente asoma:
¡un mundo que ignoraban Grecia y Roma!
¡falaz ensueño, estéril desvarío!
Mas no desmaya: el genio y la conciencia
le incitan siempre en su glorioso empeño:
le dicen que aquel mundo no es un sueño
la fe, el arrojo, la piedad, la ciencia.....
Venció una Reina con potente mano
de tanta empresa obstáculo y azares:
brotó un mundo del seno de los mares,
y el mundo fué español y fué cristiano.

¡De Dios misterio profundo!
dos genios, en mar ignoto,
una mujer y un piloto,
hallaron un nuevo mundo.
Pero en inmortal unión,
de los dos la gloria brilla:
él se llamaba *Colón*,
y ella *Isabel de Castilla*.

MI REPÚBLICA

(TRADUCCIÓN DE BÉRANGER)

Me aficioné á la república
desde que vi tantos reyes.
Una he formado, y procuro
dotarla de sabias leyes.....
La bebida es su comercio:
es su código la risa,
su territorio mi mesa,
la libertad su divisa.
Hoy el Senado se junta.....
compañeros, copa en mano,
proscribamos el fastidio
por decreto soberano.....
¡Qué! ¡proscribir!..... Tal palabra
olvide nuestra ciudad:
no hay fastidio donde triunfan
regocijo y libertad.
Ésta del lujo se ofende:
sin lujo el contento vive:
no haya estorbo al pensamiento,
que así Baco lo prescribe.
Cada cual libre profese
el culto de su deidad:

es lícito..... hasta ir á misa:
lo manda la libertad.
  La nobleza es un abuso:
de abuelos nadie hablar debe:
¡títulos! ni aun al amigo
que más ríe ó que más bebe;
  y si alguien aspira al trono,
por tanta perversidad,
ahoguemos en vino al César,
salvando la libertad.....
  Pongamos nuestra república
de todo riesgo al abrigo;
mas al pacífico pueblo
asusta ya un enemigo:
  es Laura, que nos ofrece
de amor la felicidad:
reinar quiere, y es hermosa:
se acabó la libertad.

París, 1838.

SEGUIDILLAS

La dicha y la esperanza
son dos misterios;
muerte y vida, problemas
que no entendemos;
y en tal arcano,
como en mar sin orillas,
perdidos vamos.

—

En éxtasis divino,
niña inocente,
con tu amor me brindabas
gloria y placeres;
mas, sin saberlo,
en vez de miel me diste
mortal veneno.

LA ÚNICA IGUALDAD

Todo es diverso en la tierra,
forma, espíritu y colores:
almas, rostros, campos, flores,
no encontráis iguales dos.
Esa ley de lo creado
rige al orbe: desiguales
en los bienes y en los males
á todos nos hizo Dios.

Hay una igualdad tan sólo
que de todo mal consuela:
al pobre encumbra, y nivela
la vejez, la juventud.
Ante esa igualdad sublime
no hay súbdito ni monarca:
todo lo alumbra y lo abarca
la *igualdad de la virtud.*

Á LA GRAN ACTRIZ

ADELAIDA RISTORI

(Imitación de Lamartine.)

De Alfieri en nuestro espíritu derramas
la amarga hiel, las iras y el dolor,
y á las páginas mudas de sus dramas
das entusiasmo y luz, vida y color.
Das tu sangre á sus sombras altaneras:
tú logras ser su intérprete, su igual;
y al vivir con tu vida sus quimeras,
el genio os liga en vínculo inmortal.
El drama agitador encierra en vano
cuantos ecos da el alma á la pasión:
de él no brota el dolor sin que tu mano
las cuerdas venga á herir del corazón.
A España el Arno trágico te envía
de Alfieri el triunfo á compartir con él:
á él le hizo Dios *poeta*, á ti *poesía;*
la gloria os debe idéntico laurel.
Tus acentos de dicha ó de quebranto
sin júbilo ó dolor nadie escuchó:
lloramos, sí; pero antes ese llanto
de tu abrasado corazón salió.

Enero de 1856.

EL HUMO DE LA CABAÑA [1]

Me pides, bella condesa,
que te explique el humo leve
que sale de esa cabaña
y en la atmósfera se pierde.....
No ignoras que cada uno,
según su ilusión, entiende
los hechizos inefables
que cielos y tierra ofrecen.....
Al ver en graciosos giros
flotar la columna tenue
que en el aire con que juega
esbelta y gentil se mece,
para el artista ese humo
es un risueño accidente
del paisaje que retrata
con sus mágicos pinceles;
para el poeta, que sueña
con la ventura campestre,
del sosiego de estos valles
es la imagen inocente.

(1) Escrito á ruego de la señora condesa de B. y recitado en la ría de Deva. (Agosto de 1867.)

Yo, ni artista ni poeta,
en su silencio elocuente
miro un bello y triste emblema
de la condición terrestre.....
El aura que en la floresta
las ramas halaga y mueve,
y con invisibles alas
riza la mansa corriente,
En ignoradas regiones
parece que va á perderse;
mas no se pierde, lo guardan
de Dios las eternas leyes:
lo que es de origen divino
no puede morir, no muere.
Centro inmortal en el cielo
cuanto al hombre hechiza tiene;
lo que es bello, bueno ó grande,
allí nace y allí vuelve.

DON JUAN Y LA VENDEDORA

DE AMORES

(Imitación de Millvoye.)

—Compradme estos amores, caballero,
dulces aves que adora el corazón.....
Tengo aquí el amor *tímido*, el *celoso*.....
—No; de moda pasaron ya los dos.
—El amor *quejumbroso*?
—A los esposos
cuadra no más tan enfadoso amor.
—El amor *apacible*?
—No lo quiero,
que aún estoy en la edad de la pasión.
—El amor *venturoso*?
—Ese se duerme,
y del alma cansada huye veloz.
—Pues el amor *constante*?
—Ese no existe,
que de vejez y tedio ya murió.....

Véndeme el más gentil de tus amores:
sólo el amor *voluble* quiero yo.

París, 1837.

COLÓN

PENSAMIENTO DE SCHILLER

(*Steure, muthiger Segler!*....., etc.)

Sigue tu rumbo, osado navegante;
la frágil nave al Occidente guía;
no te arredre, en tu empresa temeraria,
ni el furor de la mar embravecida,
ni el vulgo, que se burla de tu ciencia,
ni la chusma, que tiembla y desconfía.
¡Siempre adelante!..... Un mundo misterioso
tu inteligencia espléndida adivina,
y Dios no quiere que del genio sean
los altos vuelos ilusión mentida.....
En ese ignoto piélago te espera
el mundo que soñó tu fantasía.
Existe, sí..... Pero si no existiese,
por influjo del cielo que te inspira,
para premiar tu arrojo sobrehumano,
del fondo de los mares se alzaría (1).

(1) Mèry reprodujo este último pensamiento en su drama *L'Imagier de Harlem.*

LA CARIDAD

AL RICO

¿Consentirás que hambre y frío
muestren su lívida faz,
de tu marmóreo palacio
en el espléndido umbral?
¿Dentro..... del festín las risas,
de la abundancia la paz;
fuera..... del dolor el llanto,
de la miseria el afán?.....
Da, rico, al niño lloroso
que hambriento y desnudo está;
da al anciano que perece
sin sustento y sin hogar.
Imán del amor divino
es del rico la piedad.....
Da al pobre pan y consuelo,
y premio *doble* hallarás:
Primero, el dulce contento,
que es fruto del bien obrar;
luego..... un tesoro más grande
que el que tú has podido dar;

Porque es Dios mismo el que premia,
y Él paga la caridad
con el tesoro infinito
de la ventura inmortal.

¡SI YO FUERA DIOS!

Es siempre ameno y curioso estudio de historia literaria comparar el diferente vuelo, carácter y forma que dan los poetas á una misma idea, según la índole y las cualidades psicológicas de cada uno de ellos. Hé aquí un ejemplo:

La exclamación *¡Si yo fuera Dios!*, que viene tan fácilmente á los labios de todo aquel que quisiera arreglar el mundo á su antojo y propia conveniencia, sería sacrilegio si se profiriese con grave intención y con dogmático espíritu, como de quien pretende *enmendar la plana* al Sér Supremo.

Según el ilustre historiador Zurita, el rey de Castilla Alfonso X (que en verdad dejó irrecusables testimonios de su acendrada fe y de su cristiana humildad) fué tachado «por algunos autores, y entre ellos el rey D. Pedro IV de Aragón, de ser tan insolente y arrogante, por la grande noticia que tuvo de las ciencias humanas y por los secretos que supo de la Naturaleza, que llegó á decir, en menosprecio de la Providencia y suma sabiduría del universal Criador, que si él fuera de su consejo al tiempo de la general criación del mundo, se hu-

bieran producido y formado algunas cosas mejor que fueron hechas, y otras ni se hicieran».

Con ser tan envidioso y de tan aviesa y perversa índole D. Pedro IV de Aragón, *el Ceremonioso*, no está probado que él fuese el primitivo inventor de aquella sandia y entonces transcendental calumnia. No hay rastro de ella en la crónica lemosina que escribió este monarca aragonés. Aventurados rumores y envenenadas hablillas contra los personajes que resplandecen por sus altas prendas y gloriosas acciones, han sido en todo tiempo pasto común de almas vulgares y malévolas. Repetida, como siempre acontece, por historiadores poco escrupulosos, la calumnia hubo de tomar tanto cuerpo y autoridad, que el sabio y religioso monarca castellano llegó á pasar en la opinión de la posteridad por escéptico y casi por hereje; como pasó y pasa todavía entre escritores extranjeros por *alquimista*, á causa de una superchería literaria (el libro de *El Tesoro*, escrito dos siglos después), cuando en realidad el rey Alfonso demostró en sus leyes aversión y desprecio á aquel insano desvarío. (Partida II, tít. V, ley 13; Partida VII, tít. VIII, ley 9.ª)

El erudito Marqués de Mondéjar, sin embargo de que en su época se había grandemente mitigado el rigor de las preocupaciones de pasados tiempos, tomó por lo serio la acusación contra la ortodoxia de Alfonso X (acusación tradicionalmente atribuída á D. Pedro IV, *el Ceremonioso*), y consagró un estudio especial á la refutación de la calumnia; dejando, con vigorosos raciocinios y abundantes da-

tos, limpia y acrisolada la gloriosa memoria del sabio y cristiano monarca de Castilla.

En el lenguaje común de la edad presente, la arriesgada exclamación ¡SI YO FUERA DIOS! no suele ser sino un inocente *modo de decir*, para expresar con facilidad y viveza los particulares deseos que cada cual abriga. En la pluma de los poetas la intención es todavía más sencilla é inculpable. La audacia es en ellos, no sólo legítimo fuero, según Horacio, sino además gala, primor y lozanía del numen.

¡Si yo fuera Dios! han exclamado varios poetas. Merecen citarse dos de ellos: *Víctor Hugo* y *Sully Prudhomme*, que goza en París de honrosa fama literaria y ha tomado asiento el día 24 de Marzo último, con grande aplauso, en la Academia Francesa.

El deseo de poseer la omnipotencia divina es en ambos un vuelo de poesía juvenil. En Víctor Hugo, una hipérbole *inconmensurable*, que, de puro romántica y extremada, cautiva la fantasía. En Sully Prudhomme, un elegante y delicado madrigal.

Las traducciones que á continuación ofrecemos no son literales: son fieles hasta el punto que pueden serlo traducciones de obras poéticas, si éstas han de pasar á otro idioma sin dejar absolutamente de ser poesía.

Á UNA MUJER

Si fuera rey, mi alcázar y mis joyas,
mi cetro de oro y mi corona augusta,
mis carrozas, mi pueblo prosternado,
mis ricas flotas, que la mar abruman.....

todo lo diera por la luz divina
de una mirada tuya.
Si fuera Dios, la tierra, el mar, el aire,
los misterios magníficos del caos,
la eternidad, los ángeles, los cielos,
los mundos, el infierno subyugado,
la luz, los astros..... por gozar tan sólo
un beso de tus labios.

(De Víctor Hugo.)

¡SI YO FUERA DIOS!

Si fuera Dios, ni vanidad, ni dolo,
ni envidia, ni pesar, ni muerte habría;
las lágrimas humanas fueran sólo
lágrimas de alegría.
Si fuera Dios, las mieses y las vides
dando por sí el sustento y la riqueza,
se cifrara el trabajo en nobles lides
de vigor y destreza.
Si fuera Dios, de ti, Laura querida,
el más puro y perfecto de los seres,
¿qué pudiera yo hacer?..... Bien de mi vida,
Dejarte tal cual eres.

(De Sully Prudhomme.)

DOS REALIDADES

AL FAMOSO CUADRO DE VELÁZQUEZ, «LA RENDICIÓN DE BREDA»,
LLAMADO VULGARMENTE «DE LAS LANZAS»

Ved y admirad *La rendición de Breda*,
obra inmortal de artista soberano;
absorta el alma al contemplarla queda,
cual alta gloria del talento humano.
Todo allí tiene *realidad* y vida;
aquel campo marcial todo lo abraza:
se ve gente gallarda y aguerrida
de la flamenca y la española raza.....
Con ademán magnánimo y piadoso
hacia Justino Espínola (1) se inclina,
y la actitud del héroe generoso
todo allí lo ennoblece y lo ilumina.
Esa es la *realidad* del sentimiento,
que brilla y triunfa en la gloriosa escena:
ese es del arte el mágico elemento
que mente y corazón de encanto llena.
Espíritu y materia van unidos.....
nadie del arte conquistó la palma

(1) Los caudillos de los dos ejércitos eran: del español, el *Marqués Espínola;* del flamenco, *Justino de Nassau*, hermano de Mauricio, insigne capitán de aquel tiempo.

sin que al dulce halagar de los sentidos
vaya antepuesta la emoción del alma.
  El espíritu espléndido y potente
es quien todo lo ensalza y lo acrisola;
por grande hechizo y propiedad que ostente,
no basta al arte la materia sola.

Madrid, 4 de Junio de 1899.

EL PRO Y EL CONTRA [1]

El Defensor del divorcio. — El Impugnador del divorcio

EL DEFENSOR

¡Divorcio! ¡Jamás ha habido
más peregrina invención!.....
¡Pues ahí es nada!..... ¡Qué dicha,
romper el vínculo atroz
que sujeta el albedrío
al fastidio y la opresión!
Casamiento sin divorcio
es el suplicio mayor
que pudo inventar la mente
de un Atila ó de un Nemrod.
Te casas: á los principios
la novedad, el amor
cubren de un velo tus ojos;
cada acerado eslabón
de la terrible cadena
parece una tierna flor,

(1) Escrito para el libro humorístico *El Pleito del Matrimonio*, publicado por los Sres. D. T. Guerrero y D. R. Sepúlveda.

y mirados con el prisma
de engañadora visión,
la mujer es una ninfa
y el marido un semidiós.
Mas pronto sueños y flores
el tiempo arrastra veloz,
asoman las realidades
que van del cansancio en pos,
y de las pasadas dichas
huye el velo seductor,
como las nubes doradas
que arrebata el aquilón.
Si Dios nos hizo voltarios,
¿qué culpa me tengo yo?
Dice el cónyuge que pierde
la constancia y el valor:
¿he de ser yo responsable
de que, móvil girasol,
hoy deje de amar el hombre
lo mismo que ayer amó?
Y si Dios así nos hizo,
¿no fuera injusto rigor
pagar, con toda una vida
de tormento y de expiación,
de una esperanza frustrada
y de un sueño el triste error?
Lo de *dos almas en una*
no pasa de una ilusión:
suele convertirse en hielo
aquel fantástico ardor,
y si el ángel de ventura
que nuestra mente forjó,

se torna en demonio ingrato,
atrabiliario y gruñón,
no basta á sufrir tal yugo
ni aun la paciencia de Job.
¿Puede haber dos voluntades
siempre al mismo diapasón?
Pues qué, ¿se arregla la vida
como se arregla un reloj?
Estudiad los matrimonios,
y de ciento no halláis dos
que no aflijan lucha amarga,
perpetua contradicción.
Pues si el divorcio responde
de infelices al clamor,
y si el divorcio cabía
en las leyes de Solón,
y en las modernas edades,
cual dogma libertador,
lo proclaman las doctrinas
de Fray Martín el sajón,
¿por qué no salvar al mundo
de aquel peso abrumador?
¿Por qué no hacer en las leyes
tan preciosa innovación,
redimiendo á los casados
del fastidio y del dolor?
¿No está en la ley del progreso?
¿No es casi una buena acción
separar dos aburridos
que el matrimonio cansó?

. . . .

El divorcio es el emblema

de la humana condición:
aras y estatuas alcemos
al que el divorcio inventó.

EL IMPUGNADOR

Yo de ese artero lenguaje
rechazo el falso esplendor:
son sofismas del impío
que en su soberbia olvidó
que el hombre romper no puede
los lazos que forma Dios.
De la cristiana cultura
es el divorcio baldón.
No para saciar antojos
nos dió vida el Hacedor,
mas para hacer lo que mandan
la conciencia y la razón.
¿Decís que el hombre es versátil?
pues por eso Dios juntó
con indisolubles lazos
sosiego, deber y amor.
Es vuestra ley del divorcio
la ley de la tentación
que mira audaz á los goces,
pero á los deberes no.
Si son hogar y familia
de la humanidad blasón,
nudo sagrado del mundo
que bendice el Hacedor,
¿cómo osáis tocar siquiera
á la bienhechora unión,
que es refugio de la vida
y de la virtud crisol?.....

Si asoman acaso en ella
la inquietud, el sinsabor,
si en las importunas sombras
de la humana imperfección
veis perder su brillo al fuego
que en el ara se encendió,
está en nosotros la culpa,
no en la santa institución.
Al apartarse las manos
que ley divina juntó,
caen y ruedan por el suelo
los jirones del honor;
y el hogar de los esposos,
cuando uno de ellos huyó,
queda triste como el nido
que abandona el ruiseñor.

. . . .

Decís que el divorcio es bueno
cuando engaña la ilusión,
cuando, al buscar la ventura,
hallando abrojo y no flor,
se deshace el áureo velo
que los ojos deslumbró.....
¡Ah, callad! Nunca se engaña
quien ve en la pura mansión
donde, unida á la ternura,
levanta el deber su voz,
no las falaces quimeras
de afecto insano y traidor,
no los fantasmas fugaces
de loca imaginación;
sino los sagrados goces .

en que fe, ternura, honor
mezclan sus rayos divinos,
formando un radiante sol
que el noble hogar ilumina
con tan dulce resplandor,
que, como celeste llama,
da consuelo al corazón.
¿Y no pensáis que á inocentes
el divorcio corruptor
lanza en un triste camino
de desdicha y confusión?
Sin duda olvidó á los hijos
quien el divorcio inventó:
sed padres tiernos y honrados,
y el divorcio os dará horror.
¿Al lazo que en la familia
es luz, fuerza y bendición,
y á la sociedad humana
da consistencia y vigor,
queréis señalar el plazo
del capricho ó la pasión?.....
El plazo es la vida entera:
así lo manda el Señor,
sólo así bendice el nudo
nuestra santa religión.
. . . .
Vosotros tejéis coronas
del divorcio al inventor;
en degradante picota
pusiera su nombre yo,
para entregarle del orbe
á la eterna execración.

POESÍAS VARIAS

AMOR IDEALISTA.—AMOR NATURALISTA

IDILIO

Romualdo y *Federico*, que eran gloria
de la sabia Academia salmantina,
cantar intentan su amorosa historia,
pulsando el arpa de Helicón divina.
En peregrinas prendas noble y rico,
era *Romualdo* soñador poeta:
también era gallardo *Federico*,
mas sus cascos no poco á la jineta.
Desdeñando los clásicos preceptos,
la falsa pompa, el vano circunloquio,
sin disfraz en los líricos conceptos,
así comienzan su gentil coloquio:

FEDERICO

Los héroes del amor eran pastores
en romana y helénica poesía:
contábanse, inocentes, sus amores,
tristes ó alegres, como Dios quería.
Vibra la lira ya con són distinto;
la inspiración del hombre no se estanca:
los zagales de Delfos ó Corinto
estudiantes serán en Salamanca.

Hoy nosotros no amamos en las cumbres
ni hay ninfas entre juncos y espadañas,
ni cuadra á nuestras cívicas costumbres
aquel amor de bosques y montañas.
Dejemos, pues, el pastoril idilio;
dejemos la zampoña sempiterna,
y con perdón de Mosco y de Virgilio,
hagamos un idilio á la moderna.

IDILIO

ROMUALDO

A Elisa hallé en la selva: dulce y grave,
su vista al firmamento dirigía:
en torno suyo el céfiro süave
las flores y los árboles mecía.
Desde entonces su rostro peregrino
es de mi vida el celestial lucero;
si ella no alumbra mi mortal camino,
ni á gloria aspiro, ni aun la vida quiero
Madonna de Fra-Angélico parece
con la expresión de un alma sin mancilla,
y entre doradas trenzas resplandece
la ebúrnea palidez de su mejilla.

FEDERICO

Era una tarde: en el *Jardín de Apolo*
dar con una modista fué mi estrella:
verse y jurarse amor fué un punto solo,
yo con pasión, y sin remilgos ella.
De juventud y amor haciendo alarde,
nos contamos alegres desvaríos,
y ¡oh impaciencia de amor! aquella tarde
se juntaron sus labios con los míos.

ROMUALDO

¡Cuán diferente, mi adorada Elisa!
Nobleza, honor infunde su mirada,
y vale más su angélica sonrisa
que los vulgares mimos de tu amada.
Jamás de amor la hablé; pero mi acento,
mi anheloso mirar, mi paz perdida,
le dicen que es mi solo pensamiento,
que en ella está la fuente de mi vida.
Siempre es mi Elisa de virtud ejemplo,
siempre divina luz brilla en su frente,
ya orando de rodillas en el templo,
ya socorriendo al mísero indigente.
Si es ángel ó mujer, parece arcano:
nada hay en ella de terrestre estigma:
semeja un sér etéreo y sobrehumano:
de celeste región místico enigma.

FEDERICO

Tu ninfa admiro pudorosa y casta,
pero no envidio tu celeste ensueño:
á mí tanto idealismo no me basta;
yo quiero ser de mi adorada el dueño.
Mi amor es luz, deleite y alegría;
tu amor es siempre vagarosa y triste;
yo palpo y gozo la ventura mía;
tú forjas un amor que aquí no existe.
En esa palidez no hallo embeleso;
la tez prefiero espléndida y lozana;
las mejillas de Inés, te lo confieso,
más que el marfil recuerdan la manzana.
Pero me gusta así; no soy poeta:
yo quiero la mujer viva y ardiente,

y mal comprendo la emoción secreta
de una mirada lánguida y doliente.
Es modista mi Inés, de humilde laya:
sólo hermosura á las mujeres pido,
y, en achaque de amor, duquesa ó paya,
muéstrome por igual, tierno y rendido.
Inés logra de hermosa los laureles;
sangre meridional corre en sus venas:
la Venus inmortal de Praxiteles
no la eclipsara en la ostentosa Atenas.

ROMUALDO

Jamás sintió tu pecho los latidos
del inefable amor que al cielo inclina:
la triste realidad de los sentidos
no es de ilusión la realidad divina.
¿Qué dicha te ha de dar esa bacante
que ignora la virtud? ¿quién te asegura
que ella podrá en su afecto ser constante
y convertir en culto su ternura?

FEDERICO

Ahora estoy de mi Inés enamorado;
mas el vaivén de amor no me contrista:
¿piensas que haya de ser tan desdichado
que no halle en su lugar otra modista?

ROMUALDO

¿Y á eso amor llamas?..... El sentir profundo,
el bien que al alma ensalza y extasía,
no calumnias así: nadie en el mundo
amó sin corazón ni fantasía.
Amor no es sensación: es sentimiento,
y el vértigo que pintas no me halaga:

ese delirio insano y turbulento
la mente ofusca, el corazón estraga.

FEDERICO

Mucho, amigo, de ti me diferencio.
Soñar y no vivir no me contenta:
á ti te cuadran soledad, silencio;
á mí sólo la vida y la tormenta.
Tu mística quimera es amor vano:
sueños no son amor, son sus reflejos;
¿puede ser, en verdad, amor humano
amar como las plantas..... desde lejos?.....
Si de la bella Inés, Romualdo, vieras
cerca de ti la provocante boca,
aunque austero Catón, pronto rindieras
á hechizo tal tu corazón de roca.

ROMUALDO

Si una mirada, Elisa te lanzara,
donde refleja el celestial reposo,
en tu epicúreo corazón brotara
luz de otro amor más grande y más hermoso.....
Profanando de amor el dulce nombre
buscar de torpe afecto odiosos frutos
no es, Federico, amar como ama el hombre;
es amar (no te ofendas) cual los brutos.
Con fe en el corazón y en el pensamiento
fijo en el sér que para siempre adoras,
son más dulces las horas del contento,
menos amargas del pesar las horas.
Dar no puede ventura, honor ni calma
el falso amor de la materia impura;

la dicha es triunfo del amor del alma.....,
amor que Dios bendice, amor que dura.....

. . . .

Cada cual á sus ídolos se aferra;
cada cual siga su ferviente anhelo:
vive tú con los goces de la tierra;
déjame á mí los éxtasis del cielo.

Deva, 28 de Julio de 1882.

DON QUIJOTE Y SANCHO

SONETO

Santa es de *Don Quijote* la locura!
Da al vil, castigo; al mísero, consuelo;
la tierra intenta convertir en cielo:
cifra en el bien la gloria y la ventura.
No sube *Sancho* á tan excelsa altura:
rasga, implacable, á la ilusión el velo;
ve en la tierra la *tierra*, y es su anhelo
que triunfen la verdad y la cordura.
Cada uno es rey en su inmortal esfera:
la *razón*, éste; aquél la *fantasía:*
y juntos son la humanidad entera.....
Verdad, justicia, fe: sublimes dotes,
¿do estáis? No sé; pero en la patria mía,
no nacen ya ni *Sanchos* ni *Quijotes*.

28 de Marzo de 1872.

EL PINTOR DEL CIELO [1]

APOTEOSIS

I

EL ARTE PAGANO Y EL ARTE CRISTIANO

¡Cuánto el Dios de Jacob se diferencia
de esos terrestres simulacros vanos
de artífices mortales,
cuyo precio mayor es la materia
de lucientes metales
que engendra Arabia ó la remota Iberia!

D. JUAN DE JÁUREGUI: *Exposición del salmo CXIII. (Códice antiguo.)*

Modelo augusto y nítido
de gracia y gentileza,
ostenta el arte helénico
su sin igual belleza:
con su rigor armónico
leyes al mundo da.
Brilla en su cielo espléndido
creadora fantasía:
¡Cuántas nobles imágenes!

(1) Nombre que suelen dar en Sevilla al grande artista *Bartolomé Esteban Murillo.*

¡Cuánta luz y armonía!
Todo el fulgor olímpico
en este cielo está.

—

Arte de Atenas mágico,
en tu beldad fulgura
cuanto es brillante símbolo
de la materia impura.....
El mundo siempre atónito
va de tu hechizo en pos.
Pero formó, en el vértigo
de tu arrogancia extrema,
cada pasión un ídolo,
cada gloria un emblema;
y en medio á tantos númenes
no hay en tu cielo un Dios.

—

Hay mil bellezas íntimas
que el arte griego ignora;
deleites del espíritu
que en su divina aurora,
cual luminosas ráfagas,
hizo brotar la cruz.
Tú naciste en el Gólgota,
del cielo desprendido:
arte sagrado y místico,
más alto es tu sentido,
más puras son tus máximas,
más fúlgida es tu luz.

—

Bacante osada y rápida (1),

(1) Alude á varios mármoles de la antigüedad que representan

con ademán lascivo
sigue festiva música.....
¡Cuán bella pinta al vivo,
con sus alegres ímpetus,
la humana tentación!
La Magdalena (1) en túnica
se envuelve, pobre y rota;
pero es su rostro escuálido
más bello, porque brota
de sus hundidas órbitas
la luz de la oración.

—

¿Veis los tormentos ásperos
con que Laoconte expira?
¿Qué son ¡ay! junto al tósigo
que en la expresión se mira
del mártir de los mártires
que pinta Rafaël? (2).
De aquel semblante pálido
llena el mirar profundo
de cielo y tierra el ámbito.....
Todo el dolor del mundo
y el perdón del Altísimo
cifrados van en él.

—

Gentil la ninfa dórica,
que en turba juguetona

---

danzas báquicas, y, entre ellos, á la *ménade*, arrebatada y descompuesta, de uno de los bajorrelieves paganos de la *Villa Albani*.

(1) La admirable estatua de Cánova.

(2) El cuadro de Rafael, conocido con el nombre de *El Pasmo de Sicilia*.

orló la frente cándida
con rústica corona,
del insolente sátiro
responde al torpe amor.
  Pero en su rostro frívolo
la dulce luz no brilla
de una mirada lánguida,
ni esmaltan su mejilla
con inefable púrpura
las rosas del pudor.

—

  De la Venus de Médicis
brota el deleite en torno:
subyuga el sesgo mágico
de su gentil contorno:
beldad más noble y mórbida
no halló el arte jamás.
  No hay duda: es forma espléndida
que absorbe y que fulgura.....;
mas ni un rayo purísimo
de celestial ternura,
ni un eco, ni una lágrima,
ni una ilusión detrás.

—

  ¡Qué diferencia! Elévase
pura, divina y tierna
la Reina de los ángeles
á la morada eterna (1),
y habla sólo al espíritu
la celestial visión.

(1) Alude al célebre cuadro de *La Asunción*, de Murillo.

Y exhala el alma un cántico
de mística alabanza;
que es su mirada un bálsamo,
su risa una esperanza,
y á la mansión angélica
se lleva el corazón.

—

De falsa gloria víctima,
no humilde, aunque vencido,
entre el clamor frenético
de un pueblo enardecido,
sereno, estoico, impávido,
expira el gladiador (1).
También cristianos mártires
mueren sin un lamento;
mas con orgullo bárbaro
no arrostran el tormento,
sino con santo júbilo,
con infinito amor.

—

Los portentosos mármoles
de Fidias peregrino
de los afectos íntimos
no saben el camino:
les ata en duros vínculos
la forma terrenal.
De arte más puro el éxtasis
sendas más altas sigue,
y en arranque fantástico
Miguel Angel consigue

(1) Alude al *Gladiador moribundo,* que se conserva en Roma.

salvar los pobres límites
de esta mansión mortal.
Ante el fulgor magnífico
que arroja el Vaticano,
brotan santos alcázares
del corazón cristiano,
y el arte inmenso y múltiple
ve otra aurora lucir;
y en la región itálica
cual un portento asoma
la ostentosa basílica,
lustre y honor de Roma,
que con el noble Acrópolis
se atreve á competir.

—

En esas artes rígidas
do el alma no se imprime,
llama de amor purísimo,
de caridad sublime,
de adoración extática
nunca brillar se ve.
No á los senos recónditos
del corazón se lanzan:
al cielo del espíritu
no ascienden.....; sólo alcanzan
á esa región altísima
las alas de la fe.

II

Feliz Murillo, con ellas
á esa región encumbrado,
en el manantial sagrado
bebiste la inspiración.
Por eso virtudes santas
alientan tu fantasía.
y llama de eterno día
te ilumina el corazón;
por eso entre tus rivales
es tu condición tan bella,
y en tus paredes se estrella
todo el humano vaivén;
por eso reina en tu pecho
del arte la altiva calma;
por eso ves con el alma
lo que los ojos no ven.
Vives en morada humilde,
pero sin afán ni susto:
de la gloria el sello augusto
se estampa en tu noble hogar.
Los ángeles te consuelan
cuando el pesar te acomete,
y tu pobre caballete
se transforma en un altar.....
Las fantásticas creaciones
que al alma dan gloria ó luto,
no son mecánico fruto
del aprendido saber.

A triunfos tan peregrinos
no bastan terrestres manos:
son los sublimes arcanos
de algún misterioso sér;
son seráficas visiones,
son raptos de amor intenso,
son de un horizonte inmenso
la inefable claridad;
son los ímpetus divinos
que al hombre arrancan del suelo;
son las dos puertas del cielo,
la *oración*, la *caridad* (1).
Tú das, monarca en tu esfera,
al mundo del arte leyes:
¿qué te importa que otros reyes
ostenten áureo dosel?
La suerte, para que acaten
sus decretos soberanos,
un cetro pone en sus manos.....
¡y á ti te basta un pincel!
Apeles y tú del arte
sois apóstoles divinos,
y aunque en diversos caminos,
alcanzáis eterna luz.
Él retrató los hechizos
que la materia reviste;
tú el espíritu encendiste
con los rayos de la cruz.

Deva, Agosto de 1862.

(1) Alude á los cuadros de Murillo *San Antonio en oración extática* y *Santa Isabel curando á los pobres*.

SIN ALMA

SONETO

Tienes alma glacial, bella María.
Por ello no te culpo: Dios lo hizo;
pero ¿qué es la beldad sin el hechizo
que infunden la emoción y la alegría?
Darte entusiasmo y fe..... ¡Vana porfía!.....
Tal desencanto mi ilusión deshizo:
yo jamás en mi mente divinizo
la olímpica hermosura, inerte y fría.
No eres coqueta, ni falaz, ni fatua,
y aunque tu rostro es bello y esplendente,
hiela al amor tu condición de estatua.....
A la beldad sin fuego nadie adora;
que nunca sentir hace quien no siente,
ni hace llorar á nadie quien no llora.

EN LA MUERTE

DE

ALVARO OZORES Y SAAVEDRA,

PRIMOGÉNITO DE LOS SEÑORES DE RUBIANES, MARQUESES DE ARANDA (1)

Aurora limpia y plácida
que el Hacedor bendijo,
fué tu existencia rápida:
el santo amor del hijo
fué la llama purísima
que ardió en tu corazón.
Con sus dardos mortíferos
tu joven fantasía
no hirió pasión maléfica:
del arte y la poesía
el embeleso mágico
llenaba tu ilusión.

Intactas tu alma cándida
lleva al cielo sus galas:

(1) Falleció á la edad de veinte años.
No hay hipérbole en lo que poéticamente digo de este admirable joven. No he conocido otro en quien resplandecieran más claramente la delicadeza de los instintos y la pureza de los sentimientos.

te vas cual ave alígera,
que, sin manchar sus alas,
cruza las ondas pérfidas
del tormentoso mar.
  Huyes con blanca túnica
de arcángel esplendente:
brilla una estrella mística
en tu serena frente.....
Y en tan celeste tránsito
¿cómo por ti llorar?

  ¡Feliz!!..... No fuiste víctima
de la mundana insidia:
no inquietaron tu espíritu
ni odio, ni amor, ni envidia;
ni de ambición el vértigo
tu dulce paz turbó.
  Fué tu vivir un éxtasis
de tu filial ternura;
aparición efímera
de un alma noble y pura,
vuelo de un sér angélico
que el mundo atravesó.

  Tal vez en triunfo espléndido
de los que anhela el hombre,
te esperaba el estrépito
de imperio y de renombre.....;
mas ¿qué importan los míseros
bienes que el mundo da?.....

Sequemos nuestras lágrimas:
no era aquí tu morada.....;
en los divinos ámbitos
de la mansión sagrada,
do reina eterno júbilo,
allí tu patria está.

Deva, 3 de Julio de 1881.

Á UNA INSIGNE CANTORA Y POETISA

DESPUÉS DE UN CONCIERTO

Aquí en el corazón, no en el oído,
aún vibran los acentos de tu voz:
¿cómo tenaz á mi memoria unido
puede vivir un eco que perdido
en las alas del viento huyó veloz?
Es porque sabes á la magia externa
mil hechizos fantásticos juntar,
y, altiva ó triste, juguetona ó tierna,
siempre la acción de la belleza eterna
se siente en tus acentos palpitar.
Por eso infundes mágico embeleso,
y, ardiendo en ira, en júbilo, en amor,
tu voz cautiva el corazón: por eso
queda en el alma estremecida impreso
el eco de tu canto seductor;
y ya *Rosina* (1), cuando astuta juega
con su ilusión en alas del placer;
ya *Margarita* (2), embelesada y ciega,
ó *Elisabet* (3), cuando á su amante ruega,
siempre te sigue el alma por doquier.

---

(1) *Il Barbiere de Seviglia.*
(2) *Fausto.*
(3) *Robert le Diable.*

¿Cómo avasalla así la fantasía
ese fugaz y peregrino són?
¿Dónde encuentras el llanto y la alegría,
y ese mundo de luz y de armonía
que siente al escucharte el corazón?
¿Dónde?..... En la hoguera mágica del alma:
del alma nace lo que al alma va:
no alcanza el arte la gloriosa palma
sin esa fuerza que enardece ó calma
el sacro fuego que en el alma está.
Gloria, fe, sacrificio, afecto, pena,
de todo corre tu talento en pos,
porque es tu mente, de entusiasmo llena,
noble eslabón de la inmortal cadena
que entre el cielo y la tierra puso Dios.
Si tú la cárcel mísera quebrantas
do encierra al alma nuestro sér mortal;
si este mundo no ves que está á tus plantas,
y á la región divina te levantas,
donde están lo infinito y lo ideäl,
es que los sueños místicos del arte
vanas quimeras para ti no son:
del alma entregas la divina parte,
y, éxtasis ó pasión, al inspirarte,
das tu aliento y tu sangre á tu ilusión.
No turbe nunca el cielo de tu vida
del infortunio el áspero huracán,
y por el arte y el amor mecida,
sólo te agite, en la ilusión dormida,
de un pecho amante el venturoso afán.
Arte y amor son rayos inmortales
que Dios de su corona desprendió;

único alivio á los terrestres males,
puro raudal de impulsos celestiales
que en pechos como el tuyo derramó.
  Y pues te ha dado Dios alma española,
brillante pluma y lésbico laúd,
sigue esa luz que abrasa y acrisola,
y siempre con su espléndida aureola
ornen tu frente el genio y la virtud.

Madrid, Abril de 1865.

VERDAD DE LA ILUSIÓN

Si hoy al raudal mi espíritu
de la ilusión se lanza,
y si aún evoca imágenes
de dicha y de esperanza
cansada el alma ya,
es que, al mirarte, olvídanse
tierra y perfidia y males;
que en tu belleza lánguida
de impulsos celestiales
grabado el sello está.
No es la belleza espléndida,
glacial, severa, adusta,
que en el mármol pentélico
trazó con mano augusta
de Fidias el cincel:
es la belleza angélica,
la mística hermosura
que en sus divinos éxtasis
soñaban con fe pura
Murillo y Rafael.
Ahora tu mente férvida
fugaces atraviesan

mil ensueños quiméricos
que animan y embelesan
tu joven corazón.
¡Quién levantara un ángulo
de ese dorado velo!
¡Quién contemplara extático
de tu radiante cielo
la espléndida ilusión!
Si alguien te dice tétrico
que el virginal tesoro
de esas visiones mágicas,
que esas nubes de oro
y ese mundo ideal,
son como luz eléctrica,
que fascina y abrasa,
exhalación efímera
que deja cuando pasa
de estragos la señal.....;
¡ay! no le escuches cándida:
teme que en el vacío,
como en sueño letárgico,
se pierda, inerte y frío,
tu alegre porvenir.
Piensa que ese hombre rígido
no sentirá un instante
con los hermosos ímpetus
de héroe, artista ó amante,
su corazón latir.....
Juzga que tiene el mísero
de la verdad la llave;
y hay verdades fantásticas
que él arrancar no sabe

de un mundo que no ve.
A los celestes ámbitos
su corazón no asciende:
por eso los magníficos
misterios no comprende
de amor y gloria y fe.
Si soñar es el bálsamo
del corazón que gime,
sueña, Enriqueta, y rápida
vé en pos de ese sublime
prestigio engañador.
De amor la luz volcánica,
de honor las nobles horas,
son sueños de los ángeles.....,
mentiras seductoras
que al alma dan calor.
Y ¿qué importa que crédulo
llame el mundo quimeras
á esos vuelos espléndidos
que alzan la mente á esferas
de eterna claridad,
si esas ardientes ráfagas,
si ese delirio insano
son los impulsos únicos
que en el tumulto humano
nos dan felicidad?.....
Si ese fuego que el ánimo
levanta y acrisola,
no prestase á las vírgenes
la fúlgida aurëola
de inocencia y de amor,
fueran verjeles áridos

sin flores y sin brisa,
fueran ojos sin lágrimas,
fueran labios sin risa
y astros sin resplandor.

Madrid, Julio de 1859.

LA DICHA VERDADERA

SONETO

Piensa, orgulloso, encadenar la suerte
diestro caudillo en la marcial refriega;
mas pronto el vuelo á su soberbia ciega
corta la envidia, cuando no la muerte.
Otro, más cauteloso ó menos fuerte,
de aplauso ú oro á la ambición se entrega;
llega el soñado bien, y amargo llega,
sin que del sueño de su error despierte.....
El que persiste en su afanar insano,
con ansia eterna devorando el alma,
la hora de ser feliz espera en vano.....
Puro y sereno hogar, sana conciencia,
trabajo, amor á Dios, virtud y calma
valen más que poder, renombre y ciencia.

Comillas, 1874.

Á SU ALTEZA REAL

LA INFANTA DOÑA MARÍA ISABEL

PRINCESA BENÉFICA Y PROTECTORA DE LAS ARTES

«Una princesa debe pensar, en sus acciones, que la está mirando todo el mundo.»
(*Palabras de la infanta D.ª Isabel.*)

Si alguien tal vez desde gigante cumbre
tiende la vista á contemplar el suelo,
del Sol le ciega la radiosa lumbre,
su vista ofusca el esplendente velo.
Así acontece en el afán mundano:
aquel dichoso á quien la suerte halaga
y lejos mira el infortunio humano,
sólo ve la verdad confusa y vaga.....
No tú, Isabel. Con ánimo profundo
tomas parte en los bienes y en los males;
pensar, sentir, amar, es en el mundo
la más hermosa ley de los mortales.
Si ornan regios blasones tu cabeza,
que eres del hombre hermana nunca olvidas:
privilegio que Dios en su grandeza
sólo otorga á las almas escogidas.

El *arte*, que el espíritu ennoblece;
la *caridad*, que el corazón abrasa,
cuanto al alma acrisola ó robustece,
deja un rastro de luz por donde pasa.
Brillan esas dos llamas en tu frente;
llamas de amor, de gloria y de armonía:
son en tu pecho la sagrada fuente
donde brotan la paz y la alegría.
Porque ama al infeliz, pone el consuelo
junto al dolor la Providencia santa:
te hizo mujer para sentir su duelo,
y para darle amparo te hizo Infanta.
El aplauso, el poder, la gloria, el oro,
el bien falaz de la exterior ventura,
¿qué son ante el magnífico tesoro
de una conciencia transparente y pura?
Ella tu fuerza, tu ilusión, tu gloria
es de la vida en la difícil prueba,
la luz que hará sagrada tu memoria
y el venturoso imán que al cielo lleva.
Del orgullo en el piélago perdidos,
otros á la materia dan la palma:
tú el esplendor que halaga los sentidos
no antepondrás al esplendor del alma.

Madrid, 13 de Mayo de 1882.

DESENGAÑOS

SONETO

¿Qué se hicieron el fuego y la alegría,
impulso y gloria de la edad temprana?
¿Qué fué de aquella espléndida mañana
que con su luz mi espíritu encendía?
Todo lo grande en mi ilusión cabía,
y, en los delirios de mi mente ufana,
yo vi en concordia la familia humana,
yo vi grande y feliz la patria mía.....
¡Ay! Mi ilusión fué el sueño de un demente.
No tardé en despertar: mi patria era
no admiración, ludibrio de la gente.
Vi, en vez de amor y paz, rencor de infierno,
y, hollada la virtud, reinar doquiera
perfidia, vanidad, dolor eterno (1).

La Granja, 30 de Septiembre de 1873.

---

(1) Aniquilaban á la sazón á España tres guerras civiles simultáneas, inclusa la de Cuba.

LOS TERREMOTOS DE ANDALUCÍA

(26 de Diciembre de 1884.)

LA CARIDAD

Si al labrador sorprende la tormenta,
vuela al refugio de su pobre casa,
y aunque el furor del cielo le amedrenta,
rezando espera, y la tormenta pasa.
¡Qué diferencia! Al retemblar el suelo,
al escuchar el súbito bramido
de subterránea convulsión, ¡qué hielo
embarga el corazón, de espanto herido!
No hay salvación; sobre sus fuertes hombros,
abierto el muro, el techo se derrumba;
cae revuelto en los míseros escombros,
y lo que era su hogar, es hoy su tumba.
Si en rotos montes el tremendo arcano
hoy se renueva del antiguo Averno,
caminos tiene el corazón cristiano
para aplacar las iras del Eterno.
La noble *caridad* todo lo alcanza;
de inmensos bienes manantial fecundo,

como un raudal de amor y de esperanza
bajó del cielo á iluminar el mundo.
¿Quién no se apiada?..... Vuestro acerbo llanto
ablanda al Dios que con nosotros llora;
si manda, en sus rigores, el quebranto,
próvido escucha al que con fe le implora.

. . . .

Dios hará, á nuestra voz, que se recobre
esa gente infeliz de tantos males;
del rico el oro, el óbolo del pobre
ante el trono divino son iguales.

8 de Enero de 1885.

LA VENIDA Á ESPAÑA

DE

S. M. EL REY D. ALFONSO XII

Para ser libres, hay que ser esclavos de la ley.

(*Sentencia de la antigüedad.*)

De nuestro duelo y míseras pasiones
aún mal cerrada la reciente herida,
cuando en suelo español la planta pones
no hallas, señor, la imagen de la vida.

El clamor de la cívica pelea
hoy con su hechizo tu presencia acalla;
pero aún la antorcha de la guerra humea,
aún resuena el fragor de la batalla.

Virgen, como tu pecho, tu corona,
del hado arrostra el huracán deshecho;
que da invencible fuerza á tu persona
el prestigio inmortal de tu derecho.

La patria heroica que en los campos lidia
en ti cifra su gloria y su ventura;

y han de triunfar del odio y la perfidia
tu noble instinto y tu conciencia pura.

¿No ves roca que impávida se ostenta
del piélago y del viento en los azares,
y, pasado el furor de la tormenta,
besar su pie las ondas de los mares?

Tú, Alfonso, sobre el mar de las pasiones
cual roca te alzarás, y tu diadema
será, para lección de las naciones,
de fe, de honor y de justicia emblema.....

No quiero en el poder reyes de un día,
que el vulgo arrastra como débil hoja;
los alza el huracán de la anarquía,
y luego el mismo viento los arroja.

Quiero un monarca, luminoso espejo
de aragonesa y castellana historia,
donde halle el español como un reflejo
de su alto nombre y de su antigua gloria.

Tú, que naciste en nuestro suelo amado,
nuestra alma ves y entiendes nuestro idioma;
estás la patria á sostener llamado,
que entre impiedad y angustia se desploma.....

Dejad vuestros sepulcros venerandos,
héroes y reyes de su estirpe clara;
volved á ser, Alfonsos y Fernandos,
firmes columnas del dosel y el ara.

Sombras ilustres, cuyo honor contemplo,
sobre las ruinas de la patria alzaos;
venid á dar con vuestro noble ejemplo
orden y luz al tenebroso caos.

Alfonso, aun sin la luz de la experiencia,
mira sereno vuestra frente adusta:
el alma puesta en Dios y en la conciencia,
de la corona el peso no le asusta.

No ciega el fausto del augusto armiño
al que lleva glorioso vuestro nombre:
en él se juntan el candor del niño
con la entereza y la razón del hombre.

Piensa en la condición de los mortales:
juzga los hechos con la paz del sabio;
y al contemplar nuestros pasados males,
recuerda la lección, mas no el agravio.....

Igualdad, libertad, orden, justicia,
problemas no han de ser para un monarca:
siempre en la *ley* se estrella la malicia,
y esta fuerza inmortal todo lo abarca.

Rayo la libertad de excelsa lumbre,
fué un secreto recóndito y profundo,
hasta que Dios, del Gólgota en la cumbre,
prenda de amor, lo revelaba al mundo.

No es, no, la furia desgreñada y loca
que blasfema, frenética, en las calles,

y mancha y rompe cuanto ciega toca,
como el torrente asolador los valles.

La libertad, divino privilegio
que ennoblece el palacio y la cabaña,
y al pobre humilde y al magnate egregio
de gloria y dignidad la frente baña,

no es la mentida libertad que oprime,
cuando gloria del orbe se proclama;
es el numen que ampara y que redime,
é infunde del honor la noble llama.

Esa es la libertad que el pueblo ansía,
la libertad con Dios y con las leyes;
la que da paz, riqueza y alegría;
la que hermana á los pueblos con los reyes.

¡Cuántos desastres, con la luz del cielo,
un rey prudente á remediar alcanza!
Tú abrigas del deber el noble anhelo;
tú eres el porvenir y la esperanza.

Tú serás de tu pueblo juez y hermano,
y cuando Dios la paz nos restituya,
valiente, afable, religioso, humano,
del pueblo el alma vivirá en la tuya.....

Hoy que la enseña de tu nombre ondea,
cual astro que fulgura en el espacio,
libre, puro, feliz, tu pueblo vea
un padre en ti, y un templo en tu palacio.

En tus nobles propósitos confía;
la ciencia del reinar no te acobarde;
Dios, manantial del bien, tu mano guía,
y para hacer dichosos nunca es tarde.

Á CALDERÓN

Si hoy levantases tu gloriosa frente,
¿dónde hallaras los ínclitos dechados
de aquel pueblo creyente y generoso
que retrató tu ingenio soberano?.....

Como el romano que, tras larga ausencia,
no hallando á Roma en Roma, contristado,
vertió, al verla sin héroes y sin dioses,
sobre la patria muerta acerbo llanto,
así tú, Calderón, en vez de un pueblo
de artistas, caballeros y soldados
hallaras otras gentes, otros usos,
sin norte el alma, y en revuelto caos
los númenes sagrados que otro tiempo
dieron á España prepotencia y lauros.

Sin duda vieras con sorpresa y gozo
de la *eléctrica* fuerza los milagros;
luz, *són*, *vapor*..... de la materia el mundo
á la ciencia del hombre subyugado.....

Mas ¿dónde están los sueños ideales,
fuente de amor, de gloria y de entusiasmo,

ni qué ha de ser de la materia el triunfo
con los bienes del alma comparado?.....

Tú nunca, cual osados Prometeos,
robar quisiste al cielo sus arcanos:
la cruz con sus fulgores fué tu guía,
y dió á tus versos su vigor sagrado.....
Más feliz que nosotros, de la duda
no hirió tu pecho el venenoso dardo:
Dios, la virtud, la patria, la justicia
á tu potente genio le bastaron.

No triunfaran los ciegos desvaríos
por la soberbia ó la maldad forjados:
en el vaivén eterno de la vida
el mal y el bien batallan; pero al cabo
siempre el error en la verdad se estrella,
como en inmóvil roca el mar airado.
Benigno Dios depositó en tu pecho
el venero del bien: de allí brotaron
con fuerza y luz tus héroes inmortales,
de lo bello y lo grande emblema santo;
de allí tus filosóficas lecciones,
tu grande aliento y tu decir gallardo.

En las nobles quimeras de tus dramas,
Segismundo, *Don Juan*, *Crespo*, *Cipriano* (1),
cuanto es hermoso y puro y verdadero,
con mágico buril está grabado.....

(1) *La vida es sueño, El pintor de su deshonra, El Alcalde de Zalamea, El mágico prodigioso.*

Viven y vivirán. Pasan las sombras
de falsa ciencia y de dolor amargo;
pero no muere nunca lo que lleva
la luz divina al pensamiento humano.
Cien reyes con su pompa y poderío
como lucientes ráfagas pasaron,
y tú, humilde soldado y sacerdote,
el orbe miras á tus pies postrado.

No eres sólo español: dan luz al *mundo*
de tu sublime inspiración los rayos,
y honor y prez del *mundo* te proclama
la humanidad entera con su aplauso.....

Siempre serán tus obras inmortales
de gloria y de virtud luciente faro,
y donde suene el habla de Cervantes,
donde palpite corazón cristiano,
del arte el cielo ostentará tu nombre
de palmas y de estrellas coronado.

1873.

EN MEDIO DEL ATLÁNTICO

Emblema fiel de la soberbia humana,
sigues, pobre bajel, tu rumbo audaz,
y eres, aunque gigante y poderoso,
punto perdido en el inmenso mar.

En tu ciencia y tu arrojo no confíes,
ni en tus alas de lona y de metal;
si la deja de Dios la augusta mano,
¡ay de la nave que arrogante va!

Que Él no te salve del oculto escollo,
ni del rayo en la recia tempestad,
ni al incendio que llevas en tu seno
límites ponga y freno el huracán;

y el insondable abismo de los mares
bajo tu quilla errante se abrirá,
y en vez de nave osada y ostentosa,
féretro inmenso y lúgubre serás.

Exhalarán los míseros que llevas
el ¡ay! horrible del postrer afán;

voz de la muerte, aterrador gemido
que ningún ser humano escuchará.

Casi al instante el remolino undoso
las inconstantes olas borrarán,
y ¡quién el lance infausto sospechara
del golfo al ver la aleve majestad!

A veces son las apacibles ondas
de estragos mil la máscara falaz,
cual suele en labio femenil la risa
ser de impostura y de traición señal.

Así es el mundo: afectos y memorias
borra del tiempo el ímpetu voraz.....
Si á la espléndida nave el mar sepulta,
¿quién en mi obscuro nombre pensará?.....

Allá en el seno de mi hogar amado
lágrimas de dolor derramarán;
pero ¡ay!..... del mundo halagador el soplo
pronto el piadoso llanto secará.

Á bordo del *steamer* angloamericano *Franklin*, 15 de Mayo de 1854.
Naufragó el *Franklin* al siguiente viaje.

UBIARCO

(EN LA COSTA CANTÁBRICA)

Rudo breñal, no mágicos alcores,
ves de este monte en el abrupto seno;
bruma, en lugar de resplandor sereno;
árgomas tristes en lugar de flores.
No oyes la voz de amantes ruiseñores,
ni alegres cantos en pensil ameno:
Dios habla sólo en el fragor del trueno
y en el furor de vientos bramadores.
Pero estos riscos donde el mar se estrella,
donde nada hay risueño ni süave,
con su hechizo inmortal el cielo sella.....
Dulce ó terrible, misteriosa ó grave,
Naturaleza es siempre grande y bella
para el que amarla y comprenderla sabe.

23 Agosto 1873.

A S. M. EL REY ALFONSO XII

Á SU REGRESO DE LA GUERRA DEL NORTE

Bendiga Dios este día
en que, tras sangrienta lid,
entras, Alfonso, en Madrid
con la paz y la alegría.

Si de la grey rebelada
ruge el huracán sañudo,
el monarca corta el nudo
con el filo de la espada.

Civil contienda en verdad
mancha el corazón, las manos:
son las guerras entre hermanos
baldón de la humanidad.

Mas triunfas, y en tu bandera
el perdón todo lo abarca;
bajo el manto de un monarca
cabe la nación entera.

Del cetro aumenta la prez
al ser tú, cual rey-soldado,
de tu pueblo denodado
hermano, caudillo y juez.

Amas su ardor, su heroísmo:
te dice tu corazón
que el amar á tu nación
es como amarte á ti mismo.

Ya que Dios al bien te inclina,
pon con fuerza soberana
la mano en la ley humana,
el alma en la ley divina.

No más el acero vibre;
de Dios el rigor se ablande:
con ser bueno, serás grande;
con ser justo, serás libre.

Firme y triunfante se ve
el trono de tus mayores:
haz vibrar los resplandores
de la virtud y la fe.

Sin la religión, las leyes
van de la discordia en pos:
el pueblo que no ama á Dios
no sabe amar á sus reyes.

Hoy que el mundo se desquicia,
sólo enfrenan la maldad,

en los pueblos la lealtad
y en los reyes la justicia.

Se juntan oliva y palmas
hoy ante tu augusta faz;
reina en los campos la paz,
reine también en las almas.

Demuestra que puede un rey,
como padre entre sus hijos,
darnos, tras males prolijos,
culto, patria, unión y ley.

———————

RUSIA Y POLONIA [1]

Polonia despierta simpatía universal, no como pueblo rebelado, sino como nacionalidad oprimida.

Dios un sello inmortal graba en la frente,
como á cada individuo, á cada raza;
y en la historia con brazo omnipotente,
rumbo, ley, gloria y porvenir le traza.

Nación de su renombre guardadora,
cifra en su propia vida su grandeza;
ser del suelo natal reina y señora
es el timbre mayor de su nobleza.....

De Polonia las glorias se nublaron,
y, en su infortunio, audaces extranjeros
sus palpitantes miembros destrozaron,
cual presa inmunda buitres carniceros (2).

---

(1) Cuando fué escrita esta composición (1863) había estallado en la Polonia rusa una vasta conspiración. Varsovia y otros puntos eran teatro de sangrientos actos de represión por parte del ejército ruso.

(2) Alude á la partición que en 1795 se hizo de la Polonia, entre la Rusia, el Austria y la Prusia.

Pero los ayes de la patria escucha,
viendo arrollar su religión, sus leyes;
y ofrece al mundo en la sangrienta lucha
dura lección de pueblos y de reyes.

Ante ese instinto altivo y generoso,
Moscovia ilustre, tu furor se ablande;
si hoy grande con tus fuerzas de coloso,
con libertad y amor serás más grande.

Dios su justicia y su piedad te inspire;
quiebra tú misma el degradante yugo:
Polonia te amará cuando en ti mire
un amigo, un hermano..... y no un verdugo.

¿Qué le importa tu espléndido hemisferio?
Quiere en su propio hogar vivir modesta,
y el esplendor rechaza de un imperio
que honor, ventura y libertad le cuesta.....

¿No te mueven sus ímpetus sublimes?
¿Por qué de luto sus comarcas llenas?
Prende esas almas ínclitas que oprimes
con vínculos de amor, no con cadenas.

Teme del siervo la aparente calma;
Por más que tu poder sus rayos vibre,
ese pueblo oprimido tiene un alma,
y siempre para odiarte será libre.

Oye, clemente, de la Europa el ruego;
no te alucine el triunfo en la batalla:

un monte oprime subterráneo fuego,
y el fuego rompe y el volcán estalla.

Polonia es para ti dormida fiera;
parda nube que anuncia la borrasca;
potro impaciente que romper espera
el freno odioso que en silencio tasca.

De eterna rebelión la llama oculta
arde en su seno que tu gloria irrita;
tu ley la mancha, tu perdón la insulta.....
Nunca será Polonia *moscovita*.

NAPOLEÓN —AZARA (1)

«Sólo la fuerza será admirada: vencer en los combates, subyugar naciones, arrebatar los despojos de un sinnúmero de hombres sacrificados, será considerado como la cumbre de la gloria humana..... Alcanzará el nombre de *conquistador* y será mirado como un dios, como el amparo de la humanidad, quien con más justicia debiera ser llamado azote y exterminador de los hombres.»

(EL ÁNGEL SAN MIGUEL EN *El Paraíso perdido*, de Miltón.)

«Dios nos ha dado dos alas para volar á él: el amor y la razón.»

(PLATÓN.)

I

Cuando se juzgue lo que llama *gloria*
de los hombres el mísero vaivén,
no en los inciertos juicios de la historia,
que al fin juicios humanos son también,

---

(1) Parece excusado advertir que no intenta el autor contraponer entre sí los nombres de Napoleón y de Azara en la esfera de la gloria histórica absoluta. Los presenta aquí únicamente como emblemas: el uno, de los sangrientos estragos de la ambición injusta é inhumana; el otro, del bienhechor espíritu de quien busca ante todo el triunfo de la razón y de la justicia.

Napoleón asombró y trastornó al mundo con su audacia, con su temeraria ambición, con su alma implacable y con su maravilloso genio militar. Su gloria, aunque por lo estéril y dañosa para los pue-

sino en el fallo augusto que destina
á este mundo el eterno tribunal,
cuando, á la luz de la verdad divina,
reciba el hombre el galardón final;

---

blos civilizados ha llegado á ser poco simpática en los modernos tiempos, será imperecedera en la historia.

Don José Nicolás de Azara, Marqués de Nibbiano, Embajador en Roma desde el tiempo de Carlos III, insigne cultivador de las letras y generoso protector de las artes, de tal suerte supo granjearse la consideración pública de la capital romana y el aprecio del Sumo Pontífice, que le fué dado prestar con su pericia y habilidad diplomática un servicio eminente á los Estados de la Iglesia. A ellos se acercaban las huestes terroristas de la Revolución francesa, y sonaba con espanto en el Vaticano el nombre de *Napoleón Bonaparte*. Ocurre al venerable Pío VI enviar á Bonaparte un emisario de grande autoridad, para recabar de él, si era posible, que detuviese su marcha en nombre de la paz, y escoge á Azara para que, invocando la religión y la justicia, desempeñe una misión tan ingrata, y cuyo éxito era, en verdad, inverosímil.

Animoso y lleno de fervor por la causa de Roma, Azara se encaminó al campo de Lodi; y arrostrando grandes obstáculos y peligros, llegó al cuartel general del conquistador, y, con firmes y valederas razones, logró quebrantar en el ánimo del caudillo su propósito de invadir á Roma, siguiendo en ello apremiantes instrucciones del Directorio.

Después de arduas conferencias, el armisticio de Bolonia dió el triunfo á los argumentos de Azara, y el ejército francés tomó otro rumbo en su devastadora carrera.

Inmenso fué el entusiasmo que en favor de Azara produjo en Roma el fausto desenlace. El Senado romano lo recibió en el número de sus 60 patricios (para lo cual dispensó el Papa la ley de extranjerismos), acordando al propio tiempo la acuñación de una medalla para honroso recuerdo. Todos consideraron aquel hecho como un señalado triunfo pacífico de la habilidad diplomática.

Más adelante, el haber sido Presidente del Congreso de la célebre *Paz de Amiens*, destinado á ajustar la paz general, contribuyó á aumentar la nombradía de *Pacificador*, que ha conservado en la época moderna, á pesar de que, en aquellos tiempos de turbación europea, no fué siempre Azara afortunado en sus negociaciones internacionales.

El autor de los versos escogió al ilustre Azara (hoy casi olvidado) meramente para simbolizar el tipo.

así hablarán dos almas, que en la tierra
tuvieron alta y desigual misión:
de una fué la divisa *gloria y guerra;*
de la otra fué el emblema *paz y unión.*

II

EL CONQUISTADOR

Yo fuí de un siglo incrédulo é impío
árbitro, azote, vengador y juez,
y en conquistar renombre y poderío
cifré mi dicha, mi ilusión, mi prez.
Placer y amor y júbilo y sosiego
al mundo que humillaba no pedí;
que me abrasaba en mi delirio ciego
de fama y de dominio el frenesí.
El vuelo de mi mente soberano
quise elevar sobre la humana esfera;
no fué el hombre mi igual, no fué mi hermano;
sólo instrumento de mis sueños era.
De mando y de conquista el ansia ardiente
cortó á mi caridad las nobles alas;
miré, al lidiar, con ojo indiferente
los estragos del hierro y de las balas.
Me gocé de la muerte en los despojos;
nada de humano en mi delirio había;
una ciudad ardiendo era, á mis ojos,
alegre antorcha de la gloria mía.
No respeté, del triunfo en la demencia,
ni hogar, ni ley, ni tradición, ni fe;

ahogué en un mar de gloria mi conciencia,
y cuanto adora el hombre profané.
Mi renombre inmortal entre las gentes
brilló como la lava del volcán;
sonó como el rumor de los torrentes,
y corrió como corre el huracán.
Quiso borrar el fuego de mi alma
cuanto legara el genio á mi memoria;
robé á Alejandro su gigante palma,
de Carlomagno obscurecí la gloria.
Soñé el imperio universal: al mundo
subyugar quise como á vil rebaño.....
Vivir no pude en mi dolor profundo
cuando llegó la luz del desengaño.

III

EL DIPLOMÁTICO

Yo de las armas al violento empuje
no quebranté ni un trono, ni un altar;
mensajero de paz, yo no introduje
ni horror ni llanto en el tranquilo hogar.
No aspiré nunca, hollando á las naciones,
á lograr los aplausos de la historia;
yo preferí tener por mis acciones
más sosiego en el alma y menos gloria.
De las letras seguí las nobles huellas:
paz, consuelo y solaz su estudio ofrece;
las ciencias cultivé, porque vi en ellas
luz que ilumina y fuerza que engradece.

Á los reyes hablé nobles verdades;
la razón y el amor fueron mi guía;
así logré juntar las voluntades
que el interés ó el odio dividía.
Yo no busqué la fama de los nombres
como se busca en el tumulto humano;
y si fuí conocido entre los hombres,
fué por el bien que dispensó mi mano.

IV

A humana vista columbrar no es dado
cuál será de estas almas la sentencia;
dónde alcanza el rigor de Dios airado,
dónde el límite está de su clemencia.
Él pesará en su rígida balanza
los crímenes del genio y la ambición;
que si el mundano error les da alabanza,
ante el trono de Dios crímenes son.
Y ¿quién merecerá mayor corona?.....
¿Quién siembra paz? ¿quién al rencor incita?
¿quién se venga inflexible ó quién perdona?
¿quién prodiga la sangre ó quién la evita?

Madrid, Mayo de 1853.

Á S. A. R.

LA SEÑORA

INFANTA DOÑA MARÍA DE LA PAZ

Que presentó primorosas obras de su mano en la Exposición de Acuarelas de 1881.

Tú, que logras honrar tu excelsa cuna
del pincel con la magia seductora,
sabrás si te alza á un trono la fortuna,
glorias unir de reina y de pintora.

Si hay embeleso en la grandeza humana,
si el oro encumbra y la hermosura hechiza,
si la ambición con el poder se ufana.....
el genio de las artes diviniza.

Para vivir del mundo en la memoria,
del arte estudia las divinas leyes:
tú no ignoras que el templo de la gloria
vale aún más que el alcázar de los reyes.

Madrid, 9 de Enero de 1882.

A SAN FERNANDO

CUANDO IMPLORABA EL FAVOR DE LA SANTA VIRGEN
PARA LA CONQUISTA DE SEVILLA (1)

SONETO

Cielos y tierra abarca con su manto
la que tu brazo en las batallas guía;
tuya será la flor de Andalucía,
tú infundirás á la morisma espanto;
que esa Madre que enjuga nuestro llanto,
cuando su amparo tu fervor pedía,
en tu esforzado espíritu encendía
del héroe el fuego con la fe del santo.
De glorias y virtudes en la cumbre,
héroe, *monarca*, *santo*, á ti desciende
de tres coronas la divina lumbre.....
¡Feliz el rey que ante su Dios se inclina!
¡Feliz el vencedor que no comprende
la gloria humana sin la luz divina!

---

(1) Con motivo de la restauración de la capilla de la *Virgen del Valme*, labrada por el rey San Fernando. (Junto á Sevilla.)

LA ESPERANZA

BALADA

Es nuestra vida borrascosa lucha
de bien y mal, de gozo y de dolor:
el más feliz en su interior escucha
el eco de un afán devorador.
Sueña el hombre perder fama, opulencia;
sueña galas y triunfos la mujer:
todos llenan y amargan su existencia
con quimeras de orgullo ó de placer.
Piensan que el falso bien por que hoy suspiran
mañana arrancarán del porvenir;
mas vuela el tiempo, y pasa, y nunca miran
de ese ansiado mañana el sol lucir.
Y si tal vez la copa de ventura
prueban, que el blanco fué de su ambición,
remordimiento ó saciedad impura
halla sólo en el fondo el corazón.
La realidad nuestro delirio calma:
sucede luego al júbilo el pesar:
la ilusión que se sueña hechiza el alma;
la ilusión que se toca hace llorar.

Y si en la humana esfera nadie alcanza
las dichas mil tras que perdido va,
¿cómo no comprender que es la esperanza
el reflejo de un bien que aquí no está?
¡Ay! esa luz que nos alienta y guía
la senda de la vida al recorrer,
de un venturoso, eterno y claro día
no es más que el indeciso amanecer.
¿Y en dónde existe, me diréis ahora,
de la ventura el insondable mar?
¿En dónde hallar la antorcha de esa aurora?
Nuestra insaciable sed ¿dónde apagar?.....
¿No os sucedió jamás en la mañana
mirar de un lago en el cristal azul
pasar risueña nube de oro y grana
vaga y flotante como leve tul,
y al ver su forma y sus perfiles rojos
retratarse del lago en el cristal,
involuntariamente alzar los ojos
para admirar el bello original?
Pues bien, haced lo mismo en vuestra mente
que en ese lago que os recuerdo aquí:
¿queréis de la esperanza hallar la fuente?
Mirad al cielo y la veréis allí.

Madrid, 30 de Marzo de 1851.

LA FRÍVOLA Y LA MODESTA

SONETO

No lo puedo negar: hermosa eres;
con tu esplendor la vista se alboroza;
pareces, reclinada en tu carroza,
la diosa del contento y los placeres.
Elena no da envidia á las mujeres,
ni altiva y vana en dominar se goza;
con falso amor las almas no destroza;
vive en la soledad, donde tu mueres.
Tú sirves al deleite, ella al ejemplo;
ella ve flores donde ves abrojos;
tú eres luz del festín, ella del templo.
Tú brindas la tormenta, ella la calma;
tú hablas sólo al orgullo y á los ojos;
ella cautiva para siempre el alma.

POESÍAS

DE SENTIDO MORAL Ó PIADOSO

EL CIELO Y LAS ESTRELLAS

Á UN ESCÉPTICO

Mira en noche serena el alto cielo:
el secreto de Dios allí está escrito:
verás que es vano tu ambicioso anhelo
de comprender lo eterno y lo infinito.

Acorta el vuelo á tu arrogancia impía:
juzgar no puede humano pensamiento
ni adivinar osada fantasía
el prodigio eternal del firmamento.

Con óptico cristal, que el orbe mira,
ve el sabio, á miles, las sidéreas moles;
¡y aún hay detrás de lo que absorto mira
series sin fin de mundos y de soles!

Doquier la luz de Dios brota á raudales,
y cuando el cielo ingente contemplamos,
¡cuán pequeños parecen los mortales,
y aún el terrestre globo que habitamos!.....

Invoca á la *razón* siempre el impío,
mientras, sordo al clamor de la conciencia,
juzga norma infalible el desvarío
de su orgullosa y temeraria ciencia.

¡Triste *razón*, menesterosa y varia
que en su soberbia y su ambición delira,
sin aprender la humanidad voltaria
que la verdad de ayer es hoy mentira!.....

No hay audaz pensador que no se atreva
dogmas á dar de estrépito y renombre:
cada estéril esfuerzo es una prueba
de la impotente vanidad del hombre.

¿Quién infunde en el alma el juez severo
que el bien y el mal certero nos advierte?
¿Quién nos dicta del mundo en el sendero
las leyes de la vida y de la muerte?

¿Por qué nace el mortal y en lucha existe?
¿Por qué siente, odia y ama..... ¿Quién lo sabe?
De ese misterio inescrutable y triste
sólo Dios tiene la tremenda llave.

Ese es del cielo el insondable arcano
que nuestra mente mísera no alcanza.....
¡Respeto y paz!..... Las fuerzas del cristiano
se cifran en la *fe* y en la *esperanza*.

A quien de Dios la esencia contradice,
ese cielo inefable, que él ignora,
con su elocuente majestad le dice:
«Rinde tu orgullo, póstrate, y adora.»

Diciembre de 1893.

LA MUJER Y EL LIBRO

¿No ves esa mujer, que á ti se llega,
brotando amor su celestial sonrisa?
Un tierno corazón, que al tuyo ruega,
al través de sus ojos se divisa.
Ni aun mirarla te dignas..... La lectura
de un libro engañador te absorbe el alma,
y acoges la efusión de la ternura
con humillante y desdeñosa calma.
Ante esa ciencia nebulosa y fría
no late ya tu corazón helado:
pospones á la ciega fantasía
la dulce realidad que está á tu lado.
Del humano saber en arduas lides,
gloria es dar luz al mundo tenebroso:
es hermoso el *pensar;* pero no olvides
que el *sentir* es más grande y más hermoso.

AVISOS FUTUROS

Á MI HIJO ENRIQUE, DE EDAD DE SEIS MESES

Angel consolador, que no percibes
la virtud, ni el error, ni el bien, ni el daño,
y en medio del tumulto y del engaño
estás viviendo sin saber que vives.
Tu tierna infancia á meditar convida.
No hay para ti tormentos ni pesares;
más ¿cuál será tu suerte en los azares
del porvenir incierto de la vida?
De Dios sólo el designio soberano
da en la tierra la gloria y la ventura.
No hay más que sombras en la edad futura:
cada existencia humana es un arcano.
Mi paternal anhelo, vida mía,
por verte honrado y grande al cielo invoca.
Dios la dicha te dé..... sólo me toca
del bien en el sendero ser tu guía.

. . . .

. . . .

No entres de la soberbia en el camino
con los que están con la razón en guerra;

son míseros juguetes del destino,
y se juzgan los dioses de la tierra.
Ante la ciencia escéptica é impía
que desconoce á Dios, no te acobardes:
contra la luz que á la conciencia guía
no triunfan sus maléficos alardes.
Nada es el alma: la materia es todo
para quien vive en terrenal miseria:
para él no hay ilusiones..... De este modo
piensa el esclavo vil de la materia.
«Sólo es verdad lo que á gozar provoca,
»lo que deleite y júbilo respira,
»lo que brinda el placer, lo que se toca;
»lo demás es demencia y es mentira.»

. . . .

Quien á esfera ideal jamás se encumbra,
ver no puede en su espíritu infecundo
que el noble ensueño que la mente alumbra
es la verdad más bella de este mundo.
Huyendo la impiedad y el fanatismo,
consulta tu conciencia frente á frente:
allí verás, triunfante de ti mismo,
de la justicia y del deber la fuente.
Que hay Dios, que la virtud no es vano nombre;
que hay premio y cielo con la mente alcanzas:
¿en la tierra infeliz qué fuera el hombre
sin esas inefables esperanzas?
Di á los que están del cielo querellosos,
porque no viven de delicias llenos,
que aquí no hemos venido á ser dichosos:
vinimos sólo aquí para ser buenos.
¿Qué es alcanzar espléndidas mercedes,

gloria, caudal, elevación, grandeza,
si ante el raudal de la opinión no puedes
alzar sereno y firme tu cabeza?
  Jamás, en hombre generoso y cuerdo,
del honor el instinto se aletarga:
de vil acción acusador recuerdo
nunca te aflija abrumadora carga.
  Deleite pide á las divinas artes,
no al brutal regocijo de los *toros*,
baldón de nuestra España en todas partes,
herencia de gentiles y de moros.
  Tan loca y tan satánica alegría
no turban ni la sangre ni la muerte:
retiran á un torero en la agonía.....
la fiesta sigue: el pueblo se divierte.
  Toman como inocente devaneo
espectáculo bárbaro y pagano;
pueblo que aplaude tan feroz recreo
no puede ser ni culto ni cristiano.
  Huye la vida impura y sin reposo:
tu terrestre misión verás colmada
si el corazón, ardiente y generoso,
sientes latir en tu mansión honrada.
  Sólo consuelan en la edad madura,
el velo ya de la ilusión deshecho,
la dulce paz de la conciencia pura
y el recuerdo feliz del bien que has hecho.
  Llevar procura tu encumbrada idea
en el celeste amor siempre encendida,
y que virtud y honor el mundo lea
en el hermoso libro de tu vida.
  Si te da el porvenir gloria y renombre,

piensa que todo es sombra y polvo vano
si huyes de Dios..... La perfección del hombre
se encierra en las virtudes del cristiano.

Lisboa, Junio de 1847.

A LA VIRGEN MARÍA
EN SU PURÍSIMA CONCEPCIÓN (1)

Ave, Maris stella,
Dei Mater alma.
(HIMNO.)

Dios á esfera divina te levanta,
gloriosa Virgen, celestial lucero,
para que alumbre tu pureza santa
de la virtud el místico sendero.

Virgen-Madre de Dios, Madre del hombre,
fuente de amor y de inocencia fuistes:
cielo y tierra te ensalzan, y es tu nombre
consuelo de los tristes.

Tu milagrosa Concepción sagrada
del orbe es la más pura y alta gloria:
está la humanidad regenerada
en tu sublime historia.

. . . .

---

(1) Fué escrita esta composición para un libro piadoso.

Ignorante de Dios y de sí mismo,
dió al hombre incierta luz la impura ciencia
del ciego paganismo.
Sin ley el alma y muda la conciencia,
la muerte era un abismo.....

Para librarnos del mortal veneno,
y ser de nuestra raza faro y norma,
de amor ardiente lleno,
toma el divino Ser humana forma
en tu virgíneo seno.

Baja á la condición de los humanos:
del cielo al mundo, que oprimido gime,
revela los arcanos:
quiere que toque la verdad sublime
el hombre con sus manos.....

¡Acción divina! ¡Ejemplo sin segundo!
¡Mártir del hombre el Ser omnipotente!
¡Qué misterio profundo:
un Dios que muere, víctima inocente,
por redimir al mundo!

. . . .

Reina del cielo, excelsa intercesora,
en tu grandeza el corazón se enciende.
¡Desgraciado, Señora,
quien tu sagrada esencia no comprende,
ni su imagen adora!

En Ti el misterio del amor se encierra,

imán del alma en sus celestes vuelos:
luz que al malvado aterra;
invisible cadena que los cielos
enlaza con la tierra.

Tu santo influjo el corazón conmueve:
es dulce cual las brisas del estío;
es puro cual la nieve,
cual un rayo de sol, cual del rocío
la gota limpia y leve.

La fe en el alma con tu amor despiertas,
Tú das alivio al corazón cristiano,
y del cielo las puertas
están al mundo por tu santa mano
de par en par abiertas.

En Ti el linaje humano se engrandece,
Dios al hombre por Ti perdona y ama;
el arte en el altar por Ti florece (1);
y de esperanza en nuestro ser la llama
palpita y resplandece.

Por Ti á la fe y á la virtud convida,
y en faro de esperanza se convierte
la tumba aborrecida.....
¡Madre y Reina inmortal! Por Ti es la muerte
la verdadera vida.

(1) Casi todas las catedrales de España están consagradas á la Santísima Virgen.

A UN MISÁNTROPO

Juzgas que injusto el cielo te condena
á la pobreza, al duelo, á la inquietud,
y no ves que en mansiones ostentosas,
donde todo parece hechizo y luz,
hay tinieblas y angustias y discordias,
como hay tormentas en el cielo azul.

La gloria y el poder que al hombre ensalzan,
los aplausos de ardiente multitud,
y hasta la dulce paz que goza el bueno,
porque en sí lleva el premio la virtud.....;
esos deleites íntimos del alma
mata del tiempo la fatal segur;
son fugaces venturas, que envenenan
la envidia, la traición, la ingratitud.

. . . .

Piensa que en nuestra efímera existencia
hay algo del martirio de Jesús,
hasta el más venturoso de la tierra
lleva en la lucha humana, como tú,
la *Corona de espinas* en la mente,
dentro del alma el peso de la *Cruz*.

1896.

TÉTRICAS IDEAS
A TREINTA Y CINCO AÑOS

SONETO

De la mitad más bella de mi vida
por más que pienso en la pasada historia,
sólo rastros encuentro en la memoria
de amor instable y amistad mentida.
Dulces quimeras de mi edad florida,
vuestra risueña imagen fué ilusoria.....;
de tantos sueños de ventura y gloria,
ni una sola promesa vi cumplida.
¿Qué me ofreció el vivir?..... Pasión ó hastío:
lucha en que hallé, tras mi delirio ciego,
llanto, injusticia, ingratitud, vacío.....
¿Y qué me resta?..... ¡La angustiosa calma
de la madura edad..... la muerte..... y luego.....
enigma aterrador que hiela el alma!

1850.

AL SR. D. CARLOS CANO

Teniente coronel de Artillería,

EN LA MUERTE DE SU HIJO PRIMOGÉNITO
DE EDAD DE OCHO AÑOS.

¡Qué misterio el sepulcro de un anciano!.....
¿Cuál fué su corazón? ¿Cuál fué su vida?
Siempre es la humana historia triste arcano
que á meditar convida.

¿Fué dicha y prez, ó escándalo del hado
el mísero mortal que allí reposa?
¿Encierra un santo, un héroe ó un malvado
la impenetrable losa?

Tal vez fué digno de afrentoso estigma,
tal vez de honor y aplauso..... ¿Quién lo sabe?
Dios guarda, en sus arcanos, del enigma
la misteriosa llave.....

Mas la tumba de un ser que, flor temprana,
muere de la existencia en los albores,

refleja de su cándida mañana
los puros resplandores.

Parece que una estrella la ilumina;
tras ella al cielo el corazón se lanza;
su luz infunde la ilusión divina
de amor, fe y esperanza.

¿Qué enigma ha de encerrar la sepultura
de un inocente niño de ocho abriles?
¿Cuál fué su historia?..... Su filial ternura,
sus juegos infantiles.

Dichoso imán del paternal cariño,
su cuna y su sepulcro unió la suerte:
no inquietan ante el túmulo de un niño
misterios de la muerte.

Aquí bajó del ángel con las galas:
de nuestro pobre y conturbado suelo
vió el cielo inmundo, y sin manchar sus alas,
tornóse alegre al cielo.

No lastimó su pecho acerba herida
de vil calumnia ó de áulica arrogancia:
no anublan estas sombras de la vida
los años de la infancia.

No arriesgó su conciencia en las empresas
que forja impura la pasión del oro:
del porvenir las mágicas promesas
no vió trocarse en lloro.

No de ambición el dardo hirió su seno,
ni de amigo ó de amante la perfidia;
no turbaron su espíritu sereno
ni el odio ni la envidia.

¡No llores! De maléficas pasiones,
sin devorar el ansia ni la pena,
rompió feliz los duros eslabones
de la mortal cadena.

Dejó la tierra, en ángel convertido,
como el humo sagrado del incienso
va al cielo por los ámbitos perdido
de un horizonte inmenso.

Resígnate: la luz de eterno día
goza ya el hijo amado, y en la esfera
de la verdad, la gloria y la alegía
te bendice..... y te espera.

Baños de San Juan de Azcoitia (Guipúzcoa).

AL SR. D. JUAN DE LIÑÁN

EN LA MUERTE DE SU JOVEN ESPOSA

No intento dar á tu penar profundo
del consuelo la calma.
Hay un dolor sin bálsamo en el mundo:
la soledad del alma.

Amaste á una mujer que era tu vida;
Dios la llevó á su seno.
Con ella huyó la llama desprendida
de aquel amor sereno.

El alma se consume inerte y sola;
no vive si no ama;
el corazón se enciende y se acrisola
á la luz de otra llama.

¡Ay! si vuelves á amar con la ternura
de un corazón sincero,
ya no hallarás la celestial ventura
de aquel amor primero.

Sólo al nacer, con lumbre soberana
el Sol fascina y arde:

el astro abrasador de la mañana
brilla tibio en la tarde.....

Tus dulces hijos, de su madre espejos,
hoy tus penas atajen:
esas prendas de amor son los reflejos
de su adorada imagen.

Ella, en la paz de eternas alegrías,
los bendice en el cielo;
tú aquí en la esfera terrenal los guías
con paternal desvelo.

En ese afán recíproco se encierra
lazo divino y fuerte;
lazo que junta el cielo con la tierra,
la vida con la muerte.....

A tu esposa la tumba no aprisiona;
envidia su destino:
luce en su frente la inmortal corona
del esplendor divino.

Del tiempo inexorable en la carrera
la vida es un instante:
hallará al fin su dulce compañera
tu corazón amante.....

Rompe con el esfuerzo de la mente
la cárcel de este suelo;
cruzar verás su imagen inocente
los ámbitos del cielo.

Ella vive en eternos resplandores;
fué más feliz su estrella:
ella perdió este mundo de dolores;
¡tú la has perdido á ella!

Madrid, Diciembre de 1867.

LA HERMANA DE LA CARIDAD [1]

(EL CÓLERA MORBO EN ARANJUEZ.—1885.)

¡Espléndido Aranjuez! en tus verjeles,
que con su luz benéfica el Sol dora,
entre tus sanos mirtos y laureles
ensáñase epidemia asoladora.

Mientras la ira del cielo no se ablanda,
á pesar del horror que el mal inspira,
hay que acudir, porque el deber lo manda,
allí donde la muerte se respira.

Mas la mujer, caritativa y fuerte,
la primera se ofrece al sacrificio,
y en noble triunfo de piedad convierte
el terrible y mortífero suplicio.

(1) Se refiere, como tipo de las demás, á la más joven de las cinco Hermanas de la Caridad (Sor Mercedes, de veinticuatro años) que, víctimas del contagio á causa de su heroica asistencia á los enfermos, murieron en pocos días, durante la terrible invasión del cólera morbo asiático.

Con santa fuerza, emanación del cielo,
indiferente á aplausos y esplendores,
para dar vida y derramar consuelo
tan sólo busca angustias y dolores.

Flores, perlas, esmaltes, pedrería
jamás ornaron su gentil cabeza:
no cuadran con el goce y la alegría
su afán acerbo, su moral grandeza.

Como no tiembla ante el tumulto humano,
la paz no busca en la quietud del yermo:
sabe que en bien del hombre, que es su hermano,
la llama Dios al lado del enfermo.

No vive para sí: santa heroína,
corre al martirio intrépida y serena;
siempre, constante en su misión divina,
dispuesta á dar su vida por la ajena.

No ignora que en la estancia dolorosa,
si es útil hoy, perecerá mañana:
nunca á esfera más alta y más gloriosa
llegó jamás la voluntad humana.....

En esta edad de orgullo y de egoísmo
¿quién le infunde tan puro y noble aliento?
Sublime abnegación, santo heroísmo
prodigios son de amor y sentimiento.

El oro, los festines, la lisonja
en su conciencia firme no hacen mella:

su pobre condición de humilde monja
juzga la más gloriosa y la más bella.

Arde de su piedad la llama pura,
y en su fervor bendice su destino:
le dice Dios que la inmortal ventura
al fin está del áspero camino.

Cuando, animosa, en tan sagrada empresa
con el martirio y con la muerte lidia,
todos la contemplamos con sorpresa;
¡debiéramos mirarla con envidia!

. . . .

Del contagio al rigor su vida acaba:
darle una dulce muerte el cielo quiso:
dicha el rostro sereno reflejaba,
cual mística visión del Paraíso.

. . . .

Buscando con honor altos blasones,
á todo el héroe bélico se atreve;
la muerte arrostra en ínclitas acciones,
mas de la gloria la ambición le mueve.

Ella es más grande: en su existir infausto
su hazaña es silenciosa, pero inmensa:
más modesto y sublime es su holocausto:
ni halla ni quiere humana recompensa.

. . . .

Cuando exhaló, infeliz, su último aliento,
fué del mendigo mísero á la fosa:
para aquel ser, de caridad portento,
no hubo un nombre, un recuerdo, ni una losa.

¿Qué son, para subir hasta su esfera,
grandezas, glorias, ostentosos nombres?.....
No hay diadema en el mundo de los hombres
igual á la corona que le espera.

Madrid, 1885.

PARA EL ÁLBUM DE S. S. LEÓN XIII

EL CRISTIANISMO

Del bien y la verdad muestra el camino,
cual faro eterno que á los hombres guía;
sagrada emanación del Sol divino,
cuya luz nunca engaña ni extravía;
tú abriste campo al vuelo de la mente,
de ti nació la dignidad del hombre,
tú eres del arte esplendorosa fuente,
la justicia por ti no es vano nombre;
por ti á patria más dulce el alma vuela;
por ti en el corazón vive escondida
la esperanza inmortal, que nos consuela
de los yerros y afanes de la vida.

. . . .

Grecia del genio conquistó la palma,
mas no del corazón: su ilustre ciencia
sin *caridad* ni *amor*, luces del alma,
no supo hallar la ley de la conciencia.
Negando á la piedad su noble empleo,
por más que el genio en sus confines brota,
condena á la mujer al gineceo,
da al vencido la suerte del ilota.

Tocó á Grecia de gloria inmensa parte,
pero ¿qué vale su arrogancia impía
si entre los triunfos del saber y el arte
reinan la esclavitud, la idolatría?
Con su alto vuelo y su pensar profundo,
faltó á su ciencia el sentimiento humano,
y no supieron enseñar al mundo
que el hombre es nuestro igual y nuestro hermano.
De la fe, en el vaivén de las edades,
la *unidad* santa vive y se acrisola,
mientras forja el orgullo mil verdades
allí donde el Señor puso una sola.

. . . .

Dar luz eterna á la ofuscada mente,
bajar el cielo al alma del cristiano,
obra sólo de Dios omnipotente
pudo ser este triunfo soberano.
¿Qué valen los efímeros laureles
de los falsos filósofos de un día?
La augusta voz del Padre de los fieles
vence y ahuyenta á la falanje impía.
No manchan su dosel, que al cielo toca,
ni error que ciega, ni pasión que abrasa;
siempre es la Iglesia indestructible roca
que intacta deja el huracán que pasa.
En vano al Evangelio movéis guerra;
no es vuestra la *verdad*, del cielo vino;
y, aunque os pese, las nubes de la tierra
no apagarán su resplandor divino.

EL OPTIMISTA

Venturoso mortal, sólo te inspira
lo que es hermoso, espléndido y ameno;
fuente es de dicha la ilusión del bueno,
que á los encantos del vivir conspira.
Cuanto bondad y júbilo respira
tu ser alienta, de malicia ajeno;
y, olvidado del mal, hierve en tu seno
la emoción del que siente y del que admira.
Y si admirar y amar es tu destino,
y te encubre lo pérfido y lo inmundo
de ilusiones sin fin velo divino,
sigue la luz del bien y la esperanza;
que si hay alguna dicha en este mundo,
con fe tan sólo y con amor se alcanza.

EL PESIMISTA

Como el cielo obscurecen nubes densas,
te anubla el alma condición sombría;
tu espíritu de todo desconfía,
y aun tomas los halagos por ofensas.....
Ofrece al corazón dichas inmensas
la magia de risueña fantasía;
viene tras de las penas la alegría,
y no todo es perverso, como piensas.
Tan sólo ves del mundo la amargura;
que quien todo de sombras lo reviste,
no halla ilusión, ni gloria, ni ventura.....
Huyen de ti la calma y el contento,
y en esa lucha dolorosa y triste
tu verdugo es tu propio pensamiento.

LA MEJOR BELLEZA EN LA MUJER

SONETO

Magia hay, sin duda, en la hermosura externa
de la que con sus gracias se envanece;
cual diosa en los festines resplandece,
y ante la cual el hombre se prosterna.
Pero hay otra beldad que, dulce y tierna,
su puro hogar anima y ennoblece,
y en su ser celestial símbolo ofrece
de la belleza inmaterial y eterna.
Ante el humano orgullo menos brilla;
modesta en el hogar, santa en el templo,
cautiva más con su virtud sencilla:
serena, afable, honrada y hacendosa,
á todas sirve de glorioso ejemplo,
y esa noble mujer es siempre hermosa.

EL INGRATO

SONETO

Duro, glacial, y de conciencia exento,
cual carga atroz, la gratitud le pesa;
no cuadra bien su condición aviesa
con tan puro y cristiano sentimiento.
El vil, tan sólo á su interés atento,
odio secreto al bienhechor profesa;
dulce amistad que el ánimo embelesa,
se torna en su maldad, mengua y tormento.
A tales pechos, do el rencor se anida,
los cielos irritados no conceden
la hermosa paz, que es gloria de la vida.....
A Dios no pidáis dichas, insensatos;
ilusión, fe y amor brotar no pueden
del yerto corazón de los ingratos.

Lisboa, 1845.

CONTRASTES DE LA VIDA HUMANA

LA PORDIOSERA

Todo contento y paz era aquel día.
Tornaba yo del señorial castillo,
donde acababa de jurarme Aurelia
eterno amor. Mi celestial delirio,
cual un edén, me presentaba el mundo,
y en todo hallaba perfección y hechizo;
riqueza, amor, la suerte me ofrecía;
tal vez la gloria su esplendor divino.
Era, en fin, la magnífica quimera
que deslumbraba el pensamiento mío,
uno de los instantes de la vida
en que desciende al alma el cielo mismo.
Pero al salir de la floresta hermosa,
este amargo clamor llegó á mi oído:
«¡Por Dios, una limosna, caballero!»
. . . .
Perdió su magia el cuadro peregrino;
la lastimera voz del infortunio
turbó mis ilusiones de improviso,

y la demanda inesperada y triste
sonó en mi corazón como un gemido.

. . . .

Era una niña de catorce abriles,
sórdido el traje, aunque aliñado y limpio,
melancólica y dulce la mirada,
pálido el rostro, pero noble y lindo.
Me acerqué á la simpática indigente;
le pregunté quién era, conmovido;
y entre humilde, llorosa y sorprendida,
con dolorido acento así me dijo:
«Mi padre era oficial, murió en la guerra;
mi madre enferma, sin hogar ni asilo,
al cielo fué también; yo odio la vida,
porque todo sin ellos lo he perdido.»
Al ver tan extremada desventura,
con toda el alma le ofrecí mi auxilio.

. . . .

Ante el contraste acerbo y doloroso,
me aparté de la niña pensativo,
con piedad entrañable lamentando
del ser humano el desigual destino.
¡Yo gozar de los bienes de la vida,
y la inocente niña, sin arrimo,
hallar sólo en su mísera existencia
la soledad, la pena, el hambre, el frío!.....

. . . .

Lágrimas asomaron á mis ojos,
y hasta me dió vergüenza de ser rico.

Deva. Agosto, 1872.

Á UN SABIO DESCREÍDO

SONETO

A las leyes de Dios haciendo frente,
en tenebroso mar sin norte vagas,
é infundes con la duda que propagas
hielo en el corazón, sombra en la mente.
No es del noble saber la sed ardiente:
es del orgullo la pasión que halagas,
sin ver que el fuego celestial que apagas
es del consuelo y del amor la fuente.
La duda no es la ciencia, es el vacío;
la eterna luz del cielo desprendida
triunfará siempre de tu error impío.
¿Y cuáles glorias tu soberbia alcanza?.....
Dar no puede esplendores á la vida
quien mata la *ilusión* y la *esperanza.*

Madrid, 16 de Febrero de 1885.

Á SANTA TERESA

SONETO

¡Quién, fervoroso como tú, pudiera,
de afán mundano el alma desprendida,
hallar, por senda estrecha y escondida,
del bien y la verdad la santa esfera!.....
Raudal de inmenso amor, de fe sincera,
un éxtasis sublime fué tu vida,
la mente acrisolada y encendida
del sol eterno en la divina hoguera.
La luz de tus escritos me deslumbra
si su sagrada elevación contemplo,
que hasta los cielos la razón encumbra.....
Tú eres del mundo admiración y ejemplo;
puro diamante que la Iglesia alumbra;
firme columna del cristiano templo.

Arcachón, 24 de Septiembre de 1882.

Á PÍO IX

(DESPOJADO DE LA ROMA DE LOS PONTÍFICES POR LA VIOLENCIA REVOLUCIONARIA.)

Admira el mundo tu piedad intensa;
la fe con el martirio se aquilata;
mientras más te persiguen, más se acata
tu solio eterno y tu virtud inmensa.
El bando, ciego, que humillarte piensa
cuando á Roma, que es tuya, te arrebata,
su inicuo intento y su pasión retrata,
y te da una corona en cada ofensa.
Italia impía, tu fatal victoria
mancha tu nombre; del despojo insano
dura razón te pedirá la historia.....
Triunfaste al fin, pero triunfaste en vano;
que siempre ofuscará tan triste gloria
el divino esplendor del Vaticano.

Septiembre, 1870.

PESIMISMO

¿QUÉ ES LA VIDA?

Si es siempre víctima el hombre
de infortunado destino;
si de mundanas maldades
siente el corazón herido;
si sus dulces esperanzas
se convierten en martirio,
y si pesa en nuestra vida
algo infeliz y sombrío.....,
¿quién no ve en el ser humano
un misterioso prodigio,
extraña y confusa mezcla
de virtudes y de vicios,
pugna eterna y afrentosa
de santos é impuros ritos,
triste, impenetrable arcano
de celestiales designios,
cuyas formidables leyes
sólo conoce Dios mismo?

. . . .

AMOR

Si busca la dicha
de amantes delirios,
pronto la inconstancia
deshace el hechizo.
¿Quién lo imaginara?
Promesas, suspiros,
celeste embeleso,
tierno desvarío.....
ráfagas fugaces
de esplendor mentido.
Aun en nobles pechos,
de amor casto asilo,
disipan la magia,
cansancio ó capricho.....
Aquel templo santo,
de amor encendido,
derrocan en breve
tibieza y olvido.
¡Qué triste es la vida!
¡Qué enigma, qué abismo!

GLORIA.—PODER

¿Qué son para el hombre
gloria y poderío?.....
Si halagan del alma
los altos instintos,

son goces amargos
de un bien fugitivo.....
La calumnia asesta
sus pérfidos tiros:
la envidia derrama
su influjo maligno,
y las viles trazas
de falsos amigos
matan del renombre
la fuerza y el brillo.
¡Qué triste es la vida!
¡Qué enigma, qué abismo!

GUERRA

Suscitan los hombres
sangrientos conflictos,
si activos despiertan
su bárbaro instinto
de ambición la llama,
de venganza el grito.
Salen los soldados
de su hogar tranquilo,
simples instrumentos
de intentos inicuos:
sin pasión, sin odio,
vierten sangre á ríos;
y ante el triunfo horrendo
orlan del caudillo
la frente orgullosa
laureles y mirtos.....

¿Y á esto llaman gloria
cristianos mentidos?
Y ante odiosos cuadros
de horror y exterminio,
falaces se atreven
los hombres impíos
á llamarse *hermanos?*
¡Irrisión! ¡Delirio!
¡Qué triste es la vida!
¡Qué enigma, qué abismo!

HUMANA INCERTIDUMBRE

Los que á Dios ignoran,
sabios descreídos,
á la paz del mundo
cerrando el camino,
con su pobre ciencia
juzgan lo infinito.
¡Temerario arrojo
de impiedades signo,
buscar de las causas
la esencia y principio!
Para eso no hay ciencia,
y es loco extravío
buscar en los seres
su oculto sentido;
que insondable arcano
de Dios es el libro.
Y si á tanto aspira
su intento atrevido,

nuestro entendimiento,
confuso y mezquino,
en densas tinieblas
va siempre perdido.
La ciencia del hombre
no llena el vacío:
nada ve en su mente
luminoso y fijo:
todo es á sus ojos
incierto, indeciso:
vivir es su suerte
sin norma y sin tino.....
Las voces del cielo,
sus ecos divinos,
llegar nunca pueden
á humanos oidos.
¡Qué triste es la vida!
¡Qué enigma, qué abismo!

EL SINO

Si todo el que alienta,
monarca ó mendigo,
ya mísero esclavo,
ya prócer altivo,
es víctima infausta
de aciago destino,
¿qué queda en el hombre?
¿Cuál es su albedrío?.....
Virtud, hermosura,
riqueza, dominio,

cuanto es bello y grande
del hado al arbitrio,
del mal al embate
se encuentra rendido.
Este afán, del alma
perenne martirio,
¿es lección del cielo,
es prueba, es castigo?
Santa Providencia,
¿por qué claro y limpio
no muestras al hombre
tu imperio divino?
¿por qué le consientes
su ingrato desvío?
¿Por qué nos limitas
del cielo el aviso
á obscuras promesas
del sepulcro frío?
El bueno en la lucha
fué siempre vencido;
nunca el alma encuentra
perfecto equilibrio;
y es nuestra existencia,
sin luz y sin brío,
de dudas y errores
odioso tejido.....
¡Qué triste es la vida!
¡Qué enigma, qué abismo!

CORDURA.—ESPERANZA

Mas de aquel que vive
sin orgullo impío,
y al tumulto opone
corazón sencillo,
y acata las leyes
que Dios darle quiso,
la mente no turba
rebelde bullicio,
ni forja quimeras
que juzga delitos,
ni ve en su existencia
perpetuo suplicio.....
Por luz inefable
de místico instinto,
asoma en su mente
luminar divino:
la visión sublime
de un mundo infinito.
Mira entre las sombras
resplandor tan vivo
que alcanzar no puede
su inmenso sentido.
De Dios en las manos
pone su destino.
No analiza: cree,
humilde y sumiso.
Se juzga en la tierra
simple peregrino,

y en amor celeste
su pecho encendido,
un cielo presiente,
mansión de Dios mismo.....
Por siempre allí acaban
terrestres martirios;
de las almas puras
perdurable asilo,
donde nunca llegan
penas ni peligros.

. . . .

Para el que del cielo
busca así el camino,
y espera y confía
del mal al abrigo,
no es triste la vida,
ni enigma, ni abismo.

ÍNDICE

POESÍAS LIGERAS

Y PENSAMIENTOS SUELTOS

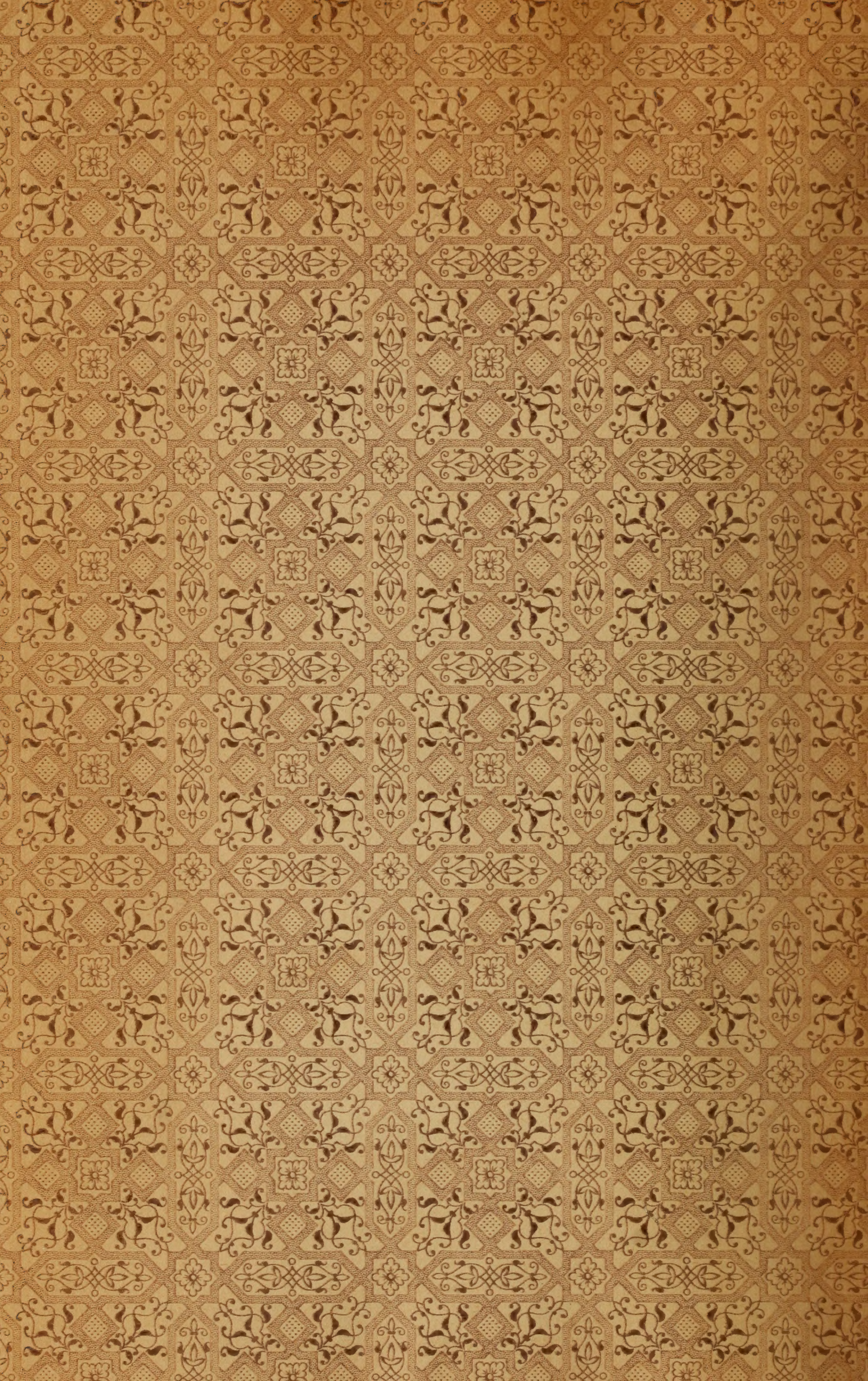
POESÍAS VARIAS

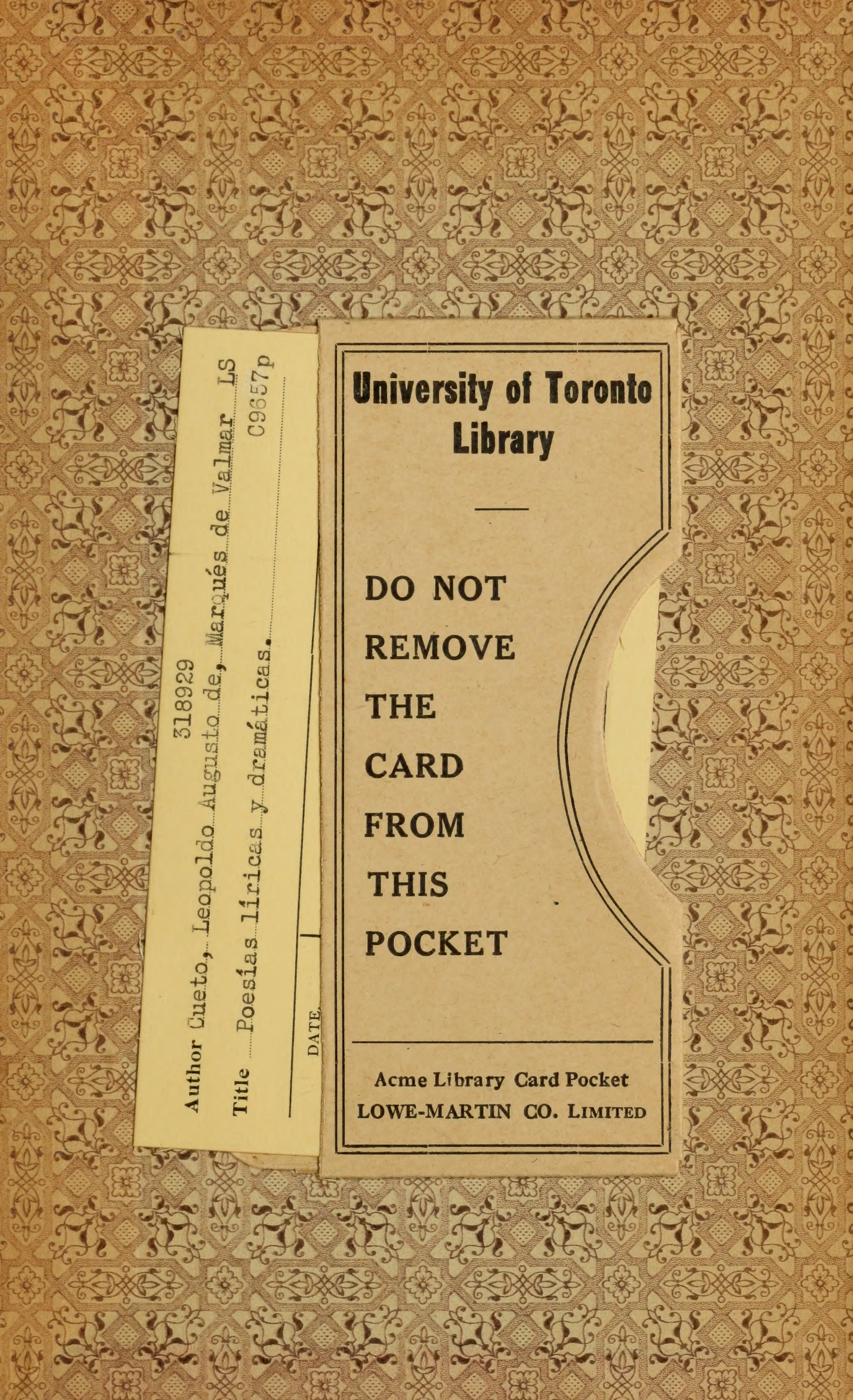
POESÍAS

DE SENTIDO MORAL Ó PIADOSO

ERRATAS

Página.	Línea.	DICE	DEBE DECIR
132	9 á 13	¿Qué resta en Roma? Corrupción y envidia, patricios degradados; pueblo inquieto, innumerables dioses en las aras y ninguno en el alma. Sacros ritos, honor, fe, calma, dignidad murieron.	¿Qué resta en Roma? Corrupción y envidia, patricios degradados, pueblo inquieto, innumerables dioses en las aras, y ninguno en el alma. Se están yendo los dioses del Olimpo. Sacros ritos, honor, fe, calma, dignidad murieron.
171	3	¡A la gloriosa unión de Roma con Egipto!	¡A la gloriosa unión de Egipto y Roma! Brindad conmigo todos. CLEOPATRA Sí, brindemos.
176	última.	*Gritos:* ¡Viva Cleopatra! ¡Viva Antonio! ¡Guerra á Octavio!	*Gritos:* ¡Viva Cleopatra! ¡Viva Antonio! ¡Guerra!
272	9 á 11	. . . . la otra fué alcanzada por la mano del alférez, que por dicha	. . . . la otra, que perecer imagina, fué alcanzada por la mano
287	26	admirab	admiraba
379	3	en este cielo está	en ese cielo está
419	3	para ti	para tí
427	7	perder fama,	poder, fama,
447	17	el cielo inmundo	el cieno inmundo




318929
Author Cueto, Leopoldo Augusto de, Marqués de Valmar LS
C9657p
Title Poesías líricas y dramáticas.
DATE
University of Toronto Library
DO NOT REMOVE THE CARD FROM THIS POCKET
Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED

